Biblioteca de bolsillo

William Irish

LO QUE LA NOCHE REVELA

NOVELAS POLICIALES

TEXTOS COMPLETOS

William Irish

Lo que la noche revela

Título original: AFTER DINNER STORY
Versión castellana de: Rodolfo J. Walsh
Librería Hachette
Biblioteca de Bolsillo
Serie Naranja Nº 138
Buenos Aires – Argentina
26 de agosto de 1946.

Nota Preliminar

William Irish es uno de los valores nuevos más destacados de la novelística policial estadounidense. Siendo todavía estudiante universitario, ganó una enorme cantidad de dinero al obtener el premio instituido a la mejor novela por la revista College Humor y la Paramount Pictures. Con ese dinero fue a París, y vivió allí alegremente hasta agotarlo. Retornó entonces a Estados Unidos, y escribió una apreciable cantidad de novelas y cuentos policiales, de los que se han traducido al castellano, además de esta nueva serie de cuentos, "La mujer fantasma", "El plazo expira al amanecer", novelas, y "No quisiera estar en sus zapatos", cuentos, todos ellos aparecidos en esta colección. Ha colaborado también en revistas. Su verdadero nombre es Cornell Woolrich, y vive actualmente en Nueva York.

Las producciones de William Irish no son, estrictamente hablando, detectivescas, a pesar de que en muchas de ellas intervengan detectives, es decir que tienen poco de ese proceso deductivo invariable en las creaciones típicamente detectivescas, o si lo hay no es por cierto su característica principal; encuadran más bien en el género, tan difundido actualmente, de murder-stories, cuentos de crímenes. Claro está que siendo muy estrecha, como puede comprenderse, la relación entre ambas formas de la ficción policial —porque no hemos dicho que las obras de Irish no sean "policiales", sino que no son "detectivescas"—, participan en mayor o menor grado de las características de la verdadera ficción detectivesca. La diferencia consiste en que mientras en esta última el rasgo principal es, como hemos dicho, el proceso deductivo, la serie de razonamientos lógicos que llevan al investigador a desentrañar un misterio, en el murder-story simplemente se relata un crimen, o aun un suicidio, haciendo resaltar en el mayor grado posible las circunstancias trágicas que condujeron a él. Este énfasis sobre el elemento trágico puede observarse en Irish mejor que en nadie; sus personajes son títeres manejados por los hilos invisibles del Destino; en realidad es éste quien adquiere, a poco de comenzado el relato, la categoría de primer personaje; bajo su influencia una casualidad increíble hace que un hombre que ha cometido seis crímenes se condene por uno que no cometió ("Change of Murder" de "If I should die before I wake", que apareceré. próximamente en esta colección.); una sincronización de movimientos que no se habría producido nuevamente en Cincuenta años lleva a otro a la muerte ("Cuento policial", último de los que componen este volumen.); un sobre de fósforos, un letrero en una cabina telefónica que dice "No funciona", una raya de tiza coloreada en la pared, son instrumentos que el Destino utiliza para torcer el curso de una vida o reparar una injusticia. Porque este personaje de Irish es contradictorio. Hace el bien o el mal. El autor no moraliza. Al elegir su propio "efecto único", que quería Poe, eligió el trágico. Y lo emplea casi siempre, bien logrado, con una habilidad de verdadero maestro. Permitiéndose además, en ocasiones, el lujo de introducir la ironía, que también maneja hábilmente, como podrá observar el lector en el tercer cuento de este volumen, "Aventuras de una manzana".

Sobresale también Woolrich en el surprise ending. Es un cultor eximio del final sorpresivo. Los que no hayan leído "A la tres" o "Pesadilla" (Incluidos ambos en la serie de "No quisiera estar en sus zapatos".), por ejemplo, hallarán en los tres primeros de esta nueva serie de cuentos, clara prueba de lo que decimos.

Por otra parte el estilo completamente personal (algo difícil de traducir, preciso es confesarlo) —frases elípticas, aunque expresivas en su brevedad, supresión de las conjunciones, diálogos, rápidos— añade a la reputación de Irish como escritor original y ameno y acrece la satisfacción que despierta la lectura de sus novelas y cuentos. De los cuales éstos que ahora presentamos no desmerecen.

R. J. W.

Lo Que La Noche Revela

(THE NIGHT REVEALS)

En la completa oscuridad reinante, Harry Jordan se despertó con un sobresalto. Lo único que pudo distinguir primeramente fue un fantasmal halo verdoso, dividido por un ángulo recto, que miraba a través de la habitación: la esfera luminosa de su reloj despertador sobre el armario. Lo miró de soslayo con sus ojos cargados de sueño y el halo se partió en doce números y las manecillas señalaban el seis y el tres. Las tres y media de la mañana; sólo había dormido cuatro horas, le quedaban cuatro más.

En lugar de volverse sobre sí mismo y tratar de recuperar el sueño, se sentó repentinamente, del todo despierto ahora. Desde el instante en que abrió los ojos había experimentado la extraña sensación de que se encontraba solo en el aposento. Sabía que no lo estaba, sabía que debía estar equivocado, y, sin embargo, no podía liberarse de ella, ni menos aún habría sabido explicarla. Pensó, con un estremecimiento, que probablemente se trataba de uno de aquellos oscuros instintos que aun acechan bajo la superficie de la mayoría de los seres humanos, y que se remontan a los días en que éstos sólo eran velludos moradores de los árboles. Bien, se aseguraría y luego reanudaría su interrumpido sueño: era la única manera de librarse de él.

Giró sobre su codo, extendió cautelosamente el brazo para tocar el hombro de su esposa, para convencerse a sí mismo de que ella estaba exactamente en el mismo lugar en que reposaba todas las noches. Lo único que encontraron sus dedos fue la almohada vacía... y el instinto que le había advertido parecía reírse a través de las edades: había estado en lo cierto, al fin y al cabo. Se volvió hacia el otro lado, oprimió el botón de la luz Y volvióse nuevamente a mirar. En la almohada había una pequeña depresión que señalaba el sitio en que la cabeza de su esposa había descansado, eso era todo. Las ropas de cama, vueltas hacia arriba en aquel costado, presentaban una forma triangular. Oh, bueno, quizá se había levantado para buscar un vaso de agua...

Permaneció sentado allí un instante, frotándose la cabeza. Luego, cuando vio que ella no volvía, se levantó y salió para ver si ocurría algo anormal. Quizá el niño estuviera enfermo, quizá ella había ido a su habitación. Abrió la puerta, tan silenciosamente como pudo. La habitación estaba a oscuras.

—Marie —susurró ansiosamente—, ¿estás aquí?

Encendió la luz para asegurarse. No estaba allí. La criatura era un montículo blanco, dormía como sólo un niño de nueve años puede hacerlo: ni el fogonazo de una lámpara de magnesio lo habría despertado. Cerró de nuevo la puerta, suavemente. No había otro lugar en que ella pudiera estar, no estaría en el *living—room* a aquella hora de la madrugada. Allí también encendió las luces y volvió a apagarlas luego. Hasta entonces sólo se había sentido intrigado, ahora comenzaba a inquietarse.

Volvió al dormitorio, se calzó los zapatos y púsose los pantalones. Sólo la parte superior de la ventana se encontraba abierta, de manera que no había ocurrido ningún accidente ni nada parecido. Sus ropas no estaban sobre la silla: ella se había vestido mientras él dormía. Salió por la puerta del departamento y quedose mirando a un lado y a otro del pulido corredor a prueba de incendios. Sabía que no estaría allí. De haber llegado hasta allí, habría recorrido el resto de su camino... cualquiera fuese éste. La botella de leche vacía estaba aún junto a la puerta, con una nota enroscada en su parte superior, tal como la había visto cuando cerró el departamento a las once. No había realmente ningún motivo para asustarse... ¡sólo que aquello era tan endemoniadamente inexplicable! Había abandonado ya toda Idea de regresar a dormir antes de que aquello hubiera sido resuelto. Mientras tanto, continuaba pasándose la mano por la nuca; necesitaba cortarse el cabello.

Sabía con seguridad que no era sonámbula, no recordaba que hubiera padecido nunca de esa enfermedad. Tampoco había recibido una llamada de urgencia de alguno de sus parientes, en mitad de la noche, porque ni él ni ella teman parientes en la ciudad. Y ella no se había enojado

repentinamente con él, ni le había dejado, porque ambos se llevaban perfectamente. Como prueba de esto, por ejemplo, podrían tomarse la manera en que ella había insistido en encender su pipa aquella misma noche, cuando él la llenó para fumar por última vez antes de acostarse, la manera en que había sostenido cariñosamente el fósforo hasta que la cazoleta de la pipa adquirió un resplandor rojizo, y aquella suerte que tanto le gustaba hacer, volviendo el fósforo entre sus dedos y sosteniendo el pequeño palillo por la cabeza, apagada ya, hasta que el otro extremo hubiera terminado de consumirse. Puesto que se llevaban tan bien, ¿cómo podría ella tener algo contra él? y el interés que demostraba al oírle contar acerca de su trabajo diario, noche tras noche; la manera en que bebía, por decirlo así, en los áridos detalles de su diaria brega, preguntándole qué casos había inspeccionado, y qué informe estaba redactando para pasarlo a la oficina, y todo lo demás... eso no era fingido, no habría podido serlo; ella demostraba demasiada comprensión, una ansiedad excesiva y real. Lejos de disminuir, el interés de la esposa en su trabajo parecía aumentar a medida que transcurría el tiempo. Nunca había habido una palabra airada entre ellos, jamás en aquellos últimos cinco años, a partir de aquel terrible viaje nocturno en taxímetro, cuando la puerta se había abierto repentinamente y ella había caído y golpeado con la cabeza, y él creyó por un instante que la había perdido ...

Cruzó el corredor finalmente y apretó el botón del ascensor. Si ella se hubiese sentido mal repentinamente y hubiera necesitado alguna medicina... pero él había estado en la misma habitación y, además, tenían un teléfono en el departamento. El ascensor subió y el ascensorista abrió la puerta corrediza. Aquello iba a parecer bastante absurdo, pero lo cierto era que ella no estaba en el departamento con él, de eso estaba seguro:

—Este... ¿salió Mrs.... bajó Mrs. Jordan con usted hace unos instantes? —preguntó.

—Sí, señor, bajó —repuso el hombre—, pero eso fue hace un largo rato. Yo la llevé abajo a las dos y media, aproximadamente.

¡Había transcurrido ya más de una hora desde que había partido! Su semblante se alargo con la ansiedad mas aquello le dio una buena excusa para decir:

—Me parece que bajaré con usted y la esperaré en la puerta de calle. —Tragó saliva varias veces mientras descendían y, finalmente, las palabras se escaparon de sus labios, en mayor número de lo que habría deseado—: ¿No dijo hacia dónde se dirigía? —Se inclinó hacia el hombre, pendiente de las palabras que éste iba a pronunciar.

—Dijo que no podía dormir, que sólo deseaba respirar un poco de aire fresco.

A pesar de lo que aquella razón tenía de plausible y tranquilizador, no pudo sacar de ella la confianza que necesitaba.

—Debería estar de vuelta ya —murmuró, mirando hacia el suelo.

Quizá había sido embestida por un taxímetro, asaltada por algún ladrón... ¡una mujer sola a aquellas horas! La idea hizo que su rostro empalideciera un tanto mientras salía del ascensor, mientras salía por la puerta de calle y permanecía en la acera, escudriñando la calle desierta, hacia un lado primero, luego hacia el otro. A visar a la policía parecía aún un poco drástico, algo así como buscarse dificultades, pero si volvía pronto... se volvió hacia el portero.

—¿Hacia qué lado fue? —le preguntó.

—Calle abajo, hacia la Tercera —repuso el hombre.

Aquélla era ciertamente la menos segura de las dos direcciones que habría podido tomar. La otra era hacia Park. Ellos estaban en Lexington. ¿Qué podría buscar allí abajo, bajo la sombra del Elevado, donde no eran un espectáculo poco común los borrachos que yacían estirados en los portales? Comenzó a caminar lentamente hacia un lado y luego hacia otro de la calle, frente a la puerta de entrada: Uno puedo imaginarme...", dijo dos veces, sin que le oyera nadie más que el portero que había salido y se le había reunido. Solía fumar en pipa, mas no era aquél el momento apropiado para fumar una pipa. Sacó un paquete de cigarrillos de la americana, que se había puesto directamente sobre la camiseta. Ofreció uno al portero y tomó otro para sí; luego hurgó en su bolsillo lateral, en busca del sobre de fósforos que siempre llevaba allí. No lo tenía; lo había alcanzado a Marie cuando ella le pidió que le dejara encender su pipa, horas antes aquella tarde, y probablemente se habría olvidado de devolvérselo. Se registró a sí mismo detenidamente; ella los había guardado inconscientemente si no hubiera sido así, él debería tenerlos.

El portero entró por un instante a buscar una caja de cerillas; luego regresó.

—Yo no me inquietaría si fuese usted, Mr. Jordan —dijo con simpatía; los temores de Jordan

comenzaban a reflejarse claramente en su semblante—. No creo que haya ido muy lejos; probablemente estará de regreso en seguida.

Apenas habían sido pronunciadas las palabras tranquilizadoras, cuando Jordan la divisó: venía por la calle hacia ellos, de la esquina de Third Avenue. Caminaba muy rápidamente, mas sin mostrar signo alguno de que estuviera asustada. No había nada furtivo, nada culpable en su aspecto al llegar a la iluminada puerta de calle donde él la esperaba; habrían podido ser las cuatro de la tarde en lugar de las cuatro de la madrugada.

—¡Ssshh! —murmuró, tranquilizadoramente—. A que has estado torturándote el cerebro a causa de mi ausencia, ¿eh?

Subieron la escalera juntos sin que nadie dijera una palabra más en presencia fiel portero. Su andrajoso e informe abrigo negro, que tenía ya cinco años de uso, parecía tan ruinoso como siempre; y había salido sin sombrero, y en consecuencia su cabello, en el cual había ya algunas hebras grises, estaba aún más desaliñado, si cabe, que de costumbre; por lo demás, tenía el mismo aspecto de siempre. Llevaba un pequeño paquete cuya envoltura estaba hecha con ese brillante papel de color verde oscuro que suele utilizarse en las droguerías.

Una vez que hubo cerrado la puerta detrás de ambos, Jordan le preguntó:

—¿Qué demonios te hizo hacer eso? Me diste un terrible susto, puedo asegurártelo.

Nada había de melodramático en la manera en que lo dijo, ni tampoco lo había en la manera que contestó ella: se trataba, simplemente, de un hombre que conversaba tranquilamente acerca de algo con su esposa.

—Sentí necesidad de respirar un poco de aire fresco —repuso simplemente—. Había estado acostada dos largas horas sin poder cerrar los ojos. Debes de haber despertado inmediatamente después que yo salí —añadió con tono casual.

Él interrumpió la operación de desatar los cordones de sus zapatos para mirarla, sorprendido.

—¡Cómo! —exclamó—. ¡Él dijo que habías salido hace más de una hora!

—¿Ah, sí? —repuso ella, ligeramente indignada—. ¡Eso sí que está bien! ¿Qué le pasa a ése? Apenas si estuve quince minutos escasos fuera de la casa... sólo di una vuelta en torno de la manzana y luego me detuve en esa droguería que está abierta toda la noche en la Tercera, la de Geety, tú sabes, a comprar una cajita de aspirinas. —La abrió recatadamente y se la mostró—. ¿Vas a creer mi palabra, Harry Jordan, o en la de ese insignificante empleado de la planta baja? —preguntó, pero sin mayor vehemencia—. ¡Santo Cielo, yo debería saber cuánto tiempo he estado afuera, no estoy tan tonta aún!

Todo esto fue dicho tranquilamente, sin ningún énfasis, sin recriminaciones, en calmoso diálogo entre ellos dos.

—Olvídalo, Marie —repuso él afablemente, inclinándose nuevamente sobre sus zapatos—. Debe de haberse dormido por un minuto y al despertar perdió la cuenta del tiempo.

Bostezó, soñoliento. El agudo, casi tímido gemido de la sirena de un camión de bomberos, llegó a ellos flotando en el aire inmóvil de la noche, pero tan lejano que parecía venir de varias millas de distancia; debía de ser a dos o tres cuadras hacia el este, por lo menos, en la Segunda Avenida o quizá en la Tercera.

—¿Lista? —gruñó confusamente y, sin esperar la respuesta, apagó las luces. Casi antes de que la corriente eléctrica hubiera dejado de enrojecer el filamento, dormía el sueño de los justos, ahora que su buena esposa estaba nuevamente a su lado.

Al día siguiente, en la oficina, se sintió un poco amodorrado, a causa de la no acostumbrada interrupción que su sueño había experimentado en la noche anterior, mas no había mucho trabajo que hacer: sólo debía escribir a máquina el informe que había redactado sobre el incendio de la semana pasada en Washington Heights. El edificio estaba aún en construcción y a punto de ser terminado, cuando se incendió misteriosamente; sólo las paredes habían quedado en pie. Ni su propia investigación ni el informe de la oficina del jefe del Cuerpo de Bomberos habían podido desentrañar evidencia alguna de que el fuego hubiera sido incendiario, es decir deliberado, y no accidental. Es verdad que había habido algunos vagos informes acerca de dificultades, en la obra, pero él investigó a fondo esos informes y encontró que eran totalmente inconsistentes; no se habían presentado dificultades de ninguna clase entre los contratistas y el sindicato de los obreros. Además, el incendio se produjo en la tarde de un día domingo, es decir, un día y medio después de que los obreros habían interrumpido su trabajo para descansar.

Fue sumamente fácil encontrar el foco inicial del fuego. Uno de los departamentos de la planta baja había sido terminado y habilitado a la inspección de presuntos arrendatarios. Marie misma había ido a visitarlo y se había sentido sumamente apenada cuando, al día siguiente, él la informó acerca de lo ocurrido. Según la reconstrucción mental que él se hacía de lo acontecido, algún visitante descuidado habría dejado caer su cigarrillo en uno de los *placards,* mientras le eran mostradas las comodidades de que disponía el departamento. El agente de negocios encargado de arrendar los departamentos había cerrado con llave, a las seis, la puerta de la casa, y habíase marchado a la suya llevándose la llave; el fuego ardió en el interior del edificio durante las dos horas que siguieron a la partida del agente. El cuidador nocturno no tenía una llave que le permitiera abrir el departamento, circunstancia ésta que lo desligaba de toda responsabilidad. Hacia las ocho había descubierto el fuego a través de las ventanas.

Todo esto constaba en las notas que Jordan había preparado para su informe. Sus informes jamás eran puestos en tela de juicio. Si decían: "Páguese", la compañía pagaba; si decían: "No indemnizar", la compañía avisaba a sus representantes legales que debían estar listos para llevar el asunto ante los tribunales. Harry Jordan era el mejor investigador de la compañía.

Deslizó una hoja de papel de cartas con el membrete: "Compañía de Seguros contra Incendios Hércules" bajo el rodillo de la maquina de escribir y comenzó a golpear dificultosamente con dos dedos las letras del teclado. Siempre había aborrecido esta parte de su trabajo; fue, pues, una mirada de esperanzada anticipación la que lanzó a la secretaria del presidente de la compañía, cuando ésta se detuvo a su lado.

—El presidente desearía verlo en su oficina tan pronto como termine con lo que está haciendo —anunció ella.

—Esto puede esperar —repuso Jordan, agradecido, y se introdujo por una puerta de cristales opacos.

—Buen día —dijo Parmenter—. ¿Leyó acerca de ese desastre ocurrido en el East Side?

—Salí tarde esta mañana y no tuve tiempo de dar un vistazo al periódico —advirtió Jordan. Parmenter le mostró su periódico, abierto y doblado en la tercera pagina .

—Eso nos corresponde a nosotros, usted lo sabe —dijo, mientras Jordan recorría la columna con la vista moviendo los labios silenciosamente.

Jordan alzó el rostro, sobresaltado.

—Una de esas casas antiguas... —dijo—. No sabía que hubiéramos...

—Lo hicimos esta vez —le interrumpió Parmenter lúgubremente—. El banco la había tomado para hacer con ella alguna inversión, la remendó un tanto, la embadurnó con un poco de pintura, reemplazó los escapes verticales con otros horizontales, de manera que, técnicamente, no era ya una casa vieja. Todo salió tan bien como ellos esperaban, de modo que la transfirieron a un sujeto llamado Lapolla, quien había planeado hacer refacciones más extensas aún, hacia fines de este mes, tan pronto como pudieran desalojar a los inquilinos que quedaban. Bueno, a base de esto le vendimos la póliza. Vino a verme hace un instante, mesándose los cabellos. El edificio está completamente destruido e, incidentalmente, si no hubiera sido por las nuevas escaleras de incendios todos los inquilinos de los pisos superiores habrían sido quemados vivos. Aun así, hay tres o cuatro de ellos en el hospital ahora, con quemaduras de segundo grado. —Agitó el doblado periódico—. Según este, el fuego se inició tras las escaleras, en la planta baja. Ha sido clasificado como incendio de "origen sospechoso".

—A usted le parece que es algo extraño, ¿verdad? —inquirió Jordan.

—No creemos que Lapolla, como beneficiario, haya tratado de hacernos una mala pasada... sacar una póliza de seguro y luego incendiar deliberadamente su misma propiedad... Estamos tratando con él desde el año 1931. Es honrado. Pero siempre queda este pensamiento: la clase de gente que vive en tugurios como ésos puede ser ignorante al punto de sentirse resentida al ser desalojada para que puedan hacerse las reparaciones planeadas, y uno de ellos puede haber tratado de saldar de esa manera su cuenta con el arrendatario. De todas maneras, Jordan, usted sabe lo que tiene que hacer. Dé una mirada al lugar, trate de obtener una declaración del portero, de quienquiera haya estado en el edificio cuando se produjo el incendio... y de todos aquellos que estén en condiciones de prestar una declaración. Investigue a fondo ese "origen sospechoso" que insinúa el periódico, y si encuentra alguna evidencia... —pero Jordan, con el periódico sepultado en el bolsillo, cerraba ya la puerta de los cristales opacos.

Edificios incendiados no eran una novedad para él, pero éste era un completo desastre, y las viviendas intactas que lo rodeaban sólo daban a los vacíos y ennegrecidos huecos de las ventanas un toque adicional de espanto; ni un cristal, ni una astilla del armazón de madera habían quedado en la fachada del edificio; éste era ahora tan sólo una cáscara y ya se habían tomado las providencias necesarias para derribar la pared delantera antes de la caída de la noche.

—Investigador de los aseguradores —dijo, y le dejaron pasar a través de la barrera tan pronto como hubo mostrado sus credenciales.

—No sé aún cómo los sacamos a todos —comentó su escolta del Departamento, iluminando con su linterna, desde la puerta de entrada, la visión de pesadilla que antes había sido el *hall* de la casa —. Fue difícil, a pesar de que utilizamos las redes. Puedo asegurarle que si hubiera ocurrido un mes antes de que fueran colocados los nuevos escapes, el caso habría pasado a la historia. El fuego debe de haberse propagado hacia arriba, como ocurre en la mayoría de los casos.

Volvió la linterna hacia arriba y el rayo de luz se perdió de vista: no había techo que lo detuviera; sólo había, seis pisos más arriba, un fantástico enrejado de chamuscadas vigas a través del cual se asomaba el cielo azul; por allí el techo se había desplomado, desintegrándose en su camino hacia abajo como si pasara a través de una sucesión de cedazos.

—¿Hay algo extraño en el caso? —preguntó Jordan.

Avanzó hacia adelante caminando sobre los tablones que habían sido colocados entre la puerta de entrada y la escalera, reducida a un esqueleto.

—¿Por qué habría de haberlo? —fue la respuesta—. La manera como dejan sus automóviles "baby" estacionados tras las escaleras... puede contar los esqueletos de cuatro de ellos ahí, y sólo Dios sabe qué otra basura había sobre ellos, que está ahora convertida en cenizas... ¡Es como ponerse a rogar a Dios que se incendie la casa!

—¿Cree usted que es ahí donde se inició el fuego?

—Debe de ser. El sótano ha sido dañado, y el fuego se propaga hacia arriba, no hacia abajo... ¡Eh! ¡Vuelva usted acá! Esa escalera se vendría abajo si un gato tratara de ascender por ella...

—Préstemela un minuto —dijo Jordan extendiendo la mano hacia la linterna del otro—. No voy a subir, sólo quiero echar un vistazo detrás de la escalera. Nunca me ha ocurrido nada todavía en uno de estos lugares.

Caminó de costado hacia el extremo de los tablones, luego descendió al piso propiamente dicho de la casa, que estaba cubierto, hasta la profundidad del tobillo, por los escombros que habían caído desde arriba sin lograr vencer su resistencia. Probando cuidadosamente con el pie, a cada paso que daba, la firmeza del suelo que iba pisando antes de afirmar todo el peso de su cuerpo sobre él, avanzó lentamente hacia lo que parecía haber sido el fondo del corredor. La luz de la linterna reveló, bajo la escalera, una cantidad de retorcidas armazones de hierro, que una vez habían sido la carrocería de los coches "baby". Aquí el calor debió de haber sido terrible cuando el incendio estaba en su apogeo; la puerta que antes había conducido al sótano estaba completamente quemada. Un picaporte de hierro y dos goznes doblados eran todo lo que quedaba para demostrar que había existido. Sin embargo, los escalones que conducían abajo permanecían en pie: eran de cemento.

—¡Vuelva aquí —dijo el ayudante del comisario— antes de que haga desplomar sobre nosotros todo lo que queda de la obra!

Jordan se inclinó nuevamente y comenzó a hurgar entre las cenizas, utilizando una varilla de paraguas como instrumento. Una nube de finas cenizas que habían sido antes los cojines de los automóviles y las lonas con que éstos se cubrían, se elevó haciéndole cosquillas en las narices. Estornudó y, al hacerla, dejó en claro sobre los carbonizados maderos que habían constituido el piso, un espacio circular.

Fue cuando se había erguido y se había vuelto para marcharse, dirigiendo los rayos de su linterna hacia otro lado, cuando lo vio por primera vez. Al detenerse en él, por un fugaz instante, la luz de la linterna, emitió un opaco resplandor. Se volvió hacia él, buscándolo en el movible círculo de luz, lo perdió de vista, luego lo encontró nuevamente. Había caído en el interior de lo que había sido uno de los resortes de un coche para niños, y se había adherido a él, soldado por el calor; parecía un trozo castaño—amarillento de goma de mascar. Lo tocó, desprendiólo con un tirón: era duro como una roca. Parecía, en realidad, muy semejante a una guija, solo que era metálico; podía verse eso fácilmente. Iba a arrojarlo lejos de sí, pero al raspar su superficie con la uña del pulgar notó

que era más brillante adentro, casi tanto como si fuera de oro. Volvió junto al ayudante y se lo mostró.

—¿Qué le parece a usted que puede ser esto? —pregunto.

Al hombre no le pareció que aquello tuviera mucha importancia.

—No es más que un tornillo o pieza cualquiera, que se ha fundido, de una de esas carretillas —repuso.

Pero, evidentemente, no era "un tornillo o una pieza cualquiera", porque si lo fuera no se habría fundido de aquella manera con el calor: los aros y demás piezas de los coches no lo habían hecho. ¿Y qué metal tenía color amarillento y era más blando que el hierro... sino el oro? Lo deslizó en su bolsillo. Un joyero podría decírselo inmediatamente... a pesar de que, aún siendo así, tampoco con ello podría probar nada.

—¿A qué hora se dio la alarma? —preguntó al ayudante.

—La primera llegó a la estación central a las 9: 30, aproximadamente; luego se produjeron dos más.

—¿Tiene idea de quién dio la primer alarma?

—Un conductor de taxímetros... Estaciona su coche en la esquina próxima para salir a trabajar temprano en la mañana.

Jordan siguió la pista del hombre hasta el garaje en que estacionaba su automóvil. Lo encontró justo cuando emprendía viaje para hacer una nueva recorrida.

—Oí ruido de vidrios que se quebraban y pensé al principio que se trataba de un salteamiento —dijo el chófer—; luego, cuando miré, vi que salía humo por las ventanas.

—¿Había usted visto entrar o salir a alguien antes de que eso ocurriera? —inquirió Jordan.

—Para decirle la verdad —respondió el hombre—, estaba leyendo a la luz del tablero y no levanté los ojos una sola vez antes de oír el ruido.

En la sala de emergencia del hospital donde habían sido llevados los tres heridos más graves, Jordan se encontró con que ninguno de ellos estaba en condiciones de hacerle declaración alguna. Dos yacían bajo los efectos de una inyección de morfina y el tercero, inquilino de uno de los pisos altos, llamado Dillhoff, envuelto en compresas empapadas en té fuerte, para formar una envoltura protectora que reemplazara a los tejidos quemados, sólo pudo contemplarle con asustados ojos por sobre el borde de la venda que le cubría el rostro. Su esposa, sin embargo, estaba junto al lecho.

—¡Sí, seguros! —gritó indignada cuando Jordan se hubo presentado—. El dueño cobra su dinero... pero, ¿que gano yo si se muere mi esposo?

Dejó que se desahogara. Luego preguntó:

—Algunos de esos inquilinos que fueron obligados por Lapolla a desocupar sus departamentos, estaban bastante resentidos, ¿no es verdad? ¿Oyó usted a alguno de ellos proferir amenazas, decir que habría de cobrarse?

Los ojos de la mujer se dilataron al comprender la significación de la pregunta.

—¡Ah, no, no! —exclamó, retorciéndose las manos—. ¡Éramos todos amigos, ellos no habrían hecho eso a los que quedaban detrás! No, eran buena gente, pobres quizá, pero buena gente.

—La puerta de calle, ¿permanecía abierta o cerrada durante la noche?

—Abierta, siempre quedaba abierta.

—Entonces, alguien que no perteneciera a la casa habría podido penetrar en el *hall,* ¿verdad? ¿Vio usted durante los últimos días, se encontró usted, en el *hall* o en la escalera, con alguien que no viviese en el edificio?

No había visto a nadie. Pero, admitió, ella no salía muy a menudo.

Jordan salió del hospital y se puso en comunicación con el empleado que efectuó la redacción final de la crónica enviada por el reportero que informó sobre el caso.

—¿Qué fue lo que informó el reportero para que ustedes clasificaran el incendio como "de origen sospechoso"? —inquirió.

—¡Ah, eso! —exclamó el redactor—. Eso lo puse yo mismo para poder completar una línea —admitió jovialmente—. Un incendio con tres alarmas… no está mal rodearlo de una atmósfera de misterio…

Jordan colgó el receptor un tanto abruptamente, con los labios contraídos. ¡De manera que habla estado todo el día abocado a una tarea inútil, a causa del modo descuidado en que se jugaba en algunas oficinas con las frases! No había una pizca de evidencia, en todo lo que había podido descubrir, de que el incendio no fuera accidental.

Parmenter meneó la cabeza en señal de asentimiento después de haberle oído contar los resultados de su investigación, cuando, a las cinco aproximadamente, regresó, después de haber hablado con Lapolla y obtenido un informe del Comisario de Bomberos en persona.

—Eleve su informe —dijo lacónicamente—. Haré que se le envíe un cheque a Lapolla tan pronto como presente su reclamación.

Jordan terminó de redactar ambos informes, el que había estado haciendo aquella mañana y este otro; luego se dirigió a su casa, profundamente disgustado aún con los métodos del periodismo moderno.

El chico corrió a la puerta para dejarlo entrar, luego estuvo carrete ando en torno de él. Marie lo besó cariñosamente en la mejilla.

—Algo que te gusta a ti, querido... —dijo, con una sonrisa radiante—. Menudillos de ave.

Fue cuando ella volvió la cabeza para buscar algo en un extremo de la mesa, cuando él miró por segunda vez al cuello de su esposa.

—Te falta algo, querida —dijo.

Ella se llevó la mano a la garganta con ademán distraído.

—¡Oh, ya sé! —exclamó—. Mi relicario. ¿No te refieres a eso?

—¿Qué hiciste con él? ¿Lo perdiste?

—No —dijo ella lentamente—. Se desprendió por fin, después de tantos años. Lo llevé al joyero para que lo arreglara.

—Eso me hace acordar —repuso él y se palpó el bolsillo.

—¿Te hace acordar de qué? —preguntó ella tranquilamente.

—Oh, de nada, no te preocupes —respondió. Si tenía algún valor¡ si era de oro, quizá el joyero le daría, a cambio de el, alguna chuchería con la cual podría dar una agradable sorpresa a su esposa. Se levantó y salió nuevamente apenas terminada la cena diciendo que volvería en seguida.

—¿Está listo ya el relicario de mi mujer? —preguntó al hombre que— estaba detrás del mostrador; llevaba un pequeño casquete sobre la cabeza.

—¿Qué relicario? —fue la áspera respuesta—. Ella no ha dejado ningún relicario aquí. No he visto a su esposa en los tres últimos meses, Mr.·Jordan.

Debería de ser alguna otra joyería, entonces. Tosió para disimular su falta.

—Bueno, puesto que estoy aquí, échele una mirada ad esto. ¿Vale algo? —Dejó caer la informe masa calcinada de metal sobre el vidrio del mostrador. El anciano llevó un lente a sus ojos, aplicó una gota de ácido nítrico sobre el trozo metálico, movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Ajá. —dijo—, es oro. Espere, investigaré si es macizo o simplemente enchapado.

Tomó una escofina y comenzó a raspar la superficie del objeto de un lado a otro. Se volvió hacia Jordan con la palma extendida hacia arriba, estupefacto, para mostrar había dos burbujas metálicas ahora en lugar de una idénticas en su forma, pero algo más delgadas. Dos mitades de lo que había sido un relicario antes de que el fuego las soldara. Cuando el joyero movió la mano, de una de las dos mitades se desprendió un menudo polvo vidrioso, semejante al azúcar.

—¿Qué es eso, ahí? —preguntó Jordan, señalando con el dedo un chamuscado óvalo de papel que se adhería a una de las dos mitades del relicario—. ¡Présteme esa lente un minuto!

Contemplado a simple vista era sólo una mancha de color castaño, semejante a una película fotográfica sin revelar; bajo la lente se delineó un vago perfil.

—¿No tiene usted algo más poderoso? Alcánceme una lupa.'

El joyero volvió aprisa con ella, Jordan contempló el diminuto trozo de papel bajo el aumento y pronto se encontró a sí mismo mirando a una confusa instantánea de su propio hijo, tomada a la edad de tres o cuatro años. No dijo una palabra, sólo emitió algo así como un resoplido, como un caballo cuando bebe para calmar su sed. No cabía error alguno, aquello no era una ilusión óptica; en la otra mitad del relicario la lupa mostró claramente las letras: "H.J. a M.J. 1925."

Oyó que algún otro sujeto decía al joyero que no lo quería vender, al fin y al cabo, y oyó que alguien salía taconeando de la tienda; debió de ser él mismo, porque aquí estaba, con el relicario en el bolsillo, en el camino de regreso a su hogar. No dijo palabra cuando entró, sólo se sentó allí, leyendo y releyendo la crónica periodística del incendio, y temblando un poco más intensamente cada vez que la leía. Finalmente ahogó sus estremecimientos levantándose y sirviéndose un buen trago de la botella que estaba en el aparador.

—¿A qué joyero llevaste ese relicario? —preguntó quedamente.

—Al viejo Elías —repuso sin vacilar—. Es el único que conozco aquí cerca.

Él había estado allí hacía un instante. No dijo una palabra durante la hora siguiente. Luego, a las once, poco más o menos, sacó muy lentamente su pipa para fumar, como lo hacía de costumbre, por última vez antes de acostarse. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para que no le temblaran las manos mientras buscaba la lata del tabaco llenaba la cazoleta y comprimía luego su contenido con el pulgar. Cuando sacó del bolsillo un sobre de fósforos, ella acudió inmediatamente junto a él con la sonrisa propia de una hacendosa mujer de su casa.

—No, no —dijo—, ésa es mi tarea—.

Encendió la pipa, luego volvió el fósforo hacia abajo, diestramente apresó la cabeza entre sus dedos y dejó que siguiera consumiéndose hasta llegar al otro 'extremo. Él continuó mirando hacia abajo, por sobre su nariz, a la cazoleta de su pipa, y más allá aún, donde estaba la otra mano de su esposa. Sólo podía ver una cuarta parte del sobrecillo de fósforos ahora, el resto estaba oculto bajo su mano. No se le podía ver ya, había desaparecido completamente a la vista. Ella se irguió y caminó alrededor de la habitación. Se había olvidado de devolverle los fósforos, igual que la noche anterior. Sintió que su cara estaba húmeda, como si la atmósfera de la habitación fuera demasiado calurosa. Se levantó y luego se fue a la cama y se acostó bajo las cobijas sin sacarse los pantalones ni los calcetines.

Ella permaneció en la cocina un rato, luego entró llevando un platillo y una taza de la cual ascendía una nubecilla de vapor.

—Harry —dijo—, quiero que pruebes algo de esto, sólo para tener la seguridad de que dormirás bien durante la noche. El farmacéutico con quien estuve hablando anoche recomendó que...

—Tú pareces necesitarlo, y no yo —respondió él secamente.

—Yo tomé ya mi parte allí —aseguró ella—. Vamos, no dejes que se enfríe...

Él tomó la taza de sus manos y se sentó, manteniendo las frazadas alrededor de sus hombros con una mano.

—Bien, tráeme la caja y déjame ver qué es; quiero saber qué tomo.

Ella se volvió dócilmente y salió. Jordan sacó prontamente una pierna debajo de sus cobijas, abrió la tapa el radiador y vació allí el contenido de la taza.

—Sabe muy bien —dijo alcanzándole la taza cuando ella regresó con una lata en cuyo marbete se leía: "Ovaltina". Le hizo una mueca, tan semejante a una sonrisa como le fue posible—. Tan bueno como lo proclaman los avisos —afirmó, y volvió a recostarse pesadamente sobre su almohada. Las luces fueron apagadas.

Ella volvió nuevamente una media hora después y se me inclinó sobre él, escuchando.

—Harry —dijo quedamente—, Harry —y aún le sacudió débilmente por el hombro. Él no se movió. Por supuesto, había sido de suponer que el brebaje actuaría en seguida, pensó. Oyó cerrarse la puerta del frente, se levantó, calzóse los zapatos, púsose la chaqueta y se encaminó hacia allí. Al llegar a ella oyó que la puerta del ascensor se abría y, después, que se cerraba nuevamente. Abrió de un tirón la puerta del departamento, trató de detener el ascensor antes de que bajara, luego se detuvo súbitamente. ¿Detenerla? ¿De qué serviría detenerla? Sólo diría que no podía dormir, como la noche anterior, y aún él terminaría por creerle a medias. Tenía que saberlo de una vez por todas, asegurarse, y sólo había una manera de hacer eso.

Esperó a que la lucecilla roja de la llamada se extinguiera antes de llamar el ascensor nuevamente. La lucecilla blanca se encendió esta vez, y el portero le lanzó una mirada de sorpresa cuando vio quien era. El pobre Jordan no se encontraba como para hacer bromas, pero, aún así, se esforzó por chancearse.

—El insomnio parece contagioso —dijo. El portero sonrió forzadamente. No le creía y Jordan estaba lejos de culparle por ello.

Cuando llegó a la puerta, ella estaba aún a la vista, caminaba ceñida a la línea de edificios. Hacia la Tercera nuevamente, hacia la Tercera donde las casas no son a prueba de incendios, donde las casas no tienen porteros. Esperó a que ella hubiera dado la vuelta a la esquina antes de comenzar a seguirla, porque si volvía la cabeza… El portero estaba junto a él todo aquel tiempo, preguntándose qué podría ser aquello que estaba ocurriendo. Jordan empleó esos segundos en fingir que desprendía de la suela de su zapato algo que nunca había estado allí. Cuando llegó finalmente a la esquina, ella había adelantado ya dos cuadras: las cuadras correspondientes a las avenidas son más cortas que las cuadras laterales. Cruzó a la acera opuesta, de manera que pudiese acercarse más a ella, sin hacerse notar demasiado; luego fue aproximándose hasta que sólo hubo medía cuadra de distancia entre ambos, ella en el lado oeste de la calle, él en el lado este. Los pilares del Elevado se interponían entre ellos como una especie de ralo cerco de estacas, y además había ocasionales columnas indicadoras de una peluquería, o vacías vidrieras que sobresalían de las tiendas, para ocultarle. Pero ella no volvió la cabeza una sola vez.

Cuando llegó a la esquina que había sido escenario del incendio de la noche anterior, unas diez cuadras hacía el norte de donde ellos vivían, se detuvo, y él la vio allí, de pie, contemplando fijamente a través de la calle el derruido edificio. La pared del frente había sido derribada ya, pero los muros laterales se mantenían aún en pie, unidos por una que otra viga. Era casi como si estuviera devorando la escena, deleitándose con ella y aquella circunstancia era la más siniestra prueba de que sabía lo que era, de que había estado allí antes.

Jordan se llevó la mano a la garganta, como si le faltara el aire, y volvió la cabeza hacia otro lado, ,con gesto enfermo. Toda pizca de esperanza que hubiera podido conservar hasta entonces de que ella había perdido el relicario y de que algún inquilino de la casa había podido encontrarlo, y llevarlo allí y perderlo nuevamente en el incendio, fue barrida implacablemente; no había ya lugar a dudas.

Ella comenzó a caminar nuevamente, y él hizo lo mismo. ¿Por qué no regresaba? ¿Acaso no era demasiado malo ya lo que había hecho? ¿Iba a hacerlo nuevamente, a la noche siguiente? Pero la esperanza es un manantial perenne, y un minuto después de que ella se había condenado irrevocablemente a sí misma al detenerse a contemplar su obra, él estaba nuevamente tratando de encontrarle en su mente una puerta de escape. Indudablemente había estado allí la noche anterior — de nada valía negar eso—, pero, ¿habría podido regresar al departamento tan tranquila, después de haber realizado *intencionalmente* una cosa como aquélla? Nadie habría podido hacerlo. Debía de haber sido accidental. Quizá había tenido que encender un fósforo para alumbrar su camino en el piso bajo, lo había arrojado luego sobre la barandilla y se había alejado sin darse cuenta de lo que había hecho. O quizá algún otro lo había hecho, inmediatamente después de que ella se había alejado. Quizá había ido a visitar a algún familiar indigente o descarriado de la buena senda, acerca del cual no deseaba que él supiera nada, le había dado el relicario para que lo vendiese, y luego le había mentido a él diciendo que lo había dado al joyero. Aun la mejor de las mujeres puede a veces ocultar cosas como ésas a su marido. Era eso sólo lo que impedía correr en su alcance, tratar de detener la. Sólo que, ¿por qué no regresaba a casa? ¿Por qué, en el nombre del Cielo, no regresaba a casa ahora?

En lugar de hacerla, siguió caminando dos cuadras más; luego, abrupta, impulsivamente, se internó, hacia a derecha, en una calleja lateral que llevaba a la Segunda Avenida. Él se colocó nuevamente en el lado opuesto de la calle, pero aminoró un punto su marcha, puesto que aquélla era mucho más estrecha que la arteria que corría de norte a sur. Era aquél un barrio de casas decrépitas y desprovistas de protección, atestadas desde el sótano hasta el techo de indefensos durmientes, y él sintió, al seguirla, zaguán tras zaguán, que su espina dorsal estaba fría como un trozo de hielo. Y no pudo dejar de notar que ella movía levemente la cabeza hacia un costado a cada mohosa puerta ante la cual pasaba, mirando hacia el interior. Fue más allá de la Segunda, luego hasta la Primera, y, de pronto, sin previo aviso, se volvió, comenzó a rehacer su camino. Él se precipitó al abrigo de la puerta más cercana, y se ciñó a ella, para dejar que pasara. Al fin — suspiró con alivio— regresaba al departamento. Y luego el horrendo pensamiento se hizo presente en su cerebro... ¿Había estado haciendo un simple reconocimiento, tratando de elegir el lugar adecuado para realizar su siniestra tarea?

Esta vez no había ni siquiera un conductor de taxímetros en los alrededores; la calle, el barrio, todos estaban muertos. Ella se acercaba a un edificio desocupado, que había sido rematado judicialmente y que probablemente estaba condenado a ser demolido, cuyos cinco pisos de ventanas sin cortinas parecían contemplar la calle con mirada inexpresiva; la mayor parte de los

vidrios de las ventanas mas bajas habían sido víctimas ya de los chiquillos que, durante el día, jugaban al fútbol en la calle. Ella había pasado ya por allí anteriormente. Ahora, al llegar junto a él, la negrura de su abierta puerta de entrada pareció absorberla repentinamente. Durante un segundo estuvo allí, perfectamente visible en el medio de la calle; al segundo siguiente se había evaporado, se había desvanecido como una voluta de humo, y él se estremeció al pensar en lo que aquello significaba.

Salió de su escondite y comenzó a caminar diagonalmente hacia donde ella había entrado. A medida que se acercaba apretaba el paso, hasta que se encontró casi corriendo. Miró hacia el interior desde la calle: era como tratar de vislumbrar algo a través de una pieza de terciopelo negro. Entró caminando muy suavemente, con una mano extendida ante sí. Repentinamente algo le azotó el estómago y casi se dobló en dos como una navaja sevillana. Para calmar el sofocante dolor que le abrasó el vientre, se oprimió el cuerpo con una mano, mientras con la otra exploraba el obstáculo. La puerta de entrada había sido, evidentemente, sacada de su quicio robada y acarreada para hacer leña con ella. En su lugar los nuevos propietarios o la policía habían clavado algunos tablones para mantener apartados a probables intrusos, y de ellos todos, menos el del medio, habían sido nuevamente arrancados, de suerte que el que deseara entrar sólo debía agacharse y deslizarse bajo él, o, más difícilmente, saltar por encima: se inclinó y pasó por debajo del tablón, luego camino en puntillas por el antiguo y mohoso *hall* rozando la pared con el hombro para guiarse, deteniéndose a cada instante para escuchar, tratando de averiguar adónde había ido ella.

Súbitamente el débil resplandor de un fósforo se hizo visible en el otro extremo del *hall.* No la llama, propiamente dicho, sino su indistinto reflejo, algo así como una obscuridad con puntitos rojos, si ello fuera posible. Venía de atrás de la escalera; de allí también procedían aquel sonido de papeles secos retorcidos y, luego, el ominoso ruido de un cajón arrastrado por el suelo, que se oyeron antes de que él pudiera avanzar un solo paso.

Se lanzó hacia adelante, caminando aún en puntillas. El resplandor del fósforo se extinguió, luego cintiló otro en su lugar. Dio la vuelta a la base de la escalera y se detuvo, petrificado...

La vio con sus propios ojos. La atrapó en el instante mismo en que consumaba su obra, con las manos encendidas, eliminando toda duda, imposibilitando todo perdón de una vez por todas. Había arrastrado un cajón lleno de viejos periódicos hacia el ángulo formado por las dos paredes del pequeño espacio que quedaba debajo y detrás de la larga escalera de madera, reseca como una yesca, que ascendía los cinco pisos y sobre la cual una rota claraboya hacía las veces de perfecta chimenea. Vio cómo el encendido fósforo se desprendía de su mano y caía en el interior del cajón; luego un segundo fósforo resplandeció y siguió al anterior con la rapidez que sólo una mujer puede imprimir a ese ademán, y Jordan vio cómo ella se preparaba para encender un tercero.

La atrapó con las dos manos; con una le aferró la muñeca, con la otra la nuca. No pudo volverse emitió un sonido entrecortado y se agitó como una bandera desplegada al viento. Él la hizo a un lado y luego hacia atrás violentamente, aflojó la presión de sus manos y la oyó, tras de sí, golpear contra la pared. El silencio de ambos, en una penumbra que comenzaba a dejar de serlo, iluminada por amarillentos resplandores que surgían del cajón, cada vez más altos, sólo contribuía a hacer más horrorosa la situación. Pateó el cajón lo más lejos que pudo, luego pisoteó su contenido, una y otra vez, aplanando los papeles, tratando de extinguir el siniestro resplandor gualda. Las llamas fueron apagándose; la oscuridad impenetrable reinó en torno nuevamente, y oyó el ruido leve de los pasos de ella que se alejaban corriendo por el largo *hall,* corriendo locamente hasta que se desvanecieron al llegar a la puerta de calle. No podía seguirla aún, tenía que asegurarse.

Cometió el error de tomar el cajón con la mano e intentar arrastrarlo hacia afuera. La corriente de aire surgida a causa del repentino movimiento debió de encender en su interior una docena de malignos ojos de color escarlata. Luego un desnivel entre dos maderas del derruido piso se incendió también, comenzó a arder antes de que pudiera detener el progreso del fuego. Éste empezó a extenderse, lejos de la escalera ahora, sin encontrar obstáculos, bajo la claraboya que lo absorbía. Instantáneamente los papeles y las rojas chispas ascendieron remolineando, como en una especie de mortal embudo; ante sus propios ojos vio cómo las pavesas se hacían más grandes, más brillantes, cómo los carbonizados papeles estallaban nuevamente en ambarina llama y ascendían por el largo hueco tenebroso golpeando contra las paredes y las barandillas de la escalera, semejantes a otras tantas granadas de mano, encendiendo las resecas maderas. Antes de que hubiera podido aproximarse al más cercano de ellos, toda la enloquecida espiral se encontraba iluminada, sobre su cabeza, con concéntricos círculos de luz, uno por cada piso. Era demasiado tarde... ¡Ella se había salido con la suya, a pesar de él! Se volvió en el primer descansillo, hasta el

que había subido, descendió y atravesó corriendo el *hall,* acordándose del tablón atravesado allí justo a tiempo para evitarlo. Tras él comenzaba a oírse ya un débil chasquido, semejante al que producirían multitud de ratas al roer algo. Salió disparado por la oscura puerta y dobló corriendo la esquina.

La vio, unos pocos pasos delante de él: no había ido tan lejos, al fin y al cabo. Estaba merodeando por los alrededores, como si no pudiera apartarse del escenario de los acontecimientos. Él le apresó la mano al pasar y la arrastró tras sí hacia la esquina donde estaba la alarma contra incendios. Ella no ofreció resistencia, no trató de escapar, ni siquiera cuando la soltó para efectuar la llamada. Le tomó nuevamente la mano y siguió corriendo con ella, sin esperar a que llegaran los bomberos. Si hubiera estado solo, todo habría sido diferente, pero temía que ella dijera algo, que se contradijese si la interrogaban. No quería que la arrestaran... por lo menos, no quería que la arrestaran hasta que él supiera qué le ocurría. Se habían alejado tres cuadras ya cuando las autobombas y los camiones de los bomberos pasaron rugiendo y rechinando junto a ellos, por la Tercera Avenida, con sus satánicas luces rojas encendidas. Él inclinó la cabeza, pero ella se volvió y los contempló fijamente.

La única vez que él habló en todo el camino fue para preguntar le con voz sorda:

—¿Cuántas veces lo hiciste... antes de esta noche?

Ella no respondió.

Cuando el portero de su propia casa les hubo llevado en el ascensor hasta el piso en que vivían y hubo dicho "Buenas noches", fue ella quien contestó, con toda naturalidad, como si nada hubiese ocurrido. Jordan cerró la puerta con llave tras de ambos... detrás de lo que ellos dos, y sólo ellos, sabían. Se secó la frente con el dorso de la mano, luego se volvió y la apoyó contra la puerta.

—En esa casa habrían podido vivir seres humanos —dijo fatigosamente.

—Pero, no los había, estaba desocupada —repuso ella con toda simplicidad.

—Pero sí los había y muchos, en las casas que están a ambos lados de ella. Sería lo mismo si hubiese sido sólo una pila de leña abandonada en un terreno baldío. —La tomó por los hombros, forzándola a mirarlo—. ¿No te sientes bien? ¿Te molesta tu cabeza? ¿Qué te impulsa a hacerlo?

Ella se encogió, súbitamente horrorizada.

—¡Oh! ¡Oh, no, no, nada de eso! Sé lo que quieres decir. ¡Harry, no me despojes de la facultad de pensar cuerdamente, no puedes hacerlo! ¡No me ocurre nada! Te dijeron eso mismo hace mucho tiempo, te lo probaron, todos ellos, después de mi accidente.

Se habría arrodillado, pero él la detuvo.

—Entonces, ¿por qué lo haces?, ¿por qué?, *¿por qué?*

—No lo sé. No puedo evitarlo.

Y eso fue todo lo que dijeron aquella noche.

Vestía aún las misma ropas —no se había acostado en toda la noche— cuando dejaron el periódico matinal a su puerta. Se levantó tiesamente de la silla cuyas dos patas posteriores había calzado contra la puerta para asegurarse de que ella permanecía en el departamento, tomó el periódico y buscó la crónica del incendio. No se hacía mucho ruido en torno al caso; el fuego había sido extinguido después de haber consumido la escalera, y la policía se sentía inclinada a creer que dos vagabundos que habían buscado refugio en uno de los pisos superiores, lo habían causado inadvertidamente, ya sea al fumar o al cocinar su comida. Uno de ellos había huido, pero el otro había sido encontrado, con una pierna quebrada, en el patio de los fondos, adonde había saltado en un intento por salvarse, y estaba en el hospital. Jordan tomó un sobre, garrapateó en él el nombre del sujeto y luego puso en su interior un billete de cinco dólares y una nota, con estas solas palabras: "Lo siento, compañero".

Luego llamó telefónicamente a la policía.

—¿Se van a hacer cargos contra ese vagabundo, tal y tal, en relación con este incendio de la noche anterior? —inquirió.

Ciertamente que sí se iban a hacer cargos, le aseguraron: vagancia, escalamiento, incendio del edificio... y, de todas maneras, ¿quién quería saberlo?

—Soy un investigador de la Herk Insurance Company, Tendrá que arreglarse solo en cuanto a las dos primeras acusaciones, pero me gustaría decir algunas palabras en su descargo en cuanto a la tercera. Hágame saber por teléfono a mi oficina cuando se inicie el caso.

Era una manera de ganar tiempo para tratar de librar al hombre, cuando llegara el momento, sin implicarla a ella.

Luego telefoneó a su patrón.

—Anule ese informe que redacté acerca del incendio de anteanoche, el de la propiedad de Lapolla, y no pague todavía esa indemnización. —Tragó saliva—. No fue accidental... fue intencional.

Parmenter se excitó.

—¿Quién es el responsable? ¿Tiene alguna idea? —inquirió.

—Una mujer desconocida —dijo Jordan vagamente—. Eso es todo lo que puedo decirle por ahora. Lapolla no tiene personalmente ninguna relación con el caso, respondo de ello. Le pasaré un nuevo informe cuando obtenga algunas pruebas más, y... y llegaré a la oficina bastante tarde hoy.

Se encaminó a la puerta del dormitorio, extrajo la llave de su bolsillo y abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras; él había clavado las cortinillas venecianas al antepecho de la ventana la noche anterior. Mirándola acostada allí, tan tranquila, tan inocente, se preguntó si estaba demente o qué. Sin embargo, los especialistas que la examinaron cuando ambos iniciaron juicio contra la compañía de taxímetros de uno de los cuales ella había caldo, no habían podido encontrar ni una señal de fractura o conmoción; estaba perfectamente bien en cuanto a eso. Como consecuencia de ello había perdido el pleito. Pero quizá cosas como aquélla se iban produciendo lentamente, o quizá no había relación alguna entre ambas circunstancias y se trataba de algo más profundo, más inexplicable.

La despertó suavemente y dijo:

—Será mejor que vayas a atender al chico, que tiene que ir a la escuela. Pero no digas nada ante él de lo ocurrido anoche, ¿comprendes?

Cuando el niño partió rumbo a la escuela, dijo:

—Salgamos a tomar un poco de aire; no tengo que trabajar hoy: Parmenter está enfermo y en cama.

Ella tomó su abrigo y su sombrero sin decir una palabra. Se alejaron sin tener aparentemente un rumbo fijo, pero Jordan la condujo luego hacia la Quinta Avenida y allí hizo señas a un ómnibus. Tiró de la campanilla al llegar a la 168 y ella descendió y lo siguió calladamente. Pero cuando él se detuvo un poco más adelante, la mujer alzó la vista para contemplar el edificio junto al cual se encontraban.

—¡Pero, si éste es el Instituto Psiquiátrico! —exclamó, y se puso intensamente pálida.

—Parmenter está ahí, sometido a tratamiento; eso me dijeron cuando llamé a la oficina —explicó él—. Tú entra y espera, quiero subir y ver cómo sigue.

Ella entró tras él sin oponer más reparos. La dejó, sentada allí en la sala de espera, y solicitó hablar con uno de los miembros del personal facultativo. Cerró los ojos y apenas pudo contestar cuando le preguntaron qué podían hacer por él.

—Desearía poner a mi esposa en observación —murmuró. En el camino hacia allí había ensayado mentalmente lo que habría de decir; no podía contarles toda la verdad... o, por lo menos, no podía decírsela todavía. Sería encarcelada si estaba mentalmente sana, enviada a una de las odiosas Instituciones del Estado, si desequilibrada; él no podía dejar que le ocurriera eso. En el peor de los casos había sanatorios privados, hogares para mujeres, donde él mismo podría ponerla... Pero tenía que averiguarlo todo primero. Le pregunta— ron qué síntomas presentaba.

—Nada demasiado alarmante —repuso—. Sa... sale sola a caminar a media noche, eso es todo; dice que no puede dormir. —El incendio debía permanecer fuera de todo aquello, a cualquier precio; sacó desganadamente del bolsillo una pequeña botella llena del líquido color chocolate que había recogido del fondo del radiador—. Tengo motivos para creer que quiso darme una poción adormecedora, para que no me inquietara acerca de su salida. Ustedes podrán averiguarlo si analizan esto. Tenemos un hijo; creo que por el bien de él deberían ustedes devolver la paz a mi espíritu.

Le dijeron que podía, si así lo deseaba, tomar una de las habitaciones privadas para ella y dejar

que pasara la noche allí; luego, uno de los doctores del personal facultativo podría revisarla cuando viniera. Empero, ello tenía que ser voluntario, no podían obligarla a quedarse contra su voluntad, sin un certificado médico, a simple pedido de él.

Jordan asintió.

—Saldré y conversaré con ella —dijo. Volvió adonde estaba su esposa y se sentó a su lado.

—Marie —dijo—, ¿confiarías tú lo suficiente en mi como para quedarte aquí durante la noche, de modo que ellos puedan decirnos si te ocurre algo?

Ella se asustó al principio.

—¡Entonces no era tu patrón! —exclamó—. ¡Yo sabía eso, sabía que ibas a hacer esto desde el momento en que dejamos la casa! —Bajó la voz hasta convertirla en un murmullo, para no ser oída por nadie más—. ¡Harry, estoy sana! ¡Tú lo sabes! ¡No me hagas esto a mí, no puedes hacerlo!

—O esto, o tendré que ir a la policía contigo. ¿Qué prefieres? —le preguntó también en un susurro—. Tengo que hacerla, si no lo hago soy tu cómplice. Terminarás por matar a alguien, si no lo has hecho ya sin que yo lo sepa. Es por tu propio bien, Marie.

—Nunca más lo haré nuevamente... —gimió ella—. ¡Te juro que no lo haré! —rogó con expresión tan convincente, con tal infantil ansiedad, que él vio inmediatamente dónde residía el verdadero peligro. Era como arrojar agua en el lomo de un pato: ni aún ahora parecía ella darse cuenta de la enormidad que significaba haberlo hecho alguna vez, ciertamente seguiría haciéndolo a cada nueva ocasión que se le presentara.

—Pero tú misma dijiste que no sabías por qué lo hacías, que no podías evitarlo —replicó.

—Bien, mantén los fósforos alejados de mí, entonces; no permitas que los vea, no fumes en mi presencia.

—Escúchame —manifestó Jordan—, no les he dicho una sola palabra acerca de los incendios... guardaremos el secreto para nosotros, hasta que encontremos una u otra salida. Pero no les mientas, Marie. Sólo tratarán de ayudarte. Si te lo preguntan, confiésales abiertamente esa manía tuya, esa fascinación que sobre ti ejercen los fósforos, sin hacerles saber que has cedido ya a ella. —Le palmeó la mano para reanimarla—. ¿Te parece bien?

Ella estaba mucho más tranquila ahora, se había repuesto de su primer susto.

—¿Juras tú que no tratarán de retenerme aquí contra mi voluntad, que no usarán de la violencia... un chaleco de fuerza o algo por el estilo? —interrogó.

—Soy tu esposo y no dejaría que nada de eso te ocurriera —afirmó él—. Tú permaneces aquí durante la noche, por tu propia libre voluntad, y mañana, infaliblemente, vendré por ti y oiremos lo que tienen ellos que decir.

—No me gusta dejar al niño así. ¿Quién le cuidará, Harry? ¿Quién le preparará las comidas?

—Lo enviará a Mrs. Klein, la madre de ese pequeño con quien suele jugar, para que cene allí y se quede durante la noche.

—Muy bien —asintió ella—. Lo haré... pero ya lo verás, te dirán que no me ocurre absolutamente nada.

Sonrió confiadamente como si estuviera ya segura del resultado de la experiencia. Él suministró los datos necesarios al empleado de la mesa de entradas y, mientras la enfermera la conducía a su habitación, vio que sonreía aún. No le agradó eso.

Volvió a la oficina, pero no pudo concentrar su atención en lo que hacía; tres veces intentó redactar un nuevo informe sobre el incendio del edificio de Lapolla y las tres veces terminó por romperlo. ¿Cómo podía ser leal a la compañía que lo empleaba, presentar pruebas de que el incendio había sido intencional, sin complicarla a ella? Debía de haber una manera de hacerlo, pero tendría que esperar hasta que se encontrara más tranquilo, hasta que pudiese pensar con mayor lucidez. A las tres de la tarde regresó al departamento con el fin de encontrarse con el niño cuando éste volviera del colegio

—Tu madre ha ido de visitas —le dijo—. Ve a preguntar a Mrs. Klein si no tiene inconveniente en que te quedes a pasar la noche en su casa.

El chico pareció encantado con la idea y partió corriendo. Unos diez minutos después regresaba; los Klein vivían en la cuadra siguiente.

—¡Qué mala suerte! —exclamó—. ¡Sammy va a tener un nuevo hermanito y no pueden recibir a

nadie en la casa!

Jordan sabía que habría podido llevarlo a cenar a un restaurante, si fuera la cena todo lo que importaba, pero vio que el niño estaba decepcionado y se compadeció de él.

—¿Tienes algún otro amigo en casa de quien puedas quedarte? —interrogó.

—¡Ciertamente! —fue la respuesta—. Podría ir a casa de Frankie... ¡Es un muchacho formidable!

—Bien, pero dame la dirección primero; yo pasaré por allí esta noche y si no me gustan las trazas del lugar, te traigo de nuevo aquí conmigo.

El apellido era Vizetelly; anotó el número de la casa: estaba en la inmediata vecindad, pero un poco más hacia el este. Era un lugar magnífico, le aseguró el chiquillo, y ya había estado allí tres veces anteriormente. Jordan sonrió y le dejó ir. Suspiró luego y regresó a la oficina nuevamente.

Permaneció sentado a su escritorio hasta mucho después de que todos los demás se habían retirado, fatigándose sobre el informe del incendio de Lapolla, a la luz de una lámpara atenuada por una pantalla cuando la oscuridad fue demasiado intensa para poder ver. Lo mejor que podía hacer era alterar la declaración del conductor de taxímetros, haciendo aparecer como que él había visto a una mujer salir corriendo de la puerta de entrada de la casa unos quince o veinte minutos antes de que el fuego hubiese sido descubierto. La Herk Company no repreguntaría al chófer una y otra vez acerca de su declaración, estaba seguro de ello; la dificultad consistía en que si el asunto llegaba alguna vez a oídos del jefe de bomberos... ¡Ufff! Era la primera vez que ponía una falsedad deliberada en uno de sus informes, pensó amargamente; pero permitir que en el informe apareciera el incendio como accidental, sabiendo lo que él sabía, sería una falsedad mayor aún. Pensó que aquel incendio de la semana pasada en Washington Heights debería ser investigado nuevamente también, pero ya se había pagado la indemnización, y mentar el caso nuevamente aparejaría enormes dificultades. Se apretó la cabeza entre las manos, abatido. Finalmente sepultó el informe con un movimiento de la mano en lo más recóndito del cajón, fuera de su vista, se levantó y contempló el reloj. Eran las nueve; había permanecido varias horas después de la salida. Apagó la luz, buscó a tientas su camino hacia la puerta y cerró con llave tras de sí la puerta de la silenciosa oficina.

Penetró en un restaurante y pidió algo de comer, por costumbre simplemente; luego se encontró con que no podía probar la comida. Permaneció allí sentado, fumando un cigarrillo tras otro, preguntándose cuál sería el veredicto. Debían de haberla examinado ya, no iban a esperar hasta la una o las dos de la mañana para hacerla. Quizá él podría averiguarlo si llamaba por teléfono. Quizá le dejarían hablar con ella. Podría reanimarla, saber cómo lo estaba pasando. ¿Por qué no? No estaba forzada a guardar cama, no le sucedía nada desde el punto de vista de su salud física. Finalmente no pudo soportarlo más, tuvo que saberlo, aspiró profundamente y se puso en pie. El reloj decía que eran las diez y veinticinco minutos. Se encerró en una casilla telefónica y llamó al Instituto Psiquiátrico.

—¿Me sería posible hablar unas palabras con Mrs. Marie Jordan? —preguntó tímidamente—. Fue internada a mediodía, para ser mantenida bajo observación. Habitación 210. Habla su marido.

—Esto no es un hotel, Mr. Jordan —fue la áspera respuesta—. Lo que me pide es absolutamente contrario a las reglamentaciones.

—No puedo llamarla por teléfono, ¿eh? —preguntó desamparadamente.

—No sólo eso —repuso la voz rápidamente:—; la paciente fue dada de alta hace media hora a su propio pedido; está perfectamente sana tanto física como mentalmente.

Jordan se irguió.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. ¿Saben ustedes lo que han hecho?

—Lo sabemos, generalmente —gruñó la mujer—. Espere un segundo, iré a ver el informe que nos dejó el médico que la examinó, para su mejor gobierno.

Finas gotas de sudor comenzaron a perlar su semblante mientras esperaba que ella regresara. Luego la voz comenzó a leer:

—Marie Jordan, edad treinta y ocho, peso ciento cuarenta libras, ojos azules, cabello... ¿Es ésa su esposa?

—¡Sí! ¡Sí! ¿Qué dice el informe?

—Perfectamente normal —leyó la mujer—. Instinto maternal fuertemente desarrollado, metabolismo sano, ninguna clase de trastornos nerviosos. Desearía llamarle la atención, Mr.

Jordan, acerca de una breve postdata escrita de puño y letra por el Dr. Grenell. El Dr. Grenell, quizá no lo sepa usted, es una de nuestras más grandes autoridades en esta especialidad. Generalmente sabe lo que dice y parece estar completamente seguro acerca del caso de su esposa. —Se aclaró la garganta significativamente y leyó—: "Esto me parece a mí un caso evidente de intencionada persecución por parte del esposo de la paciente. Esta opinión parece concordar perfectamente con su costumbre de seguirla furtivamente por las calles, de suerte que ella se vio finalmente obligada a salir durante la noche cuando le creía dormido; así como con el hecho de que la encerró con llave en su habitación, montando guardia afuera de la puerta, y de que había tenido alucinaciones a causa de las cuales afirmaba que la comida que ella le preparaba estaba narcotizada. El análisis químico del líquido sometido a nuestro examen prueba que el cargo es enteramente infundado. La sujeción a un trato como éste durante un período de meses o de años ejercerá indudablemente una influencia adversa en la salud física y mental de esta mujer, pero, hasta ahora, no existen síntomas de ella. Le he avisado que tiene derecho a la protección policial si los hechos se repiten. Caso concluido. Grenell, M. D."

—Dígale al Dr. Grenell que lo felicito —gruñó Jordan—. Ha puesto en libertad a una piromaníaca, en una ciudad que duerme.

Colgó y permaneció allí, vacilante, balanceándose hacia adelante y hacia atrás sobre sus talones, en la estrechez de la cabina.

Quizá estaba sana, quizá ellos tenían razón... ¡ Pero entonces era una criminal, criminal en el peor sentido de la palabra, que ni siquiera contaba para justificar sus crímenes con el móvil común en casi todos los criminales, la esperanza de obtener algún beneficio! Estuvo meneando la cabeza de un lado a otro durante un rato. No, él estaba en lo cierto y ellos se equivocaban, a pesar de todos sus expertos y de todas sus investigaciones. Ella había tenido suerte y los había burlado, eso era todo. El simple examen de sus movimientos bastaba para convencerlo de que aquel brebaje que le dio a la hora de acostarse tenía algún narcótico; el líquido debió de haber sedimentado en el fondo del radiador y él sólo había recogido en su recipiente, para hacerlas analizar las capas más próximas a la superficie. No los culpaba, en cierto modo; él había retenido deliberadamente, para salvarla, la clave de todo el asunto; su compasión se volvía contra él. Con toda seguridad que la había encerrado con llave en su habitación, ciertamente que la había seguido por las calles... ¡lo que ellos no sabían era que la había atrapado a la una de la madrugada arrojando fósforos encendidos en un cajón lleno de papeles resecos, bajo la escalera de un edificio desocupado! ¡Bien, al demonio con ellos, puesto que de nada le habían servido! Todo estaba en sus propias manos nuevamente, como al principio. Tendría que arreglárselas como mejor le diera a entender Dios, sin ayuda de afuera.

"¡Instinto maternal fuertemente desarrollado!" Por supuesto que lo tenía, ¿por qué no? Era perfecta en todo sentido, ejemplar, salvo por aquella horrible manía que se había apoderado de ella. "Instinto maternal... " ¡El niño! Sintió que se le helaba la sangre en las venas. Había sido dada de alta media hora antes; lo primero que haría sería buscar al niño y él le había dicho adónde lo iba a llevar. No le tenía ninguna confianza ahora, en nada. ¡Iba a ir allí, en seguida, a retirarlo antes de que ella lo hiciera! No creía realmente que fuera a dañarlo, pero podría llevarlo consigo, no regresar al hogar, desaparecer, temerosa de él o resentida por lo que había hecho. ¡Mas no lo haría mientras él pudiera evitarlo! No iba a perder de vista a su hijo desde ahora en adelante, iba a dormir en la misma habitación en que él dormía, aunque ella volviese al departamento. ¡Una mujer cuyo sentido moral era tan precario como para no impedirle quemar a seres humanos vivos, ni suministrar a su esposo un narcótico adormecedor...! ¿Qué podría predecir de qué sería capaz?

Casi quebró los cristales de la cabina telefónica al salir de ella, tanta prisa llevaba. Arrojó algún dinero a cajero sin esperar que le devolviera el cambio, saltó a un taxímetro y dio al conductor la dirección de los Klein.

—Dése prisa, ¿quiere? —dijo—. Cada minuto vale oro.

—Haré lo que pueda, patrón —prometió el chófer.

—Eso no sirve —gruñó Jordan—. Duplique la velocidad y aun me parecerá poca.

Pero habían partido de la parte baja de la ciudad, cerca de su oficina. Las once menos cuarto casi se habían convertido ya en las doce y cuarenta, a pesar de todos los esfuerzos del conductor, cuando llegaron al East Side Eighties. Saltó del automóvil ante la casa de los Klein, pagó al conductor y entró corriendo. Apretó con furia el timbre de la puerta del departamento. Klein en persona vino a atender la puerta; reinaba gran agitación en el lugar, todas las luces estaban

encendidas.

—¡Shhh! —advirtió orgullosamente—. Mi esposa nos hace presente de un nuevo miembro de la familia.

Extrajo del bolsillo de su chaleco un largo cigarro negro, lo alcanzó a Jordan con una amplia sonrisa. Su interlocutor dio un paso hacia atrás con la expresión de quien ha recordado algo súbitamente.

—¡Oh, ahora me recuerdo! Me dijo eso esta tarde, que no venía aquí al fin y al cabo, que iba a algún otro lugar... mi hijo... —buscó torpemente en sus bolsillos el trocito de papel en el que había escrito el nombre y la dirección de la casa.

—Sí, su mujer estuvo preguntando por él hace unos minutos —dijo Klein—. Yo no sabía nada, pero oí a Sammy (ése es mi hijo) decirle que había ido a casa de algún otro chico... —se interrumpió, estupefacto, al ver al otro precipitarse escaleras abajo nuevamente, llevando en su mano un menudo trozo de papel; miró a "sus pies y allí vio el cigarro envuelto en papel de celofán que le había ofrecido segundos antes. Se inclinó y lo alzó, meneando la cabeza y murmurando—: Carencia absoluta de instinto paternal...

Jordan aferraba el papel en su mano como si de ello dependiera su vida, como si pudiera llegar más pronto con sólo desearlo. ¡Vizetelly, ese era el nombre, por qué no se habría acordado antes! Ella debía de haberle ganado ya la carrera con el tiempo, debía de haber llegado y se habría nevado ya al niño. Si volvía con él al departamento no había nada que temer, pero si a su pobre mente enferma se le ocurría romper con él, abandonarlo y esconderse en algún lugar, ¿cómo iba él a...?

El enfermizo aullido de la sirena de un camión de bomberos, proveniente de algún lugar lejano, le hizo detenerse como si hubiera recibido un balazo; le pareció que la sangre se le helaba en las venas. Luego reanudó su camino con un estremecimiento. Demasiado lejano para significar nada, pero, ¡Santo Cielo, qué horrible pensamiento había sido aquél!

Mas no se extinguió. Por el contrario, fue aumentando de volumen, acreciendo hasta estallar repentinamente en un ensordecedor alarido metálico, y luego, al extremo de la calleja lateral por la que caminaba, vio cómo pasaban en enloquecida carrera los camiones de los bomberos, primero uno, luego otro y un tercero finalmente; y al volver la esquina vio gente que corría, exactamente igual a como él corría ahora, sólo que no tan aprisa ni tan aterrorizada, hacia otra calle lateral, dos cuadras más adelante. Y a esa misma calle le indicaba el menudo trozo de papel que debía dirigir sus pasos...

Corrió disparado a través de la colmada avenida, con esa sobrenatural inmunidad con que parecen contar los borrachos y los ciegos, sintió cómo uno de los aullantes monstruos rojos le hacía volar el sombrero al pasar, mas ni siquiera se volvió a mirarlo. ¡Oh, no!, rezaba, hay veinte casas más en la cuadra, no puede ser justamente esa misma, la 322, eso sería golpear demasiado fuertemente, eso sería ensañarse demasiado... ¡Hay que darle un momento de tregua a un hombre! Volvió la esquina y vio cómo las escaleras ascendían, cómo jugaba el agua de las mangueras sobre el techo, y cómo el humo ocultaba el cielo, negro arriba, y encendido, ensangrentado, abajo. Tuvo que aminorar la marcha, estaba tumbando y pisoteando a los que le rodeaban, a medida que la multitud crecía a su alrededor. La casa estaba en la acera más cercana, en la de los números pares. 316... ¡Caramba!, tendría que tratar de sacarlo a toda prisa, aquella gente debía vivir en la casa contigua. 318... un policía trató de contenerlo y él se deslizó por debajo de su brazo. Luego fue a estrellarse contra una sólida muralla de seres humanos, contenidos por los cordones policiales que habían sido extendidos ya, y un grito agónico escapó de sus labios cuando sus ojos pudieron mirar al frente sin encontrar obstáculo. Una puerta más, la 320, en cuyo interior se apretujaban varios seres humanos, difícilmente contenidos por un bombero! y luego la de más allá, convertida en un simple desdibujado contorno, semioculta por el humo, borrosas figuras de piel aceitosa y charolada que entraban y salían rodeadas de anaranjada aureola proveniente del oculto fuego de adentro. Vidrios que cayeron y se quebraron con cristalino retintín, gente que retrocedía en tropel, hachas que mordían ferozmente la madera y débiles gritos que venían de arriba, como de un avión, y una mujer que descendía una escalera llevando una jaula de pajarillos en la mano, y alguien que aullaba: "¡Mi hijo! ¡Mi hijo!", junto a el, hasta que creyó que se volvería loco. Luego, cuando se volvió a ver quién era, resultó que era él mismo.

Dejó de forcejear y debatirse con ellos poco después, porque vio que sus fuerzas se agotaban y que perdía terreno y que le empujaban más atrás cada vez. Se limitó a implorarles después de

aquello y a preguntarles, a preguntarles sin obtener la sombra de una respuesta. Por fin —y parecía como si hubiesen transcurrido muchas horas— sacaron a todos... y en ninguna parte estaba su hijo. Sin darse cuenta siquiera del aspecto que presentaba aquella gente, corrió alocada— mente entre los apretujados sobrevivientes, gritando: "¡Vizetelly! ¡Vizetelly!". Encontró al hombre en un estado tan lastimoso como el suyo propio, farfullando, aterrorizado: "¡No sé! ¡No puedo encontrar a los míos! ¡ Estaba en el bar de la esquina cuando vinieron a avisarme!"

Esta vez tuvieron que arrojarlo hacia atrás desde el interior del ennegrecido *hall* del edificio propiamente dicho, tosiendo y pateando como un maniático, y el policía que lo aferró en la calle debió sujetarle férreamente de espaldas sobre el suelo antes de que dejara de forcejear.

—¡Quieto ahora, quieto o tendré que usar la cachiporra! Han entrado nuevamente a ver.

El policía lo había dejado levantarse otra vez, pero lo sujetaba aún, apretados los dos ceñidamente a la pared del edificio contiguo, tan cerca como era posible, cuando Jordan vio a los dos bomberos descender de nuevo por la escalera. Uno de ellos se desmoronó al tocar el suelo y tuvo que ser retirado. Oyó que el otro gritaba roncamente al oficial que dirigía el salvamento:

—Sí, hay algo allá arriba en la habitación posterior del departamento del último piso, no podría decir si es una criatura o simplemente un leño quemado, no pude acercarme lo suficiente. Subiré nuevamente, tuve que bajarlo a Marty antes.

Un siniestro estrépito, semejante a la explosión de una carga de dinamita, se oyó procedente del interior del edificio, a manera de respuesta a sus palabras.

—Ahí va el techo —dijo alguien.

Una huracanada ráfaga de humo y materias inflamadas emergió al exterior a través de la puerta y se desmenuzó en una lluvia de ascuas y favilas que giraron y remolinearon alocadamente en torno de ellos. En aquel breve instante de inenarrable confusión, Jordan extrajo con su mano libre el revólver del policía de su funda, y lo ocultó bajo la americana. El hombre, jadeante, con los ojos inyectados, desgreñado ya y fatigado a causa de la lucha sostenida previamente, ni siquiera notó la ausencia del arma.

Fue sólo después, mientras se bamboleaba por la calle, solitario, cuando comenzó a comprender por qué lo había hecho. Ella era la autora de aquello como de todo lo demás, y él lo había sabido desde el principio, y era por eso por lo que ahora llevaba el revólver. Algún día, más tarde o más temprano, habría de encontrarla. ¡No se daría ya un instante de reposo hasta encontrarla! No le habría sido necesario, para saberlo, haber escuchado a aquella inquilina decir histéricamente a uno de los oficiales de bomberos: "¡Le digo que vi a una mujer que no vive en la casa salir corriendo de ella sólo diez o quince minutos antes de que el fuego comenzara! ¡Yo estaba junto a la ventana esperando ver a mi marido cuando regresara! ¡Tenía un aspecto desaliñado y miraba, miraba hacia atrás mientras se alejaba en dirección a la esquina, como si hubiera hecho algo malo!" No le habría sido necesario, para saber qué significaba aquel "leño quemado" en el departamento del último piso, haber visto a Vizetelly abrazar frenéticamente contra su pecho a un niño mientras alzaba al cielo un par de agradecidos ojos. ¡La única vida perdida, el único ser humano que no había sido encontrado, de quien nada se sabía, entre todos los que habían llenado la casa... *su* hijo y el hijo de ella! No habría podido tener un más satánico resultado, si hubiera sido planeado así, deliberadamente. ¡Y quizá lo había sido por aquella condenada idólatra de! fuego! ¿Por qué no? "Instinto maternal fuertemente desarrollado", y el fuego era la felicidad para ella, y había querido hacer feliz a su niño también. Respiró profundamente, mientras seguía caminando tambaleándose a lo largo de la callejuela interminable. Iba a volverse loco él mismo, y bien pronto, si seguía pensando de aquella manera. Quizá lo estuviera ya.

Habían querido meterlo en una ambulancia al principio, para recibir tratamiento contra el *shock,* pero él los había disuadido de su propósito. Tenía consigo el mejor remedio allí, al alcance de su mano, bajo la americana, el mejor remedio. Iría a su hogar primeramente, esperaría un rato, vería si ella regresaba creyendo que él no lo sabía aún; y si no volvía, iría en su busca.

El portero le llevó arriba cuando llegó a la casa, y se quedó contemplando su extraña palidez, la actitud extraña de su mano, aferrada a un costado bajo la americana, como si tuviera algún dolor, pero no dijo nada. Cuando el portero hubo descendido, sacó la llave de su bolsillo, la puso en la cerradura y entró.

Permaneció demasiado deslumbrado durante unos segundos para darse cuenta de que no tenía que encender las luces, y entonces ya la habla visto, acurrucada, como si huyera de él, en el más lejano rincón del *living—room,* terror y culpabilidad claramente impresos en su rostro. Allí estaba la

respuesta, en aquel semblante pálido; no había necesidad de preguntar. Pero preguntó. Cerró tras sí la puerta del *living—room,* e inquirió con voz agónica:

—¿Le hiciste tú eso al 322 esta noche?

La muerte debía de estar escrita en su rostro. Ella estaba demasiado vilmente aterrorizada para negarlo.

—¡Yo sólo fui allí... yo... yo... oh, Harry, no pude evitarlo! No quise hacerlo, pero no pude evitarlo... mis manos lo hicieron, ellas solas. Llévame de nuevo al hospital...

—Los engañarías nuevamente como lo hiciste antes —repuso. Estaba sofocándose—. Sabes lo que nos has quitado, ¿verdad? —Ella comenzó a menear la cabeza de un lado a otro, cada vez más aprisa, como un péndulo—. Acércate a mí, Marie. No bajes la vista, mírame a la cara...

El disparo partió con un estruendo que pareció levantarlos en vilo simultáneamente, tanto se habían acercado el uno al otro, casi hasta tocarse... Ella no cayó; se bamboleó hacia atrás, hacia la chimenea que había allí, y se tomó del borde de su repisa con las palmas de ambas manos vueltas hacia arriba, y pareció colgarse de ella, aferrarse a la vida con diez dedos. Sus ojos comenzaron a vidriarse.

—No debías haber... hecho eso —murmuró—. Despertarás al... niño.

Tras él la puerta se abrió; volvióse y vio allí a su hijo, paseando su atónita mirada del uno al otro. Ella se mantenía erguida aún, parecía más baja ahora, una de sus manos se había deslizado de sobre la repisa. Él dijo:

—Santo Cielo —y se quedó mirando a su hijo. Luego encontró aún palabras para decirle—: Ve al teléfono y dí que precisas un agente de policía. Eres un hombre grande, hijo mío, sabes cómo usarlo. Cierra la puerta. No te quedes ahí mirándonos.

Cuento De Sobremesa

(After Dinner Story)

MacKenzie subió al ascensor en el piso decimotercero. Era un vendedor de filtros de agua y se había detenido en su oficina para hacer sus cálculos antes de regresar al hogar. Más tarde, aquella noche, le dijo a su esposa, con una semisonrisa, que debió ser por eso, por subir en el piso decimotercero, por lo que aquello le ocurrió *a él.* En muchos edificios suele omitirse el piso número 13.

La lamparilla roja se encendió y el ascensor detuvo su marcha. Era de los que sólo paraban más arriba del décimo piso, tanto al subir como al descender. Dos hombres más había ya en él cuando entró, además del ascensorista. Era tarde y la mayoría de las oficinas habían quedado desiertas. Uno de los pasajeros era un hombre de aspecto de estudioso, alto y ligeramente encorvado, que llevaba anteojos sin montura. Después hubo de llegar un momento en que MacKenzie supo los nombres de todos. Éste era Kenshaw. El otro era robusto y tenía la apariencia de un querubín; era uno de los dos socios de una tambaleante empresa que trataba de colocar en el mercado, sin mucho éxito, unas lapiceras estilográficas de nuevo diseño. Jugueteaba con una de ellas mientras descendían, abriéndola y volviendo a cerrarla con aire de orgullosa posesión. Resultó después que su nombre era Lambert.

El ascensor tenía aspecto sumamente práctico, se deslizaba con gran suavidad y su cromo y su bronce aparecían lisos y bruñidos. Parecía muy seguro. Se detuvo en el piso inmediatamente inferior, el duodécimo, y un individuo áspero de frondosas cejas entró en él: Prendergast. La lamparilla del undécimo piso se encendió en el tablero y también allí hizo alto el aparato. Un hombre de la edad de MacKenzie, poco más o menos, y otro algo más viejo, de blanco bigote recortado, se encontraban juntos allí cuando la puerta se abrió. Sin embargo, sólo el más joven de los dos entró. El anciano le tomó del brazo en señal de despedida y se volvió luego, recomendando en voz alta:

—Dile a Elinor que estuve preguntando por ella.

A lo que el joven repuso:

—Adiós, papa —y entró. Se llamaba Hardecker. Casi al mismo tiempo se encendía la lucecilla del décimo piso.

El recién entrado del undécimo daba la cara a la puerta del ascensor, como lo hace todo el que aprecia en algo su seguridad al entrar en él. MacKenzie miró casualmente en ese instante al hombre del rostro agrio y las cejas frondosas: estaba directamente detrás del recién llegado y le contemplaba la nuca con funesta intensidad; en realidad, MacKenzie no recordaba haber visto una mirada tan fija e intensa en su vida, como no fuera en alguna película de terror. Las facciones del hombre, debemos admitirlo, se prestaban admirablemente a una expresión como aquélla; tenía un aspecto imponente, aún cuando su rostro estuviera en calma.

MacKenzie imaginó que aquella pequeña escena muda obedecía a que el recién venido había inadvertidamente pisado al otro al volverse hacia la puerta. En realidad no tenía plena conciencia de estar analizando el asunto de manera tan completa; aquéllos eran sólo pensamientos inconexos.

En el décimo piso subió otro pasajero aún, un cobrador de facturas a juzgar por el fajo de hojas amarillas, verdes y violetas que acariciaba constantemente con los dedos. Por la expresión adusta y cansada que ostentaba, no parecía haber tenido mucha suerte aquel día; quizá fuera que le dolían los pies. Era Megaffin.

Había ahora siete personas en el aparato, contando al ascensorista, todos de pie en un pequeño grupo compacto vuelto hacia la puerta. No habría más paradas hasta llegar a la planta baja. Aquélla no era demasiada gente; ciertamente mucho menos del máximo que el aparato estaba en condiciones de llevar con seguridad. La nota enmarcada en el panel exactamente frente a McKenzie decía que había sido inspeccionado sólo diez días antes.

MacKenzie, tratando de reconstruir la sucesión de acontecimientos que habría de narrar a su esposa aquella noche, se dijo que el ascensorista parecía imprimir una velocidad adicional al mecanismo apenas dejaban el décimo piso. Era un "expreso", de manera que el detalle no le llamó demasiado la atención. Se percató entonces de que el empleado tenía un forúnculo en la nuca, un poco más arriba del cuello de su uniforme, que cubría con dos tiras de tela adhesiva en forma de cruz de Malta. Tuvo esa sensación peculiar que experimentan muchos personas en la boca del estómago cuando hacen un descenso precipitado. El hombre que estaba a su lado, el joven del undécimo, se volvió hacia él con una sonrisa medio divertida, medio dolorosa, por lo que dedujo que también él experimentaba esa sensación de vacío. Un poco más lejos alguien emitió un silbido para demostrar su descontento.

El ascensor era totalmente de metal y completamente cerrado, de suerte que no se podían ver las puertas exteriores de los pisos por los que pasaban a gran velocidad. De todas maneras, podía verse que el aparato marchaba de prisa. MacKenzie comenzó a experimentar un zumbido peculiar en sus oídos, lo mismo que cuando tomaba el tren subterráneo bajo el East River, y las articulaciones de sus rodillas parecieron aflojarse, ceder bajo el peso del resto de su cuerpo.

Pero lo que verdaderamente le indicó por primera vez —a él y a todos los que le acompañaban— que algo marchaba mal y que aquél no era un descenso normal, fue la manera fútil, repentina y abrupta en que el ascensorista movía hacia un lado y hacia otro la palanca de control. La palanca no encontraba impedimento alguna en el recorrido de su órbita, es verdad, pero el aparato se negaba a obedecerla; el hombre la llevaba una y otra vez hacia el ensanchamiento de la ranura por la que corría, donde se podía leer claramente "Parada", pero nada ocurrió. No transcurrieron minutos, sino fracciones de segundos apenas.

Le oyeron decir:

—¡Cuidado! ¡Vamos a estrellarnos! —y no hubo tiempo para más.

Todo fue cuestión de segundos. Tan breve como el cierre del objetivo de una máquina fotográfica. La velocidad del aparato se hizo vertiginosa; MacKenzie se sintió como si fuera a devolver lo que había comido. Hubo luego un gran estruendo, como el estallido de un cañón, y una explosión de negrura acompañada de una lluvia de, finos trozos de cristal al romperse las lamparillas eléctricas dejándolo todo sumido en la oscuridad.

Se apretujaron todos en un pequeño grupo como un puñado de bolos. MacKenzie, que había caído hacia atrás, fue el más afortunado de todos; pudo sentir que un cuerpo se retorcía bajo sus pies; no tocaba con ellos el piso de caucho del ascensor; sin embargo, debió golpearse el hombro y la cadera porque le dolían, y sintió como entumecida la planta del pie, a consecuencia del impacto recibido al golpear contra la pared de bronce del ascensor.

No hubo una oportunidad para tratar de librarse, de ponerse en pie nuevamente. Subían otra vez... impulsados por un resorte o algo parecido. Era un ascenso algo vertiginoso también, pero no tanto como lo había sido el descenso. Luego la velocidad disminuyó, el ascenso se trocó en un nuevo descenso y chocaron por segunda vez. No fue como el terrible impacto anterior, sino un choque algo amortiguado que solo contribuyó a hacer mayor la confusión en que ya se encontraban. Un zapato rozó la cabeza de MacKenzie. No pudo verlo, pero lo tomó rápidamente y lo hizo a un lado, para evitar recibir un puntapié que pudiera ocasionarle una fractura.

Cerca de él, una voz gritaba, casi histéricamente como si aquellos tumbos pudieran ser evitados:

—¡Deténgalo! ¡Pare! —Aun MacKenzie, maltrecho y asustado como estaba, no había perdido la cabeza hasta ese extremo.

El ascensor se detuvo finalmente después de un segundo tumbo no muy violento y de una sacudida postrera y casi imperceptible. Luego, una oscuridad impenetrable, una sensación de sofoco, una confusión de cuerpos que se agitaban como si aquello fuera un hormiguero, gemidos de los que habían quedado mal heridos, y uno, quizá dos, ominosos suspiros de aquellos a quienes ni siquiera para gemir quedaban fuerzas.

Alguien que estaba directamente debajo de MacKenzie no se movía. Extendió la mano, tocó un cuello de camisa rígido y almidonado y, un poco más arriba, una pequeña hinchazón bajo dos tiras de esparadrapo pegadas en cruz. El ascensorista estaba muerto. Su inercia lo decía y el piso de caucho del ascensor estaba húmedo bajo su cabeza.

Tanteó luego la lisa pared metálica del aparato que los había sepultado vivos —pugnando por erguirse como una mosca que revolotea y se afana tratando de trepar por una pared de vidrio—, con los codos y las palmas de las manos. Retorció el resto de su cuerpo después de aquellos

precarios movimientos, tratando de ponerse de pie. Una vez que lo hubo logrado, se recostó contra la fría pared de bronce.

La voz —siempre hay una en toda catástrofe, en toda situación de pánico—, la misma voz que había gritado: "¡Deténgalo!', rogaba ahora con infantil vehemencia:

—¡Sáquenme de aquí! Por el amor de Dios, tengo esposa e hijos. i Sáquenme de aquí!

MacKenzie tuvo la impresión de que se trataba del sujeto de áspera apariencia y frondosas cejas. Las probabilidades, pensó, lo indicaban así. Fiereza y acritud exterior denotan generalmente debilidad interior, son una máscara de la debilidad.

—¡Cállese! —dijo—. Yo también tengo una esposa. ¿Que tiene que ver eso con esto?

Lo verdaderamente importante, pensó, no era la oscuridad, ni la posición en que estaban, atrapados en el fondo del hueco del ascensor, ni siquiera las eventuales heridas que alguno de ellos pudiera haber recibido. El menos notable de los muchos corolarios que derivaban de la situación en que se encontraban, era el más peligroso. Se trataba de esa vaga sensación de pesadez, de sofoco. Había que hacer algo y pronto. El ascensorista había abierto la puerta del aparato, al detenerse en cada piso, moviendo simplemente la palanca. No había ninguna razón por la cual no se pudiera hacer eso mismo allí abajo, aunque no hubiera en la pared del hueco una abertura correspondiente a la de la puerta del ascensor. El aire suficiente filtraría por el espacio libre entre la pared del hueco y el ascensor, por pequeño que fuera. Necesitarían ese aire antes de que aquello terminara.

Los brazos de MacKenzie describieron círculos concéntricos sobre la satinada superficie metálica de las paredes, en busca de la palanca que abriría la puerta. —Un fósforo —ordenó—. Encienda alguien un fósforo. Trataré de abrir resto. Estamos asfixiándonos aquí.

La inmediata y esperada reacción fue un gruñido de desaliento proveniente del sujeto del agrio semblante, semejante al cobarde gañido de un perro.

Otra voz, más serena, murmuró:

—Espere un instante.

Sin embargo, nada ocurrió.

—Aquí estoy; aquí, alcáncemelos —dijo MacKenzie extendiendo la mano con la palma hacia arriba, a un lado y a otro, en la aterciopelada oscuridad.

—No encienden, están mojados. Los vidrios deben de haberme cortado —y luego, con expresión de alarma—: ¡Mi camisa está empapada en sangre!

—Bueno, quizá no sea suya —dijo MacKenzie, tranquilizador—. Pálpese antes de dar por cierto que está herido; si lo está, aplique un pañuelo a la herida. Ese vidrio de las lamparillas no puede penetrar muy profundamente —y luego, exasperado, tronó—: ¡Por el amor de...! ¡Seis hombres! ¿No tiene ninguno de *ustedes* un fósforo? —lo cual era injusto, considerando que también a él se le habían terminado poco antes de salir de la oficina, y que había tenido toda la intención de comprar una nueva cajilla apenas dejara el ascensor—. ¡Eh! Usted, el que *se* entretenía con esa estilográfica de juguete mientras bajábamos, ¿dónde tiene el aparatito *ése?*

Una nueva voz que no reflejaba miedo sino un desánimo infinito, *repuso* desganadamente:

—Está... está roto —y luego, con una tristeza que era clara prueba de que había otras más grandes tragedias que la ocurrida al ascensor—: Eso demuestra que no se la puede dejar caer sin que se rompa. Y ése era el punto principal de toda nuestra campaña de propaganda —dijo, y susurró final e indistintamente—: ¡Mil quinientos dólares! ¡Espere a que Belman se entere del elefante blanco que tenemos entre las manos! —todo lo cual, dadas las circunstancias, era más cómico de lo que indudablemente quería ser.

Por lo menos no es nada flojo que digamos, quienquiera que sea, pensó MacKenzie.

—No se preocupe —exclamó súbitamente—. Ya lo tengo —sus dedos habían encontrado la palanca que buscaban en un extremo del liso panel de bronce. El mecanismo no parecía alterado, pero si se rehusaba a abrir la puerta, si el impacto hubiera...

Se inclinó sobre el cuerpo, sin vida del ascensorista y tiró de la palanca. Ésta giro alrededor de un tercio de su órbita ordinaria, luego se detuvo ante algún obstáculo invencible. La puerta se abrió lo suficiente como para permitir la entrada del aire necesario a sus exigencias del momento, pero no había que pensar en salir por allí. Los ásperos ladrillos de la pared del hueco del ascensor y los bordes de la puerta de éste, dejaban entre sí un espacio no mayor de un dedo. Ni siquiera un gato

osado habría podido sacar la garra por la abertura sin riesgo de su integridad física. Lo que verdaderamente importaba, era que no se asfixiarían ahora, a pesar del tiempo que pudiera transcurrir hasta que izaran el aparato y les libraran de su prisión.

—Ya está —anunció tranquilizadoramente a sus acompañantes—. Tendremos un poco de aire aquí dentro ahora.

Si había luz en la parte superior del hueco, no llegaba hasta allí. La pared que limitaba la abertura era tan negra como lo era el interior del ascensor mismo.

—Nos han oído —dijo—. Saben lo que ha ocurrido. De nada sirve gritar tan alto como le sea posible, sólo hace que esto se vuelva más incómodo para el resto de nosotros. Traerán personal de emergencia y Se pondrán al trabajo. Sólo tenemos que sentarnos y esperar, eso es todo.

Aquellos ansiosos gritos que pedían auxilio, y a todos causaba nerviosidad, cesaron, como avergonzados. El sujeto de aspecto áspero otra vez, probablemente. Alguien más gemía aún, intermitentemente.

—¡Mi brazo, Dios mío! ¡Cómo me duele!

Los suspiros indicadores de una herida más profunda todavía, habían cesado sospechosamente poco tiempo antes. El hombre se había desmayado o, también él, estaba muerto.

MacKenzie, tranquilamente pero sin brusquedad, se inclinó hacia el cadáver del ascensorista extendido en el suelo, lo llevó hacia uno de los rincones del ascensor y lo colocó allí con la espalda y la cabeza apoyadas en el ángulo que formaban las paredes. Luego se sentó en el lugar que quedaba vacío de ese modo, encogió las piernas y cruzó las manos sobre las rodillas. No se habría llamado a sí mismo un hombre valiente; era un realista, simplemente.

Hubo un silencio momentáneo y total, una de esas pausas que suelen producirse. Luego, como también había o parecía haberlo, un silencio completo en el hueco del ascensor, sobre sus cabezas, el pánico hizo presa nuevamente en el sujeto de aspecto desagradable.

—¿Van a dejarnos aquí toda la noche? —lloriqueó—. ¿Qué hacen ustedes ahí sentados? ¿No quieren salir?

—¡Por el amor del Cielo, que alguien le tape la boca a ese gritón! —instó MacKenzie con truculencia.

Se oyó un silbido casi imperceptible.

—¡Mi brazo! ¡Oh, mi brazo!

—Debe de estar fracturado —sugirió MacKenzie con expresión de simpatía—. Trate de envolverlo con su camisa y apriétela con fuerza para calmar el dolor.

El tiempo parecía detenerse, avanzar luego de pronto Y, detenerse nuevamente como la hebilla de un cinturón. El ruido que causaban los movimientos de un cuerpo desasosegado, un gemido, un suspiro de impaciencia, un grito ocasional del sujeto corpulento y cobarde, a quien consideraba MacKenzie con creciente fastidio a medida que sus propios nervios comenzaban a excitarse.

La espera, la sensación de desamparo, de aprisionamiento, comenzaron a reflejarse en ellos más de lo que lo había hecho el accidente en sí mismo.

—Quizá crean que estamos todos muertos y no se den prisa alguna por venir a rescatarnos —dijo alguien.

—Nunca harían eso en un caso como éste —repuso MacKenzie lacónicamente—. Cualquier cosa que estén haciendo, la están haciendo lo más rápidamente posible. Hay que darles tiempo.

Una nueva voz que no había oído hasta entonces dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Me alegro de que mi padre no haya venido en el ascensor conmigo.

—Desearía no haber regresado para atender esa condenada llamada telefónica —terció alguien—. Era un número equivocado y yo habría podido bajar en el otro ascensor si no hubiera sido por eso.

MacKenzie rió sarcásticamente.

—¡Bah! —exclamó—. Habla usted como un chiquillo de diez años. Ya ocurrió, ¿de qué sirve *desear* ahora?

Llevaba en la muñeca un reloj con esfera luminosa. Deseó que no lo hubiera tenido o que le hubiese ocurrido algo, como a la estilográfica de su compañero de desgracia. Era demasiado torturante para sus nervios, a cada instante sus ojos lo buscaban y cuando parecía que había pasado media hora, eran sólo cinco minutos los que habían transcurrido. Se abstuvo sabiamente de

hacer saber a los demás que lo tenía; no habrían hecho. otra cosa que preguntarle: "¿Cuánto hace ya?" hasta que se volviera loco.

Cuando habían transcurrido veintidós minutos desde el instante en que miró la esfera de su reloj por primera vez, y cuando estaban todos, él inclusive, en un estado de inestabilidad nerviosa que rayaba en el frenesí, se oyó sobre sus cabezas, sin que mediara un aviso previo, un golpe inesperado, como si algún objeto pesado hubiera caído sobre el techo del ascensor.

Esta Vez fue MacKenzie quien se incorporó de un salto, apretó la mejilla contra la pequeñísima abertura y murmuró: "¡Hola! ¡Eh, ahí!"

—Sí —respondió una voz desde arriba—. Vamos a rescatarlos. Tómelo con calma.

Se oyeron más golpes durante algunos instantes, como si alguien estuviera bailando sobre sus cabezas. Luego se escuchó un repentino estrépito metálico, semejante al escape de vapor de la caldera de una fábrica. El ascensor todo pareció vibrar a impulso de aquel estruendo, y tocarlo demasiado tiempo en cualquiera de sus partes equivalía a entumecerse la piel en el punto de contacto. Lo limitado del espacio libre que quedaba en el ascensor multiplicaba el estruendo, hasta convertirlo en un torrente sonoro en el cual se ahogaron todas sus palabras. MacKenzie no lo pudo soportar y, finalmente, tuvo que aplicar las palmas de las manos a los oídos. A través del estrecho hueco que dejaba la puerta, se vio descender una azul chispa eléctrica. Otra luego, y una tercera después. Todas ellas se extinguieron demasiado prestamente para arrojar alguna luz en el interior.

Sopletes de acetileno. Tenían que abrir un agujero a través del techo del ascensor para llegar hasta ellos. Si había en el subsuelo una puerta para el ascensor —y debía haberlas—, el aparato seguramente había descendido más abajo aún de aquélla, a un nivel inferior al subsuelo, y se había estrellado en el fondo de un pozo sin salida, de suerte que aparentemente no había otra alternativa para intentar su salvación, que la que los operarios habían elegido.

A través del techo una chispa se materializó, tímidamente casi. Otra luego, y después un chorro semicircular de ellas. Una cortina de fuego descendió en medio de ellos la mitad de la altura del ascensor, aproximadamente, iluminando pálidamente por un instante sus rostros. Afortunadamente se extinguió antes de llegar al piso del aparato.

El estruendo cesó repentinamente y el silencio que reinó en su lugar era ensordecedor. Sobre ellos una voz gritó:

—¡Eh, los de abajo! Cuidado con las chispas. Vamos a perforar el techo. Cierren los ojos y colóquense contra las paredes.

El estrépito recomenzó, más cercano, más intenso que antes. A MacKenzie comenzaron a entrechocarle los dientes a causa de la incesante vibración. Ser rescatado era peor que permanecer sepultado allí. Se preguntó cómo estarían soportándolo los demás, especialmente el pobre muchacho del brazo quebrado. Pensó que había oído una voz que gritaba: "¡Elinor! ¡Elinor!", así, dos veces, pero no podía estar seguro de nada en medio de aquel estrépito infernal.

Las chispas seguían descendiendo como un chorreante salto de agua; Mackenzie miraba cautelosamente, de soslayo, escudándose los ojos con una mano. Pensó que había visto una chispa saltar horizontalmente, en lugar de descender verticalmente como todas las otras; era de color diferente, también, más anaranjada. Creyó que debía ser una ilusión óptica provocada por el resplandor y la oscuridad alternados a que estaban sujetos; o una esquirla de metal fundido que se había desprendido del techo del ascensor y había rebotado en una de las paredes. Cerró los ojos, para correr menos riesgos.

No hubo mucho que esperar después de aquello. El ruido y las chispas cesaron repentinamente. Los operarios alzaprimaron con palancas de hierro el gran trozo de metal semifundido en forma de media luna que se había formado en los bordes de la abertura, para evitar que cayera y aplastase a los que estaban debajo de él. Los fríos, nevados rayos de las linternas eléctricas, brillaron a través del espacio abierto. Un policía saltó en medio de ellos, y tras él descendieron culebreando varias cuerdas.

—Muy bien. ¿Quién es el primero? —dijo con entonación firme—. ¿Quién está peor herido de todos ustedes?

Su linterna iluminó tres figuras inmóviles a los pies de los demás en el limitado recinto: el ascensorista, acurrucado en el rincón donde le había puesto MacKenzie; el hombre que tenía aspecto de estudioso y lentes sin montura despojado de ellos ahora, y ostentando bajo un ojo una profunda cortadura explicativa de lo que había ocurrido con aquéllos, que yacía sin sentido junto a

él; y el joven que había subido en el undécimo piso, caído en parte sobre el anterior y con el rostro hacia abajo.

—El ascensorista está muerto —dijo MacKenzie oficiando de representante de los demás—, y estos dos están inconscientes. Hay un hombre que tiene un brazo quebrado; llévele a él primero.

El policía ciñó diestramente la cuerda bajo las axilas del cobrador de facturas quien, con el rostro ceniciento, apretaba con fuerza en una mano el extremo de la manga del otro brazo de su camisa, y transpiraba como un pez a la luz de la linterna.

—¡Arriba! —gritó el policía—. Y tengan cuidado, porque está herido.

El cobrador de facturas fue izado hacia el techo, gimiendo y con las piernas recogidas hacia arriba, semejante a un ave colocada en un asador.

El hombre que tenía aspecto de estudioso le siguió, con la cabeza oscilante, inconsciente. Cuando la cuerda volvió a descender, el policía se inclinó para asegurarla alrededor del joven que yacía aún sobre el piso.

MacKenzie le vio cambiar de idea, mirar al caído de reojo y pasar la cuerda al sujeto de aspecto áspero, que tan cobarde se había mostrado y que temblaba ahora de pies a cabeza, a causa de la reacción nerviosa producida por el susto que acababa de experimentar.

—¿Qué le ocurre a ése? —se entremetió MacKenzie, señalando con el dedo hacia el suelo.

—Está muerto —repuso lacónicamente el policía—. Puede esperar; los que están con vida vienen primero.

—¡Muerto! ¡Cómo! ¡Le oí decir que se alegraba de que su padre no hubiera subido con él, mucho tiempo después que nos habíamos estrellado!

—¡No me importa lo que le oyó usted decir! —repuso el policía—. Pudo haberlo dicho antes y estar muerto ahora. ¡Caramba! ¿Quiere enseñarme a mí mi oficio? ¡Usted parece estar bastante tranquilo para un tipo que acaba de pasar por una experiencia como ésta!

—No haga caso —dijo MacKenzie, conciliador. Pensó que, de todas maneras, no era cosa suya si aquel hombre había parecido estar perfectamente bien al principio, mientras que ahora estaba muerto. Quizá le había fallado el corazón.

Él y el desconsolado fabricante de lapiceras fuentes parecían ser los únicos de todo el grupo que habían salido completamente ilesos de la aventura. Este último, sin embargo, estaba tan descorazonado a causa del fracaso de su invención en la emergencia, que parecía importarle muy poco si le llevaban arriba, si le dejaban allí, o cualquier cosa que pudiera ocurrirle. Aun en su camino hacia la abertura del techo, seguía examinando, con la expresión de un hombre que acaba de morder un limón agrio, el fracasado invento.

MacKenzie fue el último de los sobrevivientes que salió del ascensor. Fue izado hasta el borde de la abertura del sótano del ascensor; las puertas habían sido sacadas. Aquella abertura estaba solo unos cuatro pies más arriba del techo del ascensor; en otras palabras, que el pozo de éste se prolongaba hacia abajo en una profundidad un poco mayor que la altura del aparato. MacKenzie no pudo comprender por qué habla sido construido de aquella manera, en lugar de terminar al nivel de la puerta del sótano. El superintendente del edificio le explicó más tarde que era necesario dar al aparato un cierto espacio adicional hacia abajo, para evitar el riesgo de estrellarse contra el fondo cada vez que descendía al sótano.

Había camillas en el pasadizo del sótano, y dos practicantes de hospital estaban administrando primeros auxilios al cobrador de facturas y al hombre de los lentes. El sujeto de rostro avinagrado sorbía un gran vaso de espíritu de amonio; le entrechocaban los dientes. Ante la insistencia de uno de los practicantes, MacKenzie dejó que le revisara y escuchó lo que ya sabía, es decir, que estaba perfectamente. Dio su nombre y dirección al teniente de policía que se encargaba de aquel asunto, y subió caminando los escalones que llevaban a la planta baja pensando que, al fin y al cabo, el modo antiguo de subir y bajar era el mejor de todos.

Encontró que el vestíbulo estaba colmado por una movediza muchedumbre, e hizo a un lado a varios "cazadores de accidentes" que trataban de explicarle cuán mal herido estaba:

—Hay dinero de por medio, compañeros, ¿eh? ¡No sean gorrones!

MacKenzie telefoneó a su esposa desde una casilla cercana, para calmar su ansiedad; luego abandonó la escena y se dirigió a su casa.

La última fugaz impresión que recogió, fue la de una figura desamparada de pie en el vestíbulo,

un hombre de blanco bigote cuidado, el padre del joven que yacía muerto allí abajo, que importunaba a todo policía que se ponía a su alcance, preguntando, preguntando una y otra vez:

—¿Dónde está mi hijo? ¿Por qué no han sacado a mi hijo todavía? —sin obtener respuesta de ninguno de ellos... lo cual era en sí una respuesta. MacKenzie salió a la calle.

El viernes, esto es cuatro días más tarde, después de la hora de la cena, sonó la campanilla de la puerta de calle y recibió un visitante.

—¿MacKenzie, verdad? Usted estuvo en ese ascensor en la noche del viernes, ¿es así, señor?

—Sí —repuso MacKenzie con una sonrisa burlona; ¡vaya si había estado!

—Soy del Departamento Central de Policía. ¿Tiene inconveniente en que le haga unas pocas preguntas? Los he visitado a todos, para investigar ciertas cosas.

—Pase, tome asiento —dijo MacKenzie con interés. Pensó primeramente que estarían tratando de investigar algún acto de sabotaje o alguna violación de las reglamentaciones edilicias—. ¿Qué ocurre? ¿Alguna cosa fuera de su lugar?

—Nada, en nuestra opinión —dijo el detective, evidentemente porque aquella era la última parte de lo que constituía simplemente un rutinario interrogatorio de los sobrevivientes, y porque no deseaba estar en desacuerdo de opiniones con sus superiores—. El médico legista encontró que el joven que yacía muerto sobre el piso del ascensor, no el ascensorista sino el joven Wesley Hardecker, tenía una bala alojada en el corazón.

MacKenzie dio un respingo y exhaló un largo silbido, que hizo que su Scotty acudiera a la puerta con una expresión interrogadora reflejada en el rostro.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Quiere usted decir que alguien lo mató mientras estábamos atrapados en aquel recinto de dos metros por cuatro?

El detective le dio a entender, sin hacer demasiado hincapié en ello, que estaba allí para hacer preguntas y no para contestarlas.

—¿Lo conocía usted? —inquirió.

—No lo había visto antes en mi vida, hasta que subió en el ascensor aquella noche. Conozco su nombre ahora, porque lo leí en los diarios al día siguiente; pero no lo conocía entonces.

El visitante asintió, como si aquélla fuera la respuesta que había obtenido de todos los demás.

—Bien —Corroboró—. ¿Oyó usted algo semejante a una detonación mientras estaban allí abajo?

—No, no oí nada antes de que llegaran con los sopletes de acetileno. Y después de eso, no habría podido oírlo, de todas maneras. En realidad hubo un momento en que me cubrí los oídos con las manos. Sin embargo, vi un fogonazo —Continuó diciendo ansiosamente—, o por lo menos recuerdo haber visto que una de las chispas se deslizaba *horizontalmente* en lugar de descender verticalmente, y que tenía un color más anaranjado.

El detective asintió nuevamente.

—Sí —dijo—, algunos de los otros vieron eso también. Probablemente era el fogonazo del disparo. ¿Iluminó el rostro de alguien, o algo parecido?

—No —admitió MacKenzie—; mis ojos parecían esas ruedas giratorias de los fuegos artificiales, entre aquella oscuridad impenetrable, por un lado, y aquellas chispas centelleantes que descendían a través del techo, por el otro; de todas maneras, habíamos sido advertidos un minuto antes de que debíamos cerrar los ojos —hizo una pausa y quedose pensativo; luego prosiguió—: ¿No parece concordar, ¿verdad? ¿Por qué habría alguien de elegir semejante hora y "lugar para... ?

—Concuerda magníficamente —contradijo el detective—. Es su padre, el viejo Hardecker, quien está provocando un embrollo de todos los demonios, tratando de encontrar algo raro en el asunto. Es suicidio, determinado por una mente perturbada, y no otra cosa; y a esa misma conclusión van a llegar las investigaciones del "coroner". No hemos encontrado aún una sola circunstancia que pueda poner una sombra de duda en nuestra presunción. Ni el mismo viejo Hardecker ha podido identificar a uno solo de ustedes que haya visto o conocido a su hijo, o a él mismo, antes de las seis de la tarde del último lunes. El revólver era de propiedad de la víctima, quien lo tenía registrado. Lo tenía consigo cuando subió al ascensor. Estaba bajo su cadáver cuando fue encontrado. Las únicas impresiones digitales que se encontraron en él eran suyas. El médico dice que el disparo fue

hecho a quemarropa y que hay deflagración de pólvora en torno a la herida.

—Según estábamos de apiñados allí, cualquier disparo que se hubiera hecho habría sido a quemarropa —objetó MacKenzie.

El policía hizo a un lado la objeción con un movimiento de su mano.

—La reacción del nitrato demuestra que sus dedos apretaron el gatillo. Es verdad que entonces no aplicamos, por descuido, esa reacción a todos los que allí estaban, pero puesto que sólo un proyectil había sido disparado con el revólver y puesto que no se encontró ninguna otra arma, eso no parece tener mucho fundamento. La bala, por supuesto, había sido disparada con ese revólver y no con otro: así nos lo dijeron los peritos en balística. La víctima era un joven extremadamente nervioso. Le acometió una crisis de histeria allá abajo, sus nervios le fallaron, y cuando no pudo soportarlo más, se quitó la vida. Y en contradicción con esto, el viejo berrea que era feliz, que tenía una esposa encantadora, que estaban esperando un niño y que tenía todo lo necesario para desear vivir.

—Bueno, muy bien —objetó nuevamente MacKenzie con suavidad—, pero, ¿por qué habría de haberlo hecho cuando estaban trabajando ya en el techo sobre nosotros, y faltaban sólo unos pocos minutos para que nos rescataran? ¿Por qué no antes? Eso no parece lógico. En realidad su voz sonaba calma y tranquila mientras esperábamos allí.

El detective se irguió, como si la discusión hubiera llegado a su término, pero condescendió en iluminarle mientras se dirigía a la puerta:

—Nadie se trastorna por un minuto de tensión; fue después que había estado veinte minutos, media hora allí abajo, cuando aquella situación comenzó a hacer presa en él. Cuando usted le oyó decir aquello, probablemente estaba tratando de conservar su serenidad, de convencerse a sí mismo de que era valiente, o algo parecido. Cualquier psiquiatra podrá decirle a usted qué impresión causa el ruido sobre una persona que se encuentra ya en un estado de fuerte tensión emocional. El ruido de los sopletes fue la gota que desbordó el vaso; fue por eso por lo que lo hizo entonces, porque ya no podía pensar a derechas. En cuanto a la circunstancia de que tenía una esposa y estaban esperando un hijo, ello sólo pudo haber contribuido a hacerle perder la cabeza con mayor rapidez. Un hombre que no tiene lazos ni responsabilidades se muestra siempre más sereno en una emergencia.

—Eso es una novedad para mí, pero quizá tenga usted razón. Yo sólo conozco filtros de agua —comentó MacKenzie.

—Mi oficio consiste en conocer cosas como ésas. Buenas noches, Mr. MacKenzie.

—¿Mr. MacKenzie? —preguntó la voz que llamaba por teléfono—. ¿Habla el mismo MacKenzie que estuvo en el accidente del ascensor hace poco más de un año? Los diarios informaron...

—Sí, estuve allí —repuso MacKenzie.

—Bien, desearía que viniera usted a cenar a mi casa, el sábado próximo a las siete en punto.

MacKenzie hizo una mueca a su imagen reflejada en el espejo de la pared.

—¿No le parece que haría mejor en decirme primeramente quién es usted? —contestó.

—Lo siento —dijo la voz nerviosamente—. Creí que lo había hecho ya. He estado haciendo esto durante una hora y estaba comenzando a fatigarme. Habla Harold Hardecker. Soy director de la Hardecker Import and Export Company.

—Bien, mas no le reconozco aún, Mr. Hardecker —dijo MacKenzie lisamente—. ¿Es usted uno de los hombres que estaban en el ascensor conmigo?

—No. Mi hijo estaba allí. Perdió la vida.

—¡Oh! —exclamó MacKenzie. Se acordó ahora. Un hombre de blanco bigote cuidado, de pie en medio de la multitud, que se aferraba a cada policía que pasaba de prisa a su lado, preguntando...

—Entonces, ¿puedo esperarle a las siete del sábado próximo. Mr. MacKenzie? Vivo en Park Avenue, número...

—Francamente —dijo MacKenzie, alma simple y poco afecta a la hipocresía social—, no creo que haya motivo para ello. No creo que nos hayamos hablado antes de ahora. ¿Por qué me distingue de esa manera?

—No le distingo a usted, Mr. MacKenzie —explicó Hardecker pacientemente, casi con afabilidad —. Me he comunicado ya con todos los que estaban aquella noche en el ascensor con mi hijo, y todos ellos han prometido estar allí. No quiero descubrir antes de tiempo cuáles son mis propósitos. Doy esta cena con ese fin. Sin embargo, habré de mencionar que mi hijo murió sin testar y que su pobre esposa murió al dar a luz a una criatura a temprana hora del día siguiente. Su fortuna pasó a mi poder. Y yo soy un hombre anciano y solitario, no tengo parientes ni amigos, y poseo ya más dinero del que podría emplear útilmente. Se me ocurrió reunir a cinco perfectos extraños, que compartieron con mi hijo un riesgo común, que estuvieron con él durante los últimos instantes de su vida —la voz hizo una pausa, insinuante, como para dejar que lo dicho "penetrara" en su interlocutor. Luego prosiguió:

—Si quiere usted venir a cenar en mi casa, a las siete del próximo sábado, tendré un anuncio de considerable importancia que hacer. Obrará en su interés estando presente cuando lo haga.

MacKenzie examinó con el ojo de la imaginación el salario que obtenía como vendedor de filtros de agua, y lo halló totalmente insuficiente, tal como lo había hallado, no una, sino muchas veces antes.

—Muy bien —acordó, después de un instante de reflexión.

—A mí no me engañan —seguía diciendo a las seis de la tarde del sábado—. Este sujeto no está en sus cabales para hacer una cosa como ésta. Cinco personas a quienes no conoce y que no se conocen entre sí. Me pregunto si será una broma.

—Pues, si eso te parecía, ¿por qué no rechazaste la invitación? —preguntó su esposa mientras le cepillaba el sobretodo de color azul oscuro.

—Tengo curiosidad por saber qué hay en el fondo de todo esto. Quiero saber cuál es la chanza.

La curiosidad es uno de los rasgos más fuertes de la personalidad humana. Es casi irresistible. La esperanza de obtener algo a cambio de nada, no es pequeño incentivo tampoco. MacKenzie era una buena persona, pero era una persona al fin y al cabo, y no una imagen pintada en el vidrio de una ventana.

—Steve, sé que puedes cuidar de ti mismo, y todo lo demás —le dijo ella, con tardía ansiedad, cuando llegó a la puerta—, pero si no te gusta el giro que toman las cosas, quiero decir si ninguno de los otros se presenta, no permanezcas allí solo.

Él rió. Se había decidido ya. inclusive había gastado, antes de tiempo, la inesperada ganancia.

—Haces que me sienta como uno de aquellos inocentes que aparecían en las antiguas películas del cine mudo que siempre eran invitados a algún gran banquete, y que cuando llegaban al lugar de reunión se encontraban con que estaban solos con el villano y la mesa puesta para dos. No te preocupes, Toots, si no encuentro a nadie más allí, me volveré en seguida.

La dirección que le había dado Hardecker decía Park Avenue, pero el edificio en cuestión estaba realmente sobre una de las calles laterales que nacían de aquella arteria. Era un edificio moderno, con un solo departamento por piso.

—¿Mr. Hardecker? —preguntó MacKenzie en el vestíbulo—. Stephen MacKenzie le busca.

Observó que el empleado sacaba una pequeña lista de cinco nombres escritos a máquina, de los cuales cuatro habían sido tachados con un lápiz, y cruzaba con una línea el último de ellos.

—Suba, Mr. MacKenzie. Tercer piso.

Un mayordomo abrió la puerta única del ascensor, que daba a un pequeño descanso, le saludó por su nombre y tomó su sombrero. Una sola mirada a la fastuosidad que por doquier reinaba allí, habría bastado para devolver la confianza a cualquiera. Quienes así vivían, eran perfectamente capaces de invitar a cinco extraños a cenar, de dividir entre ellos la fortuna de un hijo fallecido, y de pensar en ello como en un insignificante capricho que puede tenerse en una tarde agradable. El sentido de las proporciones se altera cuando se traspone cierto límite en la renta anual que se posee.

Reconoció a Hardecker tan pronto como le vio venir hacia él, a lo largo de la galería central que parecía dividir en dos el lugar como una cancha de *bowling.* Tardó más de dos minutos y medio en llegar hasta él. El hombre que tenía ante sí parecía apreciablemente más viejo que la fugaz visión que recordaba haber tenido en la escena del accidente. Caminaba ligeramente encorvado, su

cintura era muy estrecha y tenía todas las apariencias de haber sufrido. Pero el bigote blanco estaba tan bien cuidado y retocado como siempre, y bajo su impecable chaqueta llevaba uno de esos cuellos blancos, vueltos hacia arriba, de nuevo diseño, que le daba una apariencia peculiarmente infantil, a pesar del color casi enceguecedoramente blanco de su cabello, que llevaba recortado como un prusiano.

Hardecker extendió la mano y dijo con la debida entonación, mitad digna, mitad afable:

—¿Cómo está, Mr. MacKenzie? Me alegro mucho de conocerlo. Pasemos a conocer a los demás y a tomar algo.

No había ninguna mujer en el *living room;* sólo los cuatro hombres se encontraban allí, sentados a su entera comodidad. No reinaba en la sala una atmósfera de tensión, de tirantez: ventaja ésta que suelen tener las reuniones de hombres solos, sobre las de hombres y mujeres, no por culpa de éstas, sino por la conciencia que de ellas tienen los hombres.

Kenshaw, el hombre con apariencia de estudioso, tenía bajo el ojo izquierdo una blanca cicatriz, visible aún, ocasionada por el cristal de sus lentes al romperse en el accidente. El angelical Lambert le informó confidencialmente a MacKenzie, sin que éste le preguntara nada, que había trocado el negocio de sus extraordinarias estilográficas por el de fabricar corsés y otros implementos de uso femenino. No quería saber nada más de artilugios mecánicos. O, como planteaba él el caso:

—Un corpiño tienen que tener, indudablemente. Pero, ¿quién necesita una lapicera fuente?

El sujeto de aspecto imponente y mirar duro le fue presentado con el nombre de Prendergast; nada se dijo de su profesión, si alguna tenía. Megaffin, el cobrador de facturas, no era ya un cobrador de facturas.

—Ahora envío las mías —explicó, mientras jugueteaba con el diamante artificial que coronaba el alfiler de su corbata.

MacKenzie prefirió *whisky,* y cuando hubo bebido tanto como los demás, el mayordomo se acercó a la puerta, como si le hubiera estado espiando por el ojo de la cerradura. Asomó la cabeza, lanzó una mirada al interior de la habitación y luego se alejó.

—¿Qué les parece si vamos y nos ponemos al trabajo, caballeros? —preguntó Hardecker con una sonrisa. Tenía la amable facultad, se dijo MacKenzie, de hacer que uno se sintiera como en su casa, sin extremar la nota, ni hacerse fastidioso. Cosa que parece más fácil de lo que en realidad es.

Ni flores, ni velas, ni fruslerías de ninguna especie había en la mesa, que estaba puesta para seis personas; sólo lo justamente necesario para que varios hombres pudieran darse una buena cena.

—Tomen asiento donde gusten —dijo Hardecker—, pero resérvenme la cabecera de la mesa.

Lambert y Kenshaw se sentaron a un lado, Prendergast y Megaffin tomaron asiento frente a ellos, en el lado opuesto. MacKenzie se sentó en el extremo opuesto al dueño de casa. Era obvio que cualquiera fuera la naturaleza del anuncio que su huésped tenía intención de hacer, lo dejaba para el fin de la cena, como era razón.

Después que todos entraron, el mayordomo cerró un par de puertas corredizas y permaneció afuera. El servicio estaba a cargo de un hombre. Era aquélla típicamente una comida de hombres solteros, sencilla, maravillosamente bien cocinada, desprovista de todo accesorio frívolo o delicado, como ensaladas, vegetales y cosas parecidas, que pudiera disminuir su mérito; para cada uno de los platos que la formaban había un vino diferente; y a su término, nada de dulces empalagosos, sino queso Roquefort y pocillos de café sobre los cuales vacilaba la llama azul del "Curvoisier". Una obra maestra. Cuando finalizó, todos se reclinaron sobre los respaldos de sus sillas, sumidos en una bruma de dorados sueños. Se veían poseedores, por anticipado, de mucho dinero, dinero por el cual no habían tenido que trabajar, más dinero quizá del que nunca habían tenido antes. No, éste no era un mundo tan malo, al fin y al cabo.

Una cosa había llamado la atención a MacKenzie, pero puesto que nunca antes había sido atendido por sirvientes en una casa privada, sino sólo en los *restaurants,* no pudo determinar si aquello era desusado o no. Había un costoso aparador de caoba que se extendía a un lado del comedor, pero el sirviente no había trinchado la carne sobre él, ni había puesto allí la vajilla, sino que había traído cada plato, aun la carne asada, separadamente, individualmente siempre. El café y los vinos también habían sido servidos fuera del comedor; las copas y los pocillos habían sido traídos llenos ya. Aquello hacía que el trabajo del hombre fuera mayor y que la cena resultara un

tanto más lenta, pero si ésa era la manera de servir que habían adoptado en casa de Hardecker, nada podía hacer él para alterarla.

Cuando todos estaban deleitándose ya con los cigarros y cigarrillos, y sobre el mantel sólo quedaban los vacíos pocillos de café, un plato adicional fue traído, una substancia espesa y amarillenta que parecía mayonesa, contenido en un recipiente semejante a un cáliz de plata, algo así como una escudilla con pie. El sirviente lo colocó exactamente en el centro geométrico de la mesa, midiendo con la vista las distancias que mediaban hacia ambos bordes y luego hacia la cabecera y el pie de la mesa, y alterando su posición hasta que estuvo exactamente en el medio. Luego retiró la tapa del recipiente y dejó el contenido al descubierto; una nubecilla de vapor se elevó perezosamente de su interior. Todas las miradas se fijaron en él, con interés.

—¿Está bien mezclado? —oyeron que preguntaba Hardecker.

—Sí, señor —repuso el sirviente.

—Está bien, no vuelva a entrar.

El hombre se alejó por la puerta de la repostería —por la cual había entrado y salido antes—, que se cerró tras él con un leve ruido metálico.

Alguien —Megaffin— preguntó afablemente, esperando, evidentemente, algún nuevo agasajo:

—¿De qué está hecho *eso?*

—¡Oh! De muchas cosas —respondió Hardecker con indiferencia—. Tiene claras de huevos, mostaza y algunos otros ingredientes, todos ellos bien mezclados.

—Parece un antídoto —comentó MacKenzie, tratando de parecer gracioso.

—Es un antídoto —afirmó Hardecker, contemplando con mirada fija la mesa que tenía ante sí. Debió apretar algún timbre de llamada invisible bajo la mesa, o algo parecido, porque el mayordomo abrió las puertas corredizas y permaneció entre ellas, aunque sin entrar en la habitación.

Hardecker no volvió la cabeza.

—¿Tiene ese revólver que le di? —preguntó—. Permanezca ahí, por favor, tras esas puertas y cuide de que nadie salga de aquí. Si alguien trata de hacerlo, ya sabe usted cómo tiene que proceder.

La atmósfera tardaba en ponerse tensa, el cambio había sido demasiado abrupto, todos habían estado demasiado sumergidos en el resplandor rosado subsiguiente a la cena y en la idea de su inminente enriquecimiento. Además, no todos ellos estaban igualmente alertas mentalmente, y menos que ninguno Megaffin, quien durante toda la tarde había estado en un tetradimensional plano de "descostumbre" tal que, aunque un revólver había sido mencionado, no podía comprender aún cómo se podía pasar de la hospitalidad a la amenaza.

El primer punto focal de la tensión que se avecinaba fue la propia cara de Hardecker, que fue poniéndose lentamente pálida, cruel, implacable. MacKenzie fue el segundo, y luego Lambert palideció también. La situación comenzó a hacer presa en los demás, uno a uno, hasta que reinó completo silencio en la habitación.

Hardecker habló. No en alta voz ni airadamente, sino con expresión acerada, inclemente:

—Caballeros —dijo—, hay entre nosotros un asesino.

Cinco personas retuvieron el aliento a un tiempo, produciendo un ruido sibilante, menos aterradas por la afirmación en sí misma que por la sugestión, apenas recatada tras aquélla, de un castigo; y detrás de esto, la vaga sospecha de que ya había sido impuesto.

Nadie dijo nada.

Las miradas duras, inflexibles, de Hardecker, recorrían un semblante tras otro. Fumaba un largo cigarro, no más grueso que un cigarrillo. Lo adelantó apenas hacia adelante, rectamente; luego, sin moverlo demasiado, fue señalándolos con él, uno a uno, como si fuera el negro dedo del destino.

—Uno de ustedes, caballeros —dijo—, mató a mi hijo —pausa—. El día 30 de agosto de 1936 —pausa—. Y aun no ha pagado por ello.

Las palabras fueron como piedras que hubieran caído en un profundo lago de cristalinas aguas y cuyos círculos concéntricos simbolizaran temor.

—¿Se coloca usted por encima de las autoridades debidamente constituidas? —preguntó MacKenzie lentamente—. Las deducciones de la investigación que hizo el *coroner* indican que

aquello se trataba de un suicidio determinado por una mente perturbada. ¿Por qué cree usted que sean incom…?

Hardecker cortó sus palabras como con un látigo:

—Esto no es una discusión —dijo—. Esto es… —hizo una larga pausa, luego, muy lentamente, pero con voz perfectamente audible, completó su frase—: una ejecución.

Se produjo otro de aquellos silencios sofocantes, que cada cual interpretó de diferente manera, según su temperamento. MacKenzie se quedó mirándolo, simplemente, sobresaltado, receloso. Receloso, mas no excesivamente atemorizado, no más atemorizado de lo que había estado aquella noche en el ascensor. Kenshaw, el hombre con aspecto de estudioso, tenía en el rostro una mirada de reproche, semejante a la de un maestro ante las malandanzas de un alumno levantisco, y la cicatriz que ostentaba en el rostro parecía más pálida aún. Megaffin parecía desasosegado, como una acorralada comadreja que buscara una escapatoria. El sujeto de la imponente apariencia estaba pronto a capitular nuevamente, a juzgar por el temblor que comenzaba a agitar los músculos de su rostro. Lambert pellizcóse un instante el caballete de la nariz, dejó caer la mano luego, y murmuró:

—*¡Oy!* y yo que dejé mi partida de naipes en el club para venir aquí —o algo parecido.

—Sé quién es el hombre —recomenzó Hardecker, como si no hubiera dicho nada extraordinario hasta entonces—. Sé quién de ustedes es. Me ha llevado un año averiguarlo, pero ahora lo sé, sin la menor sombra de duda. —Contemplaba su cigarro ahora, observaba cómo la ceniza se desprendía por su propio peso y caía en el plato de su pocillo de café—. La policía no quiso escucharme, insistió en que era suicidio. La evidencia fue insuficiente para convencerlos la primera vez y puede ser que aun sea insuficiente. —Alzó los ojos—. Pero yo pido justicia por la muerte de mi hijo. —Sacó del bolsillo un costoso reloj de forma octogonal, fino como una moneda de diez centavos, y lo colocó ante sí sobre la mesa, con la esfera hacia arriba—. Caballeros —anunció—, son las nueve de la noche. En media hora, a más tardar, uno de ustedes estará muerto. Habrán notado que fueron servidos separadamente. Un plato, y sólo uno de todos ellos, era mortal. Está cumpliendo su obra, lenta pero seguramente, mientras estamos sentados aquí. —Señaló el recipiente que equidistaba de todos ellos—. Allí está la respuesta. El antídoto. De ninguna manera deseo convertirme en ejecutor por sobre la ley. Que sea el asesino quien elija. Que extienda la mano y salve la vida y se confiese culpable ante todos ustedes. O que guarde silencio y vaya a la muerte sin confesar, privadamente ejecutado por lo que no puede ser probado públicamente. El colapso se producirá dentro de veinticinco minutos, sin previo aviso. Después será demasiado tarde.

Fue Lambert quien hizo la pregunta que tenían todos en la mente:

—Pero, ¿está usted seguro de que… le hizo esto al verdadero…?

—No he cometido ningún error —repuso el anciano—. El sirviente estaba bien instruido; todos ustedes están perfectamente a salvo, menos el asesino.

Lambert no pareció encontrar mucho consuelo en aquellas palabras.

—¡Muy bonito! Hermosa manera de digerir una comida —rumió en alta voz—. ¿Por qué no le sirvió al asesino primero, para que, finalmente, todos hubiéramos podido comer en paz?

—Cállese —dijo alguien, aterrorizado.

—Veinte minutos —repuso Hardecker, sin expresión, como la señal que indica la hora de los aparatos de radiotelefonía.

—Usted no puede estar en su sano juicio —murmuró MacKenzie sin demasiado entusiasmo—, para hacer una cosa como ésta.

—¿Tuvo usted un hijo alguna vez? —fue la respuesta.

Algo pareció causar repentina impresión en Megaffin.

Su silla saltó hacia atrás.

—Yo salgo de aquí —dijo roncamente.

Las puertas se separaron dos pulgadas, silenciosamente, como si fueran de humo, y un negro cilindro metálico apareció a través de la abertura.

—Ese hombre, ahí —ordenó Hardecker—. Mátelo donde está, si no vuelve a su asiento.

Megaffin volvió a desplomarse en su silla, como un perro golpeado, y trató de escudarse tras las amplias espaldas de Prendergast. Las puertas se deslizaron nuevamente hasta que quedó entre ellas un espacio no mayor que el grosor de un cabello.

—No podría sentirme más a gusto —suspiró el angelical Lambert— si estuviera en la Casa Parda de Munich...

—Dieciocho minutos —fue el comentario que partió de la cabecera de la mesa.

Prendergast comenzó a gesticular súbitamente, sin poder dominarse, extendió los brazos sobre la mesa y sepultó la cabeza en ellos, lloriqueando en voz alta:

—¡No puedo soportarlo! ¡Déjenme salir de aquí! ¡Yo no lo hice!

Un cambio fue haciéndose patente en los que se sentaban a la mesa. No porque aquel sujeto hubiese claudicado, analizó MacKenzie, sino porque no tenía el aspecto de haber cometido un crimen. Si alguien era culpable, debía ser Lambert, con su fisonomía angelical. Éste, sin embargo, parecía enfrentarse con otros problemas. Se rascó la cabeza, golpeóse luego el pecho y murmuró:

—¡Uf! ¡Qué lástima! Que él viviera tanto y yo no consultara ese asunto con mi abogado...

—Ésta no es una manera de hacer las cosas —dijo MacKenzie ásperamente—. Si usted tuviera cualquier clase de...

—Ésta es mi manera —fue la no menos áspera respuesta de Hardecker—. He dejado que el culpable eligiera. No tenía necesidad de dejar que las cosas ocurrieran así. Tenía una alternativa. Catorce minutos. Debo recordarles que cuanto más se tarde en ingerir el antídoto, más problemática será su eficacia. Si se tarda demasiado, puede fracasar completamente.

Consciente de una extraña molestia en el estómago, como si tuviera allí una masa de cemento, MacKenzie sintió cómo aquélla se transformaba en una sensación quemante. Hay una cosa que se llama indigestión nerviosa, bien lo sabía él, pero... Contempló reflexivamente la copa de plata.

Mas todos ellos estaban haciendo lo mismo incesantemente. Prendergast había levantado el rostro nuevamente, pero éste seguía siendo una pesarosa máscara de infantil terror. Megaffin se había puesto verde y humedecíase constantemente los labios. Kenshaw era, de todos, quien mejor se dominaba; había cruzado los brazos, sentado simplemente allí, como si estuviera esperando para ver quién de los que le rodeaban alargaría la mano en busca de la salvación contenida en el recipiente de plata.

MacKenzie comenzó a experimentar una dolorosa pulsación bajo el plexo solar ahora, sentía un agudo malestar que se parecía mucho a un calambre. La idea de lo que podía ser aquello hizo que su frente se perlara de finas gotas de sudor.

Lambert estiró el brazo abruptamente y, por un instante, todos dejaron de respirar. Mas la mano del joven sorteó el cáliz de plata y se hundió en una caja de cigarros que había junto a aquél. Tomó dos, puso uno en el bolsillo de su americana y otro entre los labios.

—A cuenta —gruñó vengativamente en dirección a Hardecker.

Alguien rió forzadamente ante la falsa alarma que se había producido. Kenshaw se sacó los lentes y comenzó a limpiarlos tristemente, como si se sintiera desilusionado porque aquello no había sido el fin del asunto.

—Toda la simpatía que podríamos tenerle a causa de su desgracia —dijo MacKenzie—, está usted haciéndola desaparecer con esta farsa.

—No pido simpatía —replicó Hardecker, fría, ferozmente—. Expiación es lo que pido. Se me quitaron tres vidas: la de mi hijo, la de mi nuera y la de mi nieto, nacido prematuramente. ¡Exijo que se me pague por eso!

—Jennie no me creería si le contara esto —dijo Lambert en voz alta, mas nadie pareció interesarse en Jennie.

Prendergast apretóse la garganta repentinamente.

—No puedo respirar —gimió— ¡Me lo ha hecho *a mí!* ¡Socorro!

MacKenzie, que comenzaba a sentir una creciente hostilidad hacia Hardecker, trató de reanimar al pusilánime sujeto.

—Quizá sea indigestión nerviosa —dijo—. No se dé por vencido si no está seguro.

—¡Que no me de por vencido! —gruñó desagradecidamente el individuo—. Y si me caigo muerto, ¿va usted a hacerme revivir?

—Debería ser arrestado por esto —dijo Kenshaw, dando señales de vida por primera vez. Los

lentes de sus cristales se habían empañado y le daban un peculiar aspecto de ciego.

—¿Arrestado? —gritó Lambert. Movió la cabeza lentamente, hacia un lado y hacia otro—. Va a ser demandado como nadie lo fue antes. Cuando yo termine con el, podrá sentirse aliviado.

Hardecker le arrojó una mirada de desprecio.

—Diez minutos, poco más o menos —anunció—. Parece elegir el medio más seguro. Obstinado, ¿eh? Moriría antes de admitirlo.

MacKenzie se aferró al asiento de su silla; le ardía el vientre. Pensó: "Si lo que estoy experimentando ahora son los efectos del veneno, voy a aplastarle la cabeza con una silla antes de que me muera. ¡Voy a enseñarle a envenenar a personas inocentes!"

Megaffin comenzó a jurar en dirección al verdugo, con plañidero y gutural sonsonete.

—*Mazzeltov* —secundó Lambert con una formal inclinación de asentimiento—. Usted lo dice, pero yo lo pienso.

—Cinco minutos. —Hardecker volvió el reloj al bolsillo, como si no hubiera ya necesidad de consultarlo—. Si el contraveneno no es ingerido antes de que transcurran treinta segundos, fracasará seguramente.

MacKenzie sintió náuseas, tiró bruscamente de su corbata, desatóse el cuello. Había sentido una sofocante punzada en el corazón.

Prendergast parecía pronto a desmayarse; sólo se veía el blanco de sus ojos. Aun Lambert dejó de fumar su cigarro, como si éste le enfermara. Kenshaw sacóse los lentes por tercera vez en cinco minutos, para limpiarlos.

Un par de brazos se adelantaron repentinamente, aferrándose al cáliz de plata y lo retiraron con violencia. El recipiente se inclinó casi verticalmente, con la boca hacia abajo, sobre el rostro de alguien, y un gemido hueco, metálico, infinitamente siniestro, se oyó tras él...

Había ocurrido tan rápidamente que, por un instante, MacKenzie no pudo estar seguro de quién se trataba, a pesar de todo el tiempo que había pasado sentado con ellos a la mesa macabra. Tuvo que asegurarse mediante un rápido proceso de eliminación. El hombre que estaba a su lado, Lambert... ¡Kenshaw, el hombre con aspecto de estudioso, el hombre que menos había tenido que decir desde que la ordalía había comenzado! Ingería el contenido del recipiente, y su nuez de Adán, visible en la sombra bajo el borde inferior de aquél, se alzaba y descendía convulsivamente.

De pronto lo arrojó a un lado, su rostro fue visible nuevamente, la vacía copa chocó con metálico estrépito contra la pared y cayó luego pesadamente al suelo. No pudo hablar por un minuto o dos, tampoco pudo hacerla ninguno de los demás, excepto, probablemente, Hardecker, y éste no quiso hacerla. Quedóse contemplando simplemente al confeso criminal con ojos inmisericordes.

—¿Me... me... salvará? —jadeó Kenshaw; le temblaban las mejillas.

Hardecker cruzó los brazos y dijo, dirigiéndose a los demás, pero sin quitar la mirada de Kenshaw:

—De manera que ahora saben. De manera que ahora ven si tenía razón o no.

Kenshaw mantenía las manos apretadas con fuerza a ambos lados de la cabeza. Un repentino torrente de palabras salió de entre sus labios, como si encontrara alivio en hablar ahora, después de la larga e insoportable tensión por la que había atravesado.

—Por supuesto que tenía razón —exclamó—, y lo haría nuevamente. Me alegro de que esté muerto. El hijo del hombre rico lo tenía todo. Pero eso no le bastaba, ¿eh? Tenía que demostrar cuán bueno era, contribuir a que usted se hiciera cada vez más rico, cada vez más rico. No podía tomar un empleo en su firma, ¿eh? ¡Ah, no! La gente podría decir que usted le estaba ayudando. Tenía que ir al lugar donde *yo* trabajaba a pedir trabajo. Y no anónimamente. *¡No,* tenía que decir de quién era hijo, para tener todas las probabilidades en su favor! Ellos tuvieron miedo de ofenderle a usted, creyeron que quizá tendrían dificultades con usted a causa de él. ¡No importaba que yo les hubiera consagrado los mejores años de mi vida, que yo también tuviera a alguien a quien sostener en mi casa, como tenía él, no importaba que yo no pudiera ir a cualquier parte y mencionar el nombre de un padre influyente! ¡Me despidieron! —su voz se hizo mas penetrante—. ¿Sabe usted lo que me ocurrió a mí? ¿Sabe usted, o le importa, cómo recorrí esas calles, bajo la lluvia, buscando trabajo, a la edad que tengo? ¿Sabe usted que mi esposa tuvo que arrodillarse y fregar los sucios corredores de las oficinas? ¿Sabe usted que yo lavé platos, que tuve que vender emparedados por las calles, y que dormí en los bancos de las plazas, todo a causa de un mozo

despierto con delirios de grandeza? Sí, me roía el corazón, ¿por qué no? Supongo que usted encontró las cartas amenazantes que le escribí, que por ellas se enteró. —Hardecker sólo meneó levemente la cabeza, en señal de negación—. Luego, él subió en el ascensor aquel día. No me vio, probablemente no me habría conocido si me hubiera visto, mas yo sí le vi a él. Yo le conocí. Luego caímos... y yo deseé que estuviera muerto... ¡Yo deseé que estuviera muerto! No lo estaba. La idea fue apoderándose de mí, lentamente, mientras estábamos allí, en la obscuridad, esperando. Los sopletes comenzaron a hacer ruido, y yo me aferré a él, yo iba a estrangularle. Mas él se liberó de un tirón y sacó el revólver para defenderse contra lo que, según imagino, creyó era un hombre enloquecido de miedo. Yo no estaba enloquecido de miedo, a mí me enloquecía la sed de venganza... ¡Yo sabía lo que estaba haciendo!

"Le apreté la mano. No el revólver, sino la mano que lo sostenía. Lo volví hacia él, lo centré en su propio corazón. Dijo "¡Elinor, Elinor!", pero eso no le salvó; ése era el otro nombre, el nombre equivocado; ése era el nombre de *su* esposa, no de la mía. Yo apreté el dedo que él tenía sobre el disparador con mi dedo, yo disparé su propia arma. De manera que la policía tenía razón, había sido suicidio en cierto modo...

"Él se apoyó contra mí, porque no había allí espacio suficiente para que pudiera desplomarse. Yo me dejé caer al suelo primeramente, bajo él, y luego le puse encima de mí para que nos encontraran en aquella posición. Sangró unos instantes sobre mí, y luego dejó de hacerlo. Cuando ellos vinieron, yo fingí que me había desmayado.

Hardecker dijo:

—¡Asesino! ¡Asesino! —y sus palabras fueron como gotas de agua helada—. Él no *sabía* que le había hecho eso a usted; ¡oh!, ¿por qué, por qué no le dio usted una oportunidad al menos, por qué no fue un hombre? *¡Asesino! ¡Asesino!*

Kenshaw comenzó a inclinarse hacia abajo, hacia el piso, donde habían caído sus lentes cuando se lanzó sobre el antídoto. Su rostro estaba al mismo nivel que el borde de la tabla de la mesa.

—A pesar de lo que me han oído decir hace unos instantes —gruñó—, no podrán probarlo nunca. Nadie me vio. Sólo las sombras.

Se oyó un susurro:

—Es ahí adonde va ahora. A las sombras.

La cabeza de Kenshaw desapareció súbitamente bajo la mesa. Su silla vacía se balanceó hacia un costado y cayó con estrépito sobre el piso.

Ahora se habían puesto todos de pie y se inclinaban sobre él… Todos, menos Hardecker.

MacKenzie, que se había puesto de rodillas, se irguió nuevamente.

—¡Está muerto! —dijo—. El antídoto no obró a tiempo.

—Eso no era el antídoto —anunció Hardecker—. Eso era el veneno mismo. No había sido envenenado hasta que ingirió el contenido de la copa de plata. Con un solo ademán se condenó a sí mismo y ejecutó la sentencia. Yo no sabía antes de entonces quién de ustedes era el asesino. Sólo sabía que mi hijo no se había suicidado, porque, ¿saben ustedes?, el ruido de aquellos sopletes no le habría afectado mucho: padecía de sordera parcial desde su nacimiento. —Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie—. No los he llamado a ustedes aquí, para engañarlos. La herencia de mi hijo será dividida, en partes iguales, entre los cuatro que quedan. Ahora, estoy pronto a tomar mi propia medicina, ¡Llamen a la policía, que decidan sus fiscales y sus cortes de justicia si le maté yo, o si fue su propia conciencia culpable quien le mato!

Aventuras De Una Manzana

(AN APPLE A DAY)

Se les conocía por los motes de "Fruits" y "Catcher", ésos eran sus nombres profesionales. Eran socios y estaban preparándose para dar principio a uno de sus negocios. Bajo una luz velada, Fruits se sentaba a la mesa, atentamente aplicado a la ejecución de una tarea de naturaleza delicada, si bien no claramente definida, mientras Catcher, en el fondo de la habitación, se paseaba desasosegadamente de un rincón a otro.

Los accesorios de la operación, desparramados sobre una hoja de papel de diario, eran un filoso cuchillo de fruta, un platel de manzanas de rosadas mejillas y un brillante objeto minúsculo que resplandecía falazmente y que habría podido ser confundido casualmente por un diamante, pero que, si era examinado con mayor detención, se veía que era simplemente un diminuto nódulo de vidrio facetado y cubierto en una de sus caras por un trocito de oropel.

—Ya lo tengo— anunció Fruits finalmente. En la aterciopelada superficie de la manzana había abierto una pequeña "ventana" triangular, una especie de puerta trampa, separando el correspondiente pedazo de la piel del fruto, que pendía verticalmente, suspendido de su borde. Dobló cuidadosamente hacia atrás la reducida Superficie triangular y, empuñando delicadamente el cuchillo, separó con él de la nívea pulpa de la manzana un menudo fragmento. Tenía ahora, excavada en la manzana, una cavidad, algo así como una celdilla hexaédrica, de la cual no quedó el menor vestigio cuando sus ágiles dedos restituyeron suavemente la "ventana" a su lugar.

Catcher meneó la cabeza.

—Es demasiado simple —dijo—. Espero que dé resultado.

—Siempre lo da la primera vez —le aseguró Fruits—. Sale bien cuando se aprovecha la oportunidad inicial. Y ésta es la primera vez que la intentamos en esta ciudad, de modo que no veo por qué te inquietas.

Catcher se mostraba intranquilo todavía.

—La gente no suele entrar en lugares como ése comiendo manzanas —dijo.

—Ya se han acostumbrado a verme haciéndolo. Comí una la primera vez que fui. Comí otra la segunda vez. ¿Por qué habrían de extrañarse si hiciera lo mismo una tercera vez? Para ellos eso es ahora simplemente una particularidad mía.

Catcher se encogió de hombros, sólo parcialmente convencido.

—A mí me parecería sospechoso aún —comentó.

A esta altura del diálogo, Fruits se reveló como poseedor de cierta formación filosófica.

—Eso es porque estás en el secreto —sentenció—. La gente que está tratando de negocios honestamente, como dirías tú, no espera nada deshonesto, no se cuida ni se previene hasta cuando es ya demasiado tarde. Ésa es la gran ventaja que tenemos nosotros sobre ellos.

Se puso una americana impecablemente cortada, con una flor en el ojal, que le había estado esperando colgada en el respaldar de una silla mientras él trabajaba, y que ocultó piadosamente las ligas con que se sujetaba las mangas de la camisa. Se puso un guante en una mano, tomó con ella el compañero de aquél y un magnífico bastón barnizado de caña de Malaca, colocóse sobre la cabeza un costoso sombrero gris, al que cuidó de poner en el ángulo más adecuado para dar la impresión del hombre de mundo que va de paseo por la ciudad, se volvió a este lado y a aquél, exhibiendo su persona a la mirada apreciativa de su socio.

—Bien, muy bien —murmuró éste último con expresión admirativa.

—Tengo casi el mismo aspecto que se supone deben tener los corredores de comercio, pero no me parezco demasiado a ellos —explicó Fruits—. Si te pareces demasiado a lo que ellos deben ser, te toman por otra cosa.

Colocó el centelleante fragmento de vidrio que había estado reposando sobre el periódico, en la

abertura del guante, y lo fijó entre el pulgar y la palma de la mano, de suerte que pudiera nuevamente ser sacado de su lugar mediante la simple flexión de un dedo llevado a la altura de la unión del pulgar con la palma. En cuanto a la manzana la puso descuidadamente en el interior del bolsillo lateral de su pantalón, donde formó una leve si bien no irreparable protuberancia a un lado del muslo.

—¿Así la llevas? —preguntó Catcher dubitativamente—. ¿A la vista de todo el mundo?

—Es así cómo uno de *ellos* la llevaría, si saliera de la oficina sintiéndose niño nuevamente y la comprara al primer carrito frutero que viera cerca. Sólo las buenas amas de casa las llevan en bolsitas de papel.

Algunos minutos después se separaban en una calle de la parte baja de la ciudad, unos pocos pasos más allá de la doble vidriera de un impresionante frente de comercio que ostentaba un gran letrero con las palabras:

"Corday, joyeros". Su manera de separarse fue más bien gradual, progresiva, que abrupta o inmediata. Hasta entonces habían caminado juntos. De pronto Catcher comenzó a aminorar el paso, a quedarse atrás mientras Fruits seguía caminando con la misma rapidez con que lo había hecho hasta entonces, no sin antes dar las ultimas instrucciones a su compinche hablando por un ángulo de la boca:

—¿Ves esas tres ventanas en el segundo piso, inmediatamente arriba del letrero? Son las que dan a su oficina privada. Eso te indicará dónde debes colocarte. ¿Comprendido? Ten el sombrero listo.

Catcher sacóse el sombrero, como si se hubiera dado cuenta de que la tarde era excesivamente calurosa. Con un amplio pañuelo se secó el sudor de la frente y luego frotó también con él la cinta del interior del sombrero, que mantenía vuelto hacia arriba. Hacía aquello para dar mayor naturalidad a su actitud, para justificar ante los transeúntes el hecho de haberse sacado el sombrero y tenerlo vuelto con la concavidad hacia arriba.

Fruits, mientras tanto, había penetrado en la joyería. A medida que avanzaba hacia el fondo del negocio era saludado de todas partes con cordiales inclinaciones de cabeza. El secretario del gerente se adelantó hacia él y le dio la bienvenida con una profunda reverencia.

—Buenas tardes, Mr. Nash —exclamó—. Creo que Mr. Corday le está esperando arriba, en su oficina privada.

Mr. Nash asintió afablemente, mas no disminuyó la velocidad de su paso.

—Bien —dijo con una leve entonación nasal que habría podido ser tomada como proveniente de Harvard o de Oxford, pero que, en realidad, había pedido prestada al protagonista de una película cinematográfica de Hollywood.

Hasta el botones que conducía el ascensor había sido debidamente aleccionado acerca de su nombre.

—Buenos tardes, Mr. Nash —dijo.

—Buenas tardes, hijo —repuso Mr. Nash bonachonamente.

Mr. Corday le recibió arriba. Mr. Corday habló a través de un transmisor colocado en su escritorio a algún invisible subordinado:

—Traiga esa bandeja que estaba mirando Mr. Nash la última vez. Número siete.

Su orden fue cumplida con admirable presteza. La puerta se cerró y ellos se sentaron para consagrarse a su agradable y mutuamente beneficiosa tarea.

Mr. Nash demostraba una vaguedad de buen tono en cuanto a los detalles se refiere.

—Habíamos llegado a un punto... —murmuró y se interrumpió como si no encontrara nada más que decir. —Habíamos descartado todos menos estos dos, Mr. Nash.

Mr. Nash se acordó.

—Exactamente —asintió.

Mr. Corday separó una refulgente gema de la pequeña bandeja forrada de terciopelo y la puso en alto para examinarla individualmente.

—Ahora bien, como le he dicho antes, en materia de calidad, apenas si se puede elegir entre una y otra...

Mr. Nash necesitaba evidentemente algún leve estimulante exterior de sus facultades de tomar una decisión. Su mano inició un movimiento destinado, al parecer, a extraer una cigarrera del

bolsillo interior de su americana, luego desistió del intento.

—¿Un cigarrillo, Mr. Nash?

—No, me lo tienen prohibido. Acabo de acordarme. Orden del médico, usted sabe. Creo, si no le parece mal, que...

Extrajo una manzana del bolsillo de su pantalón, y la sopló un instante, como paso previo para comenzar a mordiscarla, Mr. Corday aprobó con una indulgente sonrisa.

Mr. Nash tomó una de las piedras con la misma mano en que sostenía la manzana.

—Ésta cuesta sesenta mil. Y ésa que tiene usted cuesta setenta y cinco mil. ¿No es verdad?

—Precisamente. Veo que tiene usted buena memoria. Permítame señalarle que...

La errante mano de Mr. Nash había elegido una tercera piedra, distinta de las dos que estaban bajo discusión.

—Ésa sólo cuesta cincuenta mil —dijo Mr. Corday con leve tono de reproche.

Mr. Nash la volvió prestamente a su sitio como si se sintiera culpable de un *faux pas.* En ese preciso instante dio su por tan largo rato aplazado primer mordisco a la manzana. La coordinación en los movimientos es un atributo sumamente recomendable, y ésa era una cosa que a ningún *film* cinematográfico tenía que agradecer: era innata en él.

Sus dientes se hundieron en la manzana, mas no llegó a terminar el gesto. Hizo una mueca de profundo desagrado y retiró la fruta de los labios con rápido ademán.

—¿Qué ocurre? —preguntó solícitamente Mr. Corday.

—Está ácida. Me hace castañetear los dientes. Brrr... Excúseme un segundo mientras me deshago de ella.

Mr. Corday estiró servicialmente la mano para alcanzarle un recipiente de cuero labrado destinado a arrojar en él los papeles y desperdicios. Mr. Nash, empero, no pareció percatarse del ademán. Se puso en pie sin esperar a verlo completado, se acercó a la entreabierta ventana, alzó levemente la mano y la manzana desapareció. Luego volvió y se sentó nuevamente.

La transacción pareció haber ganado impulso, como si el ácido de la manzana agria hubiese actuado a manera de lubricante. Mr. Nash extrajo de su bolsillo una libreta de cheques y la abrió. Un segundo más tarde habría hecho conocer indudablemente su decisión si en algún lugar de afuera no se hubiese producido, en ese preciso instante, una enojosa interrupción.

Y fue que en la calle, justamente debajo de las ventanas de la oficina, una mujer comenzó a proferir penetrantes gritos.

Ambos alzaron la cabeza, igualmente sobresaltados. Ambos abandonaron sus asientos al mismo tiempo y se dirigieron a la ventana para ver de qué se trataba. Si ambos llegaron juntos o no, fue cosa que, en la excitación del momento, escapó a la observación de Corday. Estiró el cuello para tratar de ver, desde un ángulo obtuso, lo que sucedía en la acera.

—No puedo saber de qué se trata. No veo nada —informó al espectador que imaginaba junto a él.

No recibió respuesta, y había demasiado espacio vacío en la ventana.

Se volvió. La habitación estaba vacía.

El bastón de caña de Malaca pendía aún del respaldar del sillón. Un guante y la inútil libreta de cheques permanecían junto al borde de la mesa.

Saltó hacia adelante. Todos los diamantes parecían ocupar su lugar a salvo en la bandeja, dispuestos en filas paralelas sobre el terciopelo. El de setenta y cinco mil, el de sesenta mil... Sus dedos nerviosos se precipitaron sobre el de cincuenta mil, pero sólo se cerraron en un minúsculo trozo de vidrio centelleante cuya parte posterior cubría un menudo fragmento de oropel...

Los gritos comenzaron nuevamente. Pero esta vez no era la desconocida mujer de la calle, esta vez era el gerente.

Catcher no vio venir a Mrs. Rosoff por la calle con el cochecito de su hijo. Ni siquiera *sabía* que era Mrs. Rosoff. Mrs. Rosoff, por su parte, no vio a Catcher. Para contemplar los lujosos relojes pulsera, los aros y los broches, los candelabros de plata que exhibían las vidrieras de la Casa Corday, había vuelto el rostro hacia un costado al pasar junto a ella. Aquellos objetos no le

concernían tan directamente como para hacer que se detuviera —cosa que, ciertamente, habría hecho ante una cabeza de repollo, o ante una toca tejida a mano de bajo precio—, pero nada le costaba mirar.

Por lo demás, aunque hubiera visto a Catcher, era dudoso que alterase su curso, fijo. Un holgazán callejero como aquél, que merodeaba en medio de la acera, limpiando el interior de su sombrero... a él le correspondía apartarse del camino de ella, y no a ella desviarse del suyo.

Una hogaza de pan, algunos rábanos picantes, diez centavos de papas, cinco centavos de apio, dos manzanas, una naranja, y una pelota de goma, además de su hijo Seymour, llevaba Mrs. Rosoff consigo sobre el arrugado acolchado del cochecillo.

Catcher y el cochecillo de Mrs. Rosoff se yuxtapusieron. Él había comenzado a retroceder lentamente hacia el encintado de la acera para ganar la necesaria perspectiva del edificio ante el cual estaba, con el sombrero vuelto hacia arriba, semejante a una desmesurada bacinica. En cierto sentido, lo era.

Sobresaltado ante el contacto del coche con la parte trasera de sus piernas, saltó incontrolablemente hacia adelante y sólo se detuvo después de recorrer varios pasos. Sus nervios estaban tensos, y el leve roce había estado a punto de hacerlos estallar.

Él y Mrs. Rosoff cambiaron una mirada,

—¿Qué le pasa, necesita toda la calle para caminar? —gruñó Mrs. Rosoff con tono beligerante. Luego siguió su camino.

Un objeto indefinido había caído en el cochecillo sin que ninguno de los dos alcanzara a percibirlo en su descenso; Catcher sólo lo vio, o creyó verlo, en retrospectiva, después que el coche había comenzado ya a moverse.

Sus ojos se alzaron, interrogantes, azorados. En ese preciso instante una mano comenzaba a retirarse por la oblonga abertura de la entreabierta ventana central, la ventana que Fruits le había dicho debía observar.

Salió disparado tras el cochecito. La disposición interior de éste había sido alterada ya en aquel breve lapso. La mano de Mrs. Rosoff acababa de dar a su contenido una cierta apariencia de orden. Seymour era un poco más visible y las otras cosas lo eran un poco menos.

Catcher se acercó por la retaguardia, sin que ella lo viera hasta que hubo negado a su lado. Su mano se extendió hacia el cobertor en un fútil intento por apresar alguna cosa de las que había en el interior del coche.

La voz de Mrs. Rosoff se alzó en instantánea y ensordecedora protesta, tarea para la cual estaba ciertamente bien timbrada.

—¡Apártese de mi hijo! ¿Qué está usted haciendo? —hizo virar violentamente el vehículo al llegar a una esquina y siguió por allí su camino.

Un metro o dos más adelante y Catcher había reaparecido ya por el otro costado, estirando nuevamente el brazo en convulsivo ademán, repetido y fracasado una y otra vez a medida que el coche tomaba velocidad.

A esta altura de los acontecimientos Mrs. Rosoff estaba completamente alarmada. Demostró aptitudes vocales que no había desplegado en muchos años.

—¡Merodeador! —aulló—. ¡Aparte sus manos de mi hijo! ¡Alguien venga! ¿No hay un agente de policía que se lo lleve?

Para ese entonces la desesperación de Catcher rayaba en el histerismo. Las cabezas de los transeúntes comenzaban a volverse. Sus dueños a detenerse en su camino. El cochecito iba cada vez más rápido y tras él Mrs. Rosoff, a todo correr, perseveraba en su grita.

Catcher inició una última vertiginosa acometida, a tal velocidad que no sólo alcanzó al cochecillo sino que lo dejó bien pronto atrás en su carrera. Al pasar alargó nuevamente la mano en busca de su objeto; esta vez su intento tuvo pleno éxito, pues logró apoderarse de lo que buscaba, dejando tras sí, en las ropas del coche, una prominencia que por su forma recordaba una tienda de campaña, a través de la cual se agitaba inciertamente en el aire un piececito calzado con un escarpín color de rosa...

La veloz carrera de Catcher le llevó en unos instantes a la esquina próxima y, poco después, a perderse de vista como una exhalación.

Los gritos de Mrs. Rosoff alcanzaron una intensidad estratosférica:

—¡Secuestrador! ¡Está tratando de robarme a mi Seymour! ¡Y en plena luz del día! —El hecho de que el objeto robado fuese evidentemente bastante más pequeño que la criatura, puesto que aún en plena carrera lo llevaba su "secuestrador" en una sola mano, sólo parecía haber aumentado su ira —. ¡Monstruo! ¡Ogro! ¿Le vieron, todos ustedes? ¿Vieron lo que trató de hacer? ¡Que hayan de existir tales gentes! ¡Se me hiela la sangre en las venas, de pensarlo tan sólo!

Se había detenido ahora, en el centro de un círculo de curiosos. Se inclinó sobre el cochecillo y apretó estrechamente a la criatura contra su pecho, demostración de su fiero y protector instinto maternal en la que incluyó también, inadvertidamente, al saco de papel de las papas y al ramillete de apios.

Unos segundos después se había calmado lo suficiente como para hacer un inventario del contenido del coche. Buscando en el interior de éste hizo un descubrimiento. En señal de beatífico alivio golpeóse el pecho con las manos.

—Es sólo una manzana lo que falta —anunció—. Es sólo una manzana lo que se llevó. —El descubrimiento, empero, contribuyó poco, o nada, a menguar la intensidad de su indignación—. ¡Muy bonito! —exclamó—. ¡ En medio de la calle le quitan el alimento de la boca a las criaturas!

Un oficial de policía había logrado por fin abrirse camino, penosamente, entre el grupo de espectadores y se enfrentó con la mujer. La historia, con todos sus detalles, fue vertida en sus oídos. Habiéndola escuchado, el representante de la autoridad comenzó a rascarse escépticamente la nuca, justamente debajo de la gorra.

—Ahora bien —preguntó—, ¿para qué cree usted, señora, que un hombre grande como ése querría robarle una manzana a una criatura?

Mrs. Rosoff comenzó a hacer violentos ademanes con ambas manos al mismo tiempo.

—¿Y me lo pregunta a mí? —clamó—o ¡Yo se lo pregunto *a usted!* Usted es un oficial, ¿no es verdad? *¡Usted* debería saber esas cosas!

Varios curiosos terciaron para corroborar la afirmación de la dama:

—Yo lo vi hacerla, oficial. Llevaba de verdad una manzana en la mano.

El oficial siguió rascándose la nuca durante algunos segundos.

—Debe de haber estado necesitado de alguna cosa que comer, seguramente. ¿Hacia qué lado fue? —Luego, anulando su propia pregunta, sugirió desganadamente a Mrs. Rosoff—: Usted no querrá que vaya tras él *por eso,* señora, ¿verdad?

Ella, mientras tanto, había hecho un nuevo descubrimiento que, a su vez, anulaba el original,

—No, espere —dijo—. ¡Si aquí esta la tercera manzana! Bajo la almohada de mi tesoro estaba durante todo este tiempo, sin que yo la viera. —Se enderezó nuevamente, perpleja—. Pero, entonces, ¿qué se llevó?

—Llevaba una manzana en la mano, yo lo vi —insistió uno de los presentes.

Mrs. Rosoff se encogió de hombros.

—A mí no me la sacó, eso es todo lo que yo sé —dijo—. Tres por diez dan en el almacén y tres tengo. —Y diciendo así aplicó un puntapié al freno colocado en la parte posterior del cochecillo y reanudó su camino, meneando la cabeza, suspirando con resignación de mártir y protestando con la voz y los ojos levemente alzados al cielo—: Siempre hay algún tumulto. Si no es una cosa, es otra. A mí me tenía que pasar esto. No podía ser a algún otro.

Para cuando el esposo de Mrs. Rosoff había llegado a su casa, enterándose del suceso y cenado, la teoría original del secuestro se había consolidado nuevamente sobre las ruinas de la inaceptable teoría de la manzana. Ambos esposos se sentaban ahora aplicados afanosamente al estudio de una lista de sospechosos y motivos probables. Mrs. Rosoff era quien hacía el mayor aporte de nombres y posibles causas, mientras que a Mr. Rosoff tocaba, con toda lógica masculina, descartar a aquéllos.

—¿Crees que podrían ser los Horowitz? Nunca me gustó esa mujer. Y desde que tú disolviste tu sociedad con él, le he estado diciendo a Max que debes cuidarte, porque él ha de buscar algún medio de vengarse de ti.

Mr. Rosoff hizo a un lado con un rotundo ademán de la mano la suposición de su mujer.

—Tres de su propia cosecha tienen ya. ¿Para qué iban a querer otro más? Ésa sí que sería una hermosa manera de vengarse. Y aun para una cosa como ésa no emplearían un sujeto contratado, tú sabes cuán estricta es la vieja señora, la madre de Sam.

Mrs. Rosoff admitió la plausibilidad de la objeción.

—¿Podrían ser *forasteros,* crees tú? —inquirió misteriosamente, inclinándose hacia adelante sobre su taza de té—. ¿*Gangsters,* como los que lees en los periódicos?

Su esposo lanzó una risita irónica.

—¿Qué tenemos nosotros que puedan querer los *gangsters?* —interrogó—. ¿O es que tú te ves tan bien, caminando por las calles?

Mrs. Rosoff recogió prestamente el guante, si bien más con la expresión que presta un hábito adquirido largo tiempo ha que con la que proviene de un indebido acaloramiento pasajero.

—Es bueno que tú lo hayas dicho —gruñó—. Tres años he estado pidiéndote que me compres un abrigo nuevo.

A esta altura del coloquio se oyeron en la puerta unos golpecitos inopinados y, al parecer, perentorios. Una cierta dosis de intranquilidad se adueño nuevamente de Mrs. Rosoff como consecuencia última de su experiencia de pocas horas antes.

—Ve quién es antes de abrir —avisó a su esposo en un susurro—. ¿Crees que podría ser lo de hoy nuevamente? —Con eso quería preguntar le si creía que aquello era una inesperada continuación de la desatinada persecución de la tarde.

Él pareció no tener dificultad alguna en asimilar aquella idea expresada más bien elípticamente. Por lo menos, adoptó la sugestión. Se puso de perfil contra la puerta e inclinó la cabeza en la actitud de quien escucha atentamente.

—¿Quién está ahí? —inquirió cautelosamente.

Del otro lado de la puerta llegó a ellos una voz de hueca entonación:

—Departamento de Policía.

Mrs. Rosoff se puso de pie de un salto, asintiendo con una expresión de reivindicación que era casi ansiosa.

—¿No te lo dije? —confirmó—. ¿Qué te dije yo?

En realidad, ella no le había dicho nada. Lo que quería significar era que el incidente de la tarde debía de tener algún motivo más profundo que el simple robo de una manzana para llegar a asumir una derivación oficial como aquélla.

Nuevamente su marido pareció leer sus pensamientos sin que ella los tradujera en palabras. Movió la cabeza en señal de asentimiento mientras abría la puerta.

Dos hombres se adelantaron, uno tras el otro. El primero de ellos sacó una especie de "carnet" o credencial, lo abrió de un golpe, lo cerró de un golpe, lo puso nuevamente en el bolsillo mientras los ojos de los esposos Rosoff seguían, fascinados, sus movimientos.

—Soy el inspector Grady, del Departamento de Detectives —anunció.

Los Rosoff estaban impresionados. Aun se podría decir que estaban un tanto amedrentados. No amedrentados como suelen estarlo los culpables, pero lo indiscutible es que estaban ansiosos por congraciarse en cuanto fuera posible con personajes de tan majestuoso porte como nunca los habían encontrado en la vecindad, mucho menos en su propio hogar.

Mr. Rosoff bajó tímidamente las manos con el fin de tenerlas convenientemente colocadas para el caso que de él se esperara un apretón de manos a modo de presentación social, punto de etiqueta éste acerca del cual no se sentía muy seguro.

—Buenas noches —ensayó a decir por su parte Mrs. Rosoff con una sonrisa tonta, mientras retiraba apenas de la pared una silla cercana para demostrar que estaba a disposición de ellos si querían tomar asiento.

—¿Tuvo usted un incidente con un hombre esta tarde, señora? —preguntó el inspector sin más preámbulos—. ¿Un hombre que sacó algo del cochecito de su hijo mientras caminaba usted por la calle?

A Mrs. Rosoff le agradó ser llamada "señora"; sólo hacían eso en los almacenes de primerísima categoría.

—Sí, ciertamente —repuso ladeando virtuosamente la cabeza hacia arriba—; y realmente es una

atrocidad que cosas como ésas...

—Tráiganlo, muchachos —ordenó el inspector por encima del hombro, sin esperar a que ella continuara con su relato.

El perseguidor de Mrs. Rosoff fue traído desde la galería exterior al departamento. Custodiado. Con doble custodia. Parecía muy desanimado, apático casi.

—¡Ése es! —Mrs. Rosoff se mostraba estridentemente acusadora—. ¡Ése es el hombre a que usted acaba de referirse, inspector! Un susto tal me dio que *nunca* habré de... —las manos de Mrs. Rosoff se cruzaron sobre su pecho en señal de femenil congoja.

Tampoco esta vez esperó el inspector a que terminara de hablar.

—Sáquenlo, muchachos —decretó secamente con la experiencia adquirida a través de muchas pasadas entrevistas de la misma naturaleza.

La aparición fue arrastrada afuera otra vez y la puerta se cerró. Los dos visitantes primeros permanecieron donde estaban.

—Usted traía entonces a su casa algunas manzanas, ¿no es verdad? —continuó el inspector.

—Eso es. Acababa de comprarlas. —Mrs. Rosoff se encogió complacientemente de hombros, deseosa de mostrarse benévola ahora que su sentido de reparación del ultraje acababa de ser tan magníficamente satisfecho.

—¿Tendría reparo en mostrármelas?

—De ningún modo, espere, yo le enseñaré. —Mrs. Rosoff corrió hacia la mesa del comedor. Regresó trayendo entre sus manos un cuenco de cristal. En su interior, tintineando cristalinamente con la vibración que el vivo paso de la dama le imprimía, había una solitaria cuchara, nada más.

—No le entiendo. ¿Qué hay aquí? —interrogó el inspector.

—Ahora nada —admitió Mrs. Rosoff—. Había compota. La hice para la cena. —Le alargó el recipiente, con ánimo de aplacarlo—. Moje el dedo. Pruebe.

Los dos detectives cambiaron una mirada azorada, única exteriorización del catastrófico fiasco. Luego Grady se volvió de nuevo hacia la mujer, entrecerrando implacablemente los ojos.

—¿Encontró usted algo en estas manzanas? —demandó.

Mrs. Rosoff se quedó confundida por un instante frente a lo grotesco de aquella pregunta que contradecía las leyes de la horticultura, tal como ella las había aprendido al menos.

—Las pepitas tan sólo —tartamudeó, haciendo lo posible por suministrar la respuesta precisa que él parecía aguardar.

Los ojos de Grady eran meras hendiduras Oblongas, interrogantes.

—¿Está completamente segura de que no encontró nada más en esas manzanas? ¿Dónde está su lata de desperdicios? Me gustaría examinarla por mí mismo.

Mrs. Rosoff poseía la facultad de poder intuir una crisis dramática, aun sin estar al tanto de sus elementos componentes.

—¡Rápido! —dijo, acudiendo a su marido—. El montacargas no descendió todavía, ¿verdad? ¡Ve a cuidar de que no baje! ¡He puesto ya la lata allí!

—No oí sonar la campanilla aún —dijo Mr. Rosoff tratando de tranquilizarla.

—A veces el portero lo hace descender sin tocar la campanilla. ¡Ve a sacarla, pronto! —ordenó Mrs. Rosoff acaloradamente.

Para entonces los cuatro habían llegado ya a la cocina. Un panel de madera se abrió mecánicamente y la lata fue rescatada en su estado original de plenitud. Con lo que pareció una palabra de agradecimiento por la concesión de una autorización que, en realidad, ni siquiera había solicitado a Mrs. Rosoff, el inspector extendió una hoja de periódico sobre el piso, invirtió la lata y vació su contenido que asumió una forma aproximadamente cónica, alterada prestamente en sus contornos y en su cima bajo la influencia de los exploradores dedos del funcionario policial.

Grady se irguió finalmente sobre sus talones.

—Sólo hay dos aquí —gruñó.

—Una de las manzanas, no la usé —admitió Mrs. Rosoff.

—¿Y por qué no me lo dijo antes, entonces? —la increpó el inspector, moviendo hacia arriba y hacia abajo ambas manos, en rápida sucesión, para desembarazar las de inoportunas partículas de

basura.

—¿Acaso lo sabía yo? —protestó la digna ama de casa—. Usted no me preguntó cuántas...

—¿Qué hizo con la que no utilizó?

—La dejé en el antepecho de la ventana, para devolverla mañana y que me den una buena en su lugar. Tenía las marcas de los dientes de alguna otra persona. Eso es cosa que no puedo tolerar. A una cliente vieja como yo no deberían venderle una...

Grady y su subordinado intercambiaron una mirada de inteligencia.

—Ésa es —murmuró el inspector, quedamente. Se dirigió de nuevo a Mrs. Rosoff—: Muéstrenos dónde la tiene —ordenó.

—Allí, mire, aquí afuera, yo le mostraré.

Abrió la ventana de un tirón. La solera estaba vacía.

—¡No está más! —exclamó Mrs. Rosoff sin mayor interés—. ¿Qué le habrá pasado?

Grady se asomó para mirar. Instantáneamente una ráfaga de viento estuvo a punto de arrebatarle el sombrero. Debió sujetarlo con la mano.

Retiró la cabeza de la ventana.

—El viento la derribó —repuso amargamente—, eso es lo que pasó.

Con el pulgar señaló a su ayudante la dirección aproximada de la puerta, luego salió disparado tras él.

—Bajemos allí aprisa, y veamos si podemos encontrarla —dijo—. Tendremos que comenzarlo todo de nuevo.

Tras ellos la puerta se cerró con un golpazo.

Los esposos Rosoff se sentaron nuevamente para reiniciar la discusión del asunto. Mr. Rosoff, en su calidad de esposo y jefe de la familia, se sentía inclinado a hacer responsable a Mrs. Rosoff de la inquietante serie de acontecimientos.

—¡Por cierto! —gruñó, enfadado—. ¡Manzanas tenías que traer a casa y con cosas adentro! ¡No podía ser otra cosa, manzanas tenía que ser!

—¿Lo sabía yo acaso? —se defendió Mrs. Rosoff, compungida—. ¡La próxima vez abriré una lata de dulces en conserva para que nada se le meta adentro! ¡Ya lo verás...!

Había estado así, de pie junto a la ventana, largo tiempo. De pie simplemente, mirando hacia afuera, pero sin ver nada. Aunque, sí, viendo cosas, mas no las que había afuera para ver. Sin percibir la pared indiferente del edificio próximo, ni, más cerca —justamente debajo de su ventana —, las planchas de hierro de la plataforma de escape para casos de incendios, ni los soportes en que se apoyaba, ni la esquelética escalera que descendía oblicuamente desde arriba. Ni siquiera el trozo de cuerda con que Dot la había bisecado y del cual colgaba lo que parecía un par de blandas madejas, las medias de ella.

Sí, había estado de pie un largo rato frente a aquellas cosas, viendo otras, en otro lugar. En otro lugar y que, sin embargo, no habían ocurrido aún. Viendo a un hombre llegarse junto a él, en su oficina, a cualquier hora del día siguiente, oyéndole decir: "Te necesitan en la oficina del gerente, Medwick. Yo atenderé tu trabajo hasta que tú vuelvas." Sabiendo que nunca volvería ya, una vez que se hubiera levantado y hubiese entrado donde le llamaban. Viendo a través de aquella puerta tras la cual le esperaban, sabiendo que cuando volviera a salir no sería ya un hombre libre. Que nunca volvería a salir de allí siendo un hombre honesto.

Luego vendría lo demás. Arresto y sumario, juicio y sentencia, separación y encarcelamiento.

Había conseguido amortiguar un golpe y sólo uno. Se lo había dicho antes, no después. Se lo había dicho esta noche, con una de anticipación, para que en la de mañana no lo esperara, allí sentada, preguntándose por qué tardaría tanto. Le había traído dolor esta noche para no darle tanto mañana.

Habían dejado de hablar de ello. No quedaba nada por decir que no lo hubieran dicho ya. Sólo retazos y cabos sueltos sin mencionar.

Ella permanecía sentada en algún lugar tras él. Había llorado un poco, y ésas eran todas las

lágrimas que derramaría por ahora. Muchas más habría de llorar en lo por venir. Pero también tendría más tiempo para hacerla. No se volvió para ver dónde estaba. Sabía que estaba allí yeso era todo. Allí, muy queda. Ella habló por fin.

—Siéntate —imploró cansadamente—. Termina esto. Lo has dejado todo.

Él no contestó, ni se movió. La mujer habló nuevamente.

—Jerry, no has dicho nada en todo este tiempo. No te quedes así. Vuélvete, por lo menos, y deja que mire tu cara.

—No quiero mostrarte mi cara ya. Me siento avergonzado de ella.

—Es la mía también, Jerry —dijo ella ansiosamente—. Una sola cara tenemos entre nosotros dos, tú lo sabes.

Él no se volvió.

—Yo no soy un fullero, Dot —prorrumpió, rebelde—. No lo he sido nunca. No nací para serlo. ¡No sé cómo una cosa como ésa pudo ocurrirme a mí! —se llevó la mano a la frente por un instante, luego la dejó caer pesadamente.

—¿No es un terrible infortunio, Jerry?

Él asintió con la cabeza, sombríamente, sin contestar.

Luego dijo:

—Sí, lo es para gente como nosotros. Ya ni siquiera me conozco a mí mismo. Seguí haciéndolo, simplemente, una vez que hube comenzado.

—¿Se fue todo? ¿No hay alguna manera... alguna manera de restituir aunque sea una parte?

—Ni yo mismo sé dónde fue. Se fue, sencillamente. No conozco ninguna manera de solucionarlo, a no ser que cinco o diez mil dólares cayeran a mis pies desde el cielo en este instante.

—Pero, ¿*tienen* que encontrarlo inmediatamente? ¿No hay una oportunidad de ganar un poco de tiempo?

—Sólo esta noche, eso es todo lo que tengo. Mañana lo encontrarán. Lo sabrán a la hora en que cierre el banco, a las tres. Lo sabrán. Lo sabrán, sin duda. Sólo queda esta noche. No hay nada que me pueda salvar cuando haya transcurrido.

Ella le vio bajar la vista, empujar en el suelo con el pie algún imaginario objeto que no estaba allí, llevarlo hacia adelante con el borde del zapato, hacerla a un lado y dejarlo luego en paz... como a cosa vana e inexistente que era.

—Ah, es una historia tan vieja, ¿verdad? —dijo disgustadamente.

—Para nosotros es nueva —repuso ella en un susurro. Otra vez cayó el silencio entre ambos... un roca más de ese silencio que nada solucionaba, que solo ponía de relieve la futilidad de toda discusión. No permanecía intacto, sin embargo, aquel silencio; ella seguía haciendo algún pequeño ruido. Algún pequeño ruido que ella hacía le llegaba desde la mesa junto a la cual estaba sentada. No se volvió para ver qué era. Quizá fuese un tenedor al que ella hacía dar vueltas y más vueltas entre sus manos y que golpeaba la mesa a cada vez. Se extrañó de que no lo irritara tanto como habría podido esperarse, de que no exasperara más aún sus nervios tensos ya. ¡Tan pocas veces la había encontrado irritante en sus pasadas dificultades!, reflexionó, preguntándose por qué sería así; se habían adaptado perfectamente el uno al otro.

—Podría salir de la ciudad, supongo —murmuró sombríamente y, luego, antes de que el leve crujido de alarma que dio la silla, al levantarse a medias la mujer, se hubiese completado, había añadido ya—: Pero no voy a hacerla. Pensé a veces, cuando volvía a la plena posesión de mis facultades, que una cosa como ésta ocurriría, debería ocurrir más tarde o más temprano. Pero nunca me vi huyendo, nunca conté con eso. Y no voy a hacerla ahora. Ésa no es la respuesta. Estás tú. Y me encontrarían en cualquier lugar y me traerían aquí nuevamente. Yo no soy un pillo, no sabría cómo...; *ellos* saben protegerse —rió brevemente, sin alegría—. Eso suena divertido, ¿eh, Dot? He tomado dinero que no es mío y sin embargo no hago otra cosa que decir que no soy un trápala. Pero yo *no tuve* la intención de hacerlo, no lo planeé. Pareció ocurrir solo. Un minuto antes de que ocurriera cada vez ni pensaba en hacerlo, no sabía que iba a hacerlo. y luego, cuando miraba... ya estaba consumado, ya lo había hecho. Y era *tan fácil.* Y, ¡oh!, iba a reponerlo al día siguiente cada vez; o en la semana siguiente a más tardar. Pero no podía dejar de hacerlo ahora, no podía en la posición en que estaba, porque entonces si *me habría* metido en dificultades, lo habría perdido todo. Entonces no me habría quedado ninguna probabilidad de recobrarlo. Y luego habrían

estado telefoneándome para que depositara más fondos como margen y más fondos como margen. Y cada vez que tratara de vender las acciones que no tenía y que esperaba comprar a bajo precio, la cotización se vendría abajo. Y cada vez que tratara de comprar, con el dinero de la compañía, subiría hasta el cielo. Era como un tremedal y cuanto más forcejeaba y me debatía, más profundamente iba hundiéndome. Cinco mil, y luego siete, ocho mil, diez mil... y luego... no sé lo que pasó... se fue todo de una vez, todo junto, y no quedó nada. Nada, nada más que humo que se disipaba. Nada más que un hueco muy grande en mis cuentas. —Una y otra vez se pasó la mano por los cabellos, atormentado—. Pero yo no tenía intención de ser un fullero. No *sabía* que lo estaba siendo... —y luego dijo simplemente—: ¿De qué me sirve eso ahora?

Ella habíasele acercado, acudido junto a él, muy cerca. Deslizó suavemente los brazos en torno a sus hombros y permaneció así, con la mejilla ceñida a su espalda, muy quieta. La mano del hombre buscó la suya por encima del hombro y la apretó contra sí, estrechamente.

—No te vayas, Jerry. No lo harás, ¿verdad que no? No hagas nada de eso.

—No me iré. Te dije que no lo haría y no lo haré.

La mujer suspiró con fatigada gratitud. Se quedaron de ese modo, él inmóvil, ella con la reclinada cabeza oculta tras su espalda. Ante ellos, invisible, la pared indiferente; ante ellos la plataforma y los soportes de hierro, la oblicua escalerilla, las dos medias que oscilaban indecisamente...

—¿Y tu seguro, Jerry?

—Se fue. Eso fue lo primero en irse, después de lo otro. Era una gota de agua en un balde, de todas maneras.

—¿No crees que, quizá... si tú fueras a verlo esta noche, por tu propia voluntad, y le dijeras, antes de tiempo... sin esperar?

—¿Te refieres al gerente? No serviría de nada. Él es responsable ante el directorio. Tendría que emprender una acción judicial, puesto que faltan fondos, tanto si se lo dijera yo, como si fueran los auditores o cualquier otro.

Se produjo otro silencio.

Él tomó su mano y la apartó de su hombro, como si fuera a moverse por fin.

—De nada vale permanecer aquí, esperando que algo ocurra. Esperando que el cielo envíe una señal. Esas cosas no suceden.

Afuera, en las chapas de hierro de la plataforma del escape para casos de incendio, se oyó un fuerte ruido metálico.

La mujer dio un respingo, de intensidad desproporcionada con la causa. Sus nervios tensos se aflojaron.

—¿Qué fue eso? —inquirió.

—Nada. Alguna cosa que cayó sobre el escape —dijo opacamente. Puedo verla rodar desde aquí.

—Será mejor que entre mis medias. El viento las hará volar.

La rutina de los hábitos domésticos que se imponía aún en las profundidades de una crisis como no la habían conocido nunca antes. El terrible poder de recuperación, que nunca podrá ser disminuido, de las cosas pequeñas.

Abrió la ventana y le alcanzó las medias. Luego se inclinó hacia abajo y afuera, donde estaba la plataforma, y apresó algo.

—Una manzana —dijo sin alegría—. Eso era. Debe de habérsele caído a alguno de los vecinos de arriba.

Permaneció de pie donde estaba, sin deshacerse de ella. Mas no la conservaba inmóvil sino que la lanzaba intermitentemente al aire, imprimiéndose pequeños impulsos ascendentes cada vez que volvía al hueco de su mano. No la miraba, ni pensaba en ella. Pero, cualesquiera fuesen sus pensamientos, parecían ejercer sobre la fruta un efecto acelerador. Cada vez más velozmente ascendió y descendió sobre la palma de su mano, índice quizá de que sus pensamientos se acercaban a una determinación.

Ella, mientras tanto, había vuelto junto a la mesa, habíase sentado y examinaba las medias, poniéndolas una por vez sobre la palma de las manos, por ver si descubría alguna rotura o un punto corrido. Aquello, sin embargo, en ella lo mismo que en él, era algo exterior, mecánico, una cosa que hacían sus dedos, pero en la cual la mente no tenía la más mínima intervención. podía

verse fácilmente.

Repentinamente la manzana se detuvo. La decisión había cristalizado.

Ella alzó el rostro. Con los músculos de la cara tensos, muy pálida, lo miró fijamente.

El hombre se encaminó a la silla a través de la cual yacía su arrugada americana, arrojada allí varias horas antes cuando llegó. Se la puso y comenzó a pasar lentamente la manzana por la manga, hacia arriba y hacia abajo, sin soltarla. Luego tomó su sombrero.

—Jerry —dijo ella con sosegada intensidad.

—Saldré a caminar un rato para reflexionar acerca de esto. Volveré pronto.

Aquella mirada obstinadamente fija en su semblante no vaciló. Como arrastrada por su misma intensidad, la mujer se irguió y fue hacia él.

—Un poco de aire me hará bien. —Luego, advirtiendo la manzana, le dijo—: Les devolveré esto, si los veo.

Apretó a la mujer contra sí con inesperada violencia y durante un instante permanecieron estrechamente abrazados. La besó salvajemente en la boca y en los ojos.

—Te quiero —murmuró sordamente—. Siento... haber traído esto sobre nosotros.

Luego se desprendió de ella tan abruptamente como la había estrechado y abrió la puerta para salir.

El semblante de la mujer estaba más blanco que la cera.

—Tú... tú no vas a hacer nada, ¿verdad? No serías tan tonto, ¿cierto que no? Jerry, Jerry, mírame, No me gusta la manera como te despides.

Él la miró.

—Volveré en seguida —dijo—. Déjame salir un minuto a reflexionar.

Cerró la puerta más bien rápidamente, frustrando algún ademán que ella había comenzado a hacer. Ademán de retenerle o de implorarle.

En el momento en que salía, dos hombres corpulentos atravesaban el descansillo de la escalera, en su camino desde el piso de abajo hacia el de más arriba. Tuvo que hacerse a un lado para dejarlos pasar. Ellos ni siquiera lo miraron.

—Es el piso de arriba —oyó decir a uno—. Rosoff es el nombre.

Siguieron ascendiendo atropelladamente y él dejó de verlos, mientras bajaba aprisa la escalera, rumbo a la calle.

Sintió que llevaba algún objeto en la mano, dentro del bolsillo, y la retiró para ver de qué se trataba. Era la manzana. Se había alejado un buen trecho de la puerta de calle ya, de manera que no se volvió, sino que prosiguió su camino, con ella en la mano, sin ocultarla. ¿Quién deseaba una manzana, de todas maneras?

Un golfillo, plantado en la escalinata de entrada de un edificio, la contempló, al pasar, con expresión de deseo y Jerry sintió por un instante impulsos de dársela, pero su apresurado paso le había llevado ya demasiado lejos antes de que hubiese podido poner en práctica su idea, y tampoco esta vez desanduvo su camino.

Dio vuelta a la esquina por la que pasaba dos veces todos los días, al ir y al volver del empleo. Dos cuadras derecho y el descenso por la escalinata del subterráneo hasta la estación de parada, era el camino que hacía siempre. Se detuvo un instante, sin saber hacia dónde dirigirse. Porque no iba a trabajar esta noche; iba a dar un paseo, nada más. Así se lo había dicho a ella.

Un paseo. Un paseo, ¿adónde?

Luego, porque aquél era el camino que hacía siempre, aquél fue también el camino que hizo esa noche. La hilera de almacenes, las tiendas y las casas comerciales, la misma hilera familiar, en la misma familiar sucesión que tan bien conocía, fue desfilando a su paso. La confitería, con su macizo mostrador jaspeado, y después la tienda del zapatero remendón donde en ocasiones se allegaba para que le lustraran los zapatos o para adquirir un par nuevo de cordones. El remendón, con su mandil de color verde oscuro, estaba siempre cerca de la ventana, junto a la ventana aquélla ejecutaba eternamente su trabajo. En aquel instante cortaba un trozo de suela con su filoso cuchillo y, al verle, alzó el rostro. Cambiaron un amistoso saludo.

El hombre que pasaba pensó: mañana a la noche, a esta misma hora, estará allí, junto a la ventana nuevamente, pero yo no pasaré.

En la esquina estaba la farmacia. Luego se cruzaba la calzada transversal y, en el otro lado, había un prestamista. Nunca había estado allí. Uno iba a él cuando tenía urgente necesidad de dinero, entregaba algún objeto de más valor que el préstamo que necesitaba y recibía el dinero. Si el tuviera alguna cosa de mucho valor, y entrara allí y el usurero le dijera: "Le daré tanto por esto... ", cuán sencillo sería.

El niño que hay en todos nosotros no había muerto con él todavía, se dijo, puesto que soñaba cosas como esas.

Llegó al cobertizo de gruesos cristales ennegrecidos y férrea armazón que cobijaba los descendentes escalones y se detuvo.

Un aire maloliente le llegaba desde abajo, bañándole rostro, impulsado por alguna subterránea conmoción, una vibración de hueco sonido lo acompañaba. Un tren acababa de detenerse cuando él llegó a la escalera. Aquellos trenes de allí abajo, ellos le llevaban a trabajar en los otros días. Lo llevaban a uno a cualquier lado, a cualquier sitio de la ciudad. Hasta podían llevarle, supuso, a casa del gerente, tal como ella le había sugerido poco antes, aunque no estaba seguro de cuál era su dirección, tendría que averiguarlo primero. Pero sería un viaje inútil.

Lo llevaban a uno a cualquier lado, aquellos trenes de allí abajo. Hasta podían llevarle fuera de esto. Podían rescatarle de la, desgracia y el encarcelamiento.

La gente comenzaba a subir, llegaban al nivel de la calle los que habían descendido del tren que estaba lejos ya, lejos en su huella. Dio un paso a un lado, a un costado de la entrada del túnel, para no estar en su camino, y los observó cómo salían, apretujándose y codeándose. Hombres y mujeres de aspecto cansado, de aspecto indiferente, de aspecto colérico, de aspecto abstraído. Ciegos con sus propias preocupaciones, nada veían, ni se veían el uno al otro. Sus ojos eran atributos superficiales, desprovistos de toda función interna, algo así como botones o pedacitos de nácar incrustados en el exterior de sus cabezas, con fines de decoración o de simetría tan sólo...

Una docena de mundos pasaron junto a él, una docena de mundos totalmente separados unos de otros, aunque se tocaban y codeaban a cada paso; mundos que estaban separados. Cada uno con sus cielos y sus infiernos.

Se habían ido ahora. La escalinata estaba desierta. Podía bajar ahora. Pero se quedaría allí un poquito más. Como un actor en los bastidores que sabe ha llegado su turno; y no sale al escenario todavía. El próximo tren tardaría cuatro o cinco minutos aún. Sabía que siempre concedían ese intervalo por lo menos. De todas maneras, podría oírlo venir en la distancia, cuando estuviera aun bien lejos de la estación. Sabía eso también; lo había escuchado muchas veces al bajar corriendo aquellos escalones por la mañana, para negar a hora. Podría bajar entonces, cuando lo oyera venir en la distancia.

Comenzó a lanzar la manzana hacia arriba y abajo otra vez, como lo había hecho antes en su hogar. Lentamente al principio. Luego un poco más ligero. Y después más de prisa aún.

Se preguntó por un instante si tendría tiempo para comerla antes de que arribara el próximo tren. Se sonrió un poco ante tan curioso pensamiento. Fundamentalmente, uno come para seguir viviendo, ¿no es verdad? Entonces, sería una actitud contradictoria.

El ruido comenzó a escucharse, el del próximo tren. Lo percibió apenas nacido, indistinto, lejano, no más que un susurro aún, un zumbido, un chirrido apagado en algún lugar del túnel.

La manzana estaba en movimiento continuo, vibraba, danzaba siguiendo el ritmo de su mano.

El murmullo habíase hinchado hasta convertirse en estrépito. El tren estaba cerca, muy cerca. El tren que lo llevaba a uno a cualquier parte, el tren que lo llevaba a uno fuera de esto.

Súbitamente la manzana se había detenido, firmemente sujeta en el apretón helado de sus dedos. Después la arrojó en dirección a un cesto mediado de papeles y desperdicios que estaba junto al encintado.

No esperó a ver si cayó allí o no. Se volvió y bajó corriendo los peldaños, haciendo tintinear sus bordes de acero con una falsa impresión de flojedad, bajo sus rápidos pies. Bajó por el camino que recorría siempre para tomar el subterráneo, inclinándose levemente hacia un costado para obtener un mejor equilibrio y descendiendo de a dos los escalones.

El receptáculo de tres caras en el que había estado, se quedó vacío, actuando como filtro de los sonidos que llegaban desde abajo; sólo que no había nadie para escucharlos ya.

No se oyó el ruido agudo del molinete, indicador de una admisión. En su lugar sólo la voz de un hombre que clamaba con autoritaria indignación:

—¡Eh, usted! ¡Vuelva aquí o...!

El estrépito siguió oyéndose, en un "crescendo" apenas distinguible; luego, abruptamente, se desmenuzó en una terrible discordancia de frenos gimientes y rechinantes, aplicados demasiado rápido y, no obstante, sin la suficiente rapidez. Hubo una detención, un estremecimiento, un chocar de cuerpos pesados.

La algarabía, el clamor que promovieron, subieron en rachas las desiertas gradas. Magnificados, cual si alguna cosa les forzara a pasar a través de una atmósfera de aire comprimido.

Después el sonido más pequeño, humano, de una mujer que chillaba histéricamente, superado en seguida por un segundo y un tercero hasta que se fundieron todos en un horripilante coro de alucinados.

Pero, arriba, la calle estaba tan desierta, tan sin vida como siempre; arriba nada indicaba que había habido alguien de pie allí hasta pocos segundos antes.

El umbral de una puerta por colchón. El escalón primero por almohada. Su agudo borde no le lastimaba ya siquiera el cuello, tan acostumbrado estaba a él. Lo hacía coincidir con el ángulo que formaban la mandíbula y el hueso del cuello, simplemente.

Nadie lo molestaba jamás si elegía el zaguán adecuado, algún zaguán con cierto aspecto de *laissez —faire*. Podía permanecer en él hasta que se disiparan las brumas de su cerebro y volviera a la posesión de sus facultades. Esto nada tenía que ver con las arbitrarias divisiones burguesas de "horas de dormir" y "horas de estar despierto", noche y día. Esto sólo tenía que ver con monedas de cinco y diez centavos y con las copas que por medio de ellas compraba. Cuando no las tenía eran las horas de estar despierto, las horas de dolor y frío, las horas en que quería despertar la memoria; cuando las tenía, le traían las horas de dormir, a breve plazo, tan seguramente cama el efecto sigue a la causa.

Se puso en pie, muy inciertamente, muy vacilante, y se desperezó y frotó los ojos, y se retorció en el interior del nunca abandonado capullo sucio de sus ropas, y miró afuera de la puerta y vio que reinaba la subdivisión burguesa noche; aunque faltaban varias horas todavía para el instante en que los hombres se van a dormir verdaderamente. Qué extraño que fueran todos a dormir a la misma vez, qué extraño que fueran todos a dormir en camas, en aposentos que pertenecían individualmente a cada uno.

Arrastrando los pies salió del zaguán, y las luces estaban encendidas como grandes naranjas y limones translúcidos a lo largo de la lóbrega calzada, de la calle en sombras. Y todas ellas, en el fondo de sus ojos turbios solamente, dieron en magnificarse y aumentar de tamaño y rodearse de una especie de halos esféricos, semejantes a pompas de jabón ... Pero éstas se fueron disolviendo luego, como heridas una a una por invisible aguja, a medida que las pupilas se contraían lentamente a su tamaño normal.

Comenzó a recorrer la calle, la larga calle que nunca conducía a ningún lado. A veces se llamaba así, a veces se llamaba asá, pero nunca tenía un lugar de destino. Ahora la transitaba nuevamente, conservándose más bien cerca de las paredes que del encintado. Por qué, no habría sabido decirlo; ni por qué debía ir por esta y no por aquélla; ni, en último termino, por qué debería moverse y no quedarse donde estaba simplemente.

Una vez había tenido un nombre. ¡Oh!, con toda seguridad que podría recordarlo si lo intentaba de veras. Volvía a su memoria casi siempre. Alguna vez no. Pero en la mayoría de las veces regresaba, extraño y poco familiar, como una cosa meramente objetiva, que le pertenecía por entero a algún otro, no a él. Era como una corbata de lazo o un par de polainas cortas, que uno sabe dónde van, pero que no piensa en ponerse.

Hizo un gran esfuerzo para no recordarlo. No quería que volviera. Había dolor en el recuerdo. Lastimaba. Era como una multitud de alfileres y agujas que se arrastraran por la memoria, tratando de devolverle la circulación; como cuando a uno se le ha dormido el pie, así ocurre con la memoria: tratar de despertarla duele.

De vez en cuando tenía una extraña sensación. La sensación de que no iba a vivir mucho más. No provenía de ningún síntoma físico de enfermedad; no había experimentado nada de eso. Era más bien una especie de presentimiento, suspenso sobre su espíritu. La sensación de que todas las cosas tienen su hora señalada y de que su propia hora señalada le rondaba, más cercana cada vez, día a

día y aún hora a hora.

Y luego, cuando le asaltaba este presentimiento, una quemante sensación de rebeldía se apoderaba de él. No era que se rebelara porque hubiese de morir. Eso no le importaba, no le inquietaba en lo más mínimo. Los escalones del más allá no podrían ser más fríos, no podrían ser más duros que los de aquí. Su rebelión provenía de tener que morir *así.* Sin tener nada todavía, después de no haber tenido nunca nada en la vida. Sin siquiera haber tenido *alguna cosa* antes de morir. ¿Por qué no podría, una sola vez aunque más no fuera, tener sólo... tenerlo todo, antes de morir? Aunque más no era por una sola última vez... que sería también la primera. Aunque más no fuera por una sola noche. Por ahora. Hermosas ropas. Una grandiosa cena humeante, en la que no faltara nada, absolutamente nada. Beida en abundancia. Vino. Y un coche, para poder detenerse a llevar a los demás muchachos a dar una vuelta. No para guardar esas cosas, no. Nada más que para probarlas. Uno no debería dejar este mundo tras de sí sin por lo menos haber probado antes lo que hay en él. Para eso lo ponen a uno aquí. No hacerla equivale a ser descortés con su Anfitrión, además de envolver un reproche a su hospitalidad.

Hasta cuando lo ejecutan a uno por un crimen le dan una abundante cena primero.

Ésa era, entonces, su rebeldía. Sólo venía acompañada de aquella extraña sensación. De aquel presentimiento que mataba con la bebida, con el licor que alejaba inquietudes. La sofocaba fácilmente. No era una pasión demasiado fuerte. Ni siquiera era una pasión. Era tan sólo un descontento represado, ardiente, un remordimiento que se consumía en lo más profundo de su ser, adonde nada podía negar a calmarlo, enviando a la superficie una delgada espiral de humo a través de la carcoma y los despojos con que la vida le había llenado.

Aquel presentimiento había hecho presa en él esta noche. Había cobrado una intensidad poco común. El presentimiento de que no iba a vivir mucho más, eso era... Lo ahogaría en alcohol bien luego, apenas consiguiera las monedas necesarias. De nada serviría contárselo a los muchachos. Cosas como ésas uno las guarda para sí. Cosas como ésas eran casi todo, casi lo único que uno podía guardar para sí: la vida pasada y la muerte futura.

Pensó que le gustaría ir a la parte alta de la ciudad. Bien, eso era bastante fácil. Y con esto no quería decir que hubiera de caminar tampoco. El transporte no constituía jamás un problema. A veces llevaba un poco más de tiempo conseguirlo, otras no tanto; y ésa era todo.

Un hombre venía hacia él. Fijó su atención en la figura que se acercaba y se dirigió a ella con ese modo peculiar de moverse, ladeado y presuroso, semejante al de un cangrejo, que es característico de todos los de su cofradía cuando han divisado a su presa.

—Eh, *mister,* ¿no podría darme una moneda para ir a la parte alta de la ciudad? —hablaba bajo, con voz casi imperceptible, y lo hacía así con un propósito definido: cuando no le oían a uno la primera vez, solían disminuir el paso o detenerse mecánicamente a veces para darle tiempo de repetir lo que había dicho: lo que equivalía casi a haber ganado la partida.

La respuesta fue breve y concisa y el hombre no amenguó el paso.

—¡Salga de aquí, pedigüeño!

Salió de allí. Una primera negativa era una negativa permanente. Si uno discutía, lo único que ganaba era meterse en dificultades. Había aprendido eso mucho tiempo atrás.

Marcó mentalmente a otra figura que se acercaba. Estaba recobrando su "ritmo" ahora, después del sueño.

Esta vez la negativa vino acompañada de una crítica moral:

—¿Por qué no te callas la boca?

Le dieron una moneda de cinco centavos la tercera vez ésa era la relación de proporción usual. Posiblemente un poco más alta que lo usual. Era todo lo que él había querido, por lo menos, de suerte que abandonó su empresa por el momento.

Subió en un tranvía de la Tercera Avenida y puso la moneda en manos del guarda casi antes de que el calor de la mano de su legítimo dueño hubiera tenido tiempo de extinguirse. Atravesó el largo camino que media entre la plaza de Williamsburg Bridge y Cooper Square, hasta Sto Mark's Place y más allá, donde las calles comienzan a cortarse en rectángulos y a designarse por números en vez de nombres, donde todo el mundo trabaja y donde podrían verse figuras en los portales de las casas, pero de pie y no reclinadas. Todo aquel largo camino recorrió. Bajóse, nuevamente al azar, y estaba ya en la parte alta de la ciudad.

Había que andarse con tino aquí. La parte alta de la ciudad era terreno peligroso. Lo atrapaban a

uno al menor descuido aquí. Pero los resultados de la colecta eran mejores en cambio. Lo uno compensaba lo otro.

Se dijo que aquél era un verdadero huerto fruta! de Incandescentes naranjas y limones: en lo oscuro, aquí y allá en su camino, habían sido desparramados. En este lugar la oscuridad había sido desplazada, empujada muy alto, hacia el cielo. Y aun allí había por reflejo una incierta luminosidad. Como si todo el luminoso polen flotante fuera a pegarse al techo del cielo.

O eran como globos incandescentes, las luces de la noche las luces de la vida, ésa era otra manera de interpretarlas. Se imaginó que cuando uno muriera ocurriría así sería de este modo: la punta de aguja que era su muerte las iría tocando una a una, las luces de la vida —no a todas de una sola vez, sino una después de otra, partiendo de la más próxima hasta la que en la distancia alumbra mas remota—, y una a una irían disolviéndose en la nada, hasta que la última hubiera desaparecido hasta que la última se hubiese esfumado y el largo panorama quedara vacío y la oscuridad no mitigada reinara como señora. Ésa sería la muerte entonces, tu muerte. Las luces estarían allí para algún otro, pero no para ti.

Un marinero y su novia venían acercándose. Los muchachos, su clase de muchachos siempre consideraban a un encuentro de éstos como una cosa natural. No había que contar tan sólo con la innata generosidad del típico hombre de mar, sino además con el factor del auditorio femenino para acrecentar aun más a aquélla. En conformidad con esta circunstancia hizo su requerimiento:

—¿No podría darnos un cuarto, almirante?

Los vio mirarse uno a otro y sonreír. Pero no de una manera irónica o hiriente. Era difícil de explicar, pero era más bien una sonrisa tolerante, consecuente. De ésas que parecen decir: "¡Qué caramba!, uno tiene que esperarse algo como esto."

El hombre sacó la reluciente moneda de un extraño pequeño bolsillo de su blusa, cerca del hombro.

Le dio las gracias.

—Espero que usted y la señorita se diviertan, joven —auguró diplomáticamente.

El hombre sacó una segunda moneda. La chica se rió.

—Vamos, Brad —dijo—, es suficiente por esta vez.

Prosiguieron su camino.

—Pobre viejo. No me gustaría andar así —oyó decir al marinero antes de que se hubieran alejado demasiado.

Se quedó pensando en eso un rato, hasta que llegó a la primera esquina o tal vez a la segunda. Mentalmente se dio a sí mismo la respuesta: "A mí tampoco me habría gustado antes. A mí tampoco antes. Pero no sabía que habría de suceder así." Sintió impulsos de volverse y gritarles: "Una vez que ha sucedido, a uno no le importa tanto." Pero cuando se volvió, ya no estaban allí. Se habían ido para siempre, salvo en su propio recuerdo. Y de ahí también serían barridos cuando las sombras y las brumas del alcohol volvieran a inundarle el cerebro.

Dos cuartos de dólar eran mucho. Con ellos podría pagar cuatro vueltas y le quedaría una moneda de diez centavos para regresar a donde podría comprar aquéllas y aun le sobraría otra moneda de diez centavos. Sería mejor esperar un poquito más ahora que había llegado hasta aquí. Cuatro vueltas no eran lo suficiente como para dormirle profundamente, se había estado dando cuenta de eso ahora. Estaba necesitando cinco y aun más para lograrlo de un tiempo a esa parte. Y odiaba ese estado intermedio en que no se logra el olvido, en que uno se siente entorpecido e impotente. Sí, sería mejor esperar un poco más. Caminaría una cuadra aún y luego regresaría y reharía su camino hasta donde estaba la línea del tranvía. Allí adelante, donde estaban aquellos escalones del subterráneo, allí se volvería. Uno tenía que volverse en un lugar o en otro, uno tenía que volverse más tarde o más temprano; de otro modo uno no se detenía jamás, seguía adelante siempre.

Dio la vuelta y se paró un instante junto al receptáculo de desperdicios para hurgar en él y ver si había alguna cosa de utilidad. A veces se conseguían muy buenos periódicos, siempre que no fueran demasiado viejos demasiado estrujados y arrugados.

Estaba hecho de amplias mallas de alambre y por los costados se podía ver su contenido hasta el fondo. Una mancha de color incrustada entre el blanco y el pardo que lo llenaban, colocada a mitad de camino aproximadamente entre la boca y el fondo, detrás del alambre, atrajo su atención. Su brazo se abrió camino hasta la profundidad del codo entre el montón de papeles que se habían

acumulado sobre ella desde que había sido arrojada. Quizá habría podido calcularse cuánto tiempo había permanecido allí si hubiera existido un método seguro de averiguar cuánto tardaba uno de aquellos recipientes en llenarse hasta el borde.

Luego, cuando hubo logrado extraerla a través del cúmulo de papeles, resultó que era sólo una manzana.

Por un segundo estuvo a punto de dejarla caer nuevamente, pero no lo hizo. La examinó más cuidadosamente, la volvió de un lado y de otro. Pues, si estaba buena... Estaba entera. Tenía marcas de dientes apenas visibles, pero fuera de eso no le faltaba ningún pedazo. Y, al fin y al cabo, los dientes de otras personas no pueden hacer daño, están hechos de hueso simplemente.

La limpió un poco con la harapienta manga. Era un alimento. Un postre. La guardaría hasta después. ¿Para qué habría de comerla ahora? Se conservaría en buen estado. Por lo menos no entraría en estado de descomposición por un día más. Con sólo mirarla podía afirmarse eso: no estaba magullada en un solo sitio.

La envolvió en un jirón de trapo que tenía en algún lugar sobre su persona, y luego la dejó caer en uno de los abismos carentes de fondo de sus ropas, que le servían de lugar de ocultamiento.

Después reanudó su camino.

Esta excursión le había resultado altamente provechosa, más que ninguna de las efectuadas a esa parte de la ciudad. Pero aquel descontento había hecho presa en él, se diría que intensificado por su mismo éxito. Ese sentimiento de muerte que era su causa, la fuente en que se originaba, era muy fuerte en esos instantes, más fuerte que nunca. Ésa era la razón de su descontento.

Una resplandeciente vidriera pasó a su lado mientras avanzaba trabajosamente, y se volvió y se detuvo y permaneció de pie ante ella como clavado allí por una extraña ansiedad silenciosa. Era como mirar en un iluminado estanque de peces tropicales en el cual los abigarrados colores están artísticamente dispuestos aquí y allá; eran como escuelas de aquellos pececillos sorprendidos mientras nadan en impecable formación.

Se acercó un poco más a la vidriera que le separaba de la pecera de brillantes colores. Sintió que la cara le ardía. ¿Por qué no podría tener corbatas como aquéllas antes de morirse? Él era un hombre, él era un ser humano. Tenía un cuello en torno al cual podría anudárselas. Habían sido hechas para que las usara cualquiera. ¿Por qué nunca había tenido una, nunca en toda su vida?

Súbitamente principió a golpear con la palma de la mano el grueso vidrio cilindrado. Rápida, más rápido cada vez. Su mano era débil, el vidrio fuerte, de manera que el escaparate no peligraba gran cosa.

Los transeúntes comenzaron a volver la cabeza al escuchar el ruido. Avergonzado, se escabulló, lejos de allí. "No tengo mucho tiempo, no me queda mucho tiempo ya", lloriqueó en alta voz, como disculpándose ante alguien, desconocido, que le estuviera recriminando por lo que había hecho. "¿Por qué no puedo *yo* tener una antes de que me vaya donde no las hay?"

Y luego, un poco después, una cuadra o dos más allá, la misma cosa volvió a sucederle. Otro panel de vidrio, brillantemente iluminado, abrióse en la pared junto a la cual marchaba. En el interior de éste había seres humanos. Dos de ellos estaban cerca, otros más hacia el interior. Cortinas semitransparentes velaban los costados, pero en el centro, donde no se tocaban, quedaba un espacio libre y a través de él miró.

Las dos personas que se sentaban a la mesa, justamente delante de él, eran un hombre y una mujer. Se negaron obstinadamente a darse por enterados de su presencia, aunque debieron verle pegar el semblante a aquel espacio libre junto a ellos, entre las dos cortinillas. En el fondo podía ver a los mozos ir y venir presurosos, cambiando repentinamente de rumbo donde había entre las mesas inopinados pasillos que él no alcanzaba a divisar desde donde estaba.

Sobre el respaldar de la silla de la mujer había una lujosa piel de zorro. De vez en cuando empuñaba ella un tenedor y tocaba alguna cosa que había en su plato. El hombre tomó la reluciente tapa de una fuente, sacó algo del interior de ésta, y volvió a colocar a aquélla en su lugar.

De pie allí, con los ojos siguiendo ávidamente cada movimiento que ellos hacían, supo sin embargo que no era la comida en sí misma lo que deseaba, era... pues sí, era tan sólo el privilegio de estar donde ellos estaban, de tener para sí una cena tan magnífica. Sólo una vez, sentarse no más que una vez ante una mesa tan espléndida como ésa, cubierta con un mantel de damasco, asperjada de cristal y porcelana y plata, teniendo ante sí como invitada a una mujer tan hermosa

como aquélla, teniendo esa comida y aquella bebida, llevadas para él por camareros de manos enguantadas. Todo eso, todo eso. Sólo una vez, sólo una vez, efímera vez.

Nuevamente comenzó a golpear, desesperadamente, acerbamente, aunque con escasa fuerza. La mujer atrajo protectoramente hacia sí la piel del respaldar de la silla, como si se tratara de un soplo de viento o alguna cosa parecida. El hombre le lanzó una mirada agria de reproche, luego volvió el rostro hacia el interior del salón, en demanda de desagravio.

Alguien vino a la puerta de entrada y alargó el brazo en su dirección.

—Salga de aquí. ¿Qué está usted haciendo?

La mano con que había estado aporreando el vidrio se deslizó lentamente a lo largo de éste, podría haberse dicho que en ademán de quererlo arañar.

—¡Aparta las manos del vidrio! ¿Qué estás tratando de hacer, ensuciarlo?

Sería mejor que se alejara, pensó, si no, se metería en dificultades. Arrastrando los pies se hundió en la oscuridad, dejando tras de sí la iluminada vidriera. Aquélla su rebeldía se estaba volviendo molesta esta noche. Debía reconocerlo. Sería mejor que regresara a la parte baja de la ciudad y tratara de comprar algo de sueño.

Esa sensación de final, de terminación..., era fuerte, era casi insoportable. Estaba en cada bocanada de aire que aspiraba al caminar. Estaba en la forma en que de pronto se encontró a sí mismo jadeando, sin haberse apresurado para nada en ningún momento. Por sobre todas las cosas estaba en la inusitada claridad que había reemplazado al habitual entorpecimiento de sus sentidos y percepciones. Ese contentamiento confuso que por lo general los embotaba había desaparecido esta noche. Quería pararse en una esquina y gritar: "¡Dadme cosas! ¡Pronto, dadme todas las cosas que siempre me han faltado, pronto, antes de que me las deje tras de mí para siempre...

Más que nada estaba en el incidente que le acaeció segundos antes de subir al tranvía que había de llevarle de regreso a la parte baja de la ciudad. Un hombre acababa de salir de una cigarrería en el momento en que él pasaba por la puerta, y se había detenido un instante a contar un puñado de monedas recibidas de cambio por la compra efectuada, cualquiera fuese ésta, con el fin de asegurarse de que no le habían dado ninguna de menos antes de depositarlas en el bolsillo. Una simple cuestión de hábito.

Impulsado por un hábito propio también, impremeditadamente, abordó con rapidez al hombre. Los muchachos considerarían eso como una cosa natural, otra vez. Todo aquél que tiene ya monedas a la vista en su mano encuentra que es doblemente difícil dar una negativa, puesto que el pretexto general suele ser: "No tengo nada que darle."

El hombre le dio una moneda de cinco centavos, guardó el resto y se marchó.

Se quedó donde estaba por un instante, mirándola como si nunca hubiese visto una antes. Y entonces estalló su rebeldía. Alzó la mano y arrojó violentamente al suelo la moneda, que rebotó y se fue rodando. Nunca había hecho eso antes, nunca hasta entonces. Ni siquiera con un penique.

—¡No *quiero* monedas de extraños! —gritó llorosamente, con toda la intensidad de que era capaz su quebrada voz—. ¡Quiero algo *que me pertenezca a mí!* ¡Algo mío, mío!

Subió al tranvía y volvió a la parte baja de la ciudad, allí donde las luces eran pocas contra la oscuridad que todo lo envolvía y donde pares de piernas asomaban horizontalmente de los portales.

Fue al lugar que todos denominaban "Old Joe's" sin que nadie supiera por qué. No había nadie allí que se llamara Joe, ni Old Joe ni New Joe. Pero era su sitio preferido; el licor era más fuerte y daban un dedo de espesor más por el mismo precio.

El primer pequeño vaso de bebida sofocó su rebelión, que se convirtió en un moderado pesar.

—No debería estar aquí —murmuró—. Debería estar allí arriba, en una mesa como la que vi a través de aquella ventana...

Después, hasta ese sentimiento de pesar desapareció. Había vuelto la paz, una tranquilidad que le hacía zumbar los oídos y le nublaba la mirada. El sueño vendría pronto.

Buscó entre sus ropas para pagar la primera copa. Le hacían pagar a uno a medida que bebía, naturalmente; ¿adónde estarían si no lo hicieran así? Buscando el dinero encontró la sólida forma redonda de la manzana. La acarició con los dedos y la dejó donde estaba.

Debería comerla ahora, pensó. Nadie podría decir cuánto tiempo dormiría después de aquello y para cuando despertara podría estar en estado de descomposición. Debería ir afuera, al interior de

uno de aquellos zaguanes vecinos y en el secreto de su oscuridad comerla, debería ir antes de seguir adelante con las copas. Luego volvería y seguiría.

Se apartó del gastado y húmedo mostrador para poner en práctica su proyecto. Si uno no hacía las cosas apenas las pensaba, se olvidaba de ellas en un minuto o dos.

Alguien que estaba a su lado alargó la mano para detenerle y dijo:

—¿Cómo te va, viejo parroquiano?

—Bien, muy bien —repuso confidencialmente—. Estuve allá arriba hace un rato y tuve una buena noche. Una muy buena noche.

Se volvió al mostrador de nuevo para probarle que estaba diciendo la verdad y pidió otro trago. Olvidado ya de lo que había estado a punto de ir a hacer afuera.

Después de la cuarta copa ya no estaba de pie. Estaba, reclinado el rostro, sobre una de las mesas del fondo del negocio y alguien, quizá su nuevo conocido del mostrador, se inclinaba sobre él y le sacudía y le instaba a , ir afuera con él. No podía ver nada muy bien ya, pero podía escuchar su voz: "Vamos afuera. Yo sé dónde podemos conseguir algo más. Tengo un amigo afuera que nos puede conseguir algo más."

No tuvo conciencia de moverse, pero también era cierto que uno no podía darse cuenta de que caminaba, a esa altura del viaje al olvido. La oscuridad se había escurrido a su alrededor otra vez, afuera, y aquellos discos relucientes, pequeños globos, flotaban en escaso número, aquí y allá, por lo que supo que debía de estar en medio de la calle nuevamente.

Después los dos brazos de piedra de un portal se lanzaron hacia adelante para abrazarlo, para protegerlo amorosamente, y se sintió caer.

Había dos voces ahora en vez de una.

—Dijo que tuvo una buena noche —anunció una de ellas a la otra.

Alguien le estaba revisando los bolsillos.

Pero había algo más importante aun que eso y que le hizo apartar la atención de allí. Uno de los globos de afuera, más allá de la puerta, acababa de extinguirse. Alcanzó a verlo desde donde estaba. Convertido en nada por la punta de una aguja que sabía estaba allí para él solo. Luego la siguiente. Y después la otra, y la otra, lejos, muy lejos, hasta la que en la distancia alumbraba más remota, una tras otra se iban esfumando todas...

—Una manzana —dijo una de las voces—. ¡Gran cosa es eso!

Hubo un leve soplo de aire en movimiento como el producido al arrojar algo con el brazo a la distancia.

—No voy a despertarme de nuevo —les dijo con una suerte de petulante enfado—. Esta vez no voy a despertarme de nuevo, ¿me oyen?

Alguien se reía, no habría sabido decir quién.

Era alguien que estaba cerca al principio, pero luego fue alejándose.

Quizá fuera la vida misma que se reía de él.

Nunca faltaba a la primera misa de la mañana. Eso era todo lo que ella tenía. Eso y su amistad hacia él. No sabía su nombre, pero tampoco importaba gran cosa, no tenía necesidad de saberlo para ser su amiga. Siempre se encontraba con él cuando regresaba de la temprana misa, es decir, lo encontraba siempre que lo buscaba, a aquellas horas en que las calles están húmedas con el rocío de la noche y tienen un fresco aroma y en que la luz del sol tiene tonos de color rosa viejo y alhucema.

Sabía exactamente dónde encontrarlo, qué calle en particular debía recorrer en su camino de regreso para dar con él. Estaba siempre en algún lugar de esa calle determinada a esa hora, podía estar segura de ello. Más tarde ya no estaba allí: no sabía dónde iba o qué hacía, pero no podía vérsele más. Pero a esa hora cristalina, cuando las frágiles sombras azules vagan aún sobre el suelo, era seguro que lo encontraría allí, en su camino de regreso a casa.

Su amistad había durado meses ya. Ella la apreciaba como únicamente los que están solos pueden apreciar una interrupción en su cotidiana soledad. Y puesto que sentir la amistad es desear tributar muestras de afecto, aun cuando no hayan sido solicitadas, nunca dejaba de llevar un reluciente

terrón o dos de azúcar en su gastado bolso negro para ofrecerle cuando se encontraran.

Era un precioso ruano con una lista blanca en medio de la frente. Era un caballo de la policía montada. Todo el mundo debe tener alguien a quien querer.

Su jinete era un hombre alto de áspera catadura y ella estaba más bien atemorizada de él. Tenía la costumbre de mirar alto y lejos, a la distancia, por sobre la cabeza de ella y al parecer no viéndola, pero ella tenía la idea de que sabía todo lo que estaba haciendo. Cuando el hombre estaba presente, todo lo que se atrevía a hacer era palmear furtivamente al animal en el flanco al pasar, sin detenerse. Pero de vez en cuando él solía estar adentro conversando con los hombres del depósito y entonces su amigo la espetaba solo. En esas ocasiones pasaban un ratito juntos.

No podía traerle más azúcar ya a causa de las nuevas restricciones. En cambio, solía traerle una zanahoria siempre que podía, pero era difícil pasarla de contrabando sin que la descubrieran y además sabía que el amo del caballo no estaba de acuerdo. Lo toleraba tan sólo, pero no lo estimulaba en lo más mínimo. Una vez le había dicho abiertamente: "No le dé mucho de eso, señorita, o me lo va a echar a perder." La había asustado un poco, quizá sin quererlo. Era tan fácil asustarla... Tenía cabello rubio casi blanco y una figura diminuta no más grande que una niña de doce años. Y así de delgada y de derecha.

Él le conocía el paso ya. Solía estar mirando hacia el otro lado generalmente y volvía la cabeza cuando la escuchaba venir, a pesar de lo leve de su paso, y esperanzado la miraba acercarse. Le dolía en el alma tener que desilusionarlo, llegar hasta él con las manos vacías.

Pero hoy tenía esto. Esta fruta caída del cielo. No tendría que desilusionarlo hoy. La había visto a la vuelta de la esquina, en el mismo instante en que estaba deseando tener algo para darle. La alzó y la miró cuidadosamente. Tan cuidadosamente como si fuera a comerla ella misma. No había nada en ella que pudiera hacerle mal. La había limpiado prolijamente para él, antes de traérsela. La había envuelto en un pañuelo limpio y la había puesto dentro de su bolso.

El amo estaba adentro, hablando con algún otro nuevamente. El amigo volvió la cabeza cuando la oyó venir, como lo hacía siempre, y fijó en ella sus grandes ojos límpidos comprensivos. Se acerco a el a toda prisa para ganar el mayor tiempo posible. Antes de que les interrumpieran. Lo palmeo y lo acarició y le hablo. en voz baja. Todo el mundo debe tener alguien a quien querer...

Él le acarició la mano con el hocico y aun le acarició el bolso antes de que tuviera tiempo de abrirlo del todo. Ella apartó el pañuelo de su contenido.

—Mira —le dijo—, mira lo que tengo para ti. —Arrojó una furtiva mirada por encima de sus hombros. Dijo—: Apresúrate, antes de que salga.

Le alisaba el pelo mientras comía la manzana y lo acariciaba con mucha suavidad, como lo hace un arrugo.

Más lejos en la calle varios hombres gritaban por alguna cosa. Al principio no les presto mucha atención, ni siquiera se volvió para mirar. Aquellos minutos robados eran demasiado preciosos para desperdiciarlos. Luego vinieron corriendo hacia ella, dos de los hombres, uno tras el otro. Su amigo terminaba con la manzana en el instante en que ellos llegaban. Estaban jadeantes, como si hubieran estado corriendo largo tiempo, no solo ahora sino desde horas atrás, durante toda la noche, a través de toda la ciudad.

—¿Qué le dio usted a ese caballo? —tartamudeó el primero.

Instantáneamente se sintió muy asustada. ¿Iban a arrestarla por eso?

—Sólo una manzana —musitó temblorosamente.

—¿Dónde la consiguió? ¿La sacó de una lata de desperdicios a la vuelta de la esquina, donde pasa el Elevado?

—S—sí. No tuve intención de hacer nada malo. No parecía pertenecer a nadie...

—Espere un minuto —insistió el otro—. ¿Tenía marcas de dientes en un costado ... una pequeña mordedura?

Asintió, ale lada, sin estar segura todavía de qué crimen atroz era culpable, pero esperando un inminente arresto.

Sin embargo, una vez establecido aquel punto, los recién llegados parecieron excluirla de toda participación ulterior en el problema que los inquietaba¡ cualquiera fuese éste. Vio cómo uno de ellos se golpeaba la frente con la mano y miraba a su compañero con expresión desesperada.

—Sólo hay una cosa que podamos hacer ahora —gimió lúgubremente.

Lentamente, siguiendo la acostumbrada ronda del policía, la extraña y pequeña procesión recorría su camino. Junto con el animal y su jinete iban ahora tres hombres de a pie. Dos de ellas caminaban despaciosamente, uno a cada lado de la cabalgadura, apoyando estimulantemente la mano en sus relucientes flancos. El tercero era un barrendero que cerraba la marcha empuñando su cepillo de largo mango, listo para emplearlo.

Marchaban pacientemente en una dirección hasta los límites de la ronda del patrullero montado, luego volvían y rehacían su camino hasta alcanzar el límite opuesto. En seguida regresaban de nuevo sobre sus pasos y recorrían el camino primero. Esto había estado ocurriendo ininterrumpidamente durante las últimas horas.

Nadie podía comprender qué estaban haciendo. Algunos decían que los hombres de a pie iban como escolta del policía. Otros decían que el policía iba como escolta de los dos hombres de a pie. Pero puesto que hacían y deshacían constantemente el mismo limitado camino, es decir atravesaban cualquier punto determinado no una sino incontables veces, esta última teoría no era muy plausible. Y en ninguna de ambas podía concederse un puesto razonable al barrendero. En el ínterin y puesto que nada parecía suceder todavía, la gente se demoraba en las aceras esperando para ver que era lo que tenía que suceder.

—Hágalo marchar, Donnelly, hágalo marchar —instaba ocasionalmente, y sin ninguna necesidad, alguno de los improvisados palafreneros.

El jinete no parecía percatarse de la falsa posición en que, debido a circunstancias que escapaban a su control, habíase colocado a sí mismo y a su cabalgadura.

—No se pongan tan cerca de él, no está acostumbrado —replicó acremente.

—Éste es un barrio lleno de gente —le hizo saber el desdichado inspector Grady que marchaba a su flanco izquierdo—. Tengo una tarea que desempeñar y no corro albures con toda esta gente alrededor.

—Tenga paciencia —fue la malhumorada respuesta—, ya lo tendrá.

En el momento en que la cabalgata se acercaba a la penúltima intersección del límite de la ronda, las luces del tránsito cambiaron súbitamente y se iluminaron de rojo. Hicieron alto. Un segundo más tarde se escuchó un repentino grito de entusiasmo del cual no habrían sabido los transeúntes dar razón. Por un instante el pequeño grupo se apiñó en un estado de gran agitación. Uno de los hombres de a pie alzó el brazo y el barrendero de la retaguardia se aproximó. El caballo se hizo a un lado nerviosamente.

El policía se estiró hacia adelante y palmeó el cuello de su cabalgadura en muestra de merecida aprobación.

—Les dije que lo tendrían —recordó complacidamente a los que lo rodeaban.

Dando tumbos el inspector Grady se acercó al encintado de la acera y allí se sentó en un estado de semipostración. Sacó el sombrero y se abanicó con gesto exhausto.

—¡Dios mío, cómo odio a las manzanas —exclamó con vehemencia, sin dirigirse a nadie en particular—, cómo odio a las manzanas!

Marihuana

(MARIHUANA)

La campanilla sonó a eso de las ocho aquella noche y eran dos amigos de King Turner, Bill Evans y Wash Gordon, que venían a sacarle de paseo. O, como habrían dicho ellos, a "apartarle de sí mismo". Junto con ellos llegaba una joven a quien presentaron simplemente con el nombre de Vinnie.

La posibilidad de que él no quisiera salir o, en caso de quererlo, que no deseara salir con ellos, no entraba para nada en sus cálculos. La idea de que alguien no quisiera salir con ellos estaba más allá de sus posibilidades mentales, especialmente cuando se tomaban tanto trabajo para ir a buscar a ese alguien.

Turner abrió la puerta y se quedó mirándoles simplemente cuando vio quiénes eran. No dijo "Entren" ni nada. No había necesidad de decirlo. Los visitantes se abrieron en dos, la joven y Evans pasaron por un lado, Gordon por el otro y en un instante su departamento estaba inundado de ruidos diversos. La radio funcionaba casi a su máxima intensidad, la chica llamada Vinnie estaba haciendo experimentos con una coctelera que tocaba una canción y Evans abría y cerraba precipitadamente y con brío envidiable cuanta caja encontraba, en busca de un cigarrillo. Todo esto solía encasillarse bajo la denominación genérica de "camaradería". Turner había experimentado mucho de eso desde que su mujer le dejó, y estaba viviendo solo. Comprendiendo que la ciudadela había sido tomada ya, fue a la puerta y la cerró; pero con una mirada de resentimiento, como deseando haberlo hecho antes de que ellos la hubieran traspuesto.

Evans extendió las manos, maravillado, y exclamó:

—Pero, vamos, ponte tus cosas... ¿qué estás esperando?

—*¿Sabés* dónde te llevamos? —añadió Wash Gordon—. A un *rancho* A un *ranch,* a fumar "yerbas".

—¿Qué es un *ranch?* —preguntó Turner—. ¿Y qué son "yerbas"?

Los tres cambiaron entre sí una mirada compasiva, como diciendo: "¿No es tonto? No sabe nada, ¿eh?"

—Marihuana. El *ranch* es el lugar donde se fuma. Lo encontramos nosotros mismos.

Turner hizo un ademán con la mano en señal de negativa y se volvió.

—No —dijo Gordon—, prefiere quedarse aquí a cavilar toda la noche. A pensar en Eleanor.

—Es por ti por quien lo hacemos —instó Evans—. Te hará pensar que la tienes de nuevo contigo —guiñó un ojo en dirección a los otros dos.

La joven había encontrado un retrato y lo estaba estudiando.

—No veo mucho para cavilar —dijo felinamente. Turner se adelantó y le sacó la fotografía de un tirón.

Luego la colocó boca abajo sobre la mesita.

—Nada de bromas sobre este asunto —advirtió Gordon a la mujer en voz baja—. No puede tolerar las.

—Bueno, ¿vamos o no vamos? —inquirió ella, irritada.

—Seguro que vamos —Evans encontró el sombrero de Turner, lo puso sobre la cabeza de éste y luego le colocó el sobretodo alrededor del cuello a modo de una bufanda—. Él también viene. —Lo tomó de un brazo y lo arrastró tras sí, Gordon lo tomó del otro—. Nosotros sabemos qué es lo que le hace falta, ¿eh, Wash?

—No creo que vayamos a divertirnos mucho con él —comentó la mujer a Gordon en un susurro.

—Sí que nos divertiremos, espera. No la ha probado nunca antes; va a sentirse en las nubes. Siempre es bueno llevar a un "amateur" a esta clase de diversiones, por el aspecto divertido del asunto.

Después que hubieron logrado hacerle cruzar el umbral, Turner dejó de forcejear en su intento de quedarse.

La chica salió la última y cerró tras sí la puerta después de haber sacado la lengua al retrato de Eleanor.

—Nos darás las gracias por esto —le prometió descaradamente a Turner—. Te infundirá un poco de vida, Viejo Fiel...

—Dejé mi llave ahí adentro —protestó Turner—. No podré entrar cuando regrese.

—Pasará tanto tiempo antes de que regreses —se burló Gordon—, que para ese entonces probablemente el edificio habrá sido condenado a demolición por viejo y derribado.

Subieron en un taxi y rodaron hacia la Décima Avenida y las Sesenta inferiores, el distrito de Hell's Kitchen, sin dar ninguna dirección determinada.

—Deberían hacernos una rebaja por llevarles un nuevo cliente —dijo la joven animadamente.

Evans se llevó un dedo a los labios y luego lo apuntó en dirección al conductor, como recomendándole cautela.

—Espera hasta que estemos en la calle nuevamente —advirtió.

Se bajaron en la esquina de un callejón sin salida, elegido aparentemente al azar, y permanecieron por un instante bajo el fantasmal resplandor de un farol del alumbrado hasta que las luces traseras del automóvil parpadearon a cierta distancia adelante de ellos.

—Iremos caminando desde aquí —dijo Evans—. Llegar justo ante la puerta en un taxi en este barrio es señal inequívoca de que algo raro sucede adentro. Los soplones de la vecindad acabarían por pasarle el santo a los polizontes.

Cruzaron hacia la Undécima, luego tomaron por una callejuela lateral. El disgusto de Turner en acompañarlos, aun a aquella avanzada altura de los acontecimientos, era claramente visible en su semblante, aunque sus acompañantes prefirieron hacer caso omiso de él.

Se detuvieron finalmente ante un enmohecido edificio de la época de la Guerra de Secesión que en medio de algunas tabernas y almacenes y varios cartelones de propaganda bordeaba con éstos la lúgubre calzada. Turner trató de librarse por última vez, como si se sintiera asaltado por alguna intangible premonición.

—Voy a volverme —dijo—. Tengo el presentimiento de que algo va a suceder mal si voy allí. Tengo el presentimiento de que algo va a ocurrir.

—¡Ah!, no seas flojo —gruñó Gordon. Turner podía ver por sus expresiones que no les agradaba realmente, no había verdadera amistad allí; simplemente querían que fuese con ellos para pasar un buen rato a costa suya, para hacerle la víctima de una broma, reírse de su inexperiencia.

Lo miraron irónicamente y la chica dijo con tono despreciativo:

—Oh, déjalo que se vaya. No lo hagas venir si tiene miedo.

Era la clase de desafío que generalmente surte efecto, contra toda razón, contra toda lógica, en casi todos. Esta vez también dio resultado. Turner se volvió hacia la puerta del edificio sin una palabra más, y los siguió al interior. Si en la oscuridad que reinaba adelante el codo de la mujer rozó significativamente el astado de Evans, fue cosa que él no alcanzó a percibir.

—No hagan ruido ahora —previno Gordon en las tenebrosas profundidades del *hall* de entrada—. No quieren que los otros inquilinos del edificio se den cuenta.

Adelante había escaleras malamente iluminadas por una llama de gas, del tamaño de un guisante, que emergía de un pico incrustado en la pared. En puntas de pie, en fila india las subieron. Tenían que ir así, los tembleque antes escalones eran demasiado estrechos para subirlos de a dos en fondo.

—Una vez que uno está adentro, no es tan malo —susurró Evans por sobre el hombro a Turner, tratando de reanimarlo—. Lo han arreglado muy bien con las ganancias que hacen.

—¿No están corriendo riesgos con la justicia? —inquirió Turner siguiendo a los demás a través de un crujiente descansillo y otro tramo más de escalones.

—Aunque vengan los policías, ¿qué pruebas tienen? ¿Cómo pueden probar que no somos simplemente unos cuantos amigos particulares que nos hemos reunido para pasar una tarde en agradable compañía? ¿Cuánto tiempo lleva deshacerse de unas pocas docenas de cigarros por el respiradero?

Ascendieron en silencio el resto del trayecto hasta que llegaron al último piso del siniestro lugar;

allí permanecieron un instante todos apiñados mientras recobraban el aliento. Había en el aire de allí arriba Un vestigio peculiar, insidioso, muy difícil de determinar, una fantasmal acrimonia que cosquilleaba en las narices. Turner no la había encontrado nunca antes, no habría sabido decir qué era. Pero sus sospechas tenía.

—Bien, ahí vamos —Evans se ajustó la corbata, dio un paso adelante y golpeó en una puerta que daba al *hall* del último piso. Los otros se movieron tras él, y permanecieron agrupados allí como para protegerse mutuamente.

Hubo una pisada sola, atenuada, en algún lugar detrás de la puerta. Luego una espera que probablemente pareció más larga de lo que fue en realidad. La parte posterior de una rústica mirilla, abierta en la madera con una lesna, fue corrida y en la abertura apareció un ojo de párpados anaranjados. Esto ocurría simplemente porque la luz estaba de aquel lado; el *hall* permanecía apenas iluminado por el pico de gas.

Evans asumió la representación de los demás.

—Charlie y Joe —dijo—. ¿Nos recuerda? Hemos traído un amigo con nosotros esta vez. —Las mujeres no contaban evidentemente en aquellas pequeñas subdivisiones del hampa; error de cálculo que ha cometido más de un siniestro personaje.

El ojo desapareció y una cadena fue desprendida con cierto estrépito. En seguida le siguió otra. Luego la puerta se abrió estrechamente, menos de un pie. Tan estrechamente que no podían ver quién había tras ella. La invitación a entrar, no obstante, estaba implícita. Aquello le recordó a Turner los departamentos en que se expendía ginebra en los viejos tiempos de la prohibición, sólo que aquí se expendía algo infinitamente peor.

Evans, como abanderado que era, se deslizó en el interior primero. La joven le siguió, con un estremecimiento de excitada anticipación, probablemente fingido para hacer creer que era una novicia. Gordon fue después y Turner entró en último lugar. Un brazo velludo cubierto a medias por una camisa de puño doblado y replegado sobre sí mismo descendió tras él como un hacha para cerrar la puerta y ajustar nuevamente las cadenas.

Estaban de pie al final de un largo corredor que parecía extenderse indefinidamente en la distancia. Arriba, un solitario foco eléctrico retaceaba aún más su mortecina luz, cubierto a medias como estaba con un pequeño sobre de papel crépe. Un hombre estaba de pie junto a ellos, con la mano extendida a la altura en que denota estar esperando se deposite algo en ella sin necesidad de pedirlo. El sujeto miró oblicuamente en dirección a Turner, el parroquiano nuevo.

—¿Es de confianza? —preguntó.

—Absolutamente —le aseguró Evans. Sacó algo de dinero y dijo a Gordon—: Yo pagaré por Vinnie, hazte cargo tú de Turner.

Había evidentemente una tarifa de admisión al departamento, pagada la cual se suministraban al cliente tantos cigarrillos como fuera su deseo fumar. El guardián había sacado un sobre ordinario de carta y les entregaba los cigarrillos a medida que iban pasando.

—Yo tengo dinero aquí... —objetó Turner, acostumbrado a la etiqueta de las clases superiores. Pero el vicio no es nunca cicatero cuando se trata de embaucar a un neófito.

—Tú eres nuestro invitado —le refutó Gordon haciéndole bajar la mano—. Nada más que uno para él, es "verde" todavía —dijo con paternal suficiencia al hombre en mangas de camisa. Éste alargó a Turner un cigarrillo que era en todo como un cigarrillo vulgar, sólo que su contenido parecía un poco más oscuro y menos refinado quizá. No supo qué hacer con él, de suerte que lo metió en el bolsillo del pecho de la americana.

—Fúmelo aquí mismo, no lo lleve afuera —advirtió el hombre—. El reglamento de la casa prohíbe eso.

—Lo fumará inmediatamente —prometió Gordon. Recorrieron el largo corredor en fila india de la misma manera en que habían llegado hasta allí. El hombre que los había dejado entrar los siguió, pisándole los talones a Turner, pero al llegar a la primera puerta abierta se volvió y entró por ella. Era una especie de cocina, desnuda casi de todo moblaje. Turner pudo vislumbrar de paso una mesa desprovista de adornos colocada longitudinalmente, de manera que los que a ella se sentaran pudieran tener una visión perfecta del corredor y de cualquiera que pasara por él. Un mazo de cartas grasientas estaba esparcido sobre la mesa en forma de juego de solitario.

Los invitadores habían seguido por el corredor sin necesidad de ningún guía, de modo que Turner se fue tras ellos. Los empresarios del lugar creían evidentemente en la conveniencia de una política

de *laissez—faire,* dejaban que sus clientes se entretuvieran como mejor les pareciese. Turner siguió por la galería y pasó varias puertas más antes de desembocar en una especie de sala de deprimente aspecto, en la que había una radio, un diván y varios sillones. En un costado dos ventanas, que daban evidentemente a la calle, estaban cubiertas con oscuras cortinillas clavadas ajustadamente a los marcos. Una tercera que había sobre un respiradero estaba abierta de par en par, arriba y abajo, y además había en frente de ella y a nivel del suelo un pequeño ventilador eléctrico para mejor disipar el humo delator.

Por la manera en que se instalaron, a entera comodidad, habrían podido ser, como lo había sugerido Evans, amigos en tren de hacer una visita social y nada más. Con la diferencia de que conservaban los sombreros y las chaquetas puestas como si estimaran aconsejable estar en condiciones de salir rápidamente si fuera necesario.

Eran aparentemente, a aquella hora, los únicos parroquianos. Había ya un hombre allí, pero parecía ser del lugar, uno de los "empresarios" probablemente. Estaba en mangas de camisa como el otro, pero llevaba un chaleco abierto por delante, bajo el cual se veía a medias una especie de correa, demasiado inclinada para ser la banda de un par de tirantes. Estaba leyendo un periódico en el momento en que entraron los miró brevemente, luego se sumergió nuevamente en su lectura sin prestarles más atención.

Se instalaron a entera comodidad. Vinnie se aseguró el derecho de prioridad sobre el sofá y palmeó el acolchado para que Gordon se sentara junto a ella. Evans atravesó la habitación para cambiar la longitud de onda de la radio. Turner, después de permanecer un momento indeciso, se sentó en un sillón, en un ángulo de la pieza, y algo alejado de los demás.

Gordon había encendido un fósforo para sí y para Vinnie. Sopló para apagarlo, después lo deposito urbanamente en un cenicero. Si no hubiera sido por lo que habían manifestado en su departamento, Turner no habría podido decir qué estaban haciendo. El procedimiento todo, hasta entonces por lo menos, era perfectamente casual, inocente.

—Ahora veremos algo bueno —rió Vinnie.

Todos se volvieron a mirar a Turner con expresión expectante, esperando a ver qué haría. No hizo nada. Evans se acercó a él finalmente. En torno a su muñeca también se enroscaba ahora una espiral de humo.

—Yo te enseñaré cómo hacerlo —dijo afablemente. Turner prorrumpió en voz baja, descontenta:

—No quiero hacer esto. Tengo el presentimiento de que algo va a ocurrir. Tengo el presentimiento de que esta noche va a terminar mal.

Evans le sacó el cigarro del bolsillo, se lo puso entre los labios.

—Ah, no seas gallina. Trata de captar el espíritu de la broma. Si fuera un trago, no te negarías. ¿Entonces? No es más que un trago gaseoso.

Se oyó el *clic* de un encendedor de bolsillo antes de que Turner hubiera podido apartar la cabeza., Sintió un dolor agudo como una puñalada que le recorría las vías respiratorias hasta los pulmones.

—Reténlo —instó Evans—. Retén el humo. —Por un instante presionó su mano contra los labios de Turner impidiéndole exhalarlo. En seguida alzó el caído cigarrillo y se lo alcanzó nuevamente. Después permaneció un minuto observándolo.

—Fuma otra vez —le dijo por fin. Lentamente Turner llevó la mano a la boca. Casi contra su voluntad, pero lo hizo. El dolor fue mucho menos intenso esta vez.

Evans *se* volvió e hizo algún gesto con el párpado izquierdo para diversión de los otros dos.

—Ya lo tiene —dijo con una sonrisa perfectamente estúpida—. De ahora en adelante va a estar por las nubes.

El tiempo comenzó a aminorar su marcha, a conducirse como si estuviera loco. Los minutos tardaban mucho más que antes en transcurrir. Le costaba trabajo habituarse a su nuevo estado de ánimo, se sentía endiabladamente confundido. Cuando parecía que había transcurrido media hora, la radio estaba transmitiendo aún el primer coro de la selección que habían comenzado a pasar unos minutos antes. Pero por otra parte no ocurría nada extraordinario. Vinnie soltaba risitas ahogadas a cada instante en el diván. El hombre que habla estado en la silla leyendo el periódico, bostezó, desperezóse cansadamente y salió al corredor mascullando un "Feliz aterrizaje" a modo de despedida. No volvió más.

En una oportunidad bajó los ojos y un cuarto de pulgada de papel carbonizado era todo lo que

quedaba entre los dedos. La próxima vez que miró, tenía de nuevo un cigarrillo entero.

Había evidentemente una especie de rústico *buffet* incluido en la tarifa de admisión. O de otro modo Evans, que no era precisamente un vergonzoso, había salido y se había servido. Porque volvió a la habitación después de una breve ausencia, trayendo bajo el brazo una hogaza de pan blanco y cortando gruesas tajadas con una navaja de hoja resplandeciente, que debía de haber pedido prestada a uno de los propietarios del lugar. Los tres, la chica inclusive, se lanzaron sobre las tajadas de pan.

—Busca algo para ponerle encima —le oyó sugerir Turner.

Evans había estado de pie delante de él. Dejó el cuchillo sobre el brazo del sillón, se volvió y salió otra vez. Turner quedose contemplando fijamente la rutilante hoja de acero, como si la luminiscencia que despedía lo hipnotizara a medias.

De lejos oyó venir el susurrado comentario que hizo la mujer a Gordon:

—Mira a Don Lúgubre. Te dije que no lo trajeras con nosotros, es un caso perdido.

—Alguien debería encenderle un petardo debajo de la silla —asintió Gordon.

No lo relacionó consigo mismo. Venía de muy lejos. O era como si estuvieran hablando de él. Con aire absorto comenzó a pasar la yema del dedo por el borde, afilado como una navaja de afeitar, del cuchillo que Evans había dejado sobre el brazo del sillón.

Evans volvió a la habitación y le oyó decir:

—¿Qué te parece esto? Es todo lo que pude encontrar allí.

La chica dijo: "¡Uff!" con voz que reflejaba su repugnancia.

Turner no miró para ver qué era. No les prestó más atención a partir de entonces. Algo mucho más importante estaba sucediendo. Eleanor había llegado al lugar. ¡Su Eleanor...! La dama perfecta que nunca habría podido ser persuadida a poner el pie en semejante...

Primero vino su música, tocada por la radio, aquella canción que él y ella habían bailado tantas veces en el pasado:

> *"Después que te fuiste*
> *y me dejaste llorando... "*

En seguida vino el recuerdo de ella. Después ella misma. Estaba acurrucada, tratando de recatarse tras el sofá, para que él no la sorprendiera en aquel lugar. Asomó apenas la cabeza para mirarlo, luego volvió a ocultarla. Y no era una alucinación de su exclusividad, producida por los cigarrillos, no; los otros la veían también, podía estar seguro de eso por la manera como hablaban. Evans le gritó:

—Eh, Turner, ¿no es ésa tu esposa, en el otro extremo de la habitación? Mejor que averigües qué está haciendo aquí.

Ella se puso de pie y avanzó cuando vio que la habían descubierto. Trataba de cubrirse la cara con un pañuelo semi transparente y dirigirse hacia la puerta para salir al corredor antes de que pudiera detenerla.

Turner dio un salto, se dirigió a su encuentro, le cortó el camino. La tomó de los hombros, trató de hacerle volver el rostro hacia él.

—¡Eleanor! ¿Quién te trajo a este lugar? Dímelo y le habré de...

La mujer comenzó a forcejear, obstinadamente silenciosa, tratando de librarse.

—¡No tienes derecho a estar aquí! Hablarán de ti. Vamos, deja que te saque, antes de que alguien te reconozca.

Ella se desprendió de un tirón, volvióse y corrió al extremo opuesto, lejos de él. La siguió. Le hurtó el cuerpo y dobló nuevamente. La siguió por segunda vez.

Debe de haberles parecido gracioso a aquellos otros estúpidos. Estaban riéndose hasta desternillarse en vez de tratar de ayudarle.

Oyó que Evans le decía:

—No la agarrarás nunca así. Toma, pínchala con esto.

Después un sofocado grito de alarma de Vinnie, la otra chica:

—¡No! ¡No le des eso, imbécil!

Demasiado tarde. Algo sucedió mal. Ella se volvió a mitad de camino, en plena carrera, inesperadamente, y ambos chocaron de frente con violencia. El impacto lo hizo retroceder un poco. Ella permaneció perfectamente inmóvil, apenas vacilando un poquito hacia adelante y atrás, como si la corriente del ventilador eléctrico fuese demasiado fuerte. Tenía las manos crispadas junto al pecho, cual si algo le doliera un poco allí...

Después, mientras estaba de pie mirándola, ocurrió una cosa horrible. Una mancha roja comenzó a aparecer por entre los intersticios que dejaban sus dedos entrelazados. Como si estuviera exprimiéndola de su propio corazón por la presión de sus manos. Sus ojos se dilataron y alargó los brazos hacia ella, en ademán de protesta, como para advertirla del peligro...

Súbitamente desapareció y a través de la habitación lo único que encontró la mirada incomprensiva de sus ojos fue la pared indiferente. Bajó la vista y estaba extendida sobre el suelo, a sus pies casi. Sus manos habíanse separado ahora y en el lugar en que estuvieron entrelazadas florecía una mancha roja que seguía creciendo...

—Pero más que eso le había ocurrido. En la caída parecía haberse desintegrado en multitud de diminutas partículas. Y cuando éstas se unieron nuevamente, tomaron forma y tuvieron cara, ya no era más Eleanor, era Vinnie, aquella chica que había venido allí con ellos.

Miró tras sí para asegurarse, y todo lo que encontró fue los asustados rostros de Gordon y Evans, pálidos y paralizados de horror. Ella no estaba en ninguna parte, salvo en el suelo delante de él.

Uno de ellos saltó hacia adelante, se inclinó sobre ella y dijo con voz ahogada:

—Ayúdame a ponerla en el sofá.

Turner no vio lo que pasó después. Contemplaba en el extremo de su brazo, con aturdida consternación, la hoja del cuchillo que sobresalía de entre sus crispados dedos.

—¿Cómo... llegó a mis manos? —murmuró desconcertadamente.

Sus dedos *se* separaron y la navaja cayó al suelo.

Le volvían la espalda, los dos, estaban tratando frenéticamente de prestarle primeros auxilios. Evans habíase sacado la cola de la camisa por encima del cinturón y estaba tratando de hacer algo con ella.

—Hay que encontrar un medio de detener la pérdida de sangre...

—Eso no sirve. ¡Apúrate, será mejor que busquemos a un médico!

—No lo dejarían entrar aquí; tienen miedo de ser denunciados.

—¿Qué haremos? No podemos dejarla así simplemente, desangrándose hasta morir...

Uno de ellos le lanzó una oblicua mirada de remordimiento, luego se volvió a su compañero.

—No debería haberlo fastidiado. Le dije que no hiciera bromas sobre ese punto...

El pie de Turner se arrastró sobre el piso, apuntado hacia la puerta del corredor, que era también la vía de escape. Su cuerpo le siguió. Luego el otro pie se deslizó hacia adelante, como el de un patinador. Su torso se inclinaba ladeadamente hacia adelante, en furtiva actitud de narcotizado. Ellos le volvían la espalda, olvidados de su presencia, absortos en sus torpes y aturdidos esfuerzos por revivir la figura inerte en el diván.

Había ganado ya la puerta sin haber sido visto, y desde el semisantuario del corredor miraba hacia atrás cuando vio que uno de los hombres bajaba más aún la cabeza sobre la yacente figura. Oyó la exclamación sofocada por el horror que siguió:

—¡Bill, oh, mi Dios, se muere! No la puedo oír respirar más. Debe de haberle atravesado el corazón...

Balanceándose, meciéndose de un lado a otro como alguien que camina por el pasillo de una nave en alta mar, recorrió las interminables profundidades del corredor.

Antes que estuviera fuera del alcance de sus voces, una última exclamación llegó a sus oídos, proveniente de aquella sala tras de él que se había convertido en un féretro ahora. Uno de ellos debió de mirar en torno y notar su falta.

—¿Dónde fue? ¡Detenlo! ¡No puede irse y dejarnos con ella aquí, estamos todos metidos en esto!

Y en seguida la respuesta tranquilizadora:

—Probablemente fue al baño y nada más; debe sentirse mal. No saldrá sin nosotros, no temas. La

puerta está cerrada con cadenas.

Ah, conque no saldría, ¿eh?, pensó ladinamente. Siguió avanzando, en su interior el pánico hervía a fuego lento, listo para estallar en una ola de destrucción que envolvería a todo el que se pusiera en su camino. El corredor parecía de elástico; cuanto más trecho recorría de él, mas parecía alargarse. ¡Y los segundos se deslizaban tan lentamente! Había estado en camino durante quince o veinte minutos largos ya, tratando de alcanzar aquella lejana puerta frontera. Volverían tras él pronto, no esperarían mucho tiempo a que regresara.

La primera de las puertas laterales que bordeaban la galería vino arrastrándose a él por fin, pausadamente. La habían dejado estrechamente entornada. Se paró, temeroso de arrostrar la abertura, escasa y todo como era. Tras ella la luz estaba encendida en la habitación. Se arrastró hacia adelante, pegando las manos a la pared para conservar el equilibrio. Encontró la hendedura de los goznes de la puerta y a través de ella miró. Vio un fragmento de una cama de hierro, una mano inmóvil. Envalentonado, avanzó hacia el otro lado de la puerta, donde estaba la abertura. Miró por ella cautelosamente.

Uno de los dos propietarios, el hombre que había estado sentado en la sala, yacía estirado allí, dormido; los dedos de sus pies —habíase sacado los zapatos pero no las medias— apuntaban al techo, y en ademán de defensa descansaba una mano sobre los ojos para protegerlos de la luz. Se había sacado el chaleco también, y aquella especie de correa que no había estado lo suficientemente derecha como para ser la banda de un par de tirantes, se balanceaba ahora suspendida en una de las perillas del pie de la cama. Terminaba en una funda de cuya parte superior emergía un negro mango metálico. Turner no pudo apartar la mirada de él mientras los largos segundos que para él eran minutos fluían trabajosamente.

Eso significaba escapada, ese mango negro, más seguramente que ninguna puerta. Tenía que apoderarse de él. Más aun, significaba una prolongación de su libertad por todo el tiempo que lo tuviera en sus manos. Y deseaba el escape con las ansias desesperadas del atrapado, que con uñas y dientes trata de abrirse camino entre la maraña que lo oprime hacia el espacio abierto. El campo libre donde las probabilidades son iguales.

Empujó la puerta hasta que la estrecha abertura se convirtió en entrada. A través de ella fue y tanteó su camino en la habitación, arrastrando sobre el suelo los pies de la misma manera en que son usadas las manos sobre una superficie desconocida, palpándolo, por decirlo así, en busca de cualquier desigualdad que pudiera hacer ruido, evitándola donde parecía haber alguna. Y durante todo ese tiempo tema que luchar con la dificultad adicional que significaba la inseguridad de su equilibrio producida por el narcótico. Mantenía los ojos fijos en el semblante semioculto del durmiente; sabía que el peligro vendría de allí primero, si es que había de presentarse.

Lo alcanzó finalmente; ahora estaba junto a él. Atrajo hacia sí el extremo de la funda para evitar que golpeara contra el armazón de hierro de la cama. Sabía todas las cosas que tenía que hacer; quizá fuera su subconciencia. Todas las argucias que instintivamente dicta el sigilo parecían acudirle a la mente. O quizá fuera que las facetas de autoprotecćíón de su espíritu se habían aguzado. Peligrosamente.

Sacó la pistola de su funda hasta que apareció el extremo del cañón. Después dejó que la funda volviera a la vertical. Permaneció inmóvil donde estaba, vacilando un poco quizá, pero con sus percepciones perfectamente claras. Como las de una víbora de cascabel.

—Tengo una pistola ahora. Si esta ciudad trata de detenerme, peor para ella.

Empezó a caminar hacia la puerta con la espalda vuelta hacia ella para poder tener la mirada fija en los ojos del dormido. Sólo que ahora había una leve diferencia: si esa cara despertaba, iría a dormir para siempre. Mientras se retiraba, movía la mano detrás de sí para encontrar la salida. A mitad de camino una gastada viga del piso crujió traidoramente y hubo de flexionar las rodillas y agazaparse. La mano del hombre que dormía se deslizó de los ojos a la boca. Pero los ojos no se abrieron.

Siguió. El borde de la puerta chocó con su talón; salió y estaba en la galería. Volvió la puerta a su posición original, dejando la misma abertura que antes, y principió a avanzar de costado, con la espalda hacia la pared, rumbo a la puerta siguiente, donde estaba apostado el vigía jugador de cartas.

Hizo alto de improviso a pocos centímetros de ella y contuvo la respiración. Nunca había sabido antes que las cartas, un juego de solitario, pudieran oírse tan claramente. Escuchó: *snap*... y después una larga espera, y luego el sonido *snap* otra vez, a medida que el jugador invisible las

dejaba sobre la mesa una a una.

Y entonces, en el preciso instante en que comenzaba a adelantar la boca del arma hacia la abertura de la puerta, antes de volverla y apuntarla al interior de la cocina hubo una catastrófica interrupción. Sobre la madera, tan cercano que casi pareció darle en la cara, se oyó un repentino golpear. Escuchóse el ruido de una silla empujada hacia atrás y el jugador de naipes salió al corredor, a menos de un pie delante de él, tan acerca que su espalda casi rozó el cañón del arma. El cancerbero se dirigió hacia la puerta sin volver la vista atrás; si lo hubiera hecho lo habría visto inmediatamente detrás de sí. Turner vislumbró las manchas tenues de las mangas de su camisa hundirse, adelante, en la lobreguez borrosa de la galería.

Dio tras él un paso furtivo con la intención de hundirle la pistola en la espina dorsal tan pronto como bajara las cadenas y abrirse camino hacia afuera, pasando por encima de guardián, visitantes y toda otra oposición cualquiera que se le presentara. Pero nuevamente algo ocurrió que tuvo la virtud de infundir en su sangre inflamada el hielo del pánico.

Habíase detenido el vigía frente al panel con la cabeza inclinado hacia la mirilla.

—¿Quién es usted? —le oyó preguntar ásperamente. Desde afuera una voz confusa respondió algo indistinto. Turner no pudo comprenderlo directamente, estaba demasiado lejos, pero sí pudo entenderlo —o así lo creyó— indirectamente a través de la abreviada repetición del vigía:

—*¿Dicks?* —le oyó decir claramente.

¡Detectives! Habían sido llamados y ya estaban a la puerta para arrestarlo. Evans y Gordon debían de haberle traicionado, debían de haber pasado aviso de alguna manera, quizá a través de las ventanas que daban a la calle, tal vez utilizando algún teléfono que él no había visto, tan pronto como dejó la sala.

La reacción del centinela ante aquella situación debió de tener algún significado, pero si lo tuvo no halló eco en sus dislocadas facultades. El guardián no parecía extraordinariamente excitado, comenzó a soltar las cadenas sin tratar de avisar a los que estaban en el frente del departamento. Tal vez la contraseña que había oído era: "Un amigo de Dick" y no *"Dicks".* Turner no habría de saberlo nunca.

Retirarse era simplemente volver a la escena de su crimen. Entrar en la cocina equivalía a ser descubierto por el guardián al segundo siguiente. Llevar a cabo su idea original de abrirse paso, la pistola adelante, era suicidio ahora; los detectives son una cosa diferente y él lo sabía.

Entonces sus ojos se fijaron en la puerta de aquel *placard* embutido en la pared, en el lado del corredor opuesto a la cocina y a las otras puertas. Debía de haber estado allí todo aquel tiempo, pero sólo ahora se abría paso en su entumecida conciencia, como cuando en el cinematógrafo una figura borrosa y esfumada va aclarándose mientras uno la mira. Tan cercana estaba al extremo de la galería que casi formaba un ángulo recto con la puerta del frente. Elegir ese camino significaba, podía decirse, pisar los talones del centinela para entrar por ella.

Pero no había tiempo para pesar probabilidades. Ni siquiera existía eso de probabilidades, de todas maneras, en sus ideas distorsionadas por los humos del narcótico. Se arrastró tras el guardián, protegido por el estrépito que hacían las cadenas, introdujo la mano detrás de la puerta —refugio —no había estado bien cerrada—, abrió la hoja y se deslizó al interior. Después hizo girar la puerta hasta lograr aproximadamente la misma abertura de antes, no menor, para evitar que rechinara el pestillo.

Estaba a oscuras. Junto a él pudo sentir que había alguna cosa colgada, semejante a un viejo *sweater.* Cualquier ruido que se hubiera producido habíase mezclado con el que la otra puerta hizo al abrirse. Oyó pies que caminaban deslizándose por afuera de su lugar de ocultamiento, a pocas pulgadas de distancia, y una voz dijo:

"Derecho por el corredor, caballeros." Eso lo convenció de lo que eran los recién llegados y del por qué de su visita; se parecía al mascullado permiso que podría concederse a detectives que de todas maneras entrarían aún sin él. La manga de la americana de alguien rozó al pasar la puerta tras la que estaba oculto. Las cadenas habían sido alzadas otra vez. Un nuevo ruido de pasos se oyó, que seguían a los otros. El silencio cayó nuevamente, al menos en la inmediata cercanía del cubículo en que estaba.

No podía demorarse. Tenía que salir, ahora más que nunca, ahora más rápido que nunca. Amplió la abertura de la puerta, miró afuera, todavía el arma desnuda en el puño inexorable. Los pasos que se alejaban vibraron aún en el otro extremo del corredor sin término. El portero parecía

acompañarlos en derechura al frente del departamento —evidencia mayor aún, para él, de que se trataba de agentes punitivos—, podía ver la mancha en retirada de su camisa ir a perderse entre las sombras.

Estaba junto a la puerta ahora, oprimiendo con mano paralizada la cadena que la cerraba. Por primera vez desde que se había apoderado de ella, debió guardar la pistola en el bolsillo para tener las dos manos libres. Desenganchóse una de las cadenas con un leve rechinar metálico. En el otro extremo alguien profirió un bronco grita de alarma, eso significaba que lo habían descubierto por fin. Después se oyó un gran alboroto, un tumulto de voces. Y en algún lugar de aquella grita acechaba una nota de la enloquecida risa de la marihuana...

La otra cadena cayó, abrió la puerta de un tirón y estuvo libre. La última cosa que oyó detrás fue el rumor de pasos que se acercaban a la carrera.

Ahora comenzaba la huída, penosísima compañera de los sueños que empezaban a atormentarlo, el sueño natural y el sueño de la droga. Hacia abajo, a lo largo de interminables tramos de escaleras que parecían haber aumentado decimalmente desde que los había subido tantos días antes. Cuatro, catorce, cuarenta, parecían no tener fondo. Alrededor fue y alrededor, golpeando con la mano la gastada barandilla a cada vuelta para no irse de cabeza contra la pared. El clamor se había localizado en un descanso, allá, muy arriba, millas interminables por encima de él; desde allí vino por el pozo de la escalera una voz que gritaba: "¡Ahí está! ¿No lo ven, allí abajo?", descubrimiento que le valió al resto de la jauría para acrecer su clamoreo y somatén. Tras él y hacia abajo el ruido de pasos —como truenos vengadores de lo alto— principió a ametrallar las escaleras. Sólo prestaba alas a su descenso, fácil casi de puro rápido, a su despeñamiento por decir mejor... porque se desbarrancaba, como una cascada.

Incapaz de hacerse daño, parecía como un ebrio. Una vez se cayó y precipitóse rodando hacia abajo por el tramo siguiente de escalones, culebreando igual que una víbora. Al punto se levantó de nuevo y zambullóse hacia adelante en alocada carrera, sin tener, aparentemente, conciencia de dolor o malestar alguno. La escalera toda parecíale que se meneaba epilépticamente de un lado a otro con la velocidad de su descenso, pero en realidad era él quien se balanceaba. Pero detrás el trueno próximo seguía ganando terreno.

Y de súbito, después de haberlas bajado durante horas, las escaleras terminaron repentinamente, había llegado por fin al fondo. Atravesó un rectángulo de negrura al extremo del *hall* de entrada, y la noche bondadosa —junto con varias otras cosas que están al acecho y que matan y con las cuales es peligroso cruzarse— le recibió, le tomó para sí.

No tenía noción de dónde estaba; si alguna vez la tuvo, la había perdido mucho tiempo atrás ya. En el interior del departamento los tambores de la persecución repiqueteaban todavía. Eligió una dirección al azar, voló a lo largo de la calle desierta. La vara de luz de un mortecino farol callejero lo azotó por una fracción de segundo apenas, tan presto deslizóse bajo él en su fuga.

Una esquina se abrió a su paso y dobló por ella patinando sobre los bordes de sus zapatos, estuvo a punto de caerse, pero logró conservar el equilibrio por el impulso mismo que llevaba. Estaba en una avenida ahora, donde había más luz, y el instinto le advirtió que no debía ir tan aprisa porque hacerlo era una invitación automática a la persecución y el apresamiento, a cargo de cualquier transeúnte que encontrase en su camino. Un hombre que salía de un *dancing* dio un paso atrás a tiempo para evitar ser derribado y le gritó algunas furiosas imprecaciones, cada una de las cuales habría podido costarle un mortífero proyectil de plomo, sólo que él no lo sabía. .

Otra esquina más y ya había puesto dos curvas en la línea de visión directa entre sí mismo y sus primitivos perseguidores. Pero no podía mantener ese paso mucho tiempo más; sofocábase por momentos y parecíale que el corazón se le iba hinchando como un globo. Tenía que ganar un lugar abierto, poner en torno suyo alguna barrera, por débil y frágil que fuese, tras la cual pudiera respirar un rato sin ser molestado.

Adelante vio una pequeña tienda de dulces, insignificante, de ésas que se sostienen con la calderilla de los chicos de la vecindad, a través de cuyo escaparate caía sobre la calzada una macilenta faja de luz. Pasó bamboleándose ante ella la primera vez. Habría preferido un portal o un patio. Pero después no pudo seguir más; estaba completamente sofocado y tuvo que detenerse y desplomarse contra la pared. Volvió la espalda a ésta y empezó a acercarse a la entrada, por el procedimiento de hacer rodar los hombros sobre la superficie del vidrio cilindrado más bien que utilizando las piernas.

Sólo había una persona adentro en aquel instante, una mujer baja y robusta vestida con un

sweater, la dueña evidentemente. Estaba sentada, con los codos puestos sobre el sucio mostrador de los refrescos, leyendo un periódico. Antes de que hubiera tenido tiempo de alzar los ojos ya había pasado balanceándose ante ella en dirección a los fondos. La mujer era de esa clase de dueña de tiendas que terminan el párrafo que están leyendo antes de atender a sus clientes. Cuando lo hubo concluido, él estaba ya junto a la cabina telefónica que había a retaguardia del mostrador. Pensó que desearía hablar y volvió a bajar la cabeza.

Al cerrar la puerta para atenuar el ruido de su jadeante respiración se encendió sobre su cabeza una agonizante lamparilla eléctrica. La aferró con una mano y la hizo girar febrilmente hasta que la oscuridad buena y protectora le hubo rodeado nuevamente. La casilla tenía un asiento pequeño e inadecuado, apenas mejor que la ménsula de la esquina de una pared. Allí se sentó un instante. Después se dejó caer al suelo, con la espalda erguida contra la pared, una pierna estirada hacia adelante y la otra doblada bajo el resto del cuerpo.

Descansaría un ratito. Pero la noche era tan larga, la droga era tan fuerte. Las manos de todos estaban contra él, en cada semblante tenía un enemigo.

—Bueno, uno a la vez —tronó el teniente. No le gustaba ninguno de ellos, después de lo que le habían dicho. Probablemente no le habrían gustado aún sin eso. Los había clasificado de una sola mirada. Un par de bribones inútiles. Bien vestidos y con empleos y plata en el bolsillo, pero eran un par de bribones de todas maneras.

Estaban trastornados, al borde del histerismo, con las caras como tiza ante las horribles consecuencias desencadenadas por su propio atolondramiento. Gordon se quejaba y lloriqueaba incontrolablemente:

—No tuvimos mala intención... No quisimos hacer nada malo ... —Tenía un ojo negro de un puñetazo que le había dado uno de los policías.

—¡Cállese! —bramó el teniente descargando violentamente el puño sobre el escritorio—. ¡Vuelva a decir eso y le rompo la nariz! Hable ahora... ¿A qué otro lugar es más probable que vaya? ¿Algún sitio que usted conozca? ¿Algún amigo íntimo a quien pudiera recurrir?

Los dos menearon la cabeza aturdidamente. Evans aferraba todavía un pedacito diminuto de una bufanda de mujer, lo deshilachaba nerviosamente entre sus dedos. Una bufanda que había pertenecido a la chica llamada Vinnie. No sabía que lo tenía aún consigo.

—Nosotros dos creo que éramos sus mejores amigos casi —tartamudeó—. No sé de ningún otro a quien él...

—¡Sus *mejores* amigos! ¡Aj! —Si en realidad el teniente no escupió su desprecio sobre el piso, hizo por lo menos un ruido semejante para ponerlo en evidencia. Levantó la palanca de un transmisor que había sobre el escritorio. —Mande a Spillane aquí —dijo. Después movió un brazo en dirección a los dos temblorosos objetos que había delante de él. —¡Sáquenlos! —gruñó—. ¡Apártenlas de mi vista antes de que...!

Un individuo delgado y flexible entró caminando a razón de veinte pulgadas por paso en el momento en que se llevaban a los otros y tropezó al entrar con la puerta ya abierta.

—Spillane... —dijo el teniente. Luego bajó confidencialmente la voz mientras el detective apoyaba las manos sobre las esquinas del escritorio. Volvió a alzarla hacia el fin, cuando terminaba de darle las instrucciones y consultó la libreta de notas que había sacado del bolsillo—. Su nombre es King Turner. Veinticinco años, estatura mediana, cabello castaño claro, tiene una cara particularmente delgada, imposible de confundir, las mejillas un tanto hundidas. Usa un traje gris pardo, ¿me entiende?, un sombrero gris de copa alta y un sobretodo gris también, con cinturón, que puede tener consigo todavía o no, no lo sé. Su propia dirección es 22 East Fifth entre Lexington y la Tercera. Puede ser que lo encuentre allí, pero tengo mis dudas de que vaya a regresar. Lo importante es que está merodeando por las calles o agazapado en algún lugar, en este mismo instante, una amenaza, una muerte viviente para cualquiera que acierte a cruzarse en su camino. Prácticamente es un maníaco, está intoxicado con marihuana. Se abrió paso de allí, armado, usted lo sabe, tiene consigo una Luger cargada con seis proyectiles. He enviado una alarma general para que lo apresen, pero además le confío a usted esta misión especial. Tiene que alcanzarlo antes de que sea demasiado tarde y...

El policía que había sacado a Gordon y Evans abrió la puerta y metió la cabeza por el resquicio.

—Uno de esos pájaros acaba de acordarse de otro lugar al que piensa que él podría ir, teniente —dijo.

—Tráigalo —decretó el funcionario con voz alerta. La demacrada cara de Evans, guiada por la parte posterior del cuello por la mano del policía, como si fuera la nuca de un *fox—terrier,* apareció en el resquicio.

—Su primera esposa, todavía está loco por ella —dijo desequilibradamente—. Eso fue lo que trajo todo, allá en el departamento. Están separados y ella vive en el Continental, en la Calle 49, con su propio nombre, Eleanor Philips.

El teniente se volvió a Spillane.

—Es posible que vaya allí, a cambiar sus ropas o a tratar de pedir dinero prestado para salir de la ciudad. Búsquelo allí también y es mejor que le avise a ella que está en peligro, que no lo deje entrar, que no lo deje acercarse. Que se comunique inmediatamente con nosotros si él aparece o si oye algo de él en cualquier forma. ¡Y haga usted lo que hiciere...!

Spillane permaneció todavía un segundo en el umbral y volvió la cabeza.

—... cuide de que ese sujeto sea alcanzado y detenido *antes del* fin de *la noche* o va a haber una matanza como nunca la hubo antes!

Como alguien que medio se sofoca en un ataúd colocado verticalmente y que tiene en su parte anterior una ventana de cristal, estaba todavía enroscado en las tinieblas de la casilla telefónica. ¿Unos minutos tan sólo, o media hora? Su respiración era un poco más regular, pero no habría podido decir cuánto había estado allí. Lo debía a aquella endiablada confusión en sus facultades de calcular el tiempo que es uno de los síntomas principales de la droga. El único sonido que se escuchaba era algún ocasional crujido proveniente del periódico, cuyas hojas volvía la vieja a medida que las leía. Debía de haberse olvidado de él, de que estaba aún allí...

Repentinamente se escuchó un ruido de pasos sobre el piso de madera de la entrada de la tienda, pesado, autoritario y dirigido hacia adentro. Después una voz, resonante, masculina, siniestra:

—Sabe a quién estoy buscando, ¿eh? ¿Usted sabe a quién es que busco?

Y una risa. Pero una risa siniestra.

La mujer le traicionó en el acto, casi indiferentemente. Un crujido del periódico subrayó sus palabras, de suerte que debió de haber continuado con su lectura mientras contestaba:

—Está ahí atrás, ¿dónde *cré?* ¡Vaya y búsquelo usted mismo!

El corazón de Turner empezó a latir frenéticamente, luego dejó de hacerla, simplemente porque no podía salir de su caja torácica. Sacó la pistola obedeciendo casi a un movimiento reflejo. Sobre la pierna que había tenido bajo el resto de su cuerpo hasta entonces, se alzó, en los estrechos confines de su escondite, como una cobra. Abrió imperceptiblemente la puerta —ambos estaban demasiado adelante, no podía verlos a través de la ventanita— y atisbó lateralmente hacia afuera, con dos ojos en un eje vertical. Uno el suyo propio, el otro el cañón de la pistola, seis pulgadas más abajo.

Un amenazante policía uniformado, hombre grande como un toro, se hallaba de pie frente al mostrador que ocultaba a la mujer. Pero su cabeza estaba vuelta hacia donde se ocultaba Turner, y en sus ojos empequeñecidos había un fulgor que indicaba conocimiento.

Turner se hizo atrás tan violentamente que dio con la cabeza contra la pared posterior de la casilla. Ni siquiera sintió el impacto y su aplastado sombrero amortiguó el ruido. Se agachó de nuevo con los ojos apenas sobre el borde inferior de la ventanita, con el cañón del arma apenas sobre él. Si venía adonde él estaba, si venía allí...

Se oyó un pesado paso preliminar. Luego un segundo. y un tercero. A través del vidrio se vio la mancha azul del uniforme del policía. Turner apuntó la pistola, centrándola directamente en medio de la ventanilla.

Él otro dio un paso más y se detuvo justo afuera de la cabina, obstruyendo la ventanilla de cristal. No parecía mirar al interior, sino que se mantenía astutamente de perfil, como si lo que hubiera allí no le importara. Pero Turner vio cómo su hombro cambiaba de posición, se inclinaba levemente hacia abajo. Eso significaba que estaba llevando el brazo hacia atrás, eso quería decir que iba a echar mano a su arma.

Su mente inflamada por el temor dio a los crispados dedos la orden de contraerse. El gatillo cayó. La explosión pareció sacar a la casilla de su sitio, levantarla, luego dejarla caer. En el vidrio se dibujó una estrella y esquirlas y astillas de vidrio saltaron en todas direcciones.

El perfil del policía se desplomó, sin siquiera atinar a volverse, reflejando en su azorada expresión perplejidad e ignorancia de lo que le había golpeado. Turner hizo saltar de un golpe lo que quedaba de la parte inferior de la ventanilla y lo vio de nuevo. En el suelo, muerto ya. Pero todavía sorprendido. Dio un paso afuera, encontróse enfrentando a un cuadro de tres personas rígidas, de las cuales sólo dos respiraban todavía.

Había un hombre cito de corta estatura allí, un poco más allá de la casilla, en la otra dirección, como si hubiera venido a encontrarse con el agente desde el fondo de la tienda; tenía una factura en la mano extendida.

Durante un minuto el helado cuadro permaneció inmóvil. Ninguno de ellos, ni la mujer ni su esposo, parecían comprender qué le había ocurrido, tan rápidamente se había desplomado, a mitad de camino entre ambos, como un buey acogotado. Después, al aparecer Turner delante de ellos, con el arma humeante en la mano, la floja mandíbula de la mujer púsose tensa cual si fuera a lanzar un grito. Él hizo girar la pistola en su dirección y el alarido murió en su garganta.

—¡Adentro, atrás los dos! —Era el aullido furioso de un gato embravecido y acosado.

La mujer no podía escapar del mostrador que la rodeaba por tres costados en ninguna dirección, como no fuera yendo hacia él. Ambos eran un par de ignorantes, pero comprendían que se enfrentaban con algo que no era normal, podían adivinarlo por sus ojos.

El hombrecito, pálido como un muerto, balbuceó:

—Por favor, mamá, no discutas; ya oíste lo que dijo.

Ella se estrujó las manos y lloriqueó:

—Por favor, *mister,* déjeme pasar, sólo quiero ir al otro lado de donde está usted, como dijo usted; no haga nada... —y se escurrió junto a él, con la cabeza y los hombros bajos en ademán de defensa, como si el fuera una rama baja de un árbol.

Los arreó a la pequeña habitación del fondo de donde había salido el hombre, miró en torno para asegurarse de que no había ninguna otra salida, puso la llave en la parte exterior de la puerta y los encerró, advirtiendo con voz silbante:

—Quédense quietos ahora, o volveré y...

La entrada del negocio estaba libre aún, ninguna figura inquisitiva la obstruía. Quizá la casilla había amortiguado algo el estampido. Enfrentándola, y enfrentando la perspectiva de una posterior huída continuada indefinidamente, se pasó distraídamente los dedos por el cabello. Al hacerla ocasionó la caída de su sombrero. Lo vio, pero lo dejó tirado donde había caído. No había tiempo, no tenía tiempo para seguir adelante... hasta desplomarse.

Afuera, en la oscuridad nuevamente, una siniestra idea tardía surgió en su mente, apenas unos segundos demasiado tarde: "No debí dejarlos vivos. Dirán quién fue, qué aspecto tenía." Pero no había regreso tampoco en aquella satánica confusión que se había apoderado de él y que estaba consumiéndole el cuerpo, la mente y el alma.

Prosiguió su camino aprisa, ciñéndose a la línea de los edificios, una sombra que progresaba espasmódicamente, de puerta a puerta, de hueco a hueco, que atravesaba los espacios abiertos antes de que uno pudiera estar seguro de haber visto pasar cosa alguna. Una sombra que buscaba un hogar. ¿No había nadie a quien pudiera recurrir, nadie en la ciudad que quisiera...?

Ella vino esta vez sin necesidad de la música. Ella no estaba nunca muy alejada de sus pensamientos. Eleanor. Ella era letras de oro que iluminaban la oscuridad medrosa de su mente. Ella era lluvia en el desierto, sol en las tinieblas. Ella le auxiliaría, ella le ocultaría o le ayudaría a escapar. Ella era la única en quien podía confiar en todo el mundo. Una vez lo había amado. Todo ese amor no podía haberse consumido, debía quedar algún resto.

Pero, ¿dónde estaba? No podía acordarse, no podía acordarse de ese nombre. En algún hotel o en otro, pero no podía recordar el nombre.

A veces acudía casi hasta la punta de la lengua, pero luego retrocedía nuevamente, haciéndolo víctima de tantálico suplicio, *¿Commodore?* No. *¿Concord?* No. *Con... Con...*

Siguió trotando entre las sombras, lloriqueando desequilibradamente:

—¡Eleanor! ¡Eleanor! Tengo que encontrarla. Tengo...

Un policía de un auto patrullero acababa de dejarlos salir de la habitación trasera cuando Spillane llegó allí. La mitad del vecindario se había apiñado en el interior del negocio y curioseaba en torno del mismo. Incluso hubo una chicuela de pocos años que se trepó sobre uno de los altos banquillos del mostrador para estirar el cuello por encima de las cabezas de todos los demás... hasta que alguien dio inadvertidamente un empujón al banco y cayó rodando desde arriba. Por un instante la gente ocultó de la vista de Spillane al policía muerto. Cuando cedió inesperadamente ante sus esfuerzos, casi tropezó con el cadáver.

La mujer del dueño del negocio se encaminó rectamente hacia la fuente, abrió una de las canillas y tomó un trago de soda del hueco de la mano. Luego se abalanzó a la caja registradora, abrió el cajón y aferró prestamente su contenido. Lanzó un balido de alivio.

—¡Está todo en orden, "viejo"! ¡Un *dollar* con noventa y siete centavos! ¡No se llevó nada!

—Sin ningún motivo... —jadeó azorado el pequeño tendero.

—Como vidrio, los ojos... —la mujer se estremeció. Spillane había levantado el pisoteado sombrero. —"K.T." —leyó en la banda interior—. Sí, creo que sé quién fue —añadió lúgubremente.

—Sin ningún motivo —balbuceó nuevamente el comerciante—. El oficial O'Kiff ni siquiera sabía que él estaba ahí adentro. ¡Ni yo mismo lo sabía! ¿Lo sabías tú, "mamá"?

—Seguro, pero me olvidé.

Spillane contempló la cabina salpicada de trozos de vidrio. Luego entró y de su más oculto rincón alzó un letrero que decía: *No Funciona,* y que debió de haberse caído varias horas antes de que Turner buscara refugio en su interior.

—Sí, ése era él —repitió. Los interrogó acerca de su aspecto. Le informaron. Ansiosamente, quebrándose casi los cuellos en sus muestras de asentimiento.

Se dirigió hacia la puerta del negocio, cerrada con llave ahora, tras la cual la multitud de los desalojados curiosos atisbaban al interior, semejantes a peces en un estanque demasiado poblado, los rostros en hilera, vacíos de expresión.

No comprendieron lo que quería decir cuando le oyeron musitar preocupadamente:

—Ahora *es* demasiado tarde... Ahora sólo puede hablarse un idioma...

La llave de su memoria había sido una muy sencilla, al fin y al cabo; simple pero eficaz. Una no custodiada guía de teléfonos, colgada en la pared, casi a la entrada de un largo y estrecho *restaurant* en el que uno o dos soñolientos holgazanes cabeceaban en las sillas de un brazo; no había ningún empleado más cercano que el mostrador allá al fondo.

La furtiva entrada, el libro desprendido del gancho y examinado en un rincón con la espalda vuelta hacia atrás, el dedo febril recorriendo la lista clasificada de los hoteles, el reconocimiento —como cuando se enciende un fósforo sobre papel de lija— al posar la uña sobre el nombre. El Continental.

Y ahora, el Continental mismo.

Ella descendió de un automóvil envuelta en un abrigo de color de durazno y era tan hermosa como para obligar a la muerte misma a aplacarse y a pasar de largo. El hombre que la amaba estaba de pie a su lado, sosteniendo su mano, y ella estaba justamente bajo la iluminada marquesina del hotel en que vivía; nada podía ocurrirle; arriba no le esperaba nadie más que el sueño.

—Buenas noches y gracias, Matt. He pasado una tarde encantadora.

—¿No me dejarás subir un minuto? Nada más que hasta la puerta de tu dormitorio.

Ella lo desarmó con una sonrisa.

—Es tarde y estoy cansada. Pero llámame por teléfono desde tu oficina mañana.

—Bueno, por lo menos déjame acompañarte hasta el ascensor, ver que entras.

Esta vez ella se rió abiertamente.

—No tienes que ser tan formal. Será mejor que vayas a tu casa y duermas un poco tú también.

Nadie me secuestrará entre la puerta y el vestíbulo.

—Bueno, ¿puedo llamarte dentro de diez o quince minutos, para decirte buenas noches nada más? Es difícil decirlo como quisiera, aquí en el medio de la calle.

Había otro automóvil, impedido por el suyo de llegar hasta la entrada, que trataba de alcanzar para descargar a sus ocupantes. Ya había hecho sonar varias veces la bocina estridentemente. Tuvo que entrar en su coche y alejarse sin siquiera esperar a saber si tenía o no su consentimiento para llamar la.

Ella lo saludó con la mano y se volvió. Al llegar al primer escalón de la entrada se le cayó el pañuelo o alguna otra cosa. Debió detenerse un momento para alzarlo. De otro modo, quizá...

Allí fue donde el susurro negó a sus oídos, proveniente de la oscuridad exterior que rodeaba a la marquesina, la que estaba protegida de modo que sólo arrojaba su luz hacia abajo.

—¡Eleanor! ¡Eleanor!

La mujer se volvió y miró en aquella dirección, sin estar segura de si había oído algo realmente, y una forma borrosa pareció retroceder más aún en las tinieblas. A cada lado de la entrada había una hilera de arbustos colocados en macetas y entre dos de ellos parecía ocultarse aquella sombra.

Ella vaciló, dio un paso hacia el borde de la luz, trató de atravesar con la mirada el paño mortuorio de la noche. El susurro se escuchó nuevamente, más distinto ahora que estaba más cerca.

—Eleonor, sal de la luz, tengo que hablarte —pudo distinguir confusamente un pálido rostro en forma de cuarto creciente que asomaba entre los arbustos.

La oscuridad cayó como una cortina gris sobre su abrigo de color de durazno al dar ella un paso más en aquella dirección. El cuarto creciente convirtióse en luna llena.

—¡King! —exhaló, azorada.

—Tengo que verte. Tengo que ver te en seguida. Llamé a tu puerta desde afuera y me dijeron ...

—Me alegro de verte en cualquier momento, King. Sube un minuto, pues.

—Tengo miedo de entrar ahí contigo. Alguien podría verme...

La mujer observó su aspecto acosado, desgreñado, pero equivocó la causa.

—Has estado bebiendo nuevamente —reprobó sin acrimonia—. Pobre King. No importa, sube y yo te ayudaré.

—¡Pero no puedo entrar por ahí! Tengo miedo de dejar que me vean...

—Hay una droguería que queda abierta toda la noche, allí en la esquina. Desde el fondo puede entrarse directamente en el hotel sin necesidad de pasar delante del escritorio. Vamos por ahí si quieres.

Aun antes de que hubieran llegado allí, sintió que una helada corriente de temor le empapaba el ánimo. ¿Podía confiar en ella? ¿Debía correr el albur y subir tras ella? Una vez que estuviera arriba podrían cortarle la retirada. Después la idea reconfortante acudió a su mente: ella no sabía todavía lo que había hecho, no sabía siquiera que lo estaban persiguiendo, de manera que no había motivo para que lo delatara.

No había nadie en la droguería, salvo un empleado nocturno, ocupado en escribir una receta detrás de un mostrador. Pasaron sin ser vistos. Detrás de la droguería, en un pasaje que llevaba al café del hotel, había varios ascensores. La mujer llamó uno y entraron. Tenía el coraje moral que confiere la respetabilidad intachable.

—Derecho hacia arriba, Harry. No se detenga en el primer piso.

—Sí, Miss Philips. —Se tenía para con ella el respeto debido a la absoluta respetabilidad. Aunque había visto al hombre entrar en el aparato detrás de ella, miraba derecho al frente, no volvía la cabeza para atisbar sobre el hombro. A causa de eso siguió viviendo. Durante todo el trayecto, Turner tenía la mano en el bolsillo interior del pantalón.

El primer piso se deslizó hacia abajo dejando en sus ojos una confusa visión de mosaicos blancos y negros. El escritorio estaba fuera de la vista, hacia un costado; pero aunque no lo hubiera estado, nadie habría podido identificar a los ocupantes del ascensor al pasar éste velozmente ante la abertura.

Salieron y ella volvió una esquina, puso la llave en una puerta y la abrió. Entró y encendió la luz de la habitación. Después se volvió hacia él y preguntó:

—Bien, King, ¿a qué se debe este gran...?

Él dijo:

—Cierra la puerta primero. Apresúrate, entra primero.

Ella entró. Para entonces él ya había abierto una de de las otras dos puertas que había en la habitación y que daba al interior de un armario empotrado en la pared. Después se dirigió a la otra que daba al baño. Al regresar se vio en un espejo, dio un respingo y estuvo a punto de desenfundar el arma. Se detuvo justo a tiempo. Dijo:

—¿Estás sola? ¿Seguro que estás sola?

—Ven aquí, King —le dijo ella con dulzura—. Siéntate en esta silla. Estás todo trastornado. N o me gusta la manera en que estás procediendo. ¿Qué te ocurre?

—Eleanor, si yo te dijera algo, ¿podría confiar en que tú no me traicionarías?

La mujer sonrió con expresión de reproche.

—¿Te he fallado alguna vez?

—No, pero esto es algo distinto. Una vez que te lo he dicho, estoy al descubierto, me pongo en tus manos.

—Si crees que me aprovecharé de ti, entonces quizá sea mejor que no me lo digas —repuso la mujer con encantadora tristeza.

—Pero tengo que decírtelo. Me está ahogando.

Abrióse de un tirón con ambas manos el chaleco y un botón saltó de su sitio—. ¡Y necesito tu ayuda, me han cortado la retirada, estoy rodeado!

—Dímelo, pues. Creo que puedes confiar en mi. —Lo había perdonado de antemano; un cheque sin fondos, algún accidente, embrollos con alguna chica, no importaba lo que fuera.

Él se sentó por fin. Dejó que sus manos se balancearan sobre sus rodillas, semejantes a las cortadas patas de una gallina.

—Eleanor, maté a una chica hace un rato en un lugar donde estuve.

Vio cómo ella contenía la respiración un instante, azorada. Percibió la coloración gris azulada, característica del *shock,* que se extendía por su piel, jaspeándola, como si acabara de salir de una prolongada inmersión. Evidentemente no había pensado en nada parecido. Esto era el fin.

—¿Estás seguro?

No era más que una agachada para ganar tiempo mientras luchaba por recuperar el dominio de sí misma. Su voz era firme. Un poco vacilante hacia el fin de la última palabra, pero eso era todo. Sabía que debía estar seguro; si no lo hubiera estado no habría acudido a ella.

—Los vi levantarla. Les oí decir que no respiraba más. Tenía el cuchillo entre mis manos... rojo.

Él era una cosa aparte ahora; una de esas cosas acerca de las cuales se lee en los periódicos, pero que no están en la misma habitación con uno. Pero aun entonces trató de ayudarle; ella era así.

—Es terrible, pero la única cosa que puedes hacer es presentarte a ellos y...

—Pero tú no comprendes. Hubo otro. Un policía, en una tienda de dulces. Entró y... a ése lo maté deliberadamente.

Ella dio un paso atrás. Después otro. El abrigo de color de durazno cayó y quedó convertido en un bulto informe. Su voz era delgada y tranquila, él apenas podía oírla.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué has tomado? ¿Qué tienen tus ojos? No es la bebida, estoy segura...

—Marihuana.

Ella cesó de mirarlo, bajó los ojos al suelo. Algo la hizo estremecerse. La vio claramente. Alguna cosa habíale helado la sangre en las venas.

Una chispa se encendió en la habitación. En su mente, una chispa de sospecha. Una vez encendida, no había ya manera de extinguirla. Todo lo que ella hiciera en adelante no haría más que avivar su fulgor.

—¿Quién era ese hombre del automóvil, abajo, en la entrada?

—Un amigo.

—¿Va a regresar? ¿Subirá aquí?

—No, no. —Su voz temblaba ahora, fuera de control.

Sólo su porte era sereno aún, su expresión facial. Estaba tan acostumbrada a la paz y la seguridad que no se había alterado todavía—. ¿No quieres acostarte en la cama, King? Podría ayudarte... a que te recobraras... a disipar los efectos...

Él contempló el lecho con expresión de deseo, como si estuviera completamente agotado; hasta pareció que inclinaba hacia allí la parte superior del cuerpo, pero sin abandonar la silla, sin cambiar los pies de posición. Después se contuvo, echóse atrás. La chispa resplandeció más brillante, y él arrojó a la mujer una oblicua mirada sospechosa.

Ella retrocedió lentamente a través de la habitación, sin volverle la espalda, como lo hace una persona que está ya mortalmente aterrorizada pero que trata de no ofender.

De pronto él señaló hacia la puerta del baño.

—¿Puedo entrar ahí un segundo?

—Sí, por supuesto.

Cerró tras de sí la puerta, una puerta con un espejo. Ésta se abrió instantáneamente de nuevo, con un centelleo.

—¿Qué estabas haciendo... qué estabas buscando? Te vi extender la mano.

El horror que la poseía se reflejaba en sus ojos, pero se sobrepuso a él.

—Sólo estaba buscando un cigarrillo. Aquí están, aquí mismo, ¿no lo ves?

—Pero estás más cerca de la puerta de salida de lo que estabas hace un minuto. —Entró en la habitación y permaneció allí, en guardia.

Sintió que los tendones de su cuello estaban tirantes. Trató de sonreírle, indecisamente, de restablecer una atmósfera normal.

—Mira, me sentaré todo el tiempo aquí; te prometo que no me moveré.

Él se sentó en la silla que había ocupado antes, la más cercana a la puerta. No le quitó los ojos de encima ni por un solo instante. Ella lo miraba de frente, con los ojos firmes gracias a su fuerza de voluntad, nada más, en un semblante blanco como la cal a consecuencia de la tensión, mientras los minutos parecían explotar en torno como rosetas. Una vez claudicó, se llevó las manos a los ojos como si estuviera vencida, e imploró con voz ahogada:

—¡Por favor! Me estás torturando. Mis nervios estallan. No eres más un ser humano. Esa endemoniada droga...

Él entrecerró los ojos.

—Estás asustada de mí —dijo acusadoramente—. Eso debe ser porque...

—Sólo porque tú me haces asustar. Estás actuando tan extrañamente. —Enlazaba y desenlazaba desesperadamente sus dedos—. Acuéstate por un minuto tan sólo, cierra los ojos por un instante no más, dame una oportunidad de recobrarme. Acabo de sufrir una gran conmoción, necesito tiempo para volver a reponerme. Después, dentro de cinco minutos, estaremos más acostumbrados el uno al otro, más a gusto, menos desasosegados...

—En cinco minutos podrías estar en el vestíbulo… —se detuvo súbitamente, guiñó los ojos, perplejo—. ¿De qué estábamos hablando recién?

La mujer se arañó los labios con los dedos, reprimió un grito. Se recobró prontamente, y le sonrió de nuevo con compostura adquirida a duras penas.

—Por mi propio bien y por el tuyo, déjame que te saque de ese estado, déjame que trate de aclarar tu mente. ¿Qué... qué es bueno para eso? Por favor, acuéstate... yo no me moveré; me sentaré junto a ti; sujetarás mi mano si quieres; atarás mi muñeca a la tuya...

Parecía estar a punto de persuadirlo. Él miraba ansiosamente hacia la cama. Ella podía sentir, más que deducir realmente por cualquier cosa que él dijera o hiciera, que estaba a punto de ceder, de mitigar aquella intolerable vigilancia, aunque no fuera más que por un instante. Y una vez que sus ojos se cerraran...

La campanilla del teléfono vibró con sonido discordante en la habitación silenciosa como un ataúd. Ella dio un respingo, espasmódico y doloroso, que fue casi un salto en el aire. Él estuvo de pie instantáneamente, vacilando, cauteloso, entre ella y el aparato. Había saltado como si hubiera tenido un resorte bajo los pies. Golpeó la palma de la mano contra la cadera, con un chasquido.

—¿Quién es?

—No sé; ¿cómo puedo saberlo, hasta que conteste?

—*¡No Lo toques, o...¡*

Había hecho un pequeño ademán inadvertido hacia el aparato; quitó prontamente la mano de nuevo, como si se hubiera quemado. Se estremeció y frotóse los brazos cual si sintiera un frío irremediable. Ayuda... tan cercana y sin embargo tan distante.

Las miradas de ambos estaban ahora fijas en él, el instrumento inanimado; la de él expresando amenaza pronta a cumplirse en cualquier instante, denotando la de ella desamparada e irremediable frustración. Si sólo pudiera derribarlo del borde de la...

—*¡Baja el codo...!* Te vi moverlo. —Alzó el suyo.

—Pero puede ser Matt, el hombre a quien viste traerme a casa. Sabe que estoy aquí arriba. Si no contesto será peor que si lo hago... no diré nada, no diré una sola palabra; le diré que estoy en cama, le diré que no me moleste...

El continuo repicar era un irritante que quizá ayudara en algo.

—Atiéndelo —masculló—. Deshácete de él. —Pero la pistola estaba al descubierto ahora, apoyada contra la piel suave de su garganta, justamente debajo de la barbilla.

Su mano se arrastró hacia el transmisor, cautelosamente, como temiendo desencadenar el desastre si revelaba demasiada ansiedad. Acababa de producirse una interrupción en el campanilleo. Pero éste no cesó. Se alargaba... se alargaba... Silencio. La comunicación había sido cortada. Él apartó con el cañón del arma su mano, fútilmente extendida.

La cabeza de la mujer cayó sobre su pecho con un pesado movimiento. Él volvió a erguirla con su mano libre. De los ojos de ella brotaron algunas lágrimas.

—¿Por qué lloras? —gruñó salvajemente—. ¡Debías de tener mucha necesidad de hablarle! ¡Debías de tener mucha necesidad... !

No contestó. No se razona con una cobra, o con un perro hidrófobo o una bomba de tiempo. No se puede. No había más que silencio en la habitación, silencio en espera... además de ellos tres.

Porque había tres ahora en aquella habitación a la que sólo dos habían entrado primeramente. La Muerte estaba allí con ellos dos.

Spillane llevó cautelosamente la indispensable llave maestra a la cerradura, con la pistola montada en la mano derecha y conservándose bien a un costado de la abertura. Empujó hacia atrás con la punta del pie la abierta hoja y siguió a su arma al interior, girando como el brazo de un compás.

Oscuridad y silencio.

El lugar le tragó. Hubo una 'espera. Después el chasquido de una llave eléctrica en la pared y un torrente de luz. Regresó nuevamente a la puerta exterior y alzó la cabeza en dirección a la desierta galería y un oculto ayudante apareció detrás de una curva de la misma, como si hubiera leído sus pensamientos.

—No está aquí —musitó Spillane cuando se hubo acercado—. No ha regresado todavía. —Entraron los dos y él cerró la puerta detrás de ambos.

El cuadro de Eleanor estaba todavía donde Turner lo había dejado después de mirarlo por última vez.

—Busque ubicación mientras puede ver todavía aconsejó Spillane—. Apagaré las luces tan pronto como haya tratado una vez más de comunicarme con ella. Él puede aparecer en cualquier instante...

Levantó el teléfono de Turner, hizo girar el disco. Una voz dijo:

—Buenas tardes, el Continental.

El detective preguntó sin ninguna explicación preliminar:

—¿Llegó ella ya?

La pregunta fue comprendida y contestada inmediatamente, como si aquél fuera tan sólo el último de muchos llamados semejantes, repetidos a cortos intervalos.

—Veré una vez más, pero no creo que haya llegado; yo debería haberla visto.

Hubo un momento de silencio al otro extremo del hilo. Después lo voz volvió.

—No, Miss Philips no ha regresado todavía, no contestan de su habitación...

—¡Reténgala abajo en el escritorio con usted si regresa, tal como le dije!

Colgó el aparato y contempló sombríamente la foto.

—Será mejor que vaya allá yo mismo... y rápido —dijo—. ¡Hay que avisarle apenas llegue!

El otro hombre había desaparecido ya, a pesar de que la habitación estaba totalmente iluminada. Una voz baja dijo de atrás de una silla de amplio respaldo:

—Yo estoy listo. Apague, no más.

La llave de la luz chasqueó por segunda vez y ambos desaparecieron.

—Usted quédese ahí, trabajaremos en ambos extremos a la vez. Todavía es probable que acuda aquí... si puede localizar el lugar. Si viene, no se arriesgue demasiado... ¡es como dinamita!

—Eso está bueno —dijo secamente la voz detrás de la silla—. Yo fui capataz de una cuadrilla de mineros antes de entrar en el Departamento.

La puerta exterior se abrió y cerróse luego nuevamente. Oscuridad y silencio.

Era como una muñeca de trapo ahora, un espantajo vestido con un traje de hilos de plata, aquella hermosa mujer que se había posado bajo el suelo de la marquesina del piso bajo tan poco tiempo antes. Pero quedaba la voluntad de vivir, buscando continuamente nuevas puertas de salida, marchando a tientas, halagando, tentando, manteniéndola de pie mientras su abatido y derrotado espíritu deseaba abandonarla convertida en un bulto inerte a los pies de su verdugo.

—... y les ponen mayonesa y tuestan el pan, si así lo quieres; muchas veces he ordenado que me trajeran uno, a horas avanzadas de la noche...

—Sí —asintió él ansiosamente—. ¡Tengo hambre! No he comido durante días, no he comido desde la noche del martes, cuando fui a ese... Pero, ¿cómo sé yo que no dirás una palabra de más, que no tratarás de traicionarme?

—Tú me oirás, tú estarás junto a mí. .. no haré más que dar la orden... no diré una sílaba más.

—Pero, ¿cuando venga con él?

—Se lo haré dejar en el piso, fuera de la puerta, no lo dejaré entrar.

La droga crea un insaciable apetito artificial, además de deformar el sentido del tiempo. Él no pudo resistir el cuadro que ella había pintado; tan tentadoramente estaba haciendoséle agua la boca.

—Muy bien, pídelo —dijo truculentamente y se acercó más. Alzó dos dedos de su mano libre sobre la horquilla del aparato, listo para apretarla, como si fuera la llave de un transmisor telegráfico.

—Pero no me lo pongas así, en la mejilla —imploró ella sumisamente—. No puedo hablar claramente, me deforma la boca... —él retiró la pistola una fracción infinitesimal.

Lo tenía en su mano por fin, al oído; ella era un cerebro que vivía todavía, que ordenaba le trajeran *sandwiches.* Tragó saliva dos veces, para humedecer su fatigada garganta. No intentaría nada tan temerario como querer... No, ése no era el plan. Su voluntad de vivir era demasiado fuerte para que hiciera eso.

—Con el café, por favor. —El aliento del hombre descendía sobre su cabeza en candente hálito.

Después de una espera que pareció eterna una voz contestó.

—Haga subir los *sandwiches* de mayonesa y pan tostado. —Una cosa húmeda cayó sobre su frente —. Y café en una cafetera, al 815. —Luego añadió, con serena urgencia—: Lo *mismo que la otra noche.* Parece que no puedo dormir.

La voz del otro extremo del hilo dijo con repentina comprensión:

—Oh, ¿quiere decir esa droga para dormir que le compré en la farmacia para ponerle al café, Miss Philips?

—Sí, mucha —contestó—. Mucha... —y luego, al cortarse la comunicación—: mayonesa...

Dejó caer el transmisor como si su peso le hubiera quebrado el brazo.

—¿Qué fue *eso,* lo mismo que la otra noche? —preguntó él con desconfianza.

—Que no me lo traigan demasiado dulce, no me gusta el café demasiado dulce.

—¿Cómo sé yo con quién estabas realmente hablando recién?

—Pero, si tú me oíste.

—¿Cuánto tardará en subir aquí?

—Oh, unos cinco minutos —repuso ella incautamente.

—¿Sí? Bueno, veremos. Si no vienen los *sandwiches* en cinco minutos, sabré que me has tendido alguna celada, que me has delatado...

Esta vez su semblante se volvió del color de la ceniza, *más* impresionado que nunca desde que habían entrado en la habitación.

—¡No! ¡No, no puedes hacer eso! Esa droga ha alterado tu recta apreciación del tiempo. ¡Crees que la noche del martes fue hace mucho tiempo y estamos todavía en la noche del martes! ¡N o sabrás calcular...!

Él arrojó una mirada inexorable.

—Pareces asustada, Eleanor. Si no hiciste más que telefonear para pedir *sandwiches,* ¿por qué estás tan pálida?

—Déjame llamar nuevamente, decirles que se apuren...

Turner saltó hacia ella con agilidad felina.

—¡Tú no tocas esa cosa de nuevo esta noche! ¡Fui un imbécil al dejártelo hacer por primera vez!

Dio un corto tirón de rabiosa violencia, y el cable telefónico se balanceó suelto entre sus manos.

La joven se pasó la mano desesperadamente por el cabello. Un rizo suelto cayó hacia adelante, sombreándole la mejilla.

—Entonces sé justo conmigo, mira. ¡Mira el reloj allí! Fíjate la hora en que llamé. Las cuatro y veinticinco, ¿ves?

Él se volvió y le lanzó una mirada, pero su semblante no cambió de expresión.

—Déjame fumar un cigarrillo, por misericordia —mascullό ella roncamente—. Pásame uno, puesto que me está prohibido acercarme a la puerta.

Le arrojó uno. Comenzó a pasearse rápidamente, hacia un lado y hacia otro justo en frente de la puerta, sin dar más de tres pasos en cada dirección. A cada instante se detenía y escuchaba atentamente con la cabeza inclinada a un lado. Imperaba el silencio, silencio afuera y adentro. Sólo se escuchaba el sonido que hacía la respiración de la mujer y el aterciopelado rumor de los pasos del hombre sobre la alfombra.

El arma seguía desenfundada. De pronto sus ojos comenzaron a apuñalarla de nuevo.

Ella dejó caer el cigarrillo de entre los dedos, como si fuera demasiado pesado.

—Está tardando mucho... —dijo amenazadoramente.

—Pero, King, estás cargando los dados contra mí —gimió—. Su cafetera puede estar descompuesta, puede haberse bajado en un piso equivocado... puede haber ocurrido cualquier pequeño inconveniente como ésos y tú me estás culpando a mí.

—¡Tú no telefoneaste para pedir nada de eso!

Había dejado de pasearse ahora. Éste era el desenlace, por fin. Eleanor se acurrucó contra la pared, apretándose a ella como si tratara de derribarla.

—Tú me delataste a los detectives, y probablemente ahora mismo están en camino hacia aquí...

—Pero tú me *oíste...*

—Ya no me acuerdo más de lo que oí. No puedo pensar a derechas y tú lo sabes y estás tratando de burlarme... Sé cómo se cierran en torno del que persiguen: se acercan a hurtadillas y rodean el lugar primero. Por eso tardan tanto. ¡Ha pasado más de media hora ya!

Ella meneó la cabeza, consternada, de un lado a otro, contra la pared.

—¡No es cierto! No han transcurrido más de tres minutos y medio! ¡Mira el reloj!

Extendía el brazo, señalándolo, pero esta vez él no quiso volverse.

—Tú lo atrasaste. Hace mucho que llamaste. ¡Puedo *sentirlo!*

No le quedaba más que un recurso. Uno más y después la lucha por la vida había terminado.

—Nuestra canción. ¡Espera! La tengo aquí...

Se lanzó hacia una mesilla giratoria, comenzó a revisar grabaciones con furtiva prisa. Una cayó, se rompió; otra, y otra más; ni siquiera se detuvo a mirarlas.

Encontró una, la calzó en el fonográfo, luego puso en su sitio el brazo del instrumento. Después se volvió a mirarlo por última vez. Más muerta ya que viva. Él la había matado ya, toda menos su cuerpo. De todos modos, la vida no valía aquel precio.

La música venía de atrás de ella, parecía brotar de la nada y llenar la habitación.

—¡King! ¿Recuerdas nuestra primera Navidad juntos? Esa casita de New Rochelle. El árbol que plantamos. *No te acerques más.* ¡El reloj! Son sólo seis minutos; estará aquí en cualquier...

—¿Por qué tenías que traicionarme? Todo lo que pedía era quedarme aquí en tu pieza hasta que el calor amenguara. ¿Por qué tenías que telefonearles y decirles dónde podrían encontrarme?

—*¡No apuntes en esta dirección! ¡No contraigas* el *brazo!* ¡Voy a casarme de nuevo e mes que viene! ¡ Iba a ser feliz nuevamente, hasta que tú llegaste esta noche! ¡No me saques esa felicidad...!

—Ahora estoy seguro de que me jugaste sucio.

Estalló con un ruido semejante al trueno, haciendo que la habitación pareciese más pequeña y baja de lo que era en realidad. Ella cayó diciendo dos cosas: "¡El reloj!" y "¡Yo soy Eleanor!" Después dijo algo más, pronunció un nombre que él no conocía "¡Matt!" Y expiró sobre el piso.

"Después que te fuiste, después que te fuiste lejooos..."

El disco gimió y calló. El humo se desvaneció, se hizo invisible. El golpe a la puerta se oyó en el instante en que el minutero del desatendido reloj señalaba las cinco menos veinticinco de la madrugada... ella había telefoneado diez minutos antes. Diez minutos, toda una vida. O una muerte.

Giró sobre sí mismo, después se quedó inmóvil, con los nervios en tensión, la pistola lista nuevamente. No trató de cerrar la puerta con llave. Que entraran y se encontraran con su destino. El picaporte giró y la hoja abrióse lentamente. Una bandeja de aluminio cubierta con una servilleta entró primero, sola, como suspendida en mitad del aire. Después una voz, alegremente desprevenida.

—Aquí está. ¿Qué le parece esta rapidez, con el pan tostado y todo...?

El rostro de un mucamo asomó por fin, echado hacia atrás y sonriendo orgullosamente.

No había oído el disparo. Debía de haber estado subiendo en el ascensor cuando se produjo. Posó su mirada más allá de Turner y la pistola, la vio allí, como una arrugada bandera de plata arriada en derrota. Su cara se puso del color de la cera. La bandeja se deslizó lentamente de sus manos, dio un salto mortal, cayó al suelo con estrépito.

Lo demás transcurrió aprisa, mientras detrás de las puertas a todo lo largo de las galerías otras personas debían de estar irguiéndose vacilantes en sus lechos, o poniéndose soñolientamente una salida de baño, o tratando de informar por teléfono: "Creo que oí un disparo aquí arriba en algún sitio".

Turner dijo:

—¡Adentro! ¡Al fondo! —y cerró la puerta del baño tras el paralizado mucamo. Hizo a un lado con el pie los desparramados objetos de la bandeja, y cerró la puerta. Después se lanzó a la carrera por la galería, volvió la curva, y se detuvo sobre la estera de caucho, ante la puerta de los ascensores. Apretó el botón con el pulgar.

Sobre cada uno de ellos había un dial que indicaba la posición del aparato. Una extraña e increíble sincronización, que quizá no volviera a ocurrir en diez años, acababa de presentarse en el momento en que él negó. Los dos ascensores estaban proporcionalmente distantes de él, uno en el piso inferior, otro en el inmediato superior. Este último (evidentemente el mismo en el que había subido el mucamo pocos segundos antes) bajaba, el otro subía.

Se movió hacia el di al cuyo indicador descendía hasta el "8". Los efectos del narcótico comenzaban a disiparse y quizá razonó que un aparato que descendía seguiría descendiendo, mientras que uno que subía continuaría muy probablemente hacia arriba, atrapándole irremediablemente en los pisos superiores del edificio. De ese corto paso hacia la izquierda dependían ocho o diez meses de vida, dependía la diferencia entre la muerte legal y la muerte por violencia.

Ambos aparatos llegaron simultáneamente, con precisión de cronómetro que no habría podido ser obtenida aunque los ascensoristas lo hubieran estado ensayando durante horas. Las dos puertas corredizas se abrieron tan simultáneamente, que no pareció producirse más de un solo movimiento continuado hacia la derecha... con la pequeña solución de continuidad ocasionada por el buzón tubular intermedio.

El talón de Turner se introdujo en una de las aberturas en el mismo instante en que la punta del pie de Spillane salía por la otra, precediéndole.

El panel de la puerta lo ocultó nuevamente, puso entre ellos una placa de bronce antes de que hubiera habido tiempo para una visión completa y detallada; Turner soldó la pistola, como si fuera un soplete de acetileno, a la espina dorsal del ascensorista, justo debajo de la corta chaqueta del uniforme.

—¡Hasta abajo... sótano, y nada de detenerse!

Nuevamente una borrosa vislumbre de baldosas blancas y negras en el vestíbulo, demasiado rápida para verlas con detalle, y Turner aporreó la nuca del operador con la culata de la pistola; salió del aparato. Alguien estaba haciendo saltar airadamente una moneda de medio dólar sobre el mostrador, del desierto café y gruñendo al mismo tiempo:

—¿Dónde está ese condenado mucamo? ¿Qué maldita manera de atender es ésta? ¡Tengo que tomar el tren!

Aquel condenado de mucamo estaba nueve pisos arriba, encerrado en el baño del departamento de una mujer asesinada. Turner salió por otro camino, a través de la droguería.

La vista de su propia puerta inescrutable, veinte minutos y una salvaje carrera en taxi después, al detenerse ante ella con los dedos estirados desamparadamente, le recordó algo de aquella noche de semanas atrás, aquella noche de otra vida en la que había salido de allí por última vez: se había dejado la llave adentro, no podía entrar sin despertar al portero nocturno, junto al cual había pasado segundos antes sin turbar su sueño.

Los vapores de la droga se habían disipado completamente ahora... demasiado tarde. Había muerto a lo que le era más querido. Ejecutaría aún los movimientos que condicionan la fuga, porque la chispa de la vida riela hasta el fin; entraría, buscaría, haría una maleta y trataría de llegar a una de las estaciones de ómnibus o de ferrocarril. Pero era simple acción refleja ahora, impulso; como un pollo que sigue caminando después que le han cortado la cabeza. Su corazón había muerto durante la noche.

Había otra manera de entrar. Sus habitaciones estaban tan altas que nunca cerraba las ventanas. Había una cornisa, un estrecho re borde que corría por el frente del edificio, a la misma altura. Recorrió la galería, volviéndose al negar a un hueco en la pared, y abrió de un tirón la ventana que yacía en el fondo de aquél.

Salió trepando por la ventana y se irguió en el angosto borde, vuelto de cara al muro. Después empezó a arrastrar los pies hacia el costado —no podía entrecruzarlos— aferrándose a la piedra con las manos, como si fueran ventosas. El cielo comenzaba a teñirse de azul pálido en el este, pero quince pisos más abajo las calles eran todavía negros abismos. Primero vino la diminuta ventana del baño, más alta que las otras y demasiado pequeña para entrar por ella. La pasó, después de descansar un instante, tomado del asidero mas firme que daba la solera a sus manos, y siguió adelante.

La ventana principal, de mayor tamaño, vino acercándose centímetro a centímetro; había atravesado el vertiginoso pasaje, se aferraba al alféizar de piedra de la ventana, mirando hacia el interior. Su habitación estaba todavía más oscura que afuera el cielo, detrás de él, pero un óvalo pálido se delineaba contra la luz reflejada. Se movió y Turner lo identificó. Súbitamente un hombre agazapado se había retirado de atrás del amplio respaldar de una silla, interpuesta entre él y la puerta, y estaba desenfundando su arma.

Turner fue más rápido, hizo fuego a través del vidrio y todo. Lo que le pareció era arena golpeóle la frente, y sintió un dilacerante dolor en el ojo. Llevóse una mano a él —necesitaba la otra para poder seguir de pie sobre la cornisa— y la pistola se sumergió en el abismo.

Había errado. A través del humo y con sólo un ojo, vio al hombre de pie todavía, avanzando hacia la ventana, con el revólver apuntado a él. Le oyó decir:

—¡No se mueva! ¡Quédese donde está!

Sabía que no haría fuego. No le habría importado que lo hiciera. Comenzó a retroceder lentamente a lo largo del labio de piedra, de la misma manera en que había llegado, una de sus manos dejaba un leve rastro rojo a lo largo del revoque de la pared al principio, pero después no. Estaba ya fuera de alcance para cuando el hombre hubo alzado el roto cristal y le miraba tratando de atemorizar le todavía con su ineficaz revólver.

—¡Vuelva aquí o hago fuego!

—¡Venga a buscarme! —se burló Turner, y siguió retrocediendo de costado. Había pasado la ventana del baño ya. El otro llegó a ella demasiado tarde, se halló, cuando la hubo levantado, con que no le habría servido de nada, de todas maneras: estaba demasiado alta. Había un espacio más largo entre ellos y la ventana de la galería.

Muy lejos, abajo, Turner oyó ulular a las sirenas, y algunos gritos llegaron veladamente a sus oídos, y aunque no se volvió para mirar (conocía el peligro), pudo imaginarse las blancas carrocerías de dos o tres autos patrulleros, semejantes a botes invertidos, atisbando hacia arriba.

Más adelante, en la ventana de la galería asomó una cabeza, vuelta hacia él. La cabeza de Spillane, aunque él no la conocía. Se miraron uno al otro frente a frente por primera vez, a pesar de que durante toda la noche uno había estado cazando al otro. Spillane trató de intimidarlo con un revólver también. Turner ni siquiera se molestó en mirarlo. Sabía que por algún motivo no lo mataría a sangre fría mientras estuviera allí afuera, desarmado. Si hubiera estado en plena huída en las calles de abajo...

Miró hacia el otro lado. El primer hombre abría nuevamente la ventana del *living room*. Le habían cortado la retirada. Dejó de moverse ahora, quedóse simplemente donde estaba, equidistante de ambos. Muy bien, ahí lo tenían. Que fueran y lo atraparan. Odiaba a todo el mundo, ahora que Eleanor se había ido. Se llevaría tras sí a cualquiera que viniera en su busca, se lo llevaría consigo allá lejos, allá abajo.

Se quedó, pues, ahí, esperando el fin vuelto el semblante hacia la pared impasible, consciente de una gran multitud rumorosa muy lejos, abajo; sordo por igual a las amenazas de los otros dos, a sus amagos de hacer puntería, sus promesas, sus ocultas conferencias y maniobras tras la pared que unía ambas ventanas.

La ventana del corredor había estado vacía un rato. Ahora Spillane regresó nuevamente. No sólo su rostro esta vez, sino su rodilla, su pierna, todo su cuerpo después. ¿De manera que venía tras él, eh? Había fracasado en una misión e iba a expiar su culpa haciéndose el héroe.

—Va a morir si viene aquí —le advirtió Turner con mortal tranquilidad.

Spillane se irguió en toda su estatura contra la pared. Turner no empezó a retroceder ante su avance. Eso no habría hecho más que llevarle nuevamente a la ventana opuesta, donde otros le esperaban. Esto tenía que terminar tarde o temprano; cuanto antes mejor.

Ni siquiera se tomó la molestia de contestar la insinuante palabra, escuchada a medias, del detective.

—Mire, no tengo revólver, Turner... Entre conmigo y conversaremos un rato acerca de esto... Escuche, haré un trato con usted.

Habló sólo una vez… cuando el otro llegó a mitad de camino.

—Ésta es tu última oportunidad, quienquiera que seas. Si tienes a alguien a quien quieres, no seas imbécil, vuélvete.

Creyó ver que la cara del otro empalidecía un poco, pero no vaciló, vino acercándose lentamente.

Estaban ahora a un paso el uno del otro.

—Muy bien —dijo Turner torcidamente. Apartó ambas manos de la pared, volvió los hombros y la cintura hacia él, empezó a inclinarse, con los brazos engarfiados; después, al obrar sobre él la gravedad, se abalanzó sobre el detective, apresándolo en un abrazo mortal, y ambos rodaron al espacio.

Alguien, probablemente Turner, lanzó un agudo grito, y un horrorizado gemido ascendió desde la calle.

La cuerda que Spillane había tenido atada alrededor de la cintura se puso tensa unos tres pisos más abajo, y los entremezclados cuerpos se balancearon y estremecieron allí por un instante. El brazo de Turner se había soltado en la caída. Spillane lo sujetaba por la solapa de la americana y

por el cuello, y no podía ya intentar un cambio de asidero sin correr el riesgo de perderlo del todo.

En el helado silencio que se sucedió, los cientos de caras vueltas hacia arriba pudieron ver cómo se separaba la americana al desprenderse los botones como consecuencia de la tensión ejercida sobre ellos. Después los brazos de Turner comenzaron a zafarse de las mangas con horrible lentitud. Spillane se retorció frenéticamente, tratando de aferrarlo por el cuerpo mismo. Se separaron velozmente y él quedóse solo allí, con una chaqueta vacía.

La red que habían extendido en la calle habría podido salvar a Turner, pero su cuerpo no llegó hasta allá, se estrelló contra una saliente a la altura del segundo piso; parte quedó allí y parte siguió su descenso.

Cuando izaron a Spillane nuevamente, sano y salvo, inclinó la cabeza y tuvo muy poco que decir, como un hombre que siente que ha sido frustrado, sin tener la culpa.

—No te pongas así —trataron de decirle, palmeándole el hombro—. Hiciste todo lo que pudiste, no puede pedirse más a nadie.

Pero él siguió meneando la cabeza.

—¡Si sólo lo hubiera alcanzado a tiempo, antes de que volteara a aquel policía en el despacho de caramelos! Después de eso ya era demasiado tarde. Pero al principio, me enviaron tras él nada más que para decirle...

A la otra chica la asaltaba la duda. Trató de compartir la irrefrenable hilaridad de Vinnie, quien acababa de terminar su narración. Pero no pudo. Finalmente preguntó:

—Pero, ¿qué tenía eso de tan gracioso?

Vinnie se mostraba casi incoherente de tanto reírse, apenas podía articular las palabras.

—¡Si hubieras podido ver la mirada de sus ojos —jadeó— cuando me vio extendida sobre el piso, exprimiendo contra mi costado ese pedazo de pan untado con salsa de tomate! ¡Y el cuidado con que los muchachos me levantaron y me pusieron en el sofá, como si estuviera muerta! ¡Apostaría a que está disparando todavía! Debo llamar por teléfono y averiguar si los muchachos lo han visto o han sabido algo de él. ¡Eso sólo valía la tarifa de admisión! ¡Lo que te digo siempre, ni un minuto de aburrimiento donde estoy yo!

Su acompañante sonrió brevemente por cortesía, en acompañamiento a las carcajadas de Vinnie. Pero aun tenía sus dudas.

—Fue una jugada bastante sucia para hacérsela a nadie, sin embargo.

Vinnie se encogió de hombros.

—Oh, bueno... ¿qué tenía de malo?

—Alguien llama a la puerta; contestaré por ti.

La amiga volvió e informó:

—Hay un hombre esperando para verte y no me gusta el aspecto de su cara. Me huele a dificultades. Es un cobrador de cuentas atrasadas o un policía vestido de civil —e inconscientemente profética añadió—: o quizá un poco de ambas cosas.

Ventana Trasera

(Rear Window)

No conocía sus nombres. Ni siquiera había oído sus voces. Ni siquiera los conocía de vista, estrictamente ha— blando, porque a esa distancia sus rostros eran demasiado pequeños para presentar caracteres identificables. Sin embargo, habría podido confeccionar un horario de sus idas y venidas, de sus diarios hábitos y actividades.

Por supuesto, creo que había en ello algo de espionaje que hubiera podido confundirse con la febril atención de un curioso impertinente. Yo no tenía la culpa, ésa no era mi intención. Lo que ocurría era que mis movimientos estaban estrictamente limitados en aquel entonces. Podía ir de la ventana a la cama y de la cama a la ventana, y eso era todo. Creo que la ventana era lo mejor que tenía mi dormitorio trasero en la estación calurosa. No poseía cortinillas, de suerte que debía quedarme con la luz apagada, para evitar que todos los insectos de la vecindad se lanzaran sobre mí. No podía dormir, porque estaba acostumbrado a hacer mucho ejercicio. Nunca había adquirido el hábito de leer libros para preservarme del tedio, de modo que tampoco podía acudir a ese recurso. ¿Qué iba a hacer entonces, sentarme allí con los ojos bien cerrados?

Hablaré de algunos de ellos, eligiéndolos al azar. Justo enfrente y a la misma altura había una pareja de tortolitos, chicos que no llegaban a los veinte, recién casados. Estaban siempre tan apresurados por marcharse, dondequiera fuese que iban, que nunca se acordaban de apagar las luces. No creo que esto dejara de suceder una sola vez en todo el tiempo que yo estuve observando. Pero nunca se olvidaban del todo, no vaya a creerse. Yo había de aprender a llamarlo acción retardada, como verán luego. Cinco minutos después él volvía corriendo alocadamente, probablemente desde la calle misma, y se precipitaba por todas partes apagando las luces. Después, al salir, tropezaba con alguna cosa en la oscuridad. Me hacían .reír interiormente estos dos.

En la casa siguiente, más baja, las ventanas se angostaban ya un poco a causa de la perspectiva. En ésa también una cierta luz se apagaba todas las noches, siempre. Algo había en ella que solía ponerme un poco triste. Moraba en la casa una mujer con su hijo, una joven viuda supongo. Solía verla acostar a la criatura, luego inclinarse y besarla, casi ansiosamente. Ponía una pantalla a la lámpara para que su luz no le diera en la cara, y después se sentaba allí a pintarse los ojos y la boca. En seguida salía. No acostumbraba a volver nunca hasta que la noche había casi terminado. Una vez yo estaba todavía levantado y miré y ella permanecía sentada allí, inmóvil, con la cabeza sepultada entre los brazos. Sí, algo había allí que me poma un poco triste.

Del tercer edificio, más abajo, no podía ya verse nada, a consecuencia de la distancia las ventanas eran simples ranuras abiertas en una muralla medieval. Y de este modo llegamos al del extremo. De ése podía tenerse una visión de frente completa, puesto que formaba ángulo recto con los demás, el mío incluso, sellando el hueco interior que formaban los fondos de todas estas casas. Podía mirar en su interior desde la saliente redondeada de mi ventana, tan claramente como si fuese una casa de muñecas cuya pared posterior hubiera sido seccionada. Y estaba reducida a ese mismo tamaño, según escala, por la distancia.

Era un edificio de departamentos. Contrariamente a todos los demás, había sido construido originariamente como tal, y no simplemente cortado en piezas amuebladas. Sobrepasaba a los otros en dos pisos y tenía escalera para incendios, justificada por la diferencia de altura. Pero era viejo, y evidentemente no había resultado un gran negocio. Lo estaban modernizando. En vez de desocupar todo el edificio mientras se realizaba el trabajo, lo hacían a razón de un departamento por vez, con el fin de perder la menor cantidad posible de ingresos. De los seis departamentos posteriores que presentaba a la vista, el ultimo había sido terminado ya, pero todavía no estaba alquilado. Estaban trabajando en el del quinto piso ahora, turbando la paz de todos los que se encontraban en el "interior" de la manzana, arriba y abajo, con el ruido de sus martillos y sus sierras.

Sentía lástima por la pareja de abajo. Solía preguntarme cómo soportaban aquel bullicio sobre sus cabezas. Para peor, la mujer padecía de mala salud crónica; yo podía adivinar eso, aun a la

distancia, por la manera indiferente en que andaba moviéndose de un lado a otro y porque permanecía en bata, sin vestirse. A veces solía verla sentada junto a la ventana, apoyando la cabeza en la mano. Me preguntaba por qué él no hacía venir a un médico para que la examinara, pero quizá fuera que no podían afrontar esos gastos. Parecía estar sin trabajo. A menudo la luz de su dormitorio permanecía encendida hasta tarde. detrás de la cortina baja, como si ella no se sintiera bien y él la estuviese cuidando. Una vez en particular, debe de haber estado sentado junto a ella toda la noche, la luz quedó encendida casi hasta el alba. No es que yo hubiera estado observando todo ese tiempo. Pero la lámpara brillaba todavía a las tres de la mañana, cuando me trasladé finalmente desde la silla al lecho para ver si podía dormir un poco yo mismo. No logré hacerla y al regresar a mi sitio de observación, a eso del amanecer, lucía aún mortecinamente detrás de la oscura cortina.

Unos momentos más tarde, con los primeros resplandores del día, la intensidad de la luz disminuyó en los bordes de la cortinita, y pocos instantes después no ésta, sino otra cortina en una de las otras piezas —porque todas ellas habían estado igualmente bajas —fue alzada y lo vi de pie allí, mirando hacia afuera.

Tenía un cigarrillo entre los dedos. Yo no podía verlo, pero sí adivinarlo por los rápidos, nerviosos y breves movimientos con que llevaba la mano a la boca y por la nubecilla de humo que flotaba sobre su cabeza. Preocupado por ella, supuse. No lo culpaba de ello. Cualquier esposo lo habría estado. Debía de haberse quedado dormida recién entonces, después de una larga noche de sufrimientos. Y luego, aproximadamente una hora más tarde, aquel estrépito de maderas aserradas y cubos metálicos golpeados comenzaría de nuevo en el piso de arriba. Bueno, no es asunto mío, me dije, pero realmente él debería sacarla de ahí. Si yo tuviera que cuidar de una esposa enferma...

Se inclinaba levemente hacia el exterior, quizá una pulgada más afuera del marco de la ventana, escudriñando cuidadosamente los fondos de todas las casas que cerraban el cuadrado hueco que se abría ante él. Puede decirse, aún a una cierta distancia, cuándo una persona está mirando fijamente. Hay algo de particular en la manera cómo se mantiene la cabeza. Y sin embargo aquella mirada escrutadora no estaba fija en ningún punto, giraba lentamente, movíase a lo largo de las casas del contorno, a partir de las que se encontraban opuestas a la mía. Cuando llegó al final de ellas, supe que cruzaría a mi lado y avanzaría por allí. Antes de que así sucediera, retrocedí varios pasos al interior de mi habitación, para dejarla pasar sin riesgo. No quería que pensara que estaba espiando sus cosas. Las sombras azules de la noche no se habían retirado todavía lo suficiente de mi habitación como para permitirle advertir mi leve retirada.

Cuando torné a mi posición original, un segundo o dos después, había desaparecido. Dos más de las cortinas habían sido levantadas. La del dormitorio permanecía baja aun. Me pregunté vagamente por qué habría lanzado esa mirada peculiar, comprensiva, en semicírculo, a los fondos de las casas que lo rodeaban. No había nadie en ellas a semejante hora. No tenía importancia, por supuesto. No era más que una rareza que no concordaba con su presunta inquietud o preocupación acerca de su esposa. Cuando uno está inquieto o desasosegado, cuando se trata de una preocupación interna, uno se queda contemplando inexpresivamente cualquier cosa. Pero cuando se mira a las ventanas en torno, describiendo un gran arco con la mirada, eso revela preocupación externa, interés extrínseco. Una cosa no concuerda can la otra. Pero llamar trivial a semejante discrepancia era concederle ya más importancia de la que tenía. Sólo alguien como yo, que estuviera consumiéndose en el vacío de una inactividad absoluta, había podido notarla.

Después de aquello no se produjeron señales de vida en el departamento, a juzgar por sus ventanas al menos. Debía de haberse ido o haberse acostado él también. Tres de los visillos permanecieron a la altura normal, el que ocultaba el interior del dormitorio siguió bajo. Sam, mi criado, vino poco después con unos huevos fritos de desayuno y me trajo el periódico de la mañana, de modo que tuve con qué matar el tiempo por un rato. Dejé de contemplar ventanas que no me interesaban y de pensar en ellas.

El sol iluminó oblicuamente un lado del hueco prisma durante toda la mañana, después, a la tarde, se mudó al otro. Luego dejó de brillar sobre ambos, y vino el atardecer... Otro día ido.

Las luces comenzaron a encenderse en torno. Aquí y allá devolvía un muro, como si fuera una caja armónica, el eco de un trozo de programa radial emitido en tono demasiado alto. Si se escuchaba cuidadosamente podía percibirse un ocasional tintinear de vajilla mezclada, débil, lejano. Las cadenas de los hábitos pequeños que componían sus vidas comenzaban a desarrollarse. En ellas estaban todos más presos que en la más ceñida camisa de fuerza diseñada jamás por carcelero alguno, aunque todos se creían libres. Los dos recién casados emprendieron su nocturna

huída hacia los grandes espacios abiertos, olvidaron las luces, él regresó disparado, las apagó y su departamento quedó a oscuras hasta tempranas horas de la mañana. La mujer acostó a su niño, se inclinó llorosamente sobre la cuna, luego sentóse con silenciosa desesperación a pintarse los labios.

En el departamento del cuarto piso que formaba ángulo recto con la larga "calle" interior, las tres cortinas habían permanecido alzadas, la cuarta baja durante todo el día. No me había dado cuenta de ello porque no la había estado mirando, ni había pensado en ella en particular hasta ahora. Mis ojos se habían posado a intervalos sobre aquellas ventanas durante el día, pero mis pensamientos habían estado en otro lugar. Solo cuando una luz se encendió súbitamente en la habitación del extremo —ésa era su cocina— tras de una cortina levantada, me percaté de que habían permanecido de ese modo durante todo el día. Ese hecho me trajo a la mente algo que no había notado hasta entonces: no había visto a la mujer en todo el día. Hasta aquel instante no había visto una señal de vida detrás de esas ventanas.

Él había llegado de afuera. La puerta de entrada estaba opuesta a la cocina, lejos de la ventana. Tenía el sombrero puesto, de modo que supe que acababa de venir de afuera.

No se sacó el sombrero. Como si ya no hubiera nadie en honor de quién sacárselo. En vez, lo empujó hacia la nuca al pasarse los dedos verticalmente por el nacimiento de sus cabellos. Supe que no hacía ese ademán para secarse la transpiración. Para hacer eso una persona se pasa la mano horizontalmente... él lo había hecho en sentido vertical, por encima de la frente. Aquello indicaba desasosiego o inseguridad. Por otra parte, si hubiese tenido demasiado calor lo primero que hubiera hecho habría sido sacarse el sombrero del todo.

Ella no salió a recibirlo. El primer eslabón de la cadena, tan fuerte, del hábito, de la costumbre que a todos nos ata, había sido quebrado.

Debía de sentirse tan enferma que se había quedado todo el día en cama, en el aposento de la cortinilla baja. Observé. Él permaneció donde estaba, a dos habitaciones de distancia. Mi expectativa se convirtió en sorpresa, la sorpresa en incomprensión. Curioso, pensé, que no acuda a su lado. O que no llegue hasta la puerta por lo menos, para ver cómo se encuentra.

Quizá estuviera dormida y no quería molestarla. Y en seguida el interrogante: pero, ¿cómo puede estar seguro de que duerme, sin siquiera ir a mirarla? Había entrado solo.

Se adelantó y permaneció junto a la ventana, como lo había hecho al amanecer. Sam había retirado la bandeja de mi cena algún tiempo antes y las luces de mi cuarto estaban apagadas. Me quedé donde estaba, sabía que no le era posible verme en la oscuridad de mi mirador. Se estuvo inmóvil varios minutos. Y ahora sí era su actitud de las que revelan preocupación interna. Miraba hacia abajo a la nada, sumido en sus pensamientos.

Está inquieto por ella, me dije, como lo estaría cualquiera. Es la cosa más natural del mundo. Curioso, sin embargo, que la dejara así, en la oscuridad, sin acudir a su lado. Si está preocupado, ¿por qué entonces no fue a verla, por lo menos, cuando regresó? Otra de aquellas triviales discrepancias entre motivo intrínseco y actitud externa. Y en el mismo instante en que pensaba en eso, la primera, la que se había producido al nacer el día, se repitió. Su cabeza se alzó con renovada expresión alerta y pude verlo lanzar nuevamente aquella interrogante mirada, lentamente circular, en torno a las ventanas posteriores de las casas. Es cierto que la luz estaba detrás de él en esta ocasión, pero aun así bastaba para poner de relieve el microscópico si bien continuo cambio de posición de la cabeza. Cuidé de quedarme inmóvil hasta que la distante mirada se hubo alejado sin sorprenderme. El movimiento atrae la atención.

Clara y distintamente me pregunté por qué estaría tan interesado en las ventanas de otra gente. Y, por supuesto, otra pregunta que era a la vez un freno eficaz a mis intenciones de detenerme demasiado en aquella reflexión me vino en seguida a la mente: mira quién habla, ¿y por casa?

Pero se me pasaba por alto una diferencia importante. Yo no estaba inquieto por cosa alguna. Él sí presumiblemente.

Las cortinas fueron bajadas nuevamente. Detrás de su opacidad color castaño las luces quedaron encendidas.

El tiempo pasaba. Difícil decir cuánto... un cuarto de hora, veinte minutos. En uno de los patios traseros chirrió un grillo. Sam entró para ver si yo necesitaba algo antes de que él se fuera a su casa a pasar la noche. Que no, le dije, no necesitaba nada... estaba bien, que ya podía irse. Se quedó allí un segundo, con la cabeza baja. Después lo vi menearla levemente, como si hubiera alguna cosa que no le agradara.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¿Sabe lo que significa eso? Mi vieja madre me lo dijo, y ella nunca me contó una mentira en su vida. Además; no he visto que fallara nunca.

—¿Qué, el grillo?

—Siempre que usted oiga a uno de esos bichos, es una señal de que la muerte... está en algún lugar cercano.

Le hice un ademán despreocupado.

—Bueno, aquí no está, de manera que no te intranquilices.

Salió, murmurando empecinadamente:

—Está en algún lugar cercano sin embargo. No muy lejos, en alguna parte. Tiene que estar.

La puerta se cerró tras él y yo quedé solo en la oscuridad.

Era una noche sofocante, mucho más pesada que la anterior. Aun sentado junto a la ventana abierta se me hacía difícil respirar con comodidad. Me pregunté como podía él —aquel desconocido de allá— soportarlo detrás de aquellas cortinas corridas.

Repentinamente, en el instante preciso en que mi ociosa especulación sobre todo aquel tema estaba por posarse sobre algún punto fijo de mi mente, por cristalizar en algo semejante a la sospecha, se alzaron de nuevo las cortinillas, y aquella sombra de sospecha huyó, tan impalpable como siempre, sin haber tenido la oportunidad de fijarse en parte alguna.

Estaba en la ventana del medio, la del *living room.* Se había quitado la americana y la camisa, estaba en camiseta, con los brazos desnudos. Ni él había podido soportarla, supongo... a la sofocación me refiero.

Al principio no pude adivinar lo que estaba haciendo. Aparentaba estar moviéndose en un sentido longitudinal, de arriba abajo, más bien que transversal. Permanecía en un lugar, pero se ocultaba a la vista, a intervalos irregulares. Era casi como alguna especie de ejercicio calisténico, sólo que ambas posiciones alternativas no estaban uniformemente espaciadas en el tiempo. A veces permanecía abajo un largo rato, algunas volvía a erguirse casi inmediatamente, otras descendía dos o tres en rápida sucesión. Algún objeto semejante a una V de abiertos brazos negros lo separaba de la ventana. Fuera lo que fuere, sólo un fragmento era visible por encima de la solera de la ventana que limitaba el campo de mi visión. Le ocultaba el extremo de la camiseta, la dieciseisava parte de una pulgada quizá. Pero no lo había visto allí antes y no sabía qué era.

Súbitamente se apartó de él, por primera vez desde que había subido las cortinas, se acercó, contorneándolo, al exterior, se inclinó en otro lugar de la habitación y se irguió nuevamente sosteniendo en los brazos un cargamento que, a la distancia a que yo estaba, parecía de grímpolas multicolores. Regresó detrás de la V y por un instante lo depositó sobre ella. Lo dejó así, efectuó una nueva zambullida y permaneció oculto a la vista un rato considerable.

Los "banderines" cruzados sobre la V cambiaban constantemente de color ante mis ojos. Tengo muy buena vista. En un momento dado eran blancos, al siguiente eran rojos, y en seguida azules.

Entonces comprendí. Eran vestidos de mujer y él los estaba atrayendo hacia sí uno a uno, sacando el de arriba cada vez. De pronto desaparecieron todos, la V estaba desnuda y negra otra vez y su torso había desaparecido. Sabía de qué se trataba ahora y lo que él estaba haciendo. Los vestidos me lo habían dicho. Él se encargó de confirmármelo. Extendió los brazos hacia los extremos de la V, lo vi inclinarse como si estuviera ejerciendo fuerza, y repentinamente la V se había plegado, convertida en un paralelepípedo recto. Después el hombre ejecutó una especie de movimiento giratorio con toda la parte superior de su cuerpo y el paralelepípedo desapareció hacia un costado.

Había estado llenando un baúl, empacando en un gran baúl colocado verticalmente las pertenencias de su esposa.

Reapareció de pronto a la ventana de la cocina, se quedó inmóvil un instante. Lo vi pasarse la mano por la frente y agitarla en el aire, no una vez sino varias. Naturalmente, era un trabajo pesado para semejante noche. Después extendió la mano a lo largo de la pared y bajó alguna cosa. Puesto que estaba en la cocina, hube de imaginarme un armario y una botella.

Pude verlo pasarse rápidamente la mano por la boca, después, dos o tres veces. Bueno, me dije condescendientemente, eso es lo que nueve hombres entre diez harían después de llenar un baúl... tomar un buen trago reconfortante. Y si el décimo dejaba de hacerlo, sería porque no tenía bebida al alcance de la mano.

Se acercó nuevamente a la ventana y colocándose a un costado de ella de suerte que sólo una pequeña fracción de la cabeza y el hombro quedaba visible, examinó una vez más escrutadoramente la línea de ventanas, casi todas a oscuras ya, que se abrían en el negro prisma. Siempre comenzaba desde el lado izquierdo, opuesto al mío, y proseguía a partir de allí su circuito de inspección.

Era la segunda vez que lo había visto hacer aquello. y una al alba, eran tres. Sonreí mentalmente. Casi podía pensarse que se sentía culpable de algo. Probablemente no fuera nada importante, un minúsculo y extraño hábito simplemente, un impulso nervioso del que ni siquiera se daba cuenta. Yo mismo los tengo, todo el mundo los tiene.

Retrocedió a la habitación, y ésta se oscureció. Pasó a la siguiente, que estaba iluminada todavía, el *living* room, :Ésta también se oscureció. No me sorprendió que la tercera habitación, el dormitorio de la cortina baja, no se iluminara al entrar él. No querría molestarla, por supuesto... especialmente si partía en viaje de curación al día siguiente, como lo indicaba la preparación de su baúl. Ella necesitaba todo el descanso que pudiera obtener antes de emprender el viaje. A él no le sería demasiado difícil deslizarse en la cama en la oscuridad.

Pero sí me sorprendió, no obstante, un rato más tarde, al ver parpadear un fósforo, que fuera en el oscurecido *living room.* Debía de estar acostado allí, tratando de dormir en un sofá tal vez. Ni había entrado en el dormitorio, se quedaba fuera de él definitivamente. Eso me intrigó, francamente. Era llevar su solicitud demasiado lejos.

Unos diez minutos más tarde se encendió otro fósforo, y su fulgor provenía de aquella misma ventana del *living* room, No podía dormir, al parecer.

La noche descendió de igual manera sobre nosotros, el buscador de curiosidades sentado junto a la ventana, el fumador nervioso del cuarto piso. Sin ruido. El único era el de aquel grillo interminable.

Con los primeros rayos del sol estuve nuevamente junto a la ventana. No a causa de él. Mi colchón era como un lecho de pavesas. Sam me encontró allí cuando entró a arreglar mis cosas.

—Usted va por mal camino, Mr. Jeff —fue todo lo que dijo.

Por un rato no hubo señal de vida allá en frente. Pero repentinamente vi asomar su cabeza de algún invisible lugar del *living room,* de manera que supe que había estado en lo cierto: había pasado la noche allí, en un sofá o sillón. Ahora, por supuesto, iría a visitarla, a ver cómo estaba, averiguaría si se sentía mejor. Era una simple cuestión de humanidad. No había estado junto a ella, por lo que yo podía adivinar al menos, desde dos noches antes.

No fue. Se vistió y se encaminó en la dirección opuesta, hacia la cocina; allí comió alguna cosa, de pie y utilizando ambas manos. Después se volvió repentinamente y caminó en dirección oblicua hacia donde yo sabía que estaba la puerta de entrada; como si hubiera recibido algún llamado, la campanilla de la puerta tal vez.

Así debió ser, porque en un instante regresó acompañado por dos hombres vestidos con mandiles de cuero. Empleados de una empresa de mudanzas. Lo vi quedarse de pie a un costado mientras ellos conducían trabajosamente el prisma negro en la dirección en que habían venido. Pero no permaneció allí todo el tiempo, sino que anduvo tras de ellos, moviéndose de un lado a otro, ansioso porque el trabajo se hiciera bien.

Después retornó solo y lo vi pasarse el brazo por la frente, como si hubiera sido el, y no los mozos de cordel, quien se hubiera acalorado por el esfuerzo.

Enviaba primero el baúl, adonde quiera que fuese ella. Eso era todo.

Extendió nuevamente el brazo a lo largo de la pared y bajó algo. Tomó otro trago. Dos. Tres. Me dije, un poco desconcertado: Bueno, pero ni siquiera ha hecho un baúl esta vez. Ese baúl había estado listo ya desde la noche anterior. ¿Cuál era entonces el trabajo pesado? ¿A qué se debía la transpiración y la necesidad de un reconfortante?

Ahora, por fin, después de todas aquellas horas, acudió a su lado. Lo vi pasar a través del *living* y seguir hacia el dormitorio. La cortinilla que había estado baja todo aquel tiempo fue alzada. Después él volvió la cabeza y miró detrás de sí, en torno. De cierta manera, una manera inconfundible, aun visto desde donde yo estaba. No miró en una dirección determinada, como quien contempla a una persona, sino de un lado a otro y hacia arriba y hacia abajo y alrededor, como quien contempla..., *una habitación vacía.*

Dio un paso atrás, se inclinó un poco, hizo un ademán violento con los brazos y un colchón

desocupado, con su correspondiente ropa de cama, fue visible al pie de la cama y quedó allí, doblado en dos y vacío. Poco después ocurrió lo mismo con un segundo colchón.

Ella no estaba en aquel cuarto.

Suele emplearse la expresión "acción retardada". Averigüé en aquel instante lo que significaba. Durante dos días una especie de informe desasosiego, de incorpórea sospecha, algo, no sé cómo llamarlo, había estado planeando y revoloteando en mi mente, como un insecto que busca un lugar donde posarse. Más de una vez, en el preciso instante en que había estado a punto de "aterrizar", alguna nimiedad, alguna pequeña cosa tranquilizadora, tal como el levantarse de los visillos después de haber estado corridos durante un tiempo demasiado largo, había bastado para mantenerlo volando a la ventura, había sido suficiente para evitar que se quedara quieto el tiempo necesario para que yo lo reconociera. El punto de contacto había estado allí todo el tiempo, esperando a que descendiera. Ahora, por algún motivo, una fracción de segundo después que él hubo doblado los vacíos colchones, aterrizo... *¡zuum!* Y en mi mente el punto de contacto se expandió, o explotó, como quieran llamarlo, en una certeza de asesinato.

En otras palabras, la parte racional de mi mente estaba muy atrasada en relación con la parte instintiva, subconsciente. Acción retardada. Ahora la primera había alcanzado a la segunda. El mensaje mental que como una chispa se desprendió del punto de contacto decía: *Él le ha hecho algo.*

Bajé la mirada y vi que tenía los dedos hundidos en la rodilla y que me estaba lastimando, por lo que tuve que disminuir su presión. Me dije, tratando de calmarme: Espera un minuto, anda con cuidado, despacio. No has visto nada. No sabes nada. Sólo tienes la prueba negativa que significa el no verla más.

Sam estaba de pie mirándome desde la puerta de la despensa. Dijo acusadoramente:

—Ni siquiera ha tocado nada. Y su cara parece una sábana.

La sentía como si lo fuera. Experimentaba en ella esa sensación punzante que se sentiría si la sangre la abandonara de pronto, involuntariamente. Más para que cesara de molestarme y me dejara pensar libremente un momento que para otra cosa, le dije:

—Sam, ¿cuál es la dirección de ese edificio de enfrente? No asomes demasiado la cabeza para mirarlo.

—Benedict Avenue, el número no lo sé. —Se rascó la nuca para ayudarse a reflexionar.

—Eso ya lo sabía. Baja a la esquina un minuto y averíguame el número exacto, ¿quieres?

—¿Y para qué quiere saber eso? —inquirió al volverse para salir.

—No te interesa —le repuse con la bonachona firmeza que era lo bastante para dar el asunto por concluido. Lo llamé en el preciso instante en que cerraba la puerta:

"Y ya que estas, entra y ve si puedes adivinar por los buzones quién ocupa el cuarto piso, departamento trasero. No te equivoques. Y trata de que nadie te sorprenda".

Salió murmurando algo así, poco más o menos:

—Cuando un hombre no tiene nada más que hacer que estar sentado todo el día, se le ocurren las ideas más endiabladas que... —La puerta se cerró y yo me senté para ver si podía hilvanar con un poco de lógica mis ideas.

Me dije: ¿Sobre qué estás edificando realmente esa monstruosa suposición? Veamos lo que tienes. Algunas pequeñas cosas en desacuerdo con el mecanismo, la cadena de diarios hábitos, de los ocupantes de aquel cuarto piso, nada más. 1º) Las luces estuvieron encendidas durante toda la primera noche. 2º) Él llegó más tarde que de costumbre la segunda noche. 3º) No se quitó el sombrero. 4º) Ella no salió a recibirlo... ella no ha aparecido desde la tarde anterior a la noche en que las luces quedaron encendidas. 5º) Él tomó un trago después de hacer el baúl de su esposa. Pero tomó tres a la mañana siguiente, inmediatamente después que el baúl fue retirado. 6º) Estaba internamente preocupado e intranquilo, y sin embargo anteponía a esas emociones una extraña inquietud externa con respecto a las ventanas traseras que lo rodeaban. 7º) Durmió en el *living room,* no se acercó al dormitorio durante la noche anterior a la partida del baúl...

Muy bien. Si ella se había sentido enferma aquella primera noche y él le hacía emprender un viaje para reponer su salud, este hecho anulaba automáticamente los puntos 1, 2, 3 Y 4. Quedaban los puntos 5 y 6, totalmente desprovistos de importancia y que no lo incriminaban. Pero al llegar al 7, se encontraba un obstáculo difícil de sortear.

Si ella había partido inmediatamente después de sentirse indispuesta aquella primera noche, ¿por qué no había querido él ir a dormir a su dormitorio *la noche anterior?* ¿Cuestión de sentimientos? Difícilmente. Dos buenas camas en un cuarto, sólo un sofá o un incómodo sillón en el otro. ¿Por qué había de permanecer afuera si ella ya había partido? ¿Porque la extrañaba, se sentía solitario, simplemente? Un hombre consciente no procede de ese modo. Bueno, eso quería decir entonces que ella estaba todavía allí.

Sam llegó a cerrar el paréntesis de mis pensamientos en aquel instante y dijo:

—Esa casa tiene el número 525 de Benedict Avenue. El cuarto piso trasero figura con el nombre de Mr. y Mrs. Lars Thorwald.

—¡Shhh! —le previne y le hice señal con el dorso de la mano de que se retirara.

—Primero lo quiere y después no —gruñó filosóficamente, y se retiró a ejecutar sus quehaceres.

Proseguí con mis especulaciones. Pero si ella estaba allí todavía, si había estado en el dormitorio la noche anterior, no podía haberse ido al campo, puesto que yo no la había visto salir hoy. Habría podido salir sin que yo la viera la mañana anterior temprano. No había estado observando durante algunas horas, estuve dormido. Pero esta mañana no, esta mañana me había levantado antes que él mismo, vi su cabeza asomar de aquel sofá después de haber estado ya a la ventana durante algún tiempo.

Si se había ido era forzoso que lo hubiera hecho en la mañana del día anterior. Entonces, ¿por qué había dejado él corridos los visillos de la ventana, por qué no había tocado los colchones hasta hoy? Eso evidenciaba que ella no se había ido, que estaba aún allí. Hoy no obstante, inmediatamente después de que el baúl había sido despachado, él entró, alzó la cortina, dobló los colchones, para mostrar que ella no había estado allí. Todo aquel asunto era como una enloquecida espiral.

Sin embargo, no. *Inmediatamente después* de *que el baúl había sido despachado...*

El baúl.

Eso era.

Miré hacia atrás para cerciorarme de que la puerta estuviera bien cerrada entre Sam y yo. Mi mano revoloteó inseguramente por un instante sobre el disco del teléfono. Boyne, él era a quien debía decírselo. Estaba en la Sección Homicidios. Había estado allí, por lo menos, la última vez que lo vi. No quería llenarme la casa de policías y detectives desconocidos. No quería verme complicado en el asunto más de lo indispensable. No quería complicarme en lo más mínimo si fuera posible.

Pasaron mi llamada al lugar justo después de dos intentos fallidos y pude comunicarme con él finalmente.

—Hola, ¿Boyne? Habla Hal Jeffries...

—¡Bueno!, ¿dónde has estado estos últimos sesenta y dos años? —comenzó a decir, con entusiasmo.

—Después hablaremos de eso. Lo que quiero que hagas ahora es anotar un nombre y una dirección. ¿Listo? Lars Thorwald. Quinientos veinticinco. Benedict Avenue. Cuarto piso trasero. ¿Ya está?

—Cuarto piso trasero. Ya está. ¿Para qué es?

—Una investigación. Creo firmemente que descubrirás un asesinato allí si empiezas a hacer averiguaciones. No vengas a verme más que para eso... es sólo una convicción. Un hombre vivía allí con su esposa hasta ahora. Ahora sólo está el hombre. El baúl de ella salió temprano esta mañana. Si puedes encontrar a alguien que la haya visto salir *a ella...*

Dicho así, en voz alta, y a una segunda persona, un teniente de detectives, sobre todo, sonaba bastante endeble, aún a mí.

—Está bien, pero... —dijo, vacilante. Luego lo aceptó tal como lo había escuchado. Porque yo era la fuente. Hasta me olvidé completamente de mencionarle lo de mi ventana. Yo podía hacer eso con él y salirme con la mía porque nos habíamos conocido durante años, la confianza que yo le merecía no estaba en tela de juicio. Yo no quería tener la habitación abarrotada de detectives y polizontes, asomados por turnos a la ventana, con aquel calor. Que encararan el asunto de frente.

—Bueno, veremos qué ocurre —dijo—. Te mantendré informado.

Colgué el tubo y volví a sentarme para observar y aguardar los acontecimientos. Tenía un asiento

en primera fila. O, más bien, en primera fila a la inversa. Sólo podía ver desde atrás del escenario, no desde el frente. No podía verlo a Boyne poner manos a la obra. Sólo podía observar los resultados, siempre y cuando los hubiera.

Nada ocurrió durante las pocas horas siguientes. La tarea de la policía, que yo sabía debía estar desarrollándose, era tan invisible como precisaba serlo. La figura de la ventana del cuarto piso seguía a la vista, sola y sin ser molestada. No salió. Estaba desasosegado, vagaba de un cuarto al otro, sin permanecer largo tiempo en ningún sitio, pero no salió del departamento. Una vez lo vi comer —sentado esta vez— y otra afeitarse, y aun en una, ocasión trató de leer el periódico, aunque no perseveró gran cosa en su intento.

Pequeñas ruedecillas invisibles se movían en torno de él. Pequeñas e inofensivas aún, el caso estaba en sus preliminares. Si él lo supiera, me pregunté, ¿permanecería quieto de aquel modo o trataría de salir disparando y escapar? Quizá eso no dependería tanto de su culpabilidad como de su sensación de inmunidad, su convencimiento de que podía mostrarse más listo que sus presuntos perseguidores. De su culpabilidad yo estaba ya convencido, porque de otro modo no habría dado el paso que di.

A las tres sonó el teléfono. Era Boyne quien llamaba.

—¿Jeffries...? Bueno, no sé. ¿No puedes darme algo más que una simple afirmación como ésa?

—¿Por qué? —me defendí—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—He enviado a un hombre allí a hacer investigaciones. Acabo de recibir su informe. El superintendente del edificio y varios de los vecinos concuerdan en que ella partió al campo para tratar de recuperar su salud, ayer a la mañana, temprano.

—Espera un segundo. ¿Alguno de ellos *la vio,* según tu hombre?

—No.

—Entonces todo lo que tienes es una versión de segunda mano de una información sin pruebas, que, además, proviene del objeto de tus sospechas. No tienes la información de un testigo presencial.

—Fue visto cuando regresaba de la estación, después de haber comprado el boleto y haberla despedido.

—Ése sigue siendo un testimonio que no prueba nada.

—He enviado a un hombre a la estación para que trate de interrogar al empleado que vende los billetes. Al fin y al cabo, no es difícil que haya llamado la atención a aquella hora. Y, por supuesto, lo tenemos bajo observación mientras tanto, observamos todos sus movimientos. En la primera oportunidad que se presente, entraremos y registraremos el lugar.

Tuve el presentimiento de que nada encontrarían aunque registraran.

—No esperes que yo te diga más de lo que te he dicho. Lo he dejado en tus manos. Te he dado todo lo que tenía. Un nombre, una dirección y una opinión.

—Sí, y siempre he apreciado en mucho tu opinión antes de ahora, Jeff...

—Pero ahora no la aprecias, ¿eh?

—Nada de eso. Lo que ocurre es que hasta ahora no hemos encontrado nada que parezca confirmarla.

—Hasta ahora no han adelantado mucho entonces. Recurrió nuevamente a su anterior frase de clisé:

—Bueno, veremos si podemos averiguar algo. Te mantendré informado.

Otra hora transcurrió y el sol llegó a su ocaso. Vi que mi sospechoso del cuarto quiso aprestarse a salir. Se puso el sombrero, metió la mano en el bolsillo, luego se quedó inmóvil un instante, mirándola. Estaba contando su cambio, supongo. Me produjo una impresión peculiar, de excitación reprimida, como si supiera que iban a invadir le el departamento apenas partiera. Al verlo lanzar una última mirada en torno, pensé: Si tienes algo que ocultar, amigo, es mejor que lo hagas ahora. Sobre el departamento descendió un breve intervalo de engañosa soledad. Ni al final del mundo habría podido apartar mis ojos de aquellas ventanas. Súbitamente la puerta por la cual él acababa de alejarse se abrió levemente y por ella se introdujeron dos hombres, uno tras del otro. Allí estaban, pues. Cerraron la puerta, separáronse en seguida y pusieron manos a la obra. Uno tomó el dormitorio, otro la cocina, y desde aquellos extremos del departamento comenzaron a abrirse paso, hasta reunirse nuevamente. Fueron cuidadosos. Pude ver cómo lo registraban todo, desde el techo

hasta el piso. Revisaron juntos el *living room.* Uno inspeccionó un lado, el segundo registró el otro.

Habían terminado ya cuando les llegó la señal de alarma. Pude adivinarla por la manera cómo ellos se irguieron y estuvieron contemplándose un instante con expresión frustrada. Después las cabezas de ambos se volvieron rápidamente, como si hubieran escuchado el timbre, señal convenida de que él regresaba. Salieron rápido.

No me sentí indebidamente desconsolado, había previsto eso. Mi presentimiento había sido que no encontrarían allí nada que pudiera incriminarlo. El baúl no estaba.

Volvió trayendo sobre el brazo una gran bolsa de papel pardo. Lo observé atentamente para ver si descubría que alguien había estado allí durante su ausencia. No se percató de nada aparentemente. Habían desempeñado su trabajo a conciencia.

Se quedó todo el resto de la noche. Estaba tranquilo y salvo. Bebió algo, a intervalos, yo podía verlo sentado junto a la ventana y su mano se alzaba de vez en cuando, pero no demasiado a menudo. Aparentemente controlaba toda la situación, la tensión había cedido ahora que... el baúl había partido.

Observándolo a través de la noche, reflexioné: ¿Por qué no escapa? Si estoy en lo cierto con respecto a él, y lo estoy, ¿por qué se queda... después de haberlo hecho? Pregunta que traía aparejada la respuesta inevitable: Porque no sabe que alguien lo sabe. No cree que haya prisa. Irse demasiado pronto, después de haberlo hecho ella, sería más peligroso que quedarse un tiempo.

La noche siguió gastándose. Me quedé esperando el llamado de Boyne. Se produjo más tarde de lo que yo había creído. Alcé el receptor en la oscuridad. Aquel otro estaba preparándose para meterse en la cama. Se había alzado de su silla en la cocina, donde había estado bebiendo, y había apagado la luz. Se dirigió al *living room* y lo iluminó. Comenzó a sacarse la camisa por encima del cinturón. La voz de Boyne estaba en mis oídos mientras mis ojos estaban en aquel sujeto de enfrente. Distribución en triángulo.

—Hola, ¿Jeff? Escucha, absolutamente nada. Registramos el departamento mientras él estaba afuera...

Estuve a punto de decir: "Ya sé que lo hicieron", pero me contuve a tiempo.

—... y no encontramos absolutamente nada. Pero... —se detuvo como si lo que iba a decir tuviera importancia. Esperé impacientemente a que prosiguiera—. Abajo, en su buzón, encontramos una tarjeta postal dirigida a él. La pescamos con alfileres doblados...

—¿Y?

—Y era de su esposa, escrita ayer no más, y enviada desde una granja del norte. Éste es el mensaje que copiamos: "Llegué bien. Me siento ya un poco mejor. Cariños, Anna".

Dije, débil pero porfiadamente:

—Escrita ayer, acabas de decirme. ¿Tienes alguna prueba de que sea así? ¿Qué fecha tenía el sello de la oficina de correos?

Hizo un sonido de desagrado con la garganta. Dirigido a mí, no a ella.

—El sello estaba borrajeado. Una esquina se mojó y se corrió la tinta.

—¿Estaba todo borroneado?

—El año —admitió—. La hora y el mes concuerdan perfectamente. Agosto. Y fue despachada a las siete y media de la tarde.

—Agosto, siete y media de la tarde... de 1937 ó 1939 ó 1942. ¡No puedes probar cómo llegó a ese buzón, si vino del saco de un cartero o del fondo de algún cajón de escritorio!

—Abandónalo, Jeff —me dijo—. Estás yendo demasiado lejos.

No sé lo que le habría contestado. Quiero decir! si en ese preciso instante no hubiera tenido mis ojos fijos en la ventana del *living room* de Thorwald. N o gran cosa, probablemente. La tarjeta postal me *había* hecho vacilar, por más que no quisiera admitirlo. Pero yo estaba mirando allí. La luz se había apagado tan pronto como él terminó de quitarse la camisa. Pero la del dormitorio no se encendió. Una cerilla cintiló en el *living room,* y su resplandor venía de abajo, de un sillón o un sofá, probablemente. Teniendo dos camas vacías en el dormitorio, *permanecía aún fuera* de *él.*

—Boyne —dije con voz vidriosa—, no me importa qué tarjetas postales del otro mundo puedas haber destapado, te digo que ese hombre ha eliminado a su esposa. Sigue la pista de ese baúl que él despachó. ¡Ábrelo cuando lo halles... y me parece que la encontrarás!

Colgué el tubo sin aguardar a oír lo que iba a decirme. No volvió a llamar, por lo que sospeché fuera a prestar un poco de atención a mi sugerencia, al fin y al cabo, a pesar de su tan proclamado escepticismo.

Me quedé junto a la ventana toda la noche, como quien vigila a un condenado a muerte. Se encendieron dos fósforos después del primero, a intervalos de media hora aproximadamente. Después de eso, nada más. Quizá estuviera dormido. Quizá no. Tenía que dormir un poco yo mismo, y sucumbí finalmente al sueño cuando llegaron los primeros resplandores del alba. Cualquier cosa que Thorwald quisiera hacer, la habría hecho al abrigo de la oscuridad, no habría esperado a que llegara el día. Por un rato no habría mucho que observar. ¿Y qué tenía él que hacer ya, de todas maneras? Nada, salvo estarse quieto y dejar que pasara un poco de tiempo protector.

Me pareció cinco minutos más tarde, pero en realidad era ya mediodía cuando Sam llegó a despertarme.

—¿No encontraste esa nota que te dejé, que me dejaras dormir tranquilo? —le pregunté irritado.

—Sí —me repuso—, pero se trata de su viejo amigo, el inspector Boyne. Me figuré que usted querría...

Era una visita personal esta vez. Boyne entró detrás de mi criado, sin esperar y no muy cordialmente.

Le ordené a Sam, para librarme de él:

—Mira, anda a hacerme un par de huevos fritos.

—Jeff, ¿qué te propones al jugarme una pasada como ésta? —empezó a decir Boyne con voz fría y metálica—. He hecho el tonto, gracias a ti. He enviado a mis hombres a todas partes, a diestra y siniestra, de gusto. Gracias a Dios que no la hice peor todavía ordenando arrestar e interrogar a ese sujeto.

—¡Ah!, ¿entonces no crees que sea necesario? —inquirí secamente.

La mirada que me echó fue suficiente respuesta.

—No estoy solo en el Departamento, ¿sabes? Tengo superiores ante quienes debo responder por mis actos. Parece muy divertido, ¿no?, mandar a uno de mis hombres, medio día de tren, a cualquier estacioncita de donde Cristo dio las tres voces, a cargo del Departamento, y...

—¿Entonces encontraron el baúl?

—Le seguimos la pista por intermedio de la compañía de mudanzas —repuso con dureza.

—¿Y lo abrieron?

—Hicimos más que eso. Nos pusimos en contacto con varias granjas de la vecindad y Mrs. Thorwald vino a la estación en el camión de uno de los granjeros y abrió el baúl ella misma, y con sus propias llaves!

Muy pocos hombres deben de haber recibido jamás de un viejo amigo una mirada como la que me echó. Al llegar a la puerta dijo, serio como empleado de funeraria:

—Será mejor que lo olvidemos, ¿no? Ése es el mejor servicio que cada uno puede hacer por el otro. Tú estás un poco trastornado y yo estoy algo falto de dinero, de tiempo y de humor. Dejémoslo así. Si quieres telefonearme en lo futuro, tendré sumo placer en darte el número de mi casa.

Tras él, la puerta se cerró con un chasquido. Durante los diez minutos que siguieron a su tempestuosa salida, mi perpleja mente estuvo como presa en una especie de camisa de fuerza. Después comenzó a forcejear para liberarse. Al demonio con la policía. No puedo probárselo a ellos quizá, pero puedo probármelo a mí mismo, de un modo u otro y de una vez por todas. O estoy en lo cierto o estoy equivocado, una de dos. Él tiene su armadura puesta contra ellos. Pero su espalda está desnuda e inerme contra mí.

Llamé a Sam.

—¿Qué fue de ese catalejo que solíamos usar esa vez que anduvimos dando vueltas en aquel yate, te acuerdas?

Lo encontró en algún lugar abajo y vino con él, soplándolo y pasándolo por la manga para limpiarlo. Lo puse sobre mis rodillas un momento. Tomé un pedazo de papel y un lápiz y escribí cinco palabras: *¿Qué has hecho con ella?*

Puse el papel dentro de un sobre y lo cerré. No escribí dirección alguna.

—Escucha, esto quiero que hagas —le dije a Sam—, y que lo hagas con cautela. Toma este sobre, entra en *ese* edificio, el 525, sube la escalera hasta el cuarto piso trasero y deslízalo bajo la puerta. Eres ligero, solías serlo por lo menos. Veamos si lo eres lo bastante como para evitar que te atrapen. Después, cuando hayas llegado abajo a salvo, toca el timbre de afuera una vez, para llamar la atención.

Su boca comenzó a abrirse.

—Y no me hagas preguntas, ¿quieres? No estoy de bromas.

Salió y yo preparé el anteojo.

Un minuto o dos después lo tenía bien enfocado. Surgió un semblante, y entonces lo estuve contemplando por primera vez en realidad. Cabello oscuro, pero ascendencia indiscutiblemente escandinava. Parecía musculoso, aunque no era muy corpulento.

Transcurrieron unos cinco minutos. Su cabeza se volvió velozmente, de perfil. Eso quería decir que el timbre acababa de sonar. La nota debía de estar adentro ya.

Me volvió la espalda al avanzar hacia la puerta de entrada. Con la ayuda del lente pude seguirlo hasta allí, cosa que no había podido hacer antes a simple vista.

Abrió la puerta primero, mas no lo vio, no bajó la mirada. La cerró. Entonces sí *se* agachó, en seguida volvió a erguirse. Lo tenía. Pude ver cómo le daba vueltas hacia aquí y hacia allá.

Se alejó de la puerta, es decir, se acercó a la ventana. Creía que el peligro estaba cerca de la puerta, la seguridad lejos de ella. No sabía que era al revés, que cuanto más se internaba en sus habitaciones mayor era el peligro.

Había abierto el sobre y estaba leyendo la nota. ¡Dios mío, cómo observaba yo su expresión! Mis ojos se adhirieron a ella como sanguijuelas. Sus facciones parecieron ampliarse repentinamente, luego se pusieron tensas... toda la piel de su rostro pareció estirarse hacia las orejas, y sus ojos se estrecharon hasta adquirir rasgos mongoloides. Conmoción. Pánico. Sus manos se estiraron y hallaron apoyo en la pared. Después regresó de nuevo a la puerta, lentamente. Pude verlo acercarse a ella, a hurtadillas y observándola como si fuera un ser viviente. La abrió tan estrechamente que no pude ver la abertura, a través de la cual él atisbó medrosamente. La cerró después y volvió haciendo eses, conservando mal el equilibrio, moviéndose como por reflejo, consternado. Se hundió en una silla y bebió un trago. De la botella misma esta vez, sin servirse de un vaso. Y aún mientras la llevaba a sus labios, tenía la cabeza vuelta por sobre el hombro hacia la puerta que súbitamente le había arrojado su secreto a la cara.

Bajé el anteojo.

¡Culpable! ¡Culpable como el demonio, maldita sea la policía!

Mi mano esbozó un ademán hacia el teléfono, luego se detuvo. ¿De qué valía? No prestarían ahora más atención que antes. "Deberías haber visto su cara, etc." Y podía oír a Boyne responder: "Cualquiera se sobresalta al recibir una carta anónima, cierta o falsa. Tú mismo lo harías." Tenían a una Mrs. Thorwald viva para mostrarme... O creían tenerla. Tenía que mostrarles la muerta, para probarles que no eran una misma persona. Yo, desde mi ventana, tenía que mostrarles un cadáver.

Bueno, él tendría que mostrármelo primero.

Pasaron muchas horas antes de que lo lograra. Seguí cavilando y cavilando en mi problema, mientras la tarde se consumía. En el ínterin, él se paseaba de un lado a otro como una pantera enjaulada. Dos mentes con un solo pensamiento, vuelto del revés en mi caso. Cómo mantenerlo oculto, cómo lograr que no quedara oculto.

Temí que tratara de tomar las de Villadiego, pero si eso tenía intención de hacer, iba a esperar hasta que fuera noche, aparentemente, de modo que me quedaba algo de tiempo. Aunque probablemente no quisiera hacerlo todavía, a no ser que se viese obligado... quizá creía aún que era más peligroso que quedarse.

El acostumbrado espectáculo y los sonidos habituales se sucedieron sin que yo los notara, mientras la corriente principal de mis pensamientos golpeaba como un recial contra ese único obstáculo que porfiadamente *se* interponía en su camino: cómo hacer que él me revelara a mí el lugar, para que yo a mi vez pudiera revelarlo a la policía.

Tuve vaga conciencia, recuerdo, de haber visto al propietario de la casa, o a alguna otra persona, llevar a un presunto inquilino al departamento del sexto piso, que acababa de ser terminado, para mostrárselo. Estaba dos pisos más arriba del de Thorwald; en el que quedaba entre ambos, estaban

trabajando todavía. En un instante dado se produjo un extraño caso de sincronización, completamente accidental, por supuesto. El propietario y el inquilino estaban por casualidad cerca de las ventanas del *living* del sexto piso en el mismo momento en que Thorwald ocupaba una posición homóloga en el cuarto. Ambas "partes", por decirlo así, avanzaron simultáneamente hacia la cocina y, después de quedar un instante ocultas por la pared, reaparecieron cerca de las ventanas de la cocina. Fue extraño, parecían muñecos animados, títeres movidos por un mismo hilo. Probablemente no se habría repetido en un lapso de cincuenta años. Pocos segundos después aquel extraño ordenamiento se había alterado, para no volver a repetirse nunca de ese modo.

Lo que ocurría era que alguna cosa en aquel automatismo me había inquietado. Algún pequeño defecto, alguna falla había alterado su armonía. Traté por un minuto o dos de figurarme qué había sido, y no pude. El propietario y el inquilino se habían ido ya, y sólo Thorwald era visible. Con mi memoria sola, desprovista de ayuda, no pude recapturar aquella peculiaridad. Quizá mi vista lo habría conseguido si se hubiera reiterado, pero no fue así.

Se hundió en mi subconsciente, para fermentar allí como levadura, mientras yo volvía al problema principal que tenía entre manos.

Le hallé solución finalmente. Bastante entrada la noche ya, pero encontré un medio por fin. Quizá no diera resultado, era engorroso e indirecto, pero era también el único recurso que pude discurrir. Un alarmado movimiento de la cabeza, un rápido paso precautorio en una determinada dirección, era todo lo que yo necesitaba. Y para obtener esa pasajera, breve, instantánea revelación, precisaba dos llamados telefónicos y, entre ellos, una ausencia suya de media hora poco más o menos.

Encendí una cerilla y hojeé a su vacilante luz una guía hasta que encontré lo que buscaba: *Thorwald, Lars.* 525 *Bndct... SWansea 5—2114.*

Apagué el fósforo y alcé el transmisor en la oscuridad. Era como televisión. Podía ver el otro extremo de mi llamada, no sólo a través de un cable, sino en una línea directa de visión, de ventana a ventana.

—¿Hola? —dijo ásperamente.

Qué extraño es esto, pensé. Durante tres días lo he estado acusando de asesinato y ésta es la primera vez que oigo su voz.

No intenté disfrazar la mía. Al fin y al cabo, él no me vería nunca y yo nunca lo vería a él.

—¿Recibió mi nota? —inquirí.

—¿Quién habla? —repreguntó cautelosamente.

—Simplemente alguien que sabe.

—¿Sabe qué? —interrogó con astucia.

—Sabe lo que usted sabe. Usted y yo, somos los únicos.

Se controlaba bien. No le oí proferir un sonido. Pero no sabía que estaba desguarnecido por otro lado. Yo había puesto el anteojo a la altura adecuada sobre dos libros colocados en el antepecho de la ventana. A través de la suya lo vi sacarse de un tirón el cuello de la camisa, como si su apretón fuese insoportable. Después se puso el dorso de la mano sobre los ojos, como suele hacerse en presencia de un resplandor demasiado intenso.

Cuando respondió, su voz era firme.

—No sé de qué habla.

—De negocios, de eso estoy hablando. Sería lógico que yo sacara algún beneficio de mi información, ¿no es cierto? Es para evitar que las cosas sigan su curso.

Deseaba evitar que se percatara de que se trataba de las ventanas. Las necesitaba todavía, las necesitaba ahora más que nunca.

—No estuvo muy cuidadoso con su puerta la otra noche —proseguí—, o quizá ocurrió que una ráfaga de viento la abrió un poco.

Ésa dio en el blanco. Creo que hasta la convulsión que lo atacó llegó hasta mí a través del cable.

—Usted no vio nada. No había nada para ver.

—Eso depende de usted. ¿Por qué habría yo de acudir a la policía... —tosí levemente—... si me fuera provechoso no hacerlo?

—¡Oh! —exclamó. Y había una especie de alivio en la manera como lo dijo—. ¿Usted quiere... verme? ¿Es eso?

—Ése sería el mejor camino, ¿no es cierto? ¿Cuánto puede traer con usted por ahora?

—Sólo tengo unos setenta dólares aquí.

—Muy bien, más adelante podemos arreglar por el resto. ¿Sabe dónde está Lakeside Park? Yo estoy cerca de ahí en este momento. ¿Qué le parece que nos encontremos ahí? —Eso equivalía a una ausencia de treinta minutos. Quince para ir, quince para volver—. Hay un pequeño pabellón a la entrada.

—¿Cuántos son ustedes? —preguntó cautelosamente,

—Nadie más que yo. Conviene guardar un secreto. De ese modo no hay necesidad de hacer reparto.

Eso también pareció agradarle.

—Haré una escapada —dijo—, nada más que para ver de qué se trata.

Después que colgó el tubo lo observé más cuidadosamente que nunca. Se precipitó derechamente hacia el cuarto del extremo, el dormitorio, la habitación a la cual no había querido acercarse últimamente. Desapareció por un instante en el interior de un armario empotrado en la pared, salió en seguida. Debió de sacar algo de un escondite secreto que aún a la observación de los detectives había escapado. Pude adivinar lo que era por los movimientos de su mano, antes de que lo sepultara en el bolsillo interior de su americana. Un revólver.

Es una cosa agradable, pensé, no estar allí en Lakeside Park esperando mis setenta dólares.

El departamento se oscureció y él se puso en camino. Llamé a Sam.

—Quiero que hagas por mí algo que es un poco riesgoso. Riesgoso como el demonio en realidad. Podrías romperte una pierna, o recibirte un balazo, y aun es posible que te arresten. Hemos estado juntos diez años y no te pediría nada semejante si pudiera hacerla yo mismo. Pero no puedo, y hay que hacerla. Sal por la puerta trasera, salta la cerca del patio posterior y trata de introducirte en ese departamento del cuarto piso por la escalera de incendios. Una de las ventanas está un poco abierta.

—¿Qué quiere que busque?

—Nada —la policía había estado ya, de manera que, ¿para qué podía servir eso?— Hay tres habitaciones. Quiero que alteres un poco el orden de cada cosa que hay en las tres, para hacer ver que alguien ha estado allí. Dobla un poco una esquina de cada alfombra, cambia un poco de posición cada silla y cada mesa, deja las puertas de los armarios abiertas. No te olvides de nada. ¡Ah!, y presta atención a esto. —Me quité el reloj pulsera y se lo coloqué a él—. Tienes veinticinco minutos a partir de ahora. Si te quedas esos veinticinco minutos, nada te ocurrirá. Cuando veas que han transcurrido, no aguardes más, escapa, y pronto.

—¿Debo bajar también por la escalera de incendios?

—No. —Thorwald no se acordaría, en su excitación, de si había dejado abiertas las ventanas o no. Y yo no quería que él relacionara al peligro con la retaguardia de su casa, sino con el frente. Quería que mi propia ventana quedara al margen de toda sospecha—. Cierra la ventana, sal por la puerta y huye del edificio por la puerta delantera, aprisa, si aprecias tu vida.

—Ya veo que soy su víctima —dijo tristemente, pero fue.

Salió por la puerta del sótano, abajo, y saltó la cerca. Si alguien lo hubiera chistado desde alguna de las ventanas del contorno, yo le habría servido de resguardo, diciendo que lo había enviado abajo para que me buscara alguna cosa. Pero nadie lo llamó. Llenó su cometido magníficamente, para la edad que tiene. Ya no es muy joven. Inclusive se ingenió para llegar hasta la escalerilla de incendio cuyo extremo estaba a buena distancia del suelo, utilizando alguna cosa sobre la cual se trepó. Subió, entró en el departamento, encendió la luz y me miró. Le hice señas de que siguiera adelante, que no tuviera miedo.

Lo observé mientras cumplía su misión. Ahora que estaba allí, yo no tenía ninguna manera de proteger lo. Aun Thorwald estaría en su derecho si llegaba a pegarle un tiro... aquello era escalamiento y fractura. Tenía que quedarme detrás del escenario, como lo había estado hasta entonces. Yo no podía salir a ponerme de vigía para protegerlo. Y hasta los detectives habían tenido un centinela apostado.

Debía de estar nervioso mientras ejecutaba su tarea. Yo, observándolo, lo estaba el doble. Los veinticinco minutos tardaron cincuenta en transcurrir. Se acercó a la ventana por fin y atrancó firmemente. Las luces se apagaron y él salió. Expelí una bocanada de aire que tenía veinticinco

minutos de edad.

Le oí abrir la cerradura de la puerta de calle y cuando llegó le aconsejé:

—Deja la luz apagada aquí. Anda y toma un buen whisky doble. Estás blanco como la cera.

Thorwald regresó veintinueve minutos después de haber partido hacia Lakeside Park. Un margen bien estrecho para colgar de él la vida de un hombre. De manera que ahora llegaba el final de aquel largo y trabajoso asunto, y el momento de tener esperanza. Efectué mi segunda llamada antes de que él hubiera tenido tiempo de notar nada fuera de su lugar. Fue una sincronización artera, yo había estado con el receptor en la mano discando el número una y otra vez y contando la comunicación luego, repetidamente. Él llegó cuando yo marcaba el 2 del 5—2114, de suerte que ahorré ese tiempo. La campanilla comenzó a sonar antes de que él retirara la mano del interruptor de la luz.

Ésta era la llamada que iba a descifrarme el asunto.

—Usted debía traer dinero, no un revólver; por eso no me presenté. —Le vi dar un respingo. Pero mi ventana tenía que seguir desvinculada del caso—. Al salir a la calle lo vi palparse la americana, en el sitio en que lo llevaba.

Quizá no lo hubiera hecho, pero lo cierto. es que no se acordaría ahora si lo había hecho o. no. Es lo que una persona no acostumbrada a llevar armas suele hacer, de todos modos.

—Es una lástima —proseguí— que haya usted desperdiciado su tiempo, yendo y viniendo de gusto, Yo no malgasté el mío, durante su ausencia, sin embargo. Ahora se más de lo que sabía antes. —Éste era el punto más importante. Tenía el anteojo enfocado y prácticamente lo estaba traspasando con mis miradas—. He averiguado dónde está. Usted sabe lo que quiero decir. Ahora sé donde... lo tiene. Estuve ahí durante su ausencia.

Ni una palabra. Sólo su respiración acelerada.

—¿No me cree? —proseguí—. Mire en torno. Baje el receptor y mire. Lo encontré.

Bajó el aparato, se movió hasta la entrada del *living room* y encendió las luces. Miró en torno una vez, con una mirada circular que lo abarcó todo. sin detenerse en ningún punto fijo.

Sonreía siniestramente al regresar al aparato telefónico. Todo lo que dijo, suavemente y con una suerte de maligna satisfacción, fue:

—Usted es un mentiroso.

Después le vi bajar el receptor y retirar la mano. Yo también colgué.

La experiencia había fracasado. Y sin embargo no. No me había revelado el escondite, como yo había esperado que lo hiciera. Y, sin embargo, ese "Usted es un mentiroso" era una tácita admisión de que estaba allí, en algún lugar cercano, en algún sitio alrededor de él. En algún sitio tan seguro que ni siquiera debía inquietarse, ni siquiera necesitaba mirar para saber que no había sido descubierto.

De modo que había una especie de estéril victoria en mi derrota. Pero no valía un ardite para mí.

Estaba de pie con su espalda vuelta hacia mí y yo no podía ver qué estaba haciendo. Sabía que el teléfono estaba en algún sitio delante de él, pero imaginé que simplemente estaba meditando detrás de él. Tenía la cabeza levemente inclinada, y eso era todo lo que podía observarse. Yo había cortado la comunicación en mi extremo de la línea. No le vi mover el codo. Y si su índice lo. hizo, yo no pude verlo.

Permaneció así un minuto o dos, después se hizo a un lado por fin. Las luces se apagaron y dejé de verlo. Tuvo cuidado de no encender fósforos siquiera, como había hecho antes en la oscuridad.

Al no estar ya mi mente distraída observándole, torné a intentar la recaptura de otra cosa... ese pequeño. y molesto caso de sincronización que había ocurrido aquella tarde, cuando el propietario de la casa y él se movieron simultáneamente de una ventana a la siguiente. Y esto fue lo más próximo que pude llegar a la solución del problema: había sido como cuando al mirar a alguien a través de un panel de vidrio de mala calidad, una falla en el cristal altera la simetría de la imagen reflejada, hasta que ésta se aleja de la imperfección. Pero eso no servía, eso no era lo que yo buscaba. Las ventanas habían estado abiertas y ningún cristal se había interpuesto. Y yo no había estado usando mi anteojo en aquel instante.

La campanilla del teléfono sonó. Boyne, supuse. No podía ser nadie más a esa hora. Quizá, después de reflexionar sobre la manera como me había tratado... Dije "Hola" incautamente, con mi voz normal.

No hubo respuesta.

—¿Hola? ¡Hola! *¡Hola!* —volví a repetir, con lo que suministré a mi cliente varias muestras de mi voz.

Ni un sonido.

Colgué por fin. Noté que el departamento estaba todavía envuelto en sombras.

Sam asomó la cabeza. Hablaba con voz un poco pastosa después del trago restaurador que había ingerido. Dijo: "¿Pudo irme a—hora?", más o menos. Lo oí a medias. Estaba tratando. de discurrir algún otro medio de hacer que el *otro* me revelara el sitio justo. Le di mi consentimiento con un ademán distraído.

Bajó algo vacilante la escalera y después de un segundo o dos de espera oí cerrarse la puerta de calle. Pobre Sam, no estaba muy acostumbrado a la bebida.

Quedé solo en la casa, limitada mi libertad de acción por una silla.

Súbitamente una luz se encendió allá nuevamente, por un segundo, en seguida tornó a extinguirse. Debió de haberla necesitado para algo, para buscar alguna cosa que ya había estado buscando y que no había podido encontrar lo suficientemente rápido. Esta vez lo halló inmediatamente, fuera lo que fuere, y se apresuró a apagar las luces. Al volverse para hacerla, lo vi lanzar una mirada por la ventana hacia afuera. No se llegó hasta ella, sino que miró de pasada.

Algo en esa mirada hizo que me pareciera diferente a todas las otras que le había visto echar en todo el tiempo que lo había estado observando. Si pudiera calificarse una cosa tan inasible como una mirada, yo habría dicho que era una mirada con un propósito definido. Era con seguridad cualquier cosa menos indiferente o casual, tenía un vivo fulgor de fijeza. Tampoco era uno de esos vistazos semicirculares de precaución que le había visto. No había comenzado al otro extremo y después avanzado hacia el mío, el derecho. Se había posado exactamente en mi ventana trasera, la fracción de segundo que duró antes de desaparecer. Y luego las luces desaparecieron, y él también desapareció.

A veces los sentidos captan cosas que la mente no traduce y a las que no asigna su recto significado. Mis ojos vieron esa mirada. Mi mente se rehusó a interpretarla cabalmente. "No tuvo ninguna significación", pensé. "Una ojeada involuntaria que por casualidad vino a fijarse aquí, al volverse él a apagar las luces antes de salir."

Acción retardada. Un silencioso llamado telefónico. ¿Para examinar una voz? Tras de eso un período de profunda oscuridad en el que dos habrían podido jugar al mismo juego... cada uno cazar al acecho en la ventana del otro, sin ser vistos. Un resplandor de luces a último momento, estrategia mala pero inevitable. Al partir, una mirada plena de maligna intención. Todas estas cosas se hundieron en mi conciencia sin fusionarse. Mis ojos cumplieron su cometido, fue mi mente la que no lo hizo... o, por lo menos, tardó en hacerlo.

Los segundos se fueron en paquetes de sesenta. Todo estaba muy quedo en torno al familiar prisma cerrado por los fondos de las casas. Reinaba una especie de sosiego expectante. Y de pronto un sonido, que no venía de ningún lado, o que venía de la nada. El inconfundible y espaciado chirrido de un grillo en el silencio de la noche. Pensé en la superstición de Sam, que, según él, nunca había dejado de cumplirse todavía. Si así era, las cosas no se presentaban bien para alguien en alguna de aquellas somnolientas casas del contorno...

Sólo habían transcurrido diez minutos desde la partida de Sam. Y ahora ya estaba de regreso, debía de haberse olvidado algo. Aquel trago era el responsable. Tal vez fuera su sombrero, o aun quizá la llave de su propia casa; vivía en la parte alta de la ciudad. No ignoraba que yo no podía descender para abrirle la puerta, y estaba tratando de no hacer ruido, tal vez creta que yo me había dormido. Todo lo que pude oír fue aquel débil tintinear en la cerradura de la puerta de calle. La mía es una de esas casas antiguas, con escalinata de entrada; tiene un par de puertas de cancel que pueden girar libremente toda la noche, después viene un pequeño vestíbulo y a continuación la puerta interior que se abre con una llave simple de hierro. La bebida había hecho que su mano fuese un poco insegura, aunque ya anteriormente había tenido dificultades con la cerradura, sin haber tomado nada. Un fósforo le habría ayudado a hallar el agujero de la cerradura más rápidamente, pero recordé que Sam no fumaba. Era difícil que llevara cerillas consigo.

El sonido había cesado ahora. Debía de haberse resignado a no entrar, debía de haberse ido, dejando hasta el día siguiente lo que se había olvidado. No había entrado, bien conocía yo su ruidosa manera de dejar que las puertas se cerraran solas, y esta vez no había escuchado ningún

ruido, no oí ese golpe seco que solían producir.

Estalló de súbito. Por qué en ese preciso instante, no sé. Eso fue un misterio del secreto mecanismo de mi mente. Resplandeció como una carga de pólvora a la que una chispa ha llegado por fin a lo largo de un lento reguero. Aparté de mi mente toda idea de Sam y de la puerta de calle, y de esto y aquello. Había estado aguardando en mi subconsciencia desde el mediodía, y recién ahora... Más acción retardada. Maldita sea esa acción retardada.

El propietario de la casa y Thorwald habían empezado a moverse al mismo tiempo a partir de la ventana del *living room.* Después de permanecer ocultos un instante por la pared que separaba a ambas, los dos habían reaparecido en la ventana de la cocina, uno arriba del otro todavía. Pero había habido una falla, o un defecto, o un salto que me tenía intrigado. El ojo es un buen observador en el que se puede confiar. Pero esa deficiencia no se relacionaba con la sincronización de sus movimientos, sino con su paralelismo, o como quiera que se llame. La falla había sido vertical, no horizontal. Se había producido un "salto" hacia arriba.

Ahora lo había encontrado, ahora sabía. Y no podía esperar. Era una información demasiado buena. ¿Querían un cadáver? Pues ahora lo tenía.

Resentido o no, Boyne *tendría* que escucharme ahora. No perdí tiempo, en seguida llamé a su departamento en la oscuridad, discando los números de memoria, con el aparato sobre mis rodillas. No hacían mucho ruido, un pequeño *clic* apenas. Ni siquiera tan intenso como el chirrido de aquel grillo...

—Se fue a su casa hace rato —me contestó el sargento de guardia.

Esto no podía esperar.

—Muy bien, déme el número de su teléfono particular.

Tardó un minuto en regresar al aparato.

—Trafalgar —dijo. Después, nada más.

—¿Y... ? ¿Trafalgar, qué?

Ni un sonido.

—¡Hola! ¡Hola! —oprimí varias veces la horquilla—. Operador, me han cortado la comunicación. Vuelva a darme ese número.

No me contestaron.

No me habían cortado la comunicación. Me habían cortado el cable del aparato. Había sido demasiado repentino, justo en medio de... Y para haber sido cortado de aquella manera, tenía que haber ocurrido en algún lugar dentro de la casa. Afuera corría subterráneamente.

Acción retardada. Definitiva esta vez, fatal, irremediablemente tardía. Un silencioso llamado telefónico. Una última mirada para orientarse. Poco después "Sam" que aparentemente trataba de volver a entrar.

Claro que la muerte estaba conmigo en algún lugar de la casa. Y yo no podía moverme, no podía levantarme de esta silla. Aun cuando hubiera podido comunicarme con Boyne un minuto antes, habría sido demasiado tarde. Ya no quedaba tiempo para un final de cinematógrafo. Supongo que habría podido gritar por el balcón hacia ese conjunto de dormidas ventanas traseras que me rodeaban. Habría hecho acudir a ellas a los vecinos. Pero no habría podido hacerlos llegar aquí a tiempo. Para cuando se dieran cuenta de que casa en particular provenían las exclamaciones, éstas ya habrían cesado, todo quedaría nuevamente en silencio. No despegué los labios. No es que me sintiera valiente, sino que aquel recurso era tan obviamente inútil...

Estaría arriba en un minuto. Debía de estar ascendiendo la escalera ahora, si bien yo no podía oírle. Ni siquiera un crujido. Un crujido habría sido un motivo de alivio, lo habría localizado. Esto era como estar en— cerrado en la oscuridad con una cobra silenciosa, reptante y cercana.

No había una sola arma en la habitación. Había libros en la pared, al alcance de la mano. También había sobre ellos un busto de Rousseau o Montesquieu, nunca podré determinar cuál de los dos era, uno de esos caballeros con largas melenas flotantes. Era una monstruosidad, estaba hecho de barro vidriado, pero también había pertenecido al anterior propietario.

Me alcé a medias de la silla y traté desesperadamente de alcanzarlo. Dos veces mis dedos resbalaron sobre su superficie, a la tercera lo hice balancearse, y a la cuarta cayó sobre mis rodillas haciéndome hundir en la silla. Yo estaba sentado sobre una especie de alfombrilla. No la necesitaba con aquel tiempo caluroso que estaba haciendo, y por lo tanto la usaba para hacer más

blando el asiento de mi sillón. La saqué de abajo de mis piernas y me la puse sobre la espalda, como hacían los guerreros pieles rojas con sus mantos. Después me sepulté bien hondo en mi sillón, dejé que mi cabeza y un hombro pendieran hacia un lado, el lado de la parea. Sobre el otro hombro coloqué el busto, lo balancee precariamente allí, como una segunda cabeza, con el manto colocado alrededor de las orejas. De atrás, y en la oscuridad, parecería... así lo esperaba...

Comencé a respirar ruidosamente, como quien está sumido en profundo sueño. No me costó gran trabajo. Mi propia respiración habría sido así de dificultosa a causa de la tensión.

Era diestro en lo que se refiere a puertas, cerraduras y otras cosas por el estilo. Ni siquiera oí abrirse la puerta, y ésta, a diferencia de la de abajo, estaba inmediatamente detrás de mí. Una pequeña corriente de aire atravesó la oscuridad y llegó hasta mi. Pude sentirla porque mi cráneo, el verdadero, estaba húmedo en el nacimiento de los cabellos.

Si iba a ser una puñalada o un mazazo, el *camouflage* podría darme una segunda oportunidad, y eso sabía yo que era lo más que podía esperar. Tengo espalda y brazos vigorosos. Lo atraería hacia mí en un férreo abrazo después de su primera embestida y le quebraría el cuello o la clavícula. Pero si iba a ser con un revólver, se saldría con la suya, a la larga o a la corta. Con una diferencia de unos pocos segundos quizá. Yo no ignoraba que tenía un revólver, el que habla llevado para eliminarme en Lakeside Park. Yo esperaba que aquí, en el interior del edificio, para no dificultar su huída...

El momento había llegado.

El resplandor del disparo iluminó durante un segundo la habitación, tan oscura estaba. O, por lo menos, los rincones, como un relámpago débil e indeciso. El busto dio un respingo sobre mi hombro y se desintegró en multitud de esquirlas.

Por un instante creí que estaba saltando y pateando el piso con impotente furia. Después, cuando lo vi pasar disparado junto a mí y asomarse a la ventana en busca de un medio de escape, el sonido se trasladó hacia atrás y abajo, se convirtió en un golpeteo de todos los demonios a la puerta de calle. El epílogo cinematográfico al fin y al cabo. Pero aun así habría podido matarme cinco veces.

Sepulté mi cuerpo en el estrecho hueco que quedaba entre el sillón y la pared, pero mis piernas permanecieron en alto todavía, lo mismo que mi cabeza y un hombro.

Giró sobre sí mismo y me disparó de tan cerca que me pareció estar mirando de frente al sol. No sentí nada, de manera que... no me había acertado.

—Perro de... —le oí gruñir. Creo que fue lo último que dijo. El resto de su vida fue todo acción, no palabrería.

Saltó el antepecho apoyándose en un brazo y se lanzó al patio. Un salto de dos pisos. Lo hizo sin desnucarse porque no acertó a caer en el cemento sino que fue a descender sobre la tierra húmeda del centro. Yo me erguí sobre el brazo del sillón y me lancé adelante con todo mi cuerpo, hacia la ventana, y casi me rompí el mentón contra ella.

Salió ileso. Cuando la vida depende de un salto, se salta. Corrió hacia la primera cerca, la franqueó efectuando una zambullida por encima de ella. Sobre la segunda brincó como un gato, las manos y los pies juntos. En un segundo estaba en el patio trasero de su propio edificio. Se subió sobre algo, como lo había hecho Sam... Lo demás sólo fue cuestión de ayudar a sus pies con pequeños y breves tirones de los brazos al pisar cada escalón. Sam había atrancado sus ventanas antes de escapar del departamento, pero él había vuelto a abrirlas para ventilarlo cuando regresó. Toda su vida dependía ahora de ese pequeño acto casual e irreflexivo...

Segundo piso, tercero. Llegó a sus propias ventanas. Había alcanzado su meta. Alguna cosa debió de andar mal, sin embargo, porque se apartó de allí con un salto convulsivo, lanzóse hacia el piso de arriba, el quinto, veloz como un rayo. Algo resplandeció en las tinieblas de una de sus propias ventanas, junto a la cual había estado pocos segundos antes, y un tiro repercutió sordamente como un bombo en el interior del cerrado espacio.

Pasó el quinto, luego el sexto, llegó al techo. Por segunda vez había llegado a su meta. ¡Caramba, cómo amaba la vida! Los detectives que estaban asomados a las ventanas de su departamento no podían alcanzarle, estaba sobre ellos en una línea recta y además mediaba entre él y ellos una extensión demasiado larga de la escalerilla contra incendios.

Yo estaba demasiado absorto observándolo, para poder ver lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Súbitamente Boyne estuvo junto a mí, apuntando. Le oí murmurar:

—Casi detesto tener que hacerla de este modo, tiene que ir a caer tan lejos...

Estaba allí, tratando de conservar el equilibrio sobre el parapeto del techo y había una estrella alumbrando sobre su cabeza. Una estrella de mal agüero. Se demoró un segundo más de la cuenta, tratando de matar antes de ser muerto. O quizás estaba muerto ya y no lo ignoraba.

Se oyó un disparo, alto, contra el cielo, el cristal de la ventana se hizo trizas sobre nosotros y, detrás, uno de los libros dio un brinco.

Boyne no volvió a decir que le desagradaba hacerlo. Yo tenía la cara apoyada fuertemente contra la parte posterior de su brazo. El retroceso hizo que me golpeara los dientes con el codo. Con la mano me abrí un claro a través del humo para verlo caer.

Fue bien horrible. Tardó un minuto antes de moverse, de pie como estaba sobre el parapeto. Después soltó el revólver, como diciendo: "No necesitaré más esto". Luego se precipitó tras él. Erró a la escalerilla de incendios y siguió cayendo cada vez más lejos de ella. Fue a descender tan lejos que golpeó contra un tablón saledizo, allá abajo. Su cuerpo rebotó, como impulsado por un resorte. Después volvió a caer... para siempre. Y eso fue todo.

Le dije a Boyne:

—Ya lo encontré. Lo encontré por fin. El departamento del quinto piso, el que está sobre el de él, donde están trabajando todavía. El piso de cemento de la cocina, elevado por sobre el nivel de las demás habitaciones. Quería cumplir con las disposiciones sobre incendios y al mismo tiempo lograr de la forma más barata posible un bonito efecto con ese *living—room,* más bajo que la cocina. Cava en la cocina y...

Fue allí inmediatamente, por la puerta trasera, sobre las cercas y a través del patio para ganar tiempo. La instalación eléctrica no había sido terminada aun en aquel departamento, de manera que tuvieron que utilizar sus linternas. No les llevó mucho tiempo en realidad, una vez que se pusieron a ello. Una media hora después, aproximadamente, Boyne se asomó a la ventana y empezó a hacerme señales utilizando los brazos, con gran contento mío. Eso significaba que sí.

No regresó hasta que hubieron limpiado todo y se hubieron llevado los cadáveres, a las ocho de la mañana poco más o menos. Ambos cadáveres, el cadáver helado y el cadáver tibio aún. Me dijo:

—Jeff, retiro todo lo dicho. Ese condenado idiota que envié a investigar sobre el baúl... bueno, no fue su culpa en cierto modo. Yo soy el culpable. No tenía orden de ocuparse de la descripción de la mujer, sino del contenido del baúl. Regresó y al referirse a ella lo hizo en una manera vaga. Me voy a casa y estoy acostado ya cuando, ¡plop!, en mi cerebro... uno de los inquilinos al que yo había interrogado dos días antes me había dado unos pocos detalles que no concordaban con los de mi hombre en varios puntos importantes. ¡Y háblenme después de ser lerdo para comprender!

—A mí me ha ocurrido lo mismo a lo largo de todo este endemoniado asunto —admití tristemente—. Yo lo llamo acción retardada. Casi me llevó a la tumba.

—Yo soy un oficial de policía y tú no lo eres.

—¿Fue por eso por lo que te presentaste en el momento preciso?

—Por supuesto. Vinimos a llevarlo para un interrogatorio. Los dejé apostados allá cuando vi que él no estaba y me vine aquí solo, para reconciliarme contigo mientras tanto. ¿Cómo se te ocurrió pensar en ese piso de cemento?

Le dije lo de aquella curiosa sincronización.

—El propietario de la casa apareció en la ventana de la cocina más alto en relación con Thorwald de lo que lo había sido cuando ambos estaban al mismo tiempo junto a las ventanas del *living room.* No era un secreto que estaban colocando pisos de cemento, cubiertos con un compuesto de corcho, y que los estaban alzando considerablemente. Puesto que el departamento del último piso está terminado desde hace bastante tiempo, él tenía que recurrir al del quinto. Ésta es la explicación que se me ocurre a mí, en teoría simplemente. Ella había estado enferma varios años, y él estaba sin trabajo; se cansó de ella y de su enfermedad. Conoció a esta otra...

—Llegará hoy a la ciudad. La traen arrestada.

—Él probablemente le sacó el seguro de vida más alto que pudo pagar, y después comenzó a envenenarla lentamente, tratando de no dejar ninguna huella. Supongo —y recuerda que esto es simple conjetura— que ella lo sorprendió con las manos en la masa esa noche en que las luces estuvieron encendidas hasta el alba. Él perdió la cabeza, e hizo precisamente lo mismo que hasta entonces había tratado de evitar. La mató violentamente... la estranguló o le dio un golpe. Lo demás tuvo que ser improvisado aprisa. Y se le presentó una oportunidad mejor de la que merecía. Pensó en el departamento de arriba, subió y lo examinó. Acababan de terminar el piso, el cemento

no se había endurecido todavía y los elementos de trabajo estaban aún allí. Abrió con ellos una cavidad lo suficientemente amplia como para contener su cadáver, la puso adentro, mezcló cemento fresco y extendió una capa sobre ella, probablemente alzando el nivel del piso en una pulgada o dos, de manera que el cuerpo quedara bien cubierto y su secreto a salvo. Un ataúd permanente y desprovisto de olor. Al día siguiente volvieron los albañiles, colocaron el recubrimiento de corcho sobre el piso sin notar nada raro... supongo que él había empleado una de sus propias llanas para alisar la superficie. Después envió presto a esa otra mujer cerca de donde su esposa había estado varios veranos antes, pero a una granja distinta, donde no la reconocerían; ella se llevó las llaves del baúl. Después despachó el baúl, y tuvo cuidado de colocarse en su buzón una tarjeta postal ya usada, dirigida a sí mismo, pero con el año de la fecha borroneado. Una semana o dos más tarde ella probablemente se habría "suicidado", con el nombre de Mrs. Anna Thorwald. Trágica determinación a que la impulsaría su "mala salud". Le habría escrito una nota de despedida y habría dejado sus ropas junto a algún profundo curso de agua. Era arriesgado, pero quizá habrían podido cobrar el seguro de vida...

A las nueve Boyne y los demás se habían ido. Yo permanecía aún sentado en mi sillón, demasiado agitado para poder dormir. Sam entró y dijo:

—Está el doctor Prestan.

El doctor entró frotándose las manos, con ese modo que él tiene.

—Creo que podremos sacar ese y eso de la pierna —dijo—. Debe estar cansado ya de estar todo el día sentado sin hacer nada.

Cuento Policial

(Murder—Story)

I

El reloj colocado sobre la casilla de cambio del subterráneo señalaba las cuatro menos cinco cuando yo ascendía los escalones haciendo tintinear los bordes de acero. El rumor en retirada del tren fue perdiéndose a la distancia.

Me detuve un instante como si el ascenso me hubiera fatigado. Pero yo no soy un viejo, ¿por qué el subir un tramo de escaleras había de cansarme? Estaba más fresco al nivel de la calle, siempre lo está, en invierno o en verano. Aspiré profundamente, luego expelí el aire, inflando las mejillas como un fuelle. Pero yo no soy asmático, ¿por qué había de tener tanta necesidad de aire?

Larry, el vendedor de periódicos, estaba, como todas las noches desde las diez hasta las seis, en su quiosco, al lado de la salida. Una lámpara de aceite puesta sobre el mostrador le iluminaba el puesto, en una caja abierta de cigarros colocaba el cambio. Una hilera de revistas multicolores pendía triangularmente del tejadillo, sujeta con un par de grampas. Tan pronto como me vio, dobló un periódico pequeño de color verde pálido y otro más grande de color blanco, los enrolló juntos y me los alcanzó. Esto mismo había sucedido durante años.

Dijo:

—¡Hola!, ¿cómo está?

Intenté sacar cinco centavos de entre un puñado de monedas, pero mi mano no quería estarse quieta. Dejé caer una de veinte y una de diez. Me sentí avergonzado de ver cómo temblaba, al lado de la suya, tan firme. Me puse los periódicos bajo el brazo, y ambas manos en los bolsillos, para que nadie notara su tremor. Yo no estaba ebrio, ¿por qué habían de temblar mis manos de ese modo? Pero, al fin y al cabo, ¿por qué había de importarme si temblaban o no? No hay ninguna ley que prohíba temblar a las manos.

Derndorf, el policía, estaba retirando señales de tránsito de la calle, haciéndolas rodar, hasta la noche siguiente. Pesados artefactos que pesaban como una tonelada, usados para limitar especies de refugios en los cuales pudieran descender sin riesgos los pasajeros de los tranvías. No los necesitaban ya. En realidad, deberían haberlos retirado un buen rato antes, al apagarse las luces, pero quizá había algún novato en la garita y a eso se debía la demora.

Dijo:

—¡Hola! ¿Qué cuenta de bueno?

Esto también había sucedido durante años.

Me encaminé al lugar donde vivía. Hamilton, el ceniciento empleado nocturno se inclinaba sobre sus libros de contabilidad, pobre diablo. Tenía ese aspecto pálido que adquieren quienes trabajan de noche toda su vida.

Alzó la mirada y preguntó:

—¿Quién ganó la pelea esta noche?

Lo leí en el periódico y se lo dije; encarcelado tras aquel escritorio como estaba, tenía que saber de segunda mano los resultados deportivos.

—¿Debo llamarlo mañana? —inquirió.

Apreté la mandíbula.

—Haga la prueba —advertí—. Haga la prueba nomás.

Pero quizá lo decía menos en broma de lo que él pensó.

—Tiene aspecto cansado —hubo de admitir.

Lo importante de todo esto es que toda aquella gente me conocía, me había conocido desde años atrás. Yo era para ellos un viejo rostro familiar. Yo no era una de esas personas a las cuales les ocurren cosas como las que se leen en los periódicos. Yo formaba parte del escenario.

Arriba en el corredor, afuera de mi puerta, mi mano me jugó sucio nuevamente. La llave se me cayó con un chasquido, la primera vez de mi mano misma, la segunda de la cerradura. Había estado usándola largo tiempo, habría debido saber cómo manejarla ya. Abrí por fin la puerta y tanteé la pared en busca de la llave de la luz.

Había vivido años en aquella habitación, era la misma que había dejado pocas horas antes. Y sin embargo, por el modo en que miré en torno, habría podido pensarse que era la primera vez que la veía. De modo que quizá no fuera para mí exactamente igual a como era cuando salí de ella.

Cerré la puerta tras mí. Súbitamente me apresé la cabeza entre las dos manos, tan súbitamente como si fuera algún objeto que acabara de caer del techo sobre mis hombros. Me arrastré penosamente hacia el cuarto de baño, como si algo me dificultara mover los pies, como si tuviera puesto un par de raquetas para caminar sobre la nieve. Me quité la americana, me arrollé los puños de la camisa, abrí la canilla del agua caliente, y también un poco la del agua fría para no quemarme.

Empecé a lavarme las manos. No estaban muy sucias. Por casualidad alcé los ojos, vi mi rostro en el espejo del botiquín. Lo abrí rápidamente y por atrás quité el espejo. Extraño es el hombre que no puede soportar la vista de su propia cara.

El agua corrió interminablemente, y yo no parecía concluir nunca de lavarme las manos. Comenzaron a enrojecérseme y a irritarse. Después, cuando ya me las había secado, las sumergí súbitamente de nuevo cual si no pudiera limpiarlas lo suficiente como para quedar conforme. Me quedé mirándolas como si nunca las hubiera visto antes. O como si me estuvieran jugando una mala pasada.

Salí de allí, frotándomelas furtivamente en los flancos, a pesar de que acababa de secármelas con la toalla. Mi máquina portátil estaba donde yo la había dejado, abierta. Por encima del rodillo asomaban una hoja de papel blanco, una de carbónico y otra amarilla, dispuestas a modo de *sandwich,* como de costumbre. En la parte superior de la hoja blanca no se veía más que una simple línea mecanografiada: *"Asesinato Auto—cometido*, por William S. Tucker". Sólo eso, y nada más. Pero el gran cenicero próximo contenía los quemados restos de dos paquetes enteros de cigarrillos. Existía una desproporción entre el trabajo efectuado y el esfuerzo desplegado para tratar de realizarlo.

Junto al teléfono había un mensaje escrito con lápiz, recibido en la mesa de entradas del hotel un poco antes aquel día, y que yo había traído conmigo en la tarde.

"Mr. Wayne de la Stoddard Co. llamó. Quiere saber cuándo recibirá ese cuento que usted le prometió. Recibido a las 4.15 p.m."

Alcé la hoja, la miré.

—¡Puede tenerlo inmediatamente! —dije. Un extraño sonido ahogado nació en mi garganta, como un sollozo contenido a mitad de camino.

Me senté a la máquina. Era bastante tarde para estar aporreando las teclas, pero Mr. Wayne debía tener su cuento. Su requerimiento implicaba un plazo. La gerencia del hotel había hecho colocar tiras de fieltro en los bordes de la puerta de mi dormitorio varios meses antes, a pedido mío. Era a prueba de sonidos. Y Mr. Wayne debía tener su cuento.

Por primera vez desde que había empezado a escribir con fines comerciales, comencé de primera intención, por así decirlo, sin un plan escrito a mi lado, sin una simple nota para ayudarme. Quizá no los necesitaba... esta vez.

II
Asesinato Auto—Cometido

por William S. Tucker

A Leslie Quiller no pareció agradarle ver a Strickland cuando contestó el llamado de la campanilla de su puerta aquella madrugada. Menos le habría agradado si hubiera sabido qué lo llevaba allí a esa hora, después de tanto tiempo. Strickland había venido a causar su muerte.

No traía un revólver consigo, ni un cuchillo, nada de lo cual fuera necesario desprenderse más tarde. Lo había pensado cuidadosamente; sabía que cosas como ésas, *implementos,* siempre disparaban por la culata, salían a relucir a la larga. Asesinos que fueron capturados siguiendo la pista de un trozo de cuerda, de un cordel, hasta de una simple hebra de hilo.

No había traído más que sus dos manos vacías. Y no iba a estrangular a Quiller tampoco; podría haber un alboroto, una refriega. Un rasguño, un delator mechón de cabellos, una raspadura de la piel bajo la uña. No iba a mediar la violencia entre ambos, no habría contacto. Quiller precipitaría su propia muerte, *después* de que Strickland se hubiera ido, dejándolo vivo todavía. ¿Asesinato? Sí. Pero sutil, no tosco. ¿Quién lo llamaría asesinato, y no accidente? ¿Quién lo sabría, salvo él mismo?

Las razones que Strickland tenía para desear que Quiller estuviera muerto eran buenas y suficientes. Pero la ley no admite excusas para un asesinato, y él no tenía el menor deseo de cumplir la pena correspondiente a lo que iba a hacer. Hacerlo con éxito y no ser descubierto después, era lo que le importaba, y no simplemente hacerlo a cualquier costo sin preocuparse por lo que le ocurriera después. Cualquier tonto podría hacer eso.

Por eso había esperado, esperado tanto. Durante dos años había apacentado su quemante resentimiento sin intentar nada. La suya era una de esas pasiones internas, ulceradas, que tan difíciles son de descubrir que a veces ni las mismas víctimas de ellas se percatan de haberlas causado, mucho menos la policía cuando llega el momento de hallar un motivo para los crímenes que originaron. ¿Una mujer? ¿Dinero? La policía es rápida para descubrir un motivo como ésos. Pero Strickland no quería de Quiller nada más que su vida. Su odio fundábase en bases intangibles, ¿cómo podían entonces abrigar esperanzas de exhumarlo?

El éxito tenía algo que ver con ello. El éxito de Quiller y el fracaso de Strickland. Por medio de él, Quiller había empezado a ascender, pero luego había derribado de un puntapié la escalera que le sirvió para ganar su posición deseada. Strickland había sido esa escalera, Quiller el que subió por ella. La escalera yacía tendida sobre el suelo, el trepador seguía ascendiendo.

El tiempo enconó la herida, en lugar de cicatrizarla. Durante dos años, mientras iba de un inmerecido triunfo en otro, Quiller estuvo ya muerto en la mente de Strickland. Era como si tres líneas divergentes rotuladas "oportunidad", "método" y "máximo de seguridad" se acercaran lentamente a un punto único. El día y la hora en que se encontraran, serían el día y la hora de la muerte de Quiller. La "oportunidad" estuvo casi continuamente al alcance de su mano; el "máximo de seguridad" se aproximó varias veces durante los dos años; era el "método" lo que, se le escapaba. Y los otros dos elementos dependían de él completamente.

Fue en el consultorio de un médico, un día, donde las tres líneas se cruzaron súbitamente sin previo aviso.

Strickland había ido allí para que le curaran una pequeña pero dolorosa torcedura en la espalda. Gozaba de buena salud por lo general, rara vez consultaba al médico. Siempre había acudido a éste, y el hecho de que Quiller también pudiera ser un paciente suyo nunca se le ocurrió. Quizá en la época en que habían sido socios lo había recomendado a Quiller; si así fue, lo había olvidado, jamás pensó en relacionar los dos nombres. El médico, por su parte, ignoraba aparentemente que ellos dos se hubieran conocido alguna vez.

Si Quiller hubiera llamado algún otro día, más aún, si hubiera llamado una hora más temprano o

más tarde el mismo día, habría salvado la vida. Hacía dos años que Strickland no iba al médico, quizá no volvería en otros dos más. Pero las tres rectas se encontraron en un punto precisamente en ese lugar y a esa hora.

Strickland había aguardado su turno en la sala de espera, después había penetrado en el consultorio propiamente dicho del médico para ser examinado. Sacóse la camisa, dio un respingo cuando el médico le palpó la espalda con dedos experimentados.

—Cada vez que trato de mover la cabeza o los hombros, me duele como el demonio —se quejó.

—Eso no es una torcedura —dijo tranquilizadoramente el médico—. Simplemente ha pescado un aire en los músculos de la espalda. Debe de haber estado sentado en una corriente de aire, junto a una ventana abierta, con una camisa húmeda puesta.

Strickland hizo castañetear los dedos.

—¿Sabe que tiene razón? Estuve escribiendo a máquina ayer junto a la ventana abierta, y luego sentí toda la espalda húmeda con la transpiración.

Volvió a ponerse la camisa.

—Frótese con un buen linimento fuerte, y probablemente el dolor habrá desaparecido mañana —aconsejó el facultativo.

Su ayudante asomó la cabeza.

—Mr. Leslie Quiller quiere hablarle por teléfono.

La mandíbula de Strickland se puso súbitamente tensa; su semblante, sin embargo, no reveló sorpresa ni reconocimiento.

—Oh, ese hipocondríaco —dijo el doctor despreciativamente—. Cada dos días tiene algún dolorcito. Muy bien, atenderé desde aquí.

Strickland se había vuelto cautelosamente, fingía estar ocupado en anudarse la corbata frente al espejo, pretexto para quedarse en la habitación.

El cambio que experimentó la voz del médico al alzar el aparato demostraba que, cualquiera fuese su opinión personal de Quiller, era un cliente al que convenía complacer.

—Bueno, bueno —dijo jovialmente—, ¿cómo nos sentimos hoy? ¿Está mejor... ? No, ¿eh? ¿Qué lo aqueja?... ¿Ha tomado el tónico estomacal que le prescribí?... ¡Pamplinas, un chico de dos años podría tomarlo sin notarle ningún gusto! Es inodoro e incoloro. Usted es como mucha gente, Mr. Quiller, en cuanto sabe que una cosa es medicina se aparta de ella. Finja que es *whisky*. Llene un vaso hasta la mitad antes de acostarse, mézclelo con una cantidad igual de agua, y bébalo sin detenerse a pensar. Apriétese la nariz con los dedos si cree que así será más fácil.

La voz del médico siguió zumbando apaciguadoramente. Strickland estaba haciendo el tercer nudo en otros tantos minutos a su torturada corbata; parecía no poder arreglarla a su gusto. Sin embargo, sus manos estaban completamente firmes. La idea del crimen puede ser enfrentada sin vacilaciones cuando ha estado rondando un cerebro durante dos años.

La conversación del galeno había derivado hacia un tema más general.

—He visto por los periódicos que hizo una magnífica y productiva venta al cinematógrafo. ¿Tuvo que compartirla con alguien...? No, ¿eh? ¡Mejor para usted!

Los ojos de Strickland se habían convertido en meras líneas plenas de odio, mientras se abotonaba el chaleco primero, la americana después. El doctor, en el otro extremo del aposento, estaba sentado negligentemente sobre una esquina del escritorio, mirando hacia el lado opuesto. Probablemente no habría captado el significado de su expresión, de todos modos, aunque la hubiese visto.

—¿Cómo está Mrs. Quiller... ? Oh, ¿está en la Costa? ¿Usted está solo en el departamento? Bueno… eso explica lo de su estómago indispuesto. Tenga cuidado con los restaurantes en que come y, como ya le he dicho, no deje de tomar ese tónico. Consérvelo a mano en el botiquín de su cuarto de baño, donde no se le olvide. Espero sus noticias.

El médico cortó la comunicación, se volvió, tardó unos segundos en volver su mente al paciente menos importante que estaba esperando su atención.

—Veamos... ¿dónde estábamos? Ah, sí, frótese la espalda con un buen linimento...

Strickland preguntó suavemente:

—¿Conoce alguno que sea incoloro e inodoro? Casi todos los linimentos tienen un olor tan

fuerte..., no quiero andar todo el día apestando a remedio.

El médico garrapateó algo sobre un formulario de recetas.

—Pida esto en una droguería. No se lo darán si no es por prescripción médica. Tenga cuidado de lavarse las manos después de aplicárselo, no lo acerque a la boca, es peligroso. Buen día.

Strickland retornó a su cuarto con una botella cuyo marbete rezaba: *"Veneno — Para uso externo solamente. Antídoto: clara* de *huevo y mostaza".* Abrió el grifo sobre el costado de la botella, sin destaparla, y después despegó el marbete. Lo extendió sobre el borde del lavabo y aguardó a que se secara. Cuando estuvo seco le acercó un fósforo; quedó convertido en un diminuto copo de cenizas.

Salió a las diez y media llevando la botella desprovista de su etiqueta en el bolsillo. Conocía los hábitos de Quiller tan bien como los propios, gracias a su antigua asociación. No llegaría a su departamento hasta las doce o la una, o si lo hacía vendría acompañado por amigos. Siempre leía una hora para descansar antes de acostarse, nunca se iba a dormir antes de las tres. Los hábitos personales, íntimos de un hombre, tenga éste éxito exteriormente o no, no cambian mucho cuando ha llegado a la edad madura.

Strickland dio un paseo más allá de donde vivía Quiller. Había hecho lo mismo muchas veces antes, Dios lo sabía, y siempre llevando el crimen en su corazón. Pero las tres líneas rectas no habían convergido nunca hasta ese día, en la oficina del médico.

La hilera de ventanas, en el tercer piso, aparecía completamente a oscuras. Estaba afuera, en una reunión o un teatro, nadando en su éxito, disfrutando de los laureles que el talento de Strickland, y no el suyo propio, le había ganado.

Strickland siguió adelante, visitó a un amigo, se quedó una hora en su casa, sugirió que ambos fueran a la función nocturna de un cinematógrafo de Times Square: bien sabía que su amigo detestaba el cine. Consintió, sin embargo, en acompañarlo hasta la puerta del cinematógrafo, para tomar un poco de aire antes de acostarse. Vio a Strickland comprar su billete y entrar.

Strickland se quedó en la sala unos cuarenta minutos, después salió, comenzó a caminar lentamente de nuevo, hacia donde vivía Quiller. Colocó su desgarrado billete de entrada en el ojal de la solapa. No había vacilación en su paso, ni prisa.

Una luz atenuada iluminaba la ventana de Quiller ahora, una lámpara de lectura velada con una pantalla. Era un edificio de departamentos "íntimos", una mansión reconstruida, sin porteros ni ascensores, más confortable y costosa que las casas de departamentos tipo "incubadora", construidas originariamente como tales. Strickland había venido aquí antes, muchas veces, a la misma hora avanzada... dos años antes, con una cartera bajo el brazo, y confianza en el corazón hacia sus colegas. No llevaba el portafolios ahora; tenía una botella en el bolsillo interior de su americana, y la muerte en el corazón.

Tocó la campanilla de Quiller desde el vestíbulo. Hubo una corta espera, luego una voz familiar dijo a su oído:

—¿Quién es?

—Hola, Les —dijo alegremente, pero conservando baja la voz, como correspondía a lo avanzado de la noche—. Soy Strick. ¿Puedo subir un minuto?

—¿Strick? ¿Quién es Strick?

Ése era el modo que tenía Quiller de decir: "Yo he triunfado, tú no. Ya no te conozco."

Strickland palpó la botella en el interior de su bolsillo. Curaba algo más que torceduras de espalda. Curaba la deshonestidad también, y la impostura y la altanería.

La voz metálica condescendió:

—¡Ah, sí! ¿John Strickland, quiere decir? Bueno, es bastante tarde...

—No te demoraré mucho, sólo quería saludarte.

Quiller no repuso, pero la puerta se abrió con un chasquido. Habían dejado entrar a la muerte en la casa.

Su semblante expresaba claramente su desagrado cuando salió a la puerta del departamento envuelto en una costosa bata con lunares. Tras él la habitación parecía fresca y cómoda, con sus paredes de color verde pálido, una brisa que soplaba a través de las celosías y un cigarrillo que se consumía sobre un cenicero, junto a un sillón. Sobre la mesa, en un marco, había una foto de la ausente esposa de Quiller. Cercano a ella, y presumiblemente con fines decorativos tan sólo, un libro: *"Yo nací con suerte,* por Leslie Quiller".

Quiller no ofreció su mano, apenas se hizo a un lado para dejar que su visitante entrara. Si cerró la puerta fue, evidentemente, más porque entraba una corriente de aire que porque deseara invitar a Strickland a quedarse mucho tiempo. Dijo:

—Y bien, ¿qué haces ahora? —sin tratar de despojar a su voz de un leve dejo de ironía—. ¿Fumas?

—No, gracias. —No debían quedar colillas, nada de eso—. No he tenido tanto éxito como tú.

Quiller pestañeó, engreído.

—A nadie más que a ti mismo debes culpar. Yo me he fabricado mis propias oportunidades. —Era uno de esos individuos suertudos que sólo pueden ver un lado de un asunto cualquiera: el propio —. No sé si debería recibirte aquí —tuvo el tupe de decir—, después del modo como fuiste a aquellos editores tratando de obtener más dinero del que por derecho te correspondía sobre ese libro —señaló el que yacía sobre la mesa—. Me enteré de todo eso, ¿sabes?

El semblante de Strickland se puso muy pálido, como si luchara por dominarse. Dijo quietamente, bajando la voz:

—Lo pasado, pisado. Probablemente no nos veremos más después de esta noche. —Se miró las manos con expresión de sorpresa—. Me pregunto cómo se me habrán ensuciado tanto. ¿Me permites lavármelas un segundo antes de irme?

—El baño está ahí —dijo el otro groseramente—. No tengo por costumbre dejar que usen mi departamento como lavatorio.

Strickland cerró la puerta tras de sí. Tomó una toalla con ambas manos, abrió el botiquín, sacó la botella, fácilmente reconocible, del tónico estomacal y vació su contenido en el sumidero. Volvió a colmaría con el contenido de la botella de su bolsillo, luego puso ambas en sus respectivos sitios. No tardó más de un minuto. Con las manos todavía envueltas en la toalla protectora, dio a la lamparilla eléctrica fija en la pared un par de vueltas hacia la derecha que la desconectaron. Cuando estuvo apagada, apretó el inútil interruptor de la luz, colgó la toalla y salió.

Quiller lo estaba esperando junto a la puerta del departamento, cortés insinuación de que debía retirarse. Inclusive estiró la mano hacia el picaporte y abrió la hoja al reaparecer Strickland.

—Supongo que lo que te trajo aquí fue la lectura de los periódicos que anunciaban la venta de *"Nací con suerte"* al cinematógrafo —dijo sarcásticamente—. Todos aquellos a quienes he conocido alguna vez empezarán a venir ahora, tratando de sacarme algo. Querías pedirme algún dinero, ¿no es cierto? Supongo que tienes cierto derecho. Al fin y al cabo, tu fuiste quien dactilografió la obra. —Cruzó la habitación, sacó una cartera de un cajoncito—. Toma... aquí tienes cincuenta dólares. No finjas que tratarás de devolvérmelos. Entiende una cosa, con esto termina toda presunta obligación de mi parte hacia ti, de una vez por todas. Tómalo o déjalo.

El semblante de Strickland no estaba blanco ya. Los dardos de Quiller no parecían capaces de herirlo. Tomó el dinero. Al fin y al cabo, si llegaban a sospechar un asesinato, ahí tenía un motivo falso que venía de medida. Cincuenta dólares robados del departamento; algún ratero vulgar…

—Adiós, Quiller —le dijo lentamente, con énfasis, sonriendo un poco. Sus ojos relucían, inmisericordes.

Quiller cerro la puerta. Él permaneció afuera un instante, con la cabeza inclinada, escuchando el ruido de las pisadas de su anfitrión que se retiraba a las profundidades de la cámara de la muerte. Sonreía aún al volverse. Bajó nuevamente los alfombrados escalones.

Nadie lo vio salir, del mismo modo que nadie lo había visto entrar. Habría podido ser la sombra misma de la muerte, tan inadvertidamente había llegado y partido. *Había* sido... la sombra de la muerte que todavía estaba por venir.

A varias cuadras de distancia de la casa se detuvo un segundo para cavar un pequeño agujero en la pila de cenizas que llenaba una lata, en espera del camión recolectar de desperdicios; en su interior depositó los cincuenta dólares, luego volvió a taparlo. Más tarde, más lejos todavía, hubo un leve tintinear cristalino al romperse una pequeña botella contra el encintado, y luego al ser empujados los menudos trozos con un pie hacia una alcantarilla. En ese mismo instante, y como obedeciendo a una señal preconvenida, allá en el sitio de donde él venía, en un oscuro cuarto de baño, se percibió el retintín transparente de otros cristales al caer pesadamente al suelo un cuerpo que por un segundo o dos se retorció allí incontrolablemente, se puso rígido, quedó inmóvil.

FIN

III

Después de haber estado escribiendo cinco horas sin interrupción, y de haber estado a punto de caerme dos veces de mi silla, tuve que abandonar la tarea un minuto y salir a tomar una taza de café y un poco de aire, para recobrar un poco de tranquilidad antes de seguir adelante. La cinta de mi máquina estaba completamente gastada también, debía haberla cambiado mucho tiempo antes, me había estado causando dificultades últimamente. Decidí que sería mejor comprar una nueva, puesto que iba a salir.

Siempre las compraba directamente a la casa que fabricaba la marca de máquinas de escribir a que pertenecía la mía. Tenían una sucursal y un salón de ventas a pocas cuadras de mi hotel. De ese modo estaba seguro de comprarlas nuevas. La experiencia me había demostrado que era un error comprarlas a cualquier librero de la vecindad: solían tenerlas en *stock* demasiado tiempo y la tinta se secaba.

El empleado me conocía apenas me divisaba y sabía lo que yo deseaba sin que tuviera que pedírselo.

—Toda negra, para una de nuestras portátiles, ¿no?

—¿Alguna vez le he pedido de otra clase? —manifesté cansadamente—. Asegúrese que sea fresca.

Siempre decía lo mismo, como una exigente ama de casa cuando va a comprar tomates.

—Tenemos un surtido completamente nuevo, acaba de llegar hoy —me aseguró—. Ni siquiera ha sido distribuido en los estantes aún.

Fue al fondo, se sumergió en una tremenda caja de cartón con la tapa desprendida, me trajo una de esas diminutas cajas esmaltadas de latón en que vienen las cintas. Me la puse en el bolsillo sin mirarla; casi podía olerse la tinta fresca a través de la caja, el envoltorio de papel plateado y todo.

De regreso, y después de haber sacado ya el carrete de mi máquina, abrí la cajita nueva y vi con gran disgusto que aquel joven estúpido me había dado precisamente la clase que yo no quería, una cinta mitad roja, mitad negra. ¡Nunca había comprado una de ésas aun, en todos los años que había estado atendiéndome, y no lo ignoraba! Nunca suele usarse la mitad roja y si el carro de la máquina está un poco flojo, como lo estaba el de la mía, se corre el riesgo de que las mayúsculas y las letras altas salgan sombreadas de rojo en un extremo, con lo cual se obtiene un escrito pintarrajeado que tiene un aspecto del demonio.

Yo sabía que no lo había hecho a propósito, sino porque la nueva partida no estaba ordenada aún y él no se había tomado la molestia de asegurarse. Yo estaba demasiado fatigado de haber escrito toda la noche como para volver y cambiarla, y además tenía un plazo para entregar el cuento, y aún debía ir al correo, de modo que seguí adelante y puse la cinta en el carrete y seguí mi cuento. Arrojé malhumoradamente la pequeña caja de latón a una esquina del cuarto, sin molestarme en arrojarla a la basura.

Lo terminé a eso de las cinco de la tarde, una hora antes de que llegara la de cerrar en la oficina del Correo. El aposento era una sola nube de humo de cigarrillos, y yo estaba muerto de cansancio, la camisa se me adhería a la espalda como un fomento húmedo y hojas blancas y amarillas yacían desparramadas por el suelo como si hubiera nevado. Mecanografié el *"Fin"*, esa palabra favorita de todos los que escriben, junté las dispersas hojas y las coloqué primorosamente en dos pilas distintas.

No salí inmediatamente a despacharlo, me tomé unos minutos de descanso primero; mientras esperaba, pedí por teléfono un periódico. Me enviaron una edición de las cuatro de la tarde. En la página tres se leía:

UNA CELEBRIDAD ES HALLADA MUERTA
EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS

Hilary Robbins fue encontrado muerto en el cuarto de baño de su departamento esta mañana, por

una mujer que efectúa la limpieza allí durante el día.

Se sabe que Mr. Robbins, que padecía de una indisposición estomacal, ingirió cierta cantidad de un linimento altamente venenoso que en la oscuridad confundió con un tónico...

La policía se inclina a creer en una mala pasada. El suicidio fue descartado inmediatamente al saberse que el día anterior Mr. Robbins había firmado un contrato sumamente lucrativo con una compañía cinematográfica, y era esperado en California para los primeros días del mes próximo. El que pueda ser algo más que un simple accidente, se desprende de un número de desconcertantes circunstancias que rodean el caso. El linimento estaba en la botella que había contenido originalmente el tónico, mientras que este último había desaparecido. La lamparilla del cuarto de baño que al no encenderse jugó un papel importante en el desgraciado hecho, no estaba quemada como se supuso en un principio, sino que al examinarla se encontró que había sido deliberadamente aflojada, como si de ese modo se hubiera intentado llevar a Mr. Robbins a la muerte...

Una pequeña cantidad de dinero falta del departamento...

Cuando terminé de leerlo meneé la cabeza, nada más, tal vez asumí una expresión un poco azorada. Igual que en mi cuento, me dije. Suele decirse que la realidad es más asombrosa que la ficción. Esta vez la ficción se había puesto a la par de la realidad. ¿Ficción?

Tenía una estufa en mi cuarto. No era la estación en que suelen encenderse fuegos, pero yo preparé uno con un par de delgados leños que, con fines decorativos solamente, habían quedado del invierno último. Arrojé sobre ellos uno o dos periódicos arrollados en forma de pelota y acerqué un fósforo. Cuando comenzó a extinguirse y no arrojaba más que un rojo resplandor, tomé por una esquina la pila de hojas blancas que acababa de dactilografiar y la sostuve sobre él. Los bordes comenzaron a amarillecer lentamente, adquiriendo la pátina que en ellas habría puesto el tiempo si lo hubieran pasado andando de un lado a otro de la estancia. La copia carbónica estaba hecha en papel amarillo ya, de modo que no habría servido. Saqué un puñado de tierra de una maceta puesta sobre la ventana, y lo reduje a fino polvo; espolvoreé éste entre las hojas, las prensé e hice deslizar una contra otra, soplé el residuo. Las páginas quedaron cubiertas de un barniz grisáceo y polvoriento.

Introduje el original en un sobre de papel de manila, salí y lo despaché. Wayne recibiría su cuento a primera hora de la mañana siguiente.

No regresé. De la oficina del Correo me fui a un bar, me quedé allí hasta las cuatro, hora de cierre según la ley, y volví a casa borracho como una cuba. Muchos escritores beben entre un cuento y otro. Yo nunca lo había hecho antes, sin embargo; ¿por qué había de hacerlo ahora?

Larry dobló un periódico verde claro de tamaño pequeño y otro más grande. Recibió mi hálito en la cara, sonrió.

—A mí también me gustaría divertirme una noche de vez en cuando —dijo.

Derndorf, el policía, no estaba, las señales de tránsito habían sido retiradas a hora aquella noche.

Hamilton se agachaba sobre sus libros, como siempre. Alzó la vista cuando yo entré dando tumbos, y sonrió amistosamente.

—¿Qué ha estado haciendo usted? Creí que se refería a la mona.

—No hay ley que lo prohíba, ¿no? —repliqué.

—No quiero decir que vinieron dos sujetos esta tarde. Dijeron que eran detectives.

Lo dijo así, en seguida, porque como todos los que me conocían, no ignoraba que no podía ser nada serio.

Sin embargo, al oírlo, aunque no podía mantenerme derecho, me sentí súbitamente sobrio.

—¿Qué querían?

—No lo dijeron. Manifestaron que probarían la suerte mañana. Les dije que usted nunca llega hasta tarde.

—Debe de haber sido por el caso de ese sujeto, Hilary Robbins —le dije—. ¿Hay algo sobre eso? Yo lo conocía, ¿sabe?

Le mostré los dos periódicos. En el más pequeño, como era de esperarse, había ya un título a toda página. Pero aun en el de tipo standard el caso se había abierto camino hacia la primera página,

tercera columna de la izquierda. Era asesinato ahora, estaban seguros de ello.

—¿De veras? —repuso, interesado. Lo leyó ávidamente, alzó la mirada. Luego prosiguió, chasqueando la lengua—: ¿Qué sabe usted sobre eso? —La pregunta era puramente retórica. Después dijo, con amistosa preocupación—: Oiga, espero que no empezarán a amargarle la vida a causa de esto. Si regresan a la mañana, ¿debo decides que usted no está?

—De ningún modo —dije, enfático—. Envíemelos directamente arriba. Cuanto antes los vea, antes me desharé de ellos.

Una vez arriba encendí las luces y cerré la puerta.

"No pueden haber venido siguiendo una pista directa", me dije para tranquilizarme, "o habrían esperado abajo a que yo llegara, no lo habrían postergado hasta mañana." Me desvestí, apagué las luces, me dejé caer en línea recta sobre la cama. Encendí un cigarrillo, entrecrucé cómodamente las manos bajo la cabeza, crucé las piernas. "Lo que ocurre con la mayoría de estos asesinos", murmuré reflexivamente, "es que son unos majaderos, apenas mejores que retardados mentales. Si una persona inteligente fuera a meterse alguna vez en semejante embrollo, sabría cómo resguardarse más tarde. Estando el detective y el oficial de policía corrientes un grado apenas por sobre el criminal, es decir siendo subnormales ellos mismos, un asesino verdaderamente inteligente debería estar en condiciones de despistarlos con una mano atada tras de la espalda." Desde la oscuridad la favila roja de mi cigarrillo me hizo un guiño de inteligencia.

Sus golpes a la puerta me despertaron de un confuso sueño a las nueve y media de la mañana del día siguiente. Temprano se ponían al trabajo. Los golpes, sin embargo, eran considerablemente atenuados, no insolentes ni agresivos. Supe inmediatamente a esperar, me puse una bata y abrí la puerta.

No tenían mal aspecto. Nunca había visto profesionales antes, a pesar de que me ganaba la vida a costa de ellos. Lo que en primer lugar me sorprendió, fue ver cuán jóvenes y bien vestidos eran. Uno en particular era apenas mayor que un chico; con lo cual quiero decir, por supuesto, un chico de treinta años de edad. Simpático, honesto, franco, nada endurecido ni arrugado todavía por su trabajo. El otro parecía un poco mas viejo, pero no era un ganapán tampoco. No usaban sombreros hongos ni fumaban cigarros.

—¿Mr. Tucker? Venimos del Departamento. —No se tomaron la molestia de ostentar una insignia. Se daba por sabido que yo era un caballero que aceptaba la palabra de otros caballeros sin más pruebas.

—Ah, sí, me dijeron que vinieron aquí la noche pasada. Siento no haber estado. Pasen, por favor.

—¿Lo hemos despertado? —dijo el más joven amistosamente—. Lamentamos entrometernos de este modo.

Aquello era un match de frases cariñosas.

El más viejo sacudió la cabeza envidiosamente.

—Ustedes, los escritores, pueden darse la vida de Riley[1]. Me parece que voy a ser escritor.

Su compañero le golpeó el costado con el codo.

—Si ni siquiera puedes escribir sin faltas de ortografía...

Los tres nos reímos.

—¿Demasiado temprano para tomar un trago? —sugerí hospitalariamente.

Sí, admitieron que lo era y, además, no bebían cuando estaban de servicio. Aceptaron un cigarrillo, no obstante. El más joven, Bradford, encendió una cerilla, la apagó después de usarla por segunda vez y encendió otra.

—Bueno, terminaremos con esto tan pronto como podamos, Mr. Tucker. No es más que una formalidad de todos modos. Usted conocía a Hilary Robbins, ¿no es verdad?

—Sí —le dije, mirándolo fijo a los ojos—, y he leído bastan acerca de él desde ayer a la tarde.

—¿Lo conocía bien?

—En n sentido comercial, socialmente no.

—¿Cuando lo vio por última vez?

Bradford reconstruyó la frase, cuando vio que me preparaba a oponer reparos:

—¿Lo había visto últimamente?

—Hace siglos que no lo veo. Veamos, hace aproximadamente dos años, creo, fue la última vez. Yo escribía para él, ¿sabe? Me dio un anticipo y me prometió compartir los derechos. Como un tonto, no insistí en firmar un contrato. Estaba en dificultades y un poco amedrentado por su reputación. Los editores le pagaron a él y yo jamás vi un penique, Él alegó que el libro había sido un "clavo" y los editores no me dejaron ver las planillas de venta. Anoté el asunto al crédito de mi experiencia y me aparté de él desde entonces.

Bradford se rió tímidamente y se rascó la cabeza.

—Escuché todo —admitió—, pero no entendí más de la mitad.

Le expliqué lo que era escribir libros para que los firmara otro, y lo que significaba derechos de autor. Les interesó tanto que parecieron olvidarse de lo que les había traído.

—Era un aprovechado —proseguí—, averigüé eso más tarde. Incapaz de escribir historietas para niños, y no obstante se rodeó de una fama impresionante y se enriqueció. Sin embargo, no creo que nadie haya tenido motivos suficientes como para darle muerte. Debe de haber sido algún ratero a quien sorprendió... Según el Daily Views faltaba una considerable cantidad de dinero.

Bradford dijo:

—Ese pasquín de porquería siempre agrega por lo menos tres ceros a cualquier suma. Faltaban cincuenta dólares. Eso es lo que nos hace dudar de que el motivo haya sido el robo. Este asesinato fue cometido por una persona inteligente, y las personas inteligentes no matan por cincuenta dólares. Si hubiera sido una cantidad más grande, sí. O si hubiera sido la misma cantidad tratándose de un crimen estúpidamente planeado, también. Pero en este caso, el motivo y el método no concuerdan.

—Lo que quiere decir —sonrió el otro— es que fue un crimen de un millón de dólares para robar unas pocas monedas.

Los acompañé a la puerta. Al salir, Bradford divisó sobre la mesa un número atrasado de una de las vistas de Wayne, vio mi nombre en la tapa, la hojeó con interés.

—Caramba, alguna vez me gustaría leer algo que hubiera escrito usted —insinuó vagamente.

—Llévela —le repuse, halagado. Me parecía curioso por un instante que un detective quisiera leer cuentos de detectives, pero logré conservar la serenidad de mi semblante—. Lamento no haberles podido prestar más ayuda. Si puedo serles de alguna utilidad, no vacilen en venir a verme.

Cerré la puerta y me volví a la cama.

—Ahora bien, si yo hubiera sido el asesino —sonreí en dirección al techo—, ésa es exactamente la manera cómo me habría comportado.

Nada durante las treinta y seis horas que sucedieron. El teléfono sonó a las diez de la noche siguiente.

—Un tal Mr. Bradford quiere verlo, para devolverle un libro o algo —anunció la operadora suspicazmente, como si aún ella maliciar a que se trataba de un pretexto para subir.

—Envíemelo en seguida —dije alegremente. A cualquiera lo habría dejado subir, ¿por qué no a él?

Venía solo. Pregunté:

—¿Es una visita oficial o particular?

—No, vengo por mi propia cuenta ahora —se rio—. Disculpe que me entremeta de este modo. ¡Oiga, ese cuento suyo es magnífico! Me pasé la mitad de la noche leyéndolo...

—¿Qué tal le pareció esa parte en que el automóvil queda suspendido de las dos ruedas sobre el precipicio?

Tardó unos segundos para contestar, me midió de pies a cabeza.

—Eso no estaba en el cuento —dijo. Pero había un dejo de interrogación en sus palabras. De todas maneras me había ganado una, había usado su inteligencia. Pero yo había oído esa no expresada interrogación lo mismo, de modo que había averiguado lo que quería saber: él no había leído mi cuento, sólo precisaba una excusa para volver.

—Habría podido conservar la revista —le dije—, me dan ejemplares adicionales.

—Esperaba —dijo con expresión convincente— que podría cambiarla por otra.

Había algo de agradable en aquel tunante. También a un escritor le agrada pensar que tiene sus admiradores.

—Beba un trago —le dije.

—Con mucho gusto.

Le serví una carga de dinamita para bajarle un poco su I.Q.[2], era demasiado alto para ser de mi gusto.

Se sentó algo desmañadamente, con las piernas separadas, como quien está tratando de comportarse lo mejor posible.

—Usted debería estar en condiciones de suministrarme buenos temas —le dije—. Usted sabe, sus propias experiencias...

—Nooo —dijo humildemente—, eso no le serviría para nada. No hay nada parecido en esas revistas para las que escribe usted. Informe aquí, informe allá, viaje aquí, vuelta acá. —Tomó un trago, me lanzó una triste mirada por encima del vaso al comprobar la potencia de la bebida, luego lo vació hasta el fondo.

—¿De dónde saca sus ideas?

—Las fabrico en mi propia cabeza.

Me miró como atemorizado, como un escolar; sacudió la cabeza, maravillado.

—¿Alguna novedad en el caso Robbins?

No quería hablar de eso, quería hablar sobre mi.

—Deje que me olvide de eso por media hora, ¿quiere?

—Después dijo, señalando una imponente fila de copias carbónicas—: ¿Pretende hacerme creer que ha escrito todos ésos?

—Hasta el último —le aseguré con burlona gravedad. Cogió el primero.

—¿Le molestaría que le diera un vistazo a alguno de ellos? Usted siga haciendo lo que le plazca, no lo molestaré. No se encuentra a menudo una oportunidad de leer algo.

—Sírvase —lo invité. El cuento de Wayne estaba al fondo de la pila, como correspondía a su "edad".

Vertí otro trago para ambos, me quedé sentado lanzando perezosas volutas de humo hacia el techo. Era un sujeto bastante tranquilo en verdad; habría sido un buen compañero de pieza. Casi me olvide de que estaba en el cuarto conmigo. Una o dos veces se rió en voz alta de algo que estaba leyendo. Yo hice un guiño, sin dirigirme a nadie en particular, con el ojo que estaba más lejos de él. Parecía absorto, alejado del mundo. No hubo un solo ruido en la habitación, salvo esos dos gruñidos de satisfacción que dejó escapar y el crujido de páginas al ser vueltas. Yo seguía lanzando volutas al techo. Si ésta hubiera sido una caza del hombre en los cuentos que yo escribía, habría habido disparos de revólver, cuerpos que se desplomaban a diestra y siniestra y la mar en coche. Pero no había un solo sonido en el cuarto. Por lo tanto, ésta no era una caza de hombre.

Casi una hora después tornó súbitamente a la vida, como si recién entonces se hubiera acordado e dónde estaba. Se puso de pie, preguntó qué hora era.

—¿Me lo creería? —dijo, admirado—. ¡Me absorbí tanto leyendo esas cosas, que me olvidé completamente! ¡Me gustó ése del tipo al que ataron a las vías del ferrocarril!

—Ajá, recibí algunas cartas muy halagüeñas sobre ese cuento —admití. Lo acompañé hasta la puerta.

—Espero no haber sido una molestia.

—Al contrario. Vuelva a visitarme cuando lo desee.

Tuve la idea de que lo haría, lo invitara o no. Mas no había motivo para que me importase cuán a menudo quisiera venir a verme, de modo que, ¿por qué había de dar la impresión de que sí lo había?

Después que se fue, di un vistazo a las copias carbónicas. Había leído tres o cuatro de las de arriba, se había abierto camino hasta la mitad de la pila en cuyo fondo descansaba el cuento de Wayne. Yo habría podido sacarla, ocultarla, hacerla desaparecer. Sonreí y meneé la cabeza levemente. Eso habría sido dar una falsa nota. Habría sido la movida de un hombre estúpido, no la movida de un hombre inteligente. Habría sido la movida de un hombre culpable, no la de un hombre inocente. La de un criminal, no la de un observador objetivo.

Lo había observado curiosamente poco antes a través de las indolentes espirales de humo, para ver si leía por el gusto de leer, o por que estaba buscando alguna cosa. No se había salteado

páginas, ni las había leído de prisa. Había estado leyendo por el gusto de leer.

Supongo que ellos también necesitan un poco de esparcimiento de vez en cuando, como todo el mundo, me dije. Pero había oído afirmar en algún sitio que los buenos nunca lo hacen.

Un nuevo lapso de veinticuatro horas. En los periódicos, mientras tanto, el caso Robbins perdía terreno. El tabloid había perdido todo interés en él, lo había abandonado, al no encontrar posibilidades de un motivo "pasional" en el que pudiera hundir sus zarpas. El de tamaño standard lo envió a la última página al no producirse nuevos descubrimientos.

Aproximadamente a las ocho de aquella tarde, una media hora después de haber regresado de mi merienda, hubo un golpe a la puerta. Se está familiarizando bastante, me dije, ya sube derechamente sin hacerse anunciar. Cuando abrí la puerta, sin embargo, era el otro, Schuyler. Bradford no lo acompañaba.

—¿Oficial? —quise saber brevemente.

—Bueno, no se ofenda, Mr. Tucker. Sólo me gustaría hacerle unas pocas preguntas rutinarias sobre sus movimientos en la noche del martes. Nada más que por fórmula.

—¿Qué significa eso, que ustedes me han sindicado como sospechoso o qué? —Abrí la puerta de par en par—. ¡Está bien, entre no más, si eso es lo que piensan!

—Vamos, no lo tome de esa manera —dijo, tratando de aplacarme—. Usted no es el único a quien estamos interrogando, estamos interrogando a todos. Siempre lo hacemos en un caso como éste. —Luego dijo, con un imperceptible fulgor en los ojos—: Si prefiere no contestar, eso queda librado a su criterio.

—Eso está bien para los que tienen algo que ocultar —le hice saber airadamente—. ¡Vomítelo! ¿Qué quiere saber?

—Bien... —Se encogió de hombros, apaciguadoramente—. Simplemente lo que hizo usted esa noche. No necesita ofenderse. Le digo que es una simple formalidad.

—Formalidad o no, no me agrada lo que va implícito. Muy bien, escuche. Estuve en mi habitación todo el día tratando de escribir. No pude. Usted tendría que ser un escritor para saber lo que es eso. Me estaba enloqueciendo lentamente. Salí, cené, e hice un nuevo intento cuando regresé. Finalmente me di por vencido y abandoné la empresa. Salí de nuevo —eso fue a las diez y treinta aproximadamente— y di un largo paseo. Fui a lo de un amigo mío que vive en la Setenta y dos, Howell se llama, y me estuve charlando con él una hora poco más o menos. Me retiré a las doce. Suelo volver tarde, no acostumbro acostarme tan temprano. Fui a la sesión nocturna del Paramount, que comienza a las doce, y salí cuando terminó, a las dos. Me detuve a tomar una taza de café y me quedé meditando acerca de mi cuento una hora y media más aproximadamente. Cuando regresé aquí eran cerca de las cuatro. Si mi horario le parece peculiar, debo advertirle que ha sido el mismo, invariablemente, durante muchos años...

Antes de que pudiera contestar nada sonó el teléfono y anunciaron a Bradford.

—Envíemelo arriba —dije y aguardé a observar su reacción. Su semblante se alteró cuando vio a Schuyler. Dijo:

—¿Qué haces tú aquí? —sin mucha cordialidad.

—Está investigando mis movimientos en la noche en que asesinaron a Hilary Robbins —tercié.

Se quedó mirando a Schuyler, no a mí, como si aquello fuera a resolverse entre ellos dos simplemente.

—¿Son ésas tus órdenes? —preguntó.

—No exactamente quizá —repuso el sabueso más viejo—, pero tú sabes tan bien como yo que...

Bradford comenzaba a enfadarse como un cachorro de bull—dog. Y no fingía tampoco, podía advertirse por el temblor de los músculos de su cuello.

—¿Por qué no dejas de molestar a este hombre? —inquirió colérico—. Acudimos a él originariamente para que nos ayudara a reconstruir detalles de la vida de Robbins. Su participación en el caso termina ahí. No ha visto a Robbins hace dos años. Te estás mostrando demasiado oficioso, Schuyler.

¿A qué detective le habría gustado que le dijeran eso en presencia de un extraño? Los ojos de Schuyler se endurecieron como mica. Dijo con voz casi inaudible:

—¿Te estoy estropeando el pastel, eh? ¿Desde cuándo lo has tomado bajo tu protección? ¿Cuánto

te dieron de comisión?

Bradford dio un paso adelante.

—¿Qué dijiste? —gritó. Su brazo se curvó hacia abajo y hacia adelante y el otro trastabilló, su espalda golpeó con estruendo contra la puerta de madera—. ¡Yo no tolero eso de nadie!

—Si van a proceder de ese modo, que sea abajo, no aquí en mi habitación. Soy un sujeto nervioso —añadí con una sonrisa pacificadora.

Le dije a Bradford, razonablemente:

—No hago reparos en contestar a las preguntas de su compañero, no tengo nada que ocultar.

Y a Schuyler, igualmente razonable:

—Pero usted no debe decir nada parecido, a menos que pueda sostenerlo. Prescindiendo de mí, es una cosa bastante sucia para acusar de ella a un compañero de oficio.

—¿Quién le pidió consejos a usted? —fue todo lo que obtuve de este último a cambio de mis molestias. Schuyler dio un paso a un costado, abrió de un tirón la puerta, se volvió y salió, no sin decir—: ¡En menos de un minuto sabrá si he excedido mi autoridad o no!

—Muy bien, es mejor que arreglemos esto de una vez por todas —asintió Bradford sombríamente —. Iré contigo a ver al "viejo" ahora mismo.

Cerré la puerta tras ellos y me reí con todas mis ganas. Si yo fuera el verdadero asesino de este caso, me dije, en qué hermoso asiento de platea estaría ahora. ¡Si ésa no es la cosa más cómica del mundo, que uno de ellos vaya a aporrearse con el otro por mi causa, no sé cuál lo es!

La posibilidad de que Schuyler me cobrara rencor como consecuencia de aquella pequeña gresca, no me inquietaba en lo más mínimo. No tenía nada contra mí, ¿qué podía hacerme? ¿Tratar de entramparme, de hacerme aparecer como autor del crimen? Que lo intentara, y veríamos lo que conseguía. Yo estaba prácticamente seguro.

En lo que concernía a Bradford, muy probablemente la insinuación pondría fin a las "visitas sociales" que me había estado haciendo. No me molestaba gran cosa, pero podía pasarme lo mismo sin él.

Pero no fue así. Retornó media hora después, solo.

—Bueno —prometió—, no lo molestarán más de ese modo. Le dijeron lo que se merecía, eso es todo. ¡No tenía derecho a entremeterse así, destripaterrones grosero e inoportuno!

Cacé la palabra al vuelo.

—¿Inoportuno? ¿Por qué llamarlo así? ¿Hay algún arreglo que él estropeó?

Estiró ambas manos en mi dirección con las palmas hacia afuera.

—Ningún arreglo en lo que concierne a usted, si a eso se refiere —dijo tranquilizadoramente—. ¿De dónde saca esa idea? Usted esta fuera del casó enteramente. Creo que me equivoqué de palabra.

Me pregunté si se había equivocado o no.

—¿Quiere un trago? —propuse.

Se rió, con mirada de desaprobación.

—Me estoy convirtiendo en un bebedor consuetudinario —dijo—. Bueno, pero que no sea tan fuerte como la última vez.

Conque había notado eso, ¿eh?

No leyó esta vez. Charló un rato acerca de esto y aquello, se fue una media hora después. El cuento de Wayne permaneció exactamente donde había estado, al fondo de la pila.

Si es una trampa cualquiera, me dije después que se hubo ido, ciertamente no se da mucha prisa, Pero me di cuenta que parecería peculiar de mi parte, por no decir más, poner fin a sus visitas ahora. Si lo que yo deseaba era ahuyentarlo, debía haberlo hecho desde el principio. Ahora, una vez que lo había recibido con toda amabilidad, no tenía justificativo para dejar de hacerla. Era extremadamente simpático, se había ganado mi afecto; y para seguir representando mi papel, debía juzgarlo únicamente sobre la base de su personalidad, y no sobre cualquier otra. Sobre esa base era aceptable, más que muchos amigos a quienes había conocido durante años, y no tenía ninguna excusa para apartarme de él. En resumen, hasta que el sombrío caso que nos había reunido no estuviese fuera del camino de una vez por todas, mis manos estaban atadas, yo no era libre, en

cuanto a él concernía, a menos que quisiera dar una nota falsa.

Llegó como por casualidad un poco antes de las seis de la tarde siguiente y quiso saber si yo había comido ya. Le dije que estaba a punto de hacerlo.

—Yo tampoco —me dijo—, comamos juntos. Si hay una cosa que detesto, es sentarme solo a la mesa.

—Lo mismo yo —convine—. Me alegro de que haya venido a buscarme.

Pero en el restaurante no pude dejar de observar:

—Usted parece disponer de mucho tiempo libre.

—No tenemos nada particularmente importante ahora —me dijo, pasándome el platillo del pan —. El trabajo parece venir en rachas.

—¿Y qué novedades hay en ese caso Robbins? Eso está todavía sobre el tapete, ¿no?

Hizo una mueca, distraído.

—Eso fue un tremendo fiasco —manifestó—. Es lo mejor que puede decirse de él. ¿Qué prefiere usted de este menú?

Más tarde volvió conmigo a mi habitación; cualquier amigo con quien yo hubiera cenado lo habría hecho, a menos que hubiera tenido algún otro compromiso, y Bradford no lo tenía. Mezclé un par de cocktails y nos acomodamos a nuestro gusto. Él estiró hacia atrás la mano desde donde estaba, hacia la pila de copias carbónicas, y sacó una.

—"Un libro de poesías, un cántaro de vino, y tú" —dijo con una sonrisa—. ¿No reza así? Supongo que tendremos que pasarnos sin tú por esta tarde, de todas maneras.

Empezó a leer, pero se interrumpió en seguida.

—¡Caramba! Leí éste la otra noche.

Lo depositó nuevamente en su sitio, sacó el que estaba abajo. Yo terminé mi cocktail, destapé la máquina y empecé a juguetear con una idea que acababa de ocurrírseme.

Ninguno de los dos habló durante la siguiente media hora. De pronto, él observó, indolentemente, sin dar a sus palabras un indebido énfasis.

—¡Caracoles! Éste es como el caso que estamos investigando ahora. El Robbins, usted sabe.

Alcé la mirada. Había llegado finalmente al cuento que yo le envié a Wayne. Ni siquiera lo había visto sacarlo. Pero, de cualquier modo, todos parecían iguales desde afuera. No me estaba mirando, se había desentendido de su observación mientras seguía leyendo.

Si yo hubiera sido el asesino, me habría dicho en aquel instante: ahora viene lo difícil.

—Eso ocurre a menudo —repuse suavemente—. En realidad, escribí eso hace meses, ha estado dando vueltas por aquí una eternidad.

No alzó los ojos todavía, siguió leyendo.

—¿No ha tratado de venderlo? —quiso saber.

—Lo envié nuevamente hace unos pocos días, para ver si tenía mejor suerte que antes. Pensé que quizá la coincidencia me serviría de algo.

—Ya lo sabía —dijo quedamente.

Yo no le había dicho eso. Y ahora estaba tensa la atmósfera por fin, yo podía sentirla. A causa mía probablemente, porque él seguía inalterable.

—¿Cómo lo supo?

—Hoy estuve examinando el original que tienen en las oficinas del editor.

—¿Qué? —aullé—. ¿Qué está tratando de hacer, arruinarme la reputación allí?

—Tómelo con calma. No les dije quién era. Me presenté como empleado de una compañía cinematográfica independiente que estaba buscando material. Tuve que indigestarme con una cantidad de estúpidas historias antes de que me desenterraran ese cuento suyo.

—¿Y qué averiguó? —mascullé.

Me miró por primera vez.

—Usted no escribió ese cuento seis meses atrás, y no lo ignora —dijo, casi pesaroso, como si simplemente estuviera tratando de ayudar a mi memoria.

—¿Entonces soy un sospechoso?

—No he dicho eso —murmuró suavemente, con los ojos fijos nuevamente en la copia dactilografiada—. Usted es quien se está excitando. Todo lo que digo es que usted no escribió ese cuento cuando dice que lo escribió.

—¡Usted contésteme, o salga de aquí! —Mi voz comenzaba a alzarse—. Lo he recibido aquí como un amigo personal. ¡Si va a gastarse ese tono conmigo, puede salir de aquí inmediatamente!

—No, no puedo —musitó—. Puede considerar mi visita como oficial, si lo cree necesario.

—Usted se está extralimitando y no le incumbe. ¿Soy un sospechoso o no?

—No —dijo decisivamente, pero aun sin enojarse. Esperó un minuto, luego se puso en pie y añadió—: Usted es una certidumbre. —Y finalmente, casi como si no tuviera nada que ver con el asunto de que estábamos hablando, agregó—: Y ya que estamos, está usted arrestado.

Representé mi parte magníficamente.

—No tiene en qué basarse. No sabe de qué está hablando...

—Tucker —dijo casi tristemente—, ojalá fuera así… por su bien. Usted es un tipo demasiado inteligente para terminar de este modo. —Apartó las hojas con el dorso de la mano—. Usted no ideó esto de su cabeza. Tiene hasta el último detalle del caso Robbins. ¡Es el caso Robbins, de pe a pa! ¡Describe el departamento de Robbins hasta en sus más ínfimos pormenores!

—¿Y por qué no? Yo solía ir allí a menudo.

—Sí, pero eso era hace dos años. El cuarto en que murió estaba pintado de color crema hasta hace poco, el propietario de la casa me lo ha dicho. En su cuento está pintado de verde pálido. Según usted hay celosías en las ventanas. Fueron puestas hace sólo dos semanas.

Encendí un cigarrillo con mano que no temblaba en lo más mínimo.

—¿Basado en que he descripto una habitación, en una historia imaginada, diciendo que es de color verde pálido, me arresta usted por asesinato? ¿Qué es esto, brujería? ¿La Edad Media?

—Lo tengo atrapado de un millón de maneras —anunció, buscando su sombrero y alcanzándome el mío—. Ésta no es una historia imaginada por usted, esto es tan exacto como nuestro informe oficial del crimen. Mejor. Hay detalles que nadie sabía sino nosotros, que no fueron hechos públicos. Como el de que Robbins usaba una bata azul a lunares cuando murió. Hasta hay cosas que ni nosotros mismos sabíamos, en nuestra condición oficial de investigadores, tal como la identidad de la mujer cuyo retrato estaba en el tocador de Robbins. Todo lo que esto necesita es su firma, para ser una perfecta confesión. Déjeme decirle algo más, sólo para demostrarle cuán irremediablemente se ha condenado usted. El nombre de su personaje es Leslie Quiller, él es quien fue asesinado en su cuento. Pero la mente es mas rápida que el ojo o los dedos. Y usted escribía completamente acalorado. Escribió tres veces por error el nombre de Hilary Robbins, en lugar del nombre que había elegido para su protagonista. ¿Por qué? ¡Porque lo estaba viendo a Robbins delante de usted mientras describía cómo lo había asesinado la noche anterior!

Repliqué con énfasis, bonachonamente:

—No me importa cuántas coincidencias desentierre usted. Supóngase que sí describo el departamento de Robbins. Suponga que su nombre estaba en mi mente cuando escribí el cuento —seis meses atrás— y que lo transferí automáticamente al papel. ¿Puede usted probar que fue escrito después del crimen y no antes?

—Ya lo he probado —dijo. Sacó una cajita de latón esmaltado de su bolsillo lateral. Una cajita de las que encierran cintas para máquinas de escribir—. Recogí esto en su cuarto la primera mañana en que Schuyler y yo vinimos a verlo. Usted cambió la cinta en la mitad de ese cuento. El original, el que está en la oficina de Wayne, lo demuestra claramente; yo no necesitaba ser un detective para darme cuenta. La escritura es débil, casi ilegible, al principio; luego, en el medio, cambia abruptamente y adquiere un color negro azabache. Ésta es la caja en que vino la nueva cinta. Ése, ahí en su máquina, es el carrete de la cinta.

—Pero no es el que utilicé para escribir ese cuento —sonreí porfiadamente—. También cambié la cinta en la mitad de ese cuento... al escribirlo seis meses atrás.

—Toda la semana he estado trabajando duro con usted, Tucker —suspiró—, y no simplemente holgazaneando y leyendo sus cuentos y bebiendo su whisky. Usted siempre compra sus cintas en el mismo lugar, en la casa que fabrica las máquinas a que pertenece su marca, nunca en otro sitio. El empleado lo conoce bien. Usted es un parroquiano muy exigente. Tienen que ser frescas. Tienen que ser completamente negras. Lo que más aborrece en el mundo son esas cintas mitad negras,

mitad rojas, porque su máquina se sacude mucho con la velocidad a que usted trabaja y la vibración hace que los ápices de las mayúsculas salgan rojos. Él sabe que arriesgaría el cuello si le diera a usted una cinta mitad roja, mitad negra, jamás ha comprado usted una en todos los años que ha sido cliente. Pero el otro día su prisa le hizo cometer un desliz, le dio a usted por error la clase equivocada. Descubrió lo que había hecho apenas salió usted, estuvo esperando que volviera en cualquier instante a hacer un alboroto de todos los demonios. Él me lo contó todo. —Señaló, casi indiferentemente, la descubierta máquina—. Ahí está, mitad roja, mitad negra, la primera vez que usted se "clavó" con una de ellas. Tucker, todos los ápices de las mayúsculas en el cuento de Wayne están teñidos de rojo.

Empecé a sentir frío, a sentirme enfermo, y experimenté una extraña sensación en el estómago.

—Esta cajita será la prueba A cuando lo juzguen —prosiguió—. Está fechada en código. De la misma manera en que ponen la fecha al café y otras cosas hoy en día. Usted ignoraba eso, ¿verdad? El dependiente me lo explicó.

La volvió del revés sobre su palma para que yo pudiera leer lo que decía en su parte inferior:

Bremington. Grand Portátil
rojo/negro
1402P

La letra final —continuó— señala el mes, a partir de enero equivalente a K. Para obtener el día del mes y el año se leen las cifras hacia atrás: Junio 20, 1941[3]. —Volvió a poner la cajita en el bolsillo—. Y Robbins fue muerto durante la noche del 19 al 20. Así sé que usted escribió ese cuento después y no antes del crimen. Aunque no lo bastante después como para haber obtenido el argumento de segunda mano. La fecha del sello del correo, en el sobre de su manuscrito, señalaba las 6 p.m. de ese día. Recién en los periódicos de la mañana siguiente se publicó algo más que una noticia escueta y desprovista de detalles del caso.

Cerró mi máquina, la tomó por el asa para llevarla consigo.

—No crea que me baso sólo en la cinta —dijo—. Hay mucho más, pero esa cinta es la columna vertebral del caso. Usted envejeció su escrito artificialmente, probablemente por medio del fuego. Pero la tinta estaba todavía fresca y tenía color negro oscuro. El papel había envejecido, pero la tinta no. ¿Desde cuándo? Y ni siquiera el papel se amarilleó uniformemente en sus cuatro costados, sino que quedó un espacio en blanco en el sitio en que usted lo sostuvo con sus dedos, protegiéndolo de ese modo del calor. ¿Me acompaña, Mr. Tucker? Usted ha hecho el caballero hasta ahora, y eso le merece mi respeto. Será mejor que siga siendo así.

—Lo acompaño —dije. Me ajusté el nudo de la corbata, limpié con la manga el polvillo de mi sombrero, luego me lo puse. Me reí un poco al cerrar la puerta detrás de nosotros—. Nunca los termino de esta manera, sin embargo. Siempre suele haber tiros y alborotos cuando llega el momento del arresto.

—Supongo que no me parezco gran cosa a esos detectives de libros de cuentos. No vaya a delatarme —dijo con esa engañosa simpatía suya que en parte había sido la causa de mi ruina.

Al descender del ascensor en el piso bajo, llevando él la máquina, vi una carta que sobresalía de mi buzón, detrás del escritorio del hotel. Aun a aquella distancia pude reconocer la clase peculiar de sobres de oficina, color verde oliva, que usaba Wayne.

Hasta el amargo final fui un escritor.

—Es acerca de esa maldita historia —dije—. Déjeme ver lo que piensa de ella. Bastante cara me ha salido.

—Léala no más —concedió.

La abrí mientras él permanecía vigilante a mi lado.

Decía *así:*

"Estimado Tucker: Lamento tener que rechazar Asesinato Auto—cometido", *a pesar de que una de las pequeñas compañías cinematográficas demostró un inexplicable interés en él, a principios de semana, y hasta envió a un hombre para que informara sobre el cuento.*

No está a la altura de la generalidad de sus trabajos. Como usted sabe, deseamos dar a nuestros lectores una sensación de veracidad. Este cuento es demasiado improbable, demasiado fuera del plano de la vida real. Es simplemente una de esas cosas que no habrían podido suceder.

Sinceramente

Wayne."

FIN

Índice

[1] James Whitcomb Riley, n. en 1849, m. en 1916. Es indudablemente el más popular de los poetas americanos de fines del siglo pasado. Nacido en Greenfield, Indiana, muy joven escapó con una *troupe* de actores ambulantes, por no querer seguir la carrera de las leyes que habla abrazado su padre. Convertido luego en periodista, se hizo famoso publicando una serio de poemas escritos en el dialecto campesino de su estado natal. Es sobre todo muy popular entro los niños, que celebran el aniversario de su nacimiento en todas las escuelas de EE. UU. *(N. del T.)*

[2] *Intelligene quotient:* coeficiente intelectual.

[3] Debe tenerse en cuenta que en el alfabeto inglés no existen las letras *ll* y *ñ. (N. del T.)*